

LC

La isla Felsenburg
Tomo II

Johann Gottfried Schnabel



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

La isla Felsenburg

La isla Felsenburg

Tomo II

Johann Gottfried Schnabel

Cátedra: Literatura Alemana



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana Graciela Morgade	Secretaría de Investigación Cecilia Pérez de Micou	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilert
Vicedecano Américo Cristófalo	Secretario de Posgrado Alberto Damiani	Marcelo Topuzian María Marta García Negroni
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas
Secretaría Académica Sofía Thisted	Subsecretario de Transferencia y Desarrollo Alejandro Valitutti	Hernán Inverso Raúl Illescas Matias Verdecchia
Secretaría de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales Silvana Campanini	Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matias Cordo	Rosa Gómez Sergio Castelo Ayelén Suárez Directora de imprenta Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección: Libros de Cátedra



Versión digital: María Clara Diez, Paula D'Amico
ISBN 978-987-4019-51-6
© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2017

Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar

Schnabel, Johann Gottfried
La isla Felsenburg : extraños hechos de algunos navegantes / Johann Gottfried
Schnabel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la
Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2017.
v. 2, 276 p. ; 20 x 14 cm. - (Libros de cátedra)

Traducción de: Martín Koval.
ISBN 978-987-4019-51-6

1. Literatura. 2. Literatura Alemana. I. Koval, Martín, trad. II. Título.
CDD 833

Índice

<i>Extraños hechos de algunos navegantes (continuación)</i>	9
Advertencia	167
Tablas genealógicas	169
Apéndice: <i>La historia de vida de don Cirilo de Valaro</i>	181

Extraños hechos de algunos navegantes (continuación)

Hasta aquí llegó en su relato nuestro patriarca Albert esa noche cuando miró la hora y vio que era tiempo de ir a dormir, y los demás hicimos lo propio. El día siguiente, que era sábado, no había ningún viaje planeado, en tanto el maese Schmeltzer compondría su prédica; los demás, sin embargo, no estuvimos ociosos, sino que pasamos el día haciendo todo tipo de cosas útiles, alistándonos en la tarde para la fiesta dominical del día siguiente. Era el domingo vigésimo sexto después de Trinidad y, una hora después del disparo del cañón, se juntaron casi todos los habitantes sanos de la isla bajo el Castillo de Albert, aguardando el servicio divino con la más celosa devoción, en ocasión del cual el maese Schmeltzer, en una excelente prédica, pintó ante el tribunal de Cristo de forma tan emotiva el futuro alegre de los devotos y terrible para los impíos, que todo el mundo se regocijó por ello. Por la tarde hubo examen de catecismo, en el que el maese Schmeltzer enseñó en particular la sagrada Eucaristía de Cristo. A los que no habían

tenido jamás la dicha de disfrutarla, de todos modos los encontró muy instruidos en lo relativo a su divina dignidad y utilidad, así que, después de enunciar un dilatado sermón acerca de este acto tan sagrado, anunció a las comarcas de Albert y David que, durante toda esta semana, todos los días iría a estar presente, por dos o tres horas, antes de que se pusiera el sol, en la alameda que limitaba las dos comarcas. De modo que todos aquellos de ambos sexos que tuvieran más de catorce años debían reunirse con él, a fin de que pudiera dirigirse a todos juntos y a cada uno por separado, y averiguar así quiénes, con buena conciencia, podrían ser admitidos el sábado próximo para la Confesión y el domingo para la sagrada eucaristía. Pues era justo que el nuevo año de la iglesia fuera iniciado con una acción de suma importancia. Hubo a raíz de esto una alegría general, más aún cuando el maese Schmelzter prometió que en las semanas siguientes procedería de igual manera con las otras comarcas, convocando cada vez a dos o tres, hasta que hubiera hecho partícipes a todos de esta invaluable dicha.

Los niños más pequeños que se hallaban presentes recibieron, luego, todo tipo de confituras y juguetes de parte del señor Wolfgang; y, tras cruzar algunas importantes palabras con los padres fundadores, cada cual regresó contento a su morada.

El lunes por la mañana, nuestro patriarca Albert nos recordó que debíamos emprender junto con él el viaje hacia la comarca de Christoph. Nos hicimos en camino a través del gran jardín y llegamos a la zona escogida como campo-santo para los que morían en la isla. Nos condujo en el acto a la columna recordatoria de don Cirilo de Valaro, que estaba rodeada por un muro circular, y en la que había clavada una lápida de estaño en la que podían leerse las siguientes líneas:



Aquí yacen los huesos
Del cristiano, probablemente, bienaventurado
Y distinguido noble español
Llamado
Don Cirilo de Valaro,
Quien, según sus documentos,
Ha nacido el 9 de agosto de 1475
Y, queriendo ir a las Indias Occidentales,
Llegó a esta isla
Junto con otras ocho personas,
El 14 de noviembre de 1514.
Y, a falta de un barco adecuado,
Tuvo que quedarse aquí.
Enterró honradamente a sus compañeros,
Que lo precedieron en la muerte,
Y los siguió al fin
En 1606, en los primeros meses, sin dudas,
Del mes de julio,
Tras vivir en esta isla,
Ni realmente contento ni del todo descontento,
Durante noventa y dos años,
Llegando a tener, en total,
ciento treinta años y diez meses.
Los restos de su difunto cuerpo
Se han hallado recién hace cuarenta años,
Y han sido sepultados en este sitio, con amor
cristiano,
Por Karl Franz van Leuven y Albert Julius.



A unos cuatro pasos de esta columna recordatoria de don Cirilo, en dirección al oeste, había una pirámide de unas seis varas de alto, hecha con piedras labradas, y, en la gran placa de cobre que se hallaba amurada a ella, se leía:



Bajo este sepulcro
Aguarda su alegre resurrección a la
Vida eterna
Una reina de este país,
Una diadema del esposo que ha dejado
Y una dichosa progenitora
De muchos vivos.
Es decir,
Concordia,
De apellido de soltera Plürs,
Quien, por su devoción y sus virtudes fuera de lo
común
Y su excepcional destino
Merece una gloria eterna.
Nació en Londres, Inglaterra,
El 4 de abril de 1627,
Se casó en primeras nupcias con
El señor Karl Franz van Leuven, el 9 de marzo de
1646
Y tuvo de él, tras su penosa muerte, el 11 de diciembre
De ese mismo año, una hija.
Luego, tras que una mano criminal
Rompiera esta alianza noble, se casó
Con Albert Julius

El 8 de enero de 1648,
Dándole a este cinco hijos, tres hijas vivas
Y una muerta.
De modo que, entre su primer matrimonio,
Y el segundo, que duró sesenta y ocho años y once
días,
Llegó a conocer nueve hijos vivos
Y uno muerto,
ochenta y siete nietos, ciento cincuenta y un
bisnietos,
Y cinco tataranietos.
Falleció en la única fe de los bienaventurados,
La de Cristo, sin dolores, con placidez y en paz
El 28 de diciembre de 1715,
A una edad de ochenta y ocho años, ocho meses y dos
semanas.
Y ha sido bajada a esta tumba
Por su esposo y todos sus familiares
Entre miles de lágrimas.

† †
†

Justo al lado de esta pirámide estaba la columna recordatoria de Van Leuven, en la que se leía lo siguiente:

†
† †

En esta columna recordatoria
Espera la dichosa unión eterna
Con su alma
El infortunado cuerpo
Del señor Carl Franz van Leuven,
De la que fue separado por mano criminal.

Fue un piadoso, virtuoso y valiente
Noble holandés, que
Tenía la intención de ir hasta Ceilán
Junto a su querida esposa,
Concordia Plüers.
Sin tener en cuenta
Cuán desleal puede ser a veces el mar
Con aquellos que a cruzarlo se atreven.
Sobrevivió, por cierto, a la horrible tormenta
De agosto de 1646,
Y puso su pie en esta isla,
El 10 de septiembre,
Y sin dudas habría acatado
Su destino aquí con bastante alegría.
Sin embargo, su maldito compañero de viaje,
Lemelie, quien pretendía
Enfriar, tras su muerte,
Sus ardientes y lúbricas llamas
En la casta Concordia,
Arrojó a este honorable caballero
El día de San Martín de 1646
A las rocas, desde un elevado peñasco.
Fue hallado, tras tres días, en estado miserable,
Y ha sido enterrado
Por su casta esposa,
En estado de preñez, y su
Fiel servidor, Albert Julius,
En este sitio,
Donde se ha
Erigido el presente monumento.

† †
†

A unos ciento cincuenta pasos de estas tres columnas

honoríficas y recordatorias, pudimos ver, cerca de la orilla del Río del Oeste, la columna de la vergüenza de Lemelie, alrededor de la que habían arrojado un gran montón de piedras, de modo que solo tras algo de esfuerzo pudimos llegar hasta allí, para leer las siguientes líneas talladas:

¡Escupe sobre esta pila,
Lector!
Pues aquí
La inocente Tierra
Ha de soportar en su seno
La carroña del condenado Lemelie,
Quien ha sido para ella, en vida,
Una vergonzosa carga.
El verdadero nombre de este asesino
Nos es desconocido,
Igual que dónde y cuándo nació
Y quiénes fueron sus padres.
Pero poco antes de su horrible final
Ha reconocido
Que sus padres, sus hijos
Y muchos otros fueron víctimas
De sus crímenes, sus incestos, su lubricidad y
venenos.
Sí, todos estos vicios
Fueron, desde joven, su oficio.
La sangre de Karl Franz van Leuven,
Derramada injustamente,
Clamará por venganza contra él
En esta isla
Hasta el día del Juicio Final.
Pero no se había enfriado aún esa sangre,
Cuando ya el perro asesino se había preparado
Para cometer un nuevo crimen, contra el pobre de

Albert Julius,
Pues este era un obstáculo para que él
Pudiera ejercer su lúbrica violencia
Sobre la casta Concordia.
Pero
Como la maldad era tan grande,
El castigo llegó pronto.
Pues el hijo de la oscuridad arremetió
En la oscuridad contra aquel,
Y, sin intención,
Fue herido de muerte, mercedamente
Por el que había sido injustamente herido.
Sin embargo, el arrepentimiento y la conversión
Le resultaron imposibles,
Y los consuelos de a quienes él había ofendido
Fueron inútiles.
La misericordia de Dios fue impotente,
Y la desesperación, en cambio, inevitable.
Así que se perforó el vil corazón
Con su propio cuchillo,
Y así murió el endemoniado, como un animal,
Igual que como vivió.
Y fue enterrado aquí como un animal
El 10 de diciembre de 1646
Por
Albert Julius.
Que el señor sea Juez entre tú
Y nosotros.

Todos nos asombramos aquí del esmero y la destreza de nuestro patriarca Albert; y empleamos aún más de una hora en visitar las otras tumbas, que tenían todas pequeñas inscripciones. Luego, seguimos nuestro camino hasta la comarca de Christoph.

Esta colonia consistía de catorce hogares. Los habitantes, al igual que los de las otras comarcas, llevaban una muy buena administración y, por lo demás, hacían el mismo uso de los campos, de los montes de vid y del agua que los de la comarca de Johann. Además, aquí se podía ver la primera esclusa principal del Río del Norte, junto a un bien construido puente. Parecían aventajar a casi todos los otros en lo que respecta a la jardinería y la crianza de árboles frutales. Tras haber observado bien los frutos del campo, los montes de vid y toda otra cosa de interés, luego de almorzar con ellos, regresamos a buena hora al Castillo de Albert.

El maese Schmeltzer se dirigió, según lo convenido, a la alameda de la comarca de David, a fin de llevar a cabo sus obligaciones sagradas. Los demás, entretanto, ayudamos con el mayor placer en realizar en los pilares de la iglesia aquello que era necesario para un mejor progreso de la obra. Después de la caída del sol, al regresar el maese Schmeltzer y cenar junto con nosotros, nos reunimos todos, según la costumbre, y oímos la reanudación de la historia del patriarca Albert. Así comenzó:

*

Mis queridos, recuerdo que lo último que mencioné fue la alegría que tuvimos mi querida esposa y yo por el nacimiento de nuestros primeros mellizos. Y debo volver a repetir que la misma fue incomparable, ante todo, cuando mi esposa, tras seis semanas de merecido descanso, estuvo en condiciones de retomar con vigor sus tareas domésticas habituales. De modo que vivíamos como las personas más felices del mundo, pues no deseábamos más que lo que podíamos lograr y tener a diario. Las ansias de volver a ver nuestras patrias, en cambio, parecían haberse extinto

completamente en nosotros dos. E, incluso, yo ya no hacía el menor esfuerzo de mirar a ver si pasaba algún barco. Y si, a veces, el trabajo diario nos resultaba algo amargo, tanto más nos relajábamos amenamente por la tarde y la noche. Además, a menudo, había muchos días y semanas en los que no trabajábamos por una necesidad acuciante, sino meramente por placer.

La pequeña Concordia, que había aprendido a hablar con perfecta claridad y, por cierto, tanto en alemán como en inglés, se había convertido ya en la niña más agradable y tierna del mundo, razón por la cual pasábamos muchas horas del día bromeando con ella y viendo cómo hacía sus travessuras infantiles. E, incluso, a menudo, nos veíamos obligados a hacer nosotros mismos de niños.

¡Pues bien, mis queridos amigos! –nos dijo aquí nuestro patriarca, al tiempo que sacaba un gran libro manuscrito de un depósito–,¹ me resulta, en parte, imposible y, en parte, inútil, además de aburrido, contaros todas las pequeñeces, que no son particularmente extraordinarias; es por ello que voy a evitar todas las dilaciones y aquello de lo que os podéis hacer una idea acabada y, con la ayuda de mi agenda, os daré cuenta solo de los sucesos más importantes de los días y años subsiguientes y hasta el tiempo presente.

¡Ea! Fue sumamente raro que, hacia fines del mes de junio de 1649, llegara un invierno bastante frío a nuestra isla; después de tres años, era la primera vez que teníamos hielo y nieve, y también sentimos un aire helado. Mas, estando yo aún en trance de proteger de mejor manera nuestra casa contra esta inclemencia, volvió el clima templado. El duro invierno no ocupó más que dieciséis o diecisiete días.

El 16 de marzo de 1650, el Cielo volvió a obsequiarnos con una nueva hija, que yo bauticé con el nombre de Maria; y el

1 Esta aclaración corresponde al narrador externo, Eberhard Julius.

14 de diciembre del año siguiente, 1651, fuimos alegrados con un hijo, que recibió el nombre de Johann. A causa del inusual calor, este año fue muy improductivo en cuanto a cereales y otros frutos, pero dio, en cambio, una excelente vendimia, y como aún teníamos grandes provisiones de cereales de los años anteriores, no llegamos a conocer la carencia.

El año 1652 nos regaló una cosecha de cereal tanto más abundante y, en cambio, poco vino. En medio de la cosecha de vid fallecieron nuestros dos monos más viejos: uno después del otro, en el curso de pocos días. Nos lamentamos mucho por la pérdida de estos dos animales tan inteligentes, pero aún teníamos cuatro parejas bajo nuestro servicio. Las primeras tres parejas se habían reproducido mucho, pero yo solo dejé con vida dos parejas de jóvenes monos y ahogué, a escondidas, a los otros a fin de que su sociedad no tuviera ocasión de volverse demasiado fuerte ni petulante.

El 13 de mayo del año 1653, mi preciada esposa dio a luz, nuevamente, a una bien formada niña, que fue bautizada con el nombre de Elisabeth. De modo que ya teníamos tres hijos y tres hijas, que le daban, a la vez, suficiente entretenimiento y quehacer a la aplicada madre. Ese invierno, con Concordia, empezamos a darles lecciones escolares a Albert y Stephan: yo dibujaba para ellos las letras del abecedario y se las enseñaba; y ellos aprendían tan fácilmente que, hacia el final del invierno, ya podían deletrear bastante bien en alemán e inglés. Además, su madre les enseñó las oraciones y sentencias más útiles de la Biblia, de modo que, con el mayor regocijo, podíamos oírlos y verlos orar por la mañana, por la noche y a la mesa, sea en alemán o en inglés. Mi querida esposa ya no podía ayudar mucho en las duras faenas del campo u otros trabajos fuertes, sino que tenía que cuidarse para velar tanto mejor y con más paciencia por los

chicos. Yo, en cambio, con la ayuda de los monos, me esforzaba tanto más por proveer la comida necesaria.

El 25 de diciembre del año 1655, mi querida esposa tuvo mellizos de nuevo. En memoria del bello día en que nacieron, bauticé al primero como Christoph y le puse Christian al otro. La pobre madre llegó a estar muy débil tras este parto, pero la fuerza del Todopoderoso restableció plenamente su salud al cabo de algunas semanas.

El año 1656 nos hizo sentir un otoño y un invierno bastante malos, pues el primero trajo consigo muchísima lluvia y el segundo, un frío muy intenso y mucha nieve; de modo que la cosecha de cereal que les siguió, al igual que la de vid, apenas si fueron un cuarto de abundante que las de los años anteriores. Y, no obstante, hubo de sobra para nosotros, los niños, los monos y los otros animales domésticos.

El 22 de septiembre de 1657, mi fértil esposa tuvo aún otra hija, que fue llamada Christina; y en 1660 se embarazó por última vez: pues cierto día en que paseábamos por la orilla del río, de pronto tropezó y se dio un duro golpe, y se habría ahogado sin lugar a dudas, si yo no la hubiera socorrido, poniendo en riesgo mi propia vida. Ella se asustó tanto y sufrió tal daño interior que, para nuestra mutua pena, el 9 de julio trajo al mundo, de forma prematura, una hija muerta; y ella misma necesitó dos años enteros para recuperar su lozanía anterior.

Transcurrido este tiempo, mi preciada esposa se halló de nuevo en todo su vigor y a sus treinta y cinco años se veía aún tan bella y fresca como una jovencita, mas no pudo volver a quedar embarazada. Sin embargo, no nos impacientamos por ello, sino que le agradecemos a Dios por el hecho de que nuestros nueve amados hijos se hallaran completamente sanos, y porque crecieran en el temor de Dios y fueran disciplinados; pues no puedo decir que hayamos tenido razón alguna para enojarnos por una u otra cosa, o

que tuviéramos que recurrir a la fuerza, sino que he de conceder que, a una seña y palabra de sus padres, ellos hacían todo aquello que se les solicitaba. Y esto no lo atribuíamos en modo alguno a nuestro sagaz modo de educarlos, sino a una gracia particular de Dios.

Mi hijastra, Concordia, que ya había llegado a la edad núbil, era, sin dudas, una muchachita extraordinariamente bella, virtuosa e inteligente y piadosa, y sabía hacer tan bien las tareas domésticas que tanto su madre como yo nos veíamos muy aliviados en nuestros habituales esfuerzos y labores. Mi propia querida esposa tuvo, por ello, que obligarse a tomarse días de descanso y pasar su tiempo solamente instruyendo y educando a los más pequeños. A mis dos mellizos más grandes los había hecho adelantar tanto, con la ayuda de Dios, que se hallaban aptos para enseñar a sus hermanos menores a leer, escribir y rezar. Yo, en cambio, les impartía clases a todos mis niños temprano por la mañana durante dos horas y, por la noche, otro tanto. A menudo, su madre me relevaba en esta tarea; el resto del tiempo debían emplearlo haciendo trabajos útiles y que estuvieran a la medida de sus fuerzas: aprender a disparar, a atrapar peces, aves, cabras y otras presas. En suma, debían hacer como si tuvieran que quedarse en esta isla de por vida.

Entretanto, a menudo les contábamos a nuestros hijos acerca del modo de vida de los seres humanos en nuestras patrias y en otros rincones del mundo; también nuestras propias historias: tanto como necesitan saber. Pero nunca percibimos que ni siquiera alguno de ellos mostrara deseos de ver tales países o lugares, cosa que alegraba de corazón a mi esposa. Yo, empero, reprimía mi preocupación, que desde hacía un tiempo se había vuelto a animar. Y un día ocurrió que nuestros dos hijos mayores vinieron corriendo a toda prisa e informaron que habían visto tres barcos bien

lejos en el horizonte y que, sin dudas, iban personas en ellos. La madre, entonces, les respondió:

–Dejadlos ir, mis niños, ya que no sabemos si viaja en ellos gente buena o mala.

Pero yo me excité y me descontrolé tanto, que mis ojos se llenaron de lágrimas y, a fin de ocultarlo, me fui en silencio a la habitación y me recosté sollozando en el lecho. Concordia me siguió de cerca y se tiró encima de mí. Y, tras besar mi boca varias veces de forma amorosa, me dijo:

–¿Qué ocurre, tesoro mío? ¿Os habéis cansado ya totalmente, tal vez, de nuestro feliz modo de vida y de vuestra hasta hoy tan querida esposa, de modo que vuestra nostalgia por otras personas os pone en evidencia en tal alto grado, una vez más?

–Os equivocáis, mi muy querida –le respondí–, ¿o queréis quizás ofenderme por vez primera? No obstante... Creedme. Invoco, además, a Dios de testigo: no he tenido en absoluto la idea de irme de aquí, ni he sentido el anhelo de ver a otras personas. Más bien, deseo de corazón pasar el resto de mi vida en calma y en paz junto a vos, en este dichoso sitio; más aún si tenemos en cuenta que ya hemos pasado lo más difícil, con la ayuda de Dios, y podemos esperar aún la mayor alegría a causa de nuestros bellos hijos. No obstante, decidme, por el amor de Dios, por qué no hemos de tratar con otras personas, ahora que nuestros hijos empiezan a llegar a la edad de contraer matrimonio. ¿O acaso creéis que Dios va a hacer caer de golpe cuatro hombres y cinco mujeres del cielo, a fin de que los casemos con nuestros hijos? ¿O queréis que, tan pronto como el instinto natural domine tanto la razón como la piedad, cometan incesto y se casen entre sí? ¡Que Dios lo impida! Pero decidme ahora, tesoro mío, qué opináis acerca de esta, mi mayor inquietud: si no hemos de temer el pecado y la vergüenza de nuestros niños, a los que hasta el momento hemos educado tan bien. Y si

está bien que, por alguna que otra negligencia, pongamos a prueba la omnisciencia de Dios.

Mi Concordia empezó a llorar amargamente, al oírme hablar con tal inusual celo; mas esta mujer fiel me tomó por el cuello y, entre cientos de besos, me dijo:

–Tenéis razón, mi querido esposo, y sois más sensato que yo. Disculpa mis errores y tened a bien creerme que nunca pensé en admitir tales matrimonios incestuosos. Es solo que el miedo a los hombres malos, que podrían, acaso, tomar a su antojo nuestra isla y nuestros bienes, asesinaros y ultrajarme a mí y a nuestros niños y hacernos sus esclavos... me ha empujado siempre a desaconsejar que nos dejáramos descubrir por hombres extraños y desconocidos, que incluso podrían no ser ni siquiera cristianos. Por lo demás, he confiado en que Dios nos mandaría personas de la nada, que o bien nos llevarían con ellos, o bien nos ayudarían a agrandar nuestra familia. Sin embargo, mi muy querido Julius –continuó–, reconozco que vos lo comprendéis todo mejor. De modo que id allí con nuestros hijos y tratad de llamar la atención de esos barcos. ¡Dios quiera que sean cristianos y honestos!

Esta fue, pues, la primera y última pelea que hubo entre mi esposa y yo, si es que puede ser llamada así. Ni bien nos hubimos puesto de acuerdo, como aún era bien de día, subimos con mis dos hijos a la cima del Risco del Norte, disparamos nuestras escopetas, gritamos como locos, encendimos un fuego e hicimos humo allí arriba y lo mantuvimos durante toda la noche; pero, más allá de varios disparos de cañón, no oímos más nada. Y al despuntar el día no vimos ya ninguno de los barcos; sí, en cambio, un mar tormentoso y lúgubre, por lo que yo deduje que a los barcos les habría resultado imposible, a causa de los vientos desfavorables, atracar en la costa, por mucho que hubieran querido hacerlo.

A causa de esto, estuve varios días intranquilo; pero, al fin, mi esposa me consoló con estas palabras:

–No os aflijas tanto, mi querido Albert; el Señor lo arreglará y acallará nuestra inquietud antes, quizás, de que nos hayamos dado cuenta.

Y, ciertamente, tampoco respecto de esto echó a perder el Cielo su esperanza y su firme confianza: un año después, en 1664, habiendo ido a pasear por la tarde, el día de la Purificación de María,² con toda mi familia a la orilla del mar, divisamos con enorme asombro que, tras una fuerte tormenta, las espumantes olas, luego de haberse mostrado impiadosas contra otros, nos volvían a traer, en cambio, algunas mercancías que, aparentemente, eran muy buenas. Al mismo tiempo, empero, vimos a lo lejos dos hombres sentados a bordo de la gran viga de un barco que, usando sus brazos a modo de remos, se esforzaban enormemente por alcanzar uno de los bancos de arena que teníamos delante nuestro y salvar, así, sus vidas. Como hacía pocos meses había reparado el pequeño bote que nos había sido de ayuda al llegar Van Leuven y –en primer lugar– yo a esta isla rocosa, osé intervenir, junto a mis dos hijos mayores, que tenían ya dieciséis años, para ayudar a estos dos hombres en apuros, quienes no se percataron de nosotros hasta que nuestro bote chocó de

2 Llamado también Fiesta de la Candelaria y Fiesta de la Presentación del Niño Jesús en el Templo. Se celebra el 2 de febrero. De acuerdo a la ley mosaica, una madre que había dado a luz a un hijo varón era considerada impura por siete días; además, debía permanecer treinta y tres días en purificación de su sangre; pero si daba a luz a una niña, se duplicaba el tiempo que excluía a la madre del santuario. Al cumplirse el tiempo de su purificación (cuarenta u ochenta días) la madre debía traer al Templo un cordero para el holocausto y un pichón de paloma o una tórtola por el pecado; si no era capaz de ofrecer un cordero, podía presentar dos tórtolas o dos pichones; el sacerdote oraba por ella y entonces quedaba limpia (Levítico 12, 2-8). Cuarenta días después del nacimiento de Cristo, María cumplió con este precepto de la Ley; ella redimió a su primogénito en el Templo (Números 18, 15) y fue purificada por la oración del bendito Simeón, en la presencia de Ana, la profetisa (Lucas 2, 22 y ss.).

pronto la viga con mucha fuerza. Tanta, que uno de ellos, a causa de la fatiga, cayó al agua.

No obstante, como mis hijos le arrojaron la soga con la que solíamos amarrar el barco, aquel reunió todas sus fuerzas, se aferró firmemente a ella y fue subido por nosotros con facilidad al bote. Era este un hombre mayor, canoso; el otro, en cambio, que recibió el mismo favor de parte nuestra, parecía hallarse en sus mejores años.

El miedo a morir pintado en sus rostros era algo que podía verse con claridad, pues nos miraban muy fijamente, pero no podían decir ni una sola palabra; al fin, empero, habiendo hecho ya un buen tramo en nuestro viaje de regreso a la isla, le pregunté al viejo, en alemán, cómo estaba. Pero él sacudió su cabeza y, en inglés, me dijo que no entendía esa lengua, si bien se daba cuenta de que se trataba de alemán. Así que empecé a hablarle en inglés, por lo que de inmediato me besó las manos y me llamó su “ángel”. Mis dos hijos aplaudieron y gritaron de alegría y, en seguida, se pusieron a hablar con el joven, que los abrazó y besó, y les respondió con dulzura a sus ingenuas preguntas. Pero, como advertí que los dos accidentados, a causa de lo agotados que se hallaban, apenas si podían alzar la lengua y abrir los ojos, los dejamos tranquilos y los llevamos medio dormidos a nuestra rocosa isla.

Durante todo este tiempo, mi Concordia se había quedado en la orilla, de rodillas –junto a los demás niños–, pidiéndole a Dios por nuestro feliz retorno, ya que no confiaba mucho en nuestro emparchado bote. Es por esto que todo fue tanto más alegre cuando llegamos, en compañía de otros dos hombres. Ella tenía consigo una provisión de comida y bebida, que habíamos llevado para nuestros hijos, y que les fue entregada a los dos pobres extraños. Tan pronto como mandaron esto a sus estómagos con grandes ansias, notamos que querían seguir contándonos sus historias.

Pero como dieron a entender que habían pasado tres noches y cuatro días sin dormir y sin sosiego en medio de las olas, no nos tomamos a mal que se nos quedaran dormidos casi entre las manos. De modo que los llevamos, con el mayor de los esfuerzos, hacia la isla, a través del pasaje de la gruta.

Allí, cayeron al césped como hombres realmente desfallecidos y se quedaron profundamente dormidos. Mis dos hijos mayores hubieron de quedarse junto a ellos; yo, en cambio me fui a casa con el resto de mi familia, tomé dos carritos, enganché a cada uno cuatro monos y regresé. Cargué a los durmientes, sin que se percataran de nada y, cuando ya caía la noche, los traje a nuestra casa y los recosté sobre un cómodo lecho que mi esposa les había preparado en el íterin. Ambos se despertaron casi al mismo tiempo, no antes del día siguiente, a falta de unas dos horas de la puesta del sol. Ni bien me percaté de esto, fui a verlos a la habitación, les di buenas prendas y ropa interior, y les pedí las usaran y, luego, vinieran a reunirse con nosotros.

Entretanto, mi esposa había preparado una exquisita cena, a lo que había agregado el mejor vino y otras bebidas; y ella misma se había vestido de manera muy pulcra, al igual que los niños. Cuando nuestros dos huéspedes salieron del cuarto, hallaron todo dispuesto de la forma más bella y, tras saludar, se quedaron parados como un par de estatuas de piedra. Mis hijos les alcanzaron, para que se lavaran, un recipiente con agua, que ellos tomaron, pidiendo permiso para acicalarse fuera de la morada. Yo, sin mayores ceremonias, les di a entender que, como buenos cristianos, se sintieran como en sus casas; así que salieron y se lavaron y reanimaron al aire libre; y luego volvieron con nosotros, y el mayor, que tenía unos sesenta años, dijo:

—¡Por todos los cielos! ¡Qué clase de bello paraíso es este?

Decidnos, dichosos habitantes, si nos hallamos entre ángeles o entre mortales humanos. Es que, hasta el momento, por nuestros sentidos no podemos decidir si nos hallamos en el mundo en el que vivíamos antes o si, una vez muertos, hemos sido llevados a otro.

–Mis queridos amigos –respondí yo–, es obvio que somos tan humanos e igual de laboriosos y mortales que vosotros. Hace ya casi dieciocho años, un curioso destino nos ha traído a mi cara esposa y a mí hasta esta isla. Los nueve niños que veis aquí, tan prolijamente alineados, han nacido en esta soledad, durante este lapso de tiempo; y, más allá de nosotros que estamos juntos aquí, no hay ninguna otra alma humana en toda la isla. Pero –continué–, tendremos tiempo y oportunidad suficientes para hablar largamente acerca de estas cosas; así que disfrutad de nuestras comidas y bebidas, a fin de que podáis reponer tanto más rápido las fuerzas que habéis perdido en el mar.

Acto seguido, nos sentamos a la mesa, comimos y bebimos con gran apetito y con el debido placer. Dimos las gracias a Dios, y el viejo se dio cuenta en seguida de que tanto yo como mi Concordia estábamos ansiosos por conocer sus historias de vida, así que satisfizo nuestra curiosidad con un extenso relato, que se prolongó hasta la medianoche. Yo, empero, solo diré, brevemente, que este hombre se llamaba Amias Hülter y que hacía algunos años había sido arrendatario de distintas chacras reales en Inglaterra. Su compañero se llamaba Robert Hülter y era su sobrino. Además, supimos, con sorpresa, que el 30 de enero de 1649, es decir, dos años y ocho meses después de nuestra partida, los rebeldes ingleses habían decapitado cruelmente al buen rey Carlos; que, luego, un hombre llamado Oliver Cromwell, un mero noble, se había erigido en Protector del reino; que en 1658 lo había seguido en esa dignidad su hijo, Richard Cromwell; que este había sido destituido, empero, ya al año siguiente;

y que, por ello, hace casi tres años habían ungido a un nuevo rey, Carlos II, bajo cuyo reinado vivían todos ahora con bastante calma.³

El bueno de Amias Hülter, que había gozado de la beatitud del decapitado rey Carlos, había comprado una gran finca, pero nunca se había casado, y había perdido casi todo lo que tenía en estos disturbios, siendo expulsado del país sin poder salvar más que la posibilidad de iniciar un pequeño comercio ultramarino, en el cual había vuelto a ganar, de a poco, mucho dinero, que le había dado a su hermano, Joseph Hülter, para que lo cuidara. Pero este hermano suyo había dejado la religión reformada y se había ido a Portugal; allí se había vuelto a casar, alcanzando una considerable dicha mundana. El hijo de este –llamado Robert–, empero, no estaba conforme con el modo de vida de su padre, en especial con el hecho de que hubiera cambiado de religión; es por ello que, siendo aún un adolescente, se había embarcado con su tío Amias y, con él, había juntado bastante oro y otros tesoros en las Indias Occidentales. Pero como hacía unos meses había circulado la idea de que ahora, bajo el reinado de Carlos II, en Inglaterra corrían de nuevo buenos tiempos, habían dejado el Brasil y habían entrado a servir en un barco, a fin de ir hasta Portugal y, de allí, regresar a Inglaterra, a su patria, donde querían ponerse bajo las órdenes del nuevo rey. El destino adverso, con todo, cortó tempranamente su

3 La familia de Albert se entera aquí de algunos sucesos importantes de las etapas segunda y tercera de la Guerra Civil Inglesa. El fin del largo enfrentamiento entre el bando realista y el bando parlamentario supuso el enjuiciamiento por alta traición del rey, que fue decapitado el 30 de enero de 1649. En consecuencia, se proclamó la única República en la historia inglesa, bajo el mando de Oliver Cromwell, quien luego pasaría a ser Lord Protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda, entre 1653 y 1658. A su muerte, lo sucedió su hijo, Richard, que ocupó el cargo del 3 de septiembre de 1658 al 25 de mayo de 1659, cuando tuvo que dimitir por presiones del ejército. Finalizó así el Protectorado creado por su padre. La República o *Commonwealth* tampoco pudo consolidarse y un año después (1660) se reinstauró la monarquía, con Carlos Estuardo (o Carlos II).

propósito, pues una horrible tormenta desvió el barco de su ruta habitual, conduciéndolo a un arrecife que no pudieron ver, de modo que, durante la noche, quedaron encallados y toda su carga de hombres y mercancías fue a parar a las salvajes aguas. Fue en este momento de terror que Amias y su sobrino se aferraron a esa viga en la que tuvimos la suerte de salvarlos a tiempo, después de que los pobres hombres fueran un juguete del viento y de las olas durante tres noches y cuatro días.

Mi Concordia quiso, tras esto, sonsacarles alguna noticia de sus familiares, pero por Amias solo pudo saber que, por cierto, este había visto y hablado a menudo con su padre e, incluso, había hecho algún que otro negocio. No obstante, por lo demás, no supo decirle nada de su casa, más allá del hecho de que en 1648 se hallaba aún en una buena posición. En cambio, Robert, que hasta el momento había hablado poco, podía acordarse aún muy bien de que, siendo aún un niño de doce o trece años, había oído que al banquero Plürs un caballero le había raptado una hija, llamada Concordia, y agregó que no sabía a ciencia cierta a dónde la habían llevado o si había sido devuelta.

Así que les informamos que aquí tenían, delante de sus ojos, precisamente, a esa tal Concordia Plürs, y les prometimos que al día siguiente les contaríamos en detalle toda nuestra historia. De modo que todos nos fuimos a dormir, tras hacer, en inglés, nuestras oraciones de la noche.

De ahí en más, no tuvimos el menor reparo, ni mi mujer ni yo, en contarles todo lo que nos había sucedido desde los comienzos y, en especial, en esta isla, a estos dos huéspedes y compatriotas a los que la honradez les brillaba en los ojos, y a los que el temor de Dios parecía serles muy grato.

Lo único en lo que callamos fue en lo relativo al gran tesoro amurado de don Cirilo; pero, más allá de esto, dimos cuenta de tener tal riqueza en oro, plata, piedras preciosas

y otras cosas valiosas, que se asombraron y opinaron que ni en Inglaterra ni en ningún otro lado podía hallarse comerciante alguno ni persona de rango mucho mayor –con la excepción de los grandes señores– que fuera más pudiente que nosotros. De todos modos, yo les di a entender con claridad que ni a mí ni a mi esposa nos importaban mucho estas cosas, y que mucho más valorábamos la alegría de vivir en esta isla en calma, sin ser perseguidos ni tener que estar preocupados o inquietos; y que no le pedíamos a Dios sino que nos concediera la dicha de enviarnos, para desposar a nuestros hijos e hijas, jóvenes cristianos piadosos que desearan vivir en calma y paz en esta isla, ya que esta se hallaba en condiciones de proveer rica y abundantemente a sus habitantes de casi todo lo que atañe al alimento y a las necesidades básicas.

Mientras decía esto, percibí que el joven Hülter se ponía algo colorado, y que, al mismo tiempo, miraba con ansias a mi bella y virtuosa hijastra; sin embargo, solo después de algunos días, nos pidió su mano, a mi esposa y a mí, por intermedio de su tío Amias. Como ya había hablado yo en secreto con ella, aceptamos el ofrecimiento de este guapo y piadoso joven, y le prometimos darle nuestra hija en matrimonio en el lapso de un mes, siempre y cuando pudiera, y quisiera, jurar con buena conciencia: 1) Que era soltero; 2) que estaba conforme con nuestro culto y fe; 3) que viviría en paz con su mujer y con nosotros; 4) que, salvo en caso de extrema necesidad, nunca la abandonaría ni se la llevaría de esta isla contra su voluntad, sino que se quedaría a vivir aquí por toda su vida. El bueno de Robert juró y prometió que cumpliría todos los requisitos que le pedíamos, y agregó que esta bella imagen de la virtud, es decir, su futura esposa, poseía sobrados atractivos como para expulsar de sí toda nostalgia por otros países, personas y tesoros. Tras esto, se celebró el compromiso, lo cual nos hizo llorar a todos de

alegría, en especial al viejo Amias, que proclamó, en voz alta, que en la persona de nuestro yerno habíamos dado con el alma más honesta del mundo entero, cosa que resultó ser así en todo, gracias a Dios.

–Me da pena –me dijo luego el viejo Amias– no poder quitarme yo mismo unos treinta o, al menos, veinte años, para tener también la dicha de ser vuestro yerno; mas como este deseo es imposible, y ya estoy viejo, tan solo le pido a Dios que me use de herramienta para conseguirles parejas a vuestros restantes hijos. No obstante –agregó–, por el momento no se me ocurre ningún medio sensato, así que tan solo pido la ayuda de Dios y algún lapso de tiempo.

En los días siguientes, se lo dispuso todo para el casamiento arreglado, que se llevó a cabo el 14 de marzo de 1664. Ese día, yo, en calidad de padre y pastor, sellé la unión de la pareja de novios. Este matrimonio ha sido tan feliz como fértil: en los años siguientes tuvieron catorce hijos (cinco varones y nueve mujeres); lo que ha sido un permanente consuelo y placer para mí y mi querida esposa. Más aún, porque nuestro yerno, por voluntad propia y cariño hacia nosotros, se cambió el apellido, y el mismo día después de la boda se hizo llamar Robert Julius.

Ese mismo otoño construimos una nueva casa, bella y espaciosa, para la joven pareja. Amias la compartió con ellos y, además, demostró ser un prudente y excelente obrero, que, en poco tiempo, ayudó a mejorar todas mis obras a lo largo y ancho de la isla. De modo que pudimos convivir todos muy contentos, según lo habíamos deseado.

Nuestra provisión de vino, cereales, carne salada, frutos y otros alimentos había aumentado mucho a causa de esto, de suerte que ya no pudimos hallar, para conservarlos, ni recipientes suficientes ni espacio en las bóvedas subterráneas de don Cirilo. Más allá de esto, seguíamos sembrando y cosechando todos los años, y les dábamos de comer el

excedente a los monos –había ahora veinte a nuestro servicio–; y, sin embargo, en 1666 habríamos podido alimentar a otras cien personas más, además de a nosotros mismos. Pero como no se anunciaba nadie, tuvimos que dejar que se malograra una gran cantidad del mejor cereal, para nuestra aflicción.

A menudo, Amias suspiraba con congoja a causa de esto y una tarde en que, delante de nuestras casas, aguardábamos el fresco viento de la noche para reanimarnos, dijo:

–¡Cuán maravillosa es la providencia del Todopoderoso! ¿Cuántos millares de cristianos hay que, con su amargo trabajo, no tienen lo suficiente como para llenar sus estómagos según sus ganas? Los menos de los ricos quieren compartir con los pobres una parte considerable de sus riquezas sobrantes, porque temen caer ellos mismos en la pobreza. Y nosotros, habitantes de este paraíso, con gusto compartiríamos con el prójimo el disfrute de todo esto, pero no hay en absoluto personas aquí para pedirnos algo. No obstante, mi querido Julius –continuó–, ¿no es nuestra responsabilidad que, en vez de que nos quedemos aquí todo el tiempo ociosos, hagamos un pequeño esfuerzo y corramos un cierto riesgo para, cuanto menos, traer aquí tantas personas de ambos sexos como necesitamos para casar a vuestros hijos, que se acercan ya a la edad de contraer matrimonio y no pueden hacerlo entre ellos, so pena de cometer un pecado vergonzoso muy grande? ¡Vamos! Dejad que tomemos la audaz resolución de construir un barco y que, con él, confiando firmemente en la ayuda de Dios, viajemos hasta el próximo país –o isla– en el que haya cristianos y busquemos entre ellos hombres y mujeres para vuestros hijos. Pienso en la isla de Santa Helena, en donde se han afincado los portugueses. Y, en base a los mapas y cartas de navegación que he visto en vuestra casa, un secreto instinto me asegura no solo que esta isla llenará

nuestras expectativas, sino también que no puede estar muy lejos de aquí.

A mi señora y a mí nos chocó bastante la propuesta de Amias –que parecía ser demasiado peligrosa– antes de que llegáramos a responderle de forma apropiada y hacer precavidos reparos. Pero como él los rechazó bastante sensatamente y hacía parecer el asunto cada vez más sencillo, mi esposa finalmente tomó una decisión y dijo:

–Queridos amigos, no vamos a rompernos la cabeza por esta causa de forma anticipada; ved primero cómo os va con la fabricación del barco. Si llegáis a terminarlo y el mismo queda en un estado en el cual sea racional abordarlo y emprender un viaje tan peligroso, y el Cielo, entretanto, no nos muestra otros medios y caminos para remediar nuestras inquietudes, tendremos hasta entonces tiempo de sobra para decidir de común acuerdo cómo llevaremos a cabo la operación, y también quiénes y cuántos de nosotros han de ser de la partida.

Después de que todos manifestamos nuestro acuerdo con esta opinión y, sin más, al día siguiente, comenzamos a talar árboles y, luego, a trabajarlos, de modo que pudimos hacer, a partir de ellos vigas, tablas y tablones. Asimismo, recolectamos con esmero las maderas de barcos encallados que el mar nos había traído; mas como, inmediatamente, comenzó un tiempo lluvioso y también había que hacer los trabajos agrícolas y de viticultura, hubimos de posponer la construcción del barco hasta un momento futuro que fuera más propicio para ello.

En agosto del año 1667, estando la esposa de Robert embarazada ya de su segunda hija, volvimos, pues, a poner nuestras laboriosas manos a la obra en lo que respecta a la construcción del barco; de modo que en abril de 1668 terminamos, según el plano de Amias, con las partes de madera más importantes. En consecuencia, y por indicación

suya, se inició también la construcción de una fragua, en la que se debían forjar y preparar los clavos y otras piezas de metal que resultaban necesarias para la armadura del barco. Ya habíamos llegado a instalarla bastante bien, cuando, un día, mis tres hijos menores, que estaban encargados de traer a la orilla, con ayuda de los monos, los pedazos de madera más livianos, vinieron corriendo e informaron que habían visto, cerca de nuestra isla, un barco con gente dentro. De modo que todos juntos, entre atemorizados y esperanzados, bajamos a toda prisa hasta el mar y vimos cómo dicho barco se había quedado encallado en uno de los bancos de arena que se hallaba en frente nuestro. Dos hombres del barco parecían hacernos angustiosas señas para que los socorriéramos, por lo que Robert, en compañía de mis dos hijos mayores, se subió a nuestro pequeño bote y fue hacia allí, donde mantuvo una larga conversación con los tripulantes y, al fin, regresó con nueve nuevos huéspedes: tres mujeres y seis hombres. Estos miserables, empero, se asemejaban más a los muertos que a los vivos y solo una de las mujeres y dos hombres tuvieron aún las fuerzas suficientes como para subir con nosotros hasta la isla; los otros seis, que apenas si podían mantenerse en pie, hubieron de ser cargados.

El viejo y muy avezado Amias reconoció en seguida los signos de lo que ellos, finalmente, hubieron de confesar: que no era solo por el hambre que se hallaban en un estado tan penoso, sino también a causa de una grave enfermedad del mar, el así llamado escorbuto;⁴ es por esto que en el acto se organizó la casa de Robert como hospital y, desde ese

4 Se trata de una enfermedad que era muy común en la época entre los marineros. Es producida por la carencia o escasez de vitamina C y sus síntomas son el empobrecimiento de la sangre, manchas lívidas, ulceraciones en las encías y hemorragias. Su fisiología y su cura fueron descritas, por primera vez, por el médico inglés James Lind, en su libro *Tratado sobre la naturaleza, las causas y la curación del escorbuto* (1753).

momento, se lo dispuso todo como para que los enfermos recibieran el cuidado más esmerado posible.

Durante los primeros días, nos preocupamos poco y nada por saber quiénes eran, así como tampoco ellos por saber quiénes éramos nosotros, pero se podía percibir muy bien cuán contentos y agradecidos estaban por nuestra hospitalidad; más allá de esto, con todo, antes de que transcurriera una semana, murieron una mujer y dos hombres, y la otra semana les siguió un tercer hombre, tal vez a causa de que el mal ya había avanzado mucho en su interior o, quizás, porque no se había dosificado bien la comida y la bebida.

Los muertos fueron sepultados con gran pesar de nuestra parte, y luego cuidamos tanto más aplicadamente a los restantes, que se hallaban muy débiles. Amias preparó para ellos unas medicinas a partir de algunas de nuestras hierbas aún verdes, y no le dio a ninguno de comer y beber más que lo que tuvo por conveniente y, así, se logró, con la ayuda de Dios, que en el curso de pocas semanas nuestros otros cinco huéspedes se repusieran por completo y no dejaran percibir ya el más mínimo signo de una enfermedad.

*

—Ahora, mis queridos —dijo aquí nuestro patriarca Albert—, debería informaros quiénes eran estos desconocidos y bajo qué destino fueron traídos hacia nosotros; pero me parece que, de hacerlo, mi relato se prolongaría en exceso por hoy. Así que, si lo halláis bien, mañana, cuando regresemos de la comarca de Robert, os contaré el comienzo de ello.

Nosotros, en tanto sus oyentes, lo tuvimos a bien, y al día siguiente nos dirigimos, de la manera habitual, a la comarca de Robert. Aquí vimos cómo los hijos y herederos más distantes de Robert Hülter y la joven Concordia llevaban

la administración de sus dieciséis encantadoras casas y del muy bien labrado campo de cultivo que tenían alrededor, así como de los montes de vid que tenían al lado y que compartían con los habitantes de la comarca de Christoph. El hijo mayor de Robert nos llevó a la casa de sus difuntos padres, que él ocupaba desde la muerte de ellos, y no solo nos mostró una vieja Biblia inglesa con un cancionero y un libro de oraciones, que era tenida por una reliquia especial por parte de todo el linaje, sino, también, todo tipo de cosas valiosas y curiosas, que el padre fundador Robert les había dejado a sus descendientes en recuerdo de su prudencia y destreza. En las rocas exteriores, hacia el este, se había erigido una cómoda garita de vigilancia, a la que le fuimos a echar un vistazo, así como a los tres cañones que había allí instalados; y, en el camino, nos regocijamos mucho al ver la gran cantidad de animales silvestres que correteaban por el bosque. Fuimos luego atendidos de la mejor manera en la casa fundacional de Robert. Y, después de que la comarca recibiera, en cada uno de sus hogares, una Biblia inglesa y un cancionero, además de otros regalos comunes para los jóvenes, emprendimos a buena hora el camino de regreso al Castillo de Albert.

Entretanto, habiendo ido el maese Schmeltzer a pasear a la alameda de la comarca de David a fin de continuar con sus lecciones religiosas, y los demás a dar una muy entusiasta mano en la construcción de la iglesia, nuestro patriarca Albert invitó para la cena a sus dos hijos mayores, Albert y Stephan, y a sus dos esposas aún con vida, y, además, a David Julius, al que llamaban Rawkin, junto a su esposa Christina, que era la hija menor del patriarca. Estos se sentaron al lado del maese Schmeltzer y cenamos todos juntos. Luego, muchos se despidieron y ya solo quedamos unas diez personas allí sentadas. A saber: el patriarca Albert; sus hijos, Albert y Stephan, y las mujeres de ellos; David y Christina; el maese

Schmeltzer, el señor Wolfgang y yo. Entonces, el patriarca comenzó a hablar:

—Anoche, mis queridos amigos, he prometido daros mayor información acerca de las personas que tuvimos la dicha de poder acoger, hambrientas y enfermas, en el año 1668. No obstante, como tres de ellas aún viven y se hallan aquí presentes, a saber: este, mi querido yerno David, y mis dos queridas nueras, las esposas de Albert y Stephan, me pareció mejor que sean ellas mismas quienes nos cuenten su historia. Sé, mi piadosa niña —le dije aquí a la esposa de su hijo Albert—, que vuestra inteligencia, memoria y locuacidad, todas excelentes, se hallan aún tan perfectas en vos como todas las demás virtudes, pese a que el tiempo nos ha cambiado a todos bastante en esta isla. Así que tened la bondad de contarles detalladamente, de vuestra propia boca, los sucesos de vuestra juventud a este pariente mío y a estos otros caros amigos, a fin de que tengan ellos tanta mayor razón para admirar la maravillosa mano del Cielo.

De modo que la matrona de casi ochenta años, cuyo rostro y figura eran, incluso a una tal edad, muy agradables, se puso de pie, besó, en primer término, a nuestro patriarca, se volvió a sentar, tras hacer una respetuosa reverencia y dio inicio a su relato como sigue:

*

Me resulta algo difícil, mis queridos, siendo una mujer de tantos años, contaros acerca de mi juventud, pues es común que en esa época se cometan tonterías que a una inteligencia madura le resultan dignas de desprecio. Mas, como la vida humana, en general, puede ser llamada, en mayor o menor medida, según de quién se trate, una conexión de muchas tonterías, no me intimidaré: prestaré obediencia a

la orden de mi muy querido suegro y contentaré la atención de sus nobles amigos, que no tomarán a mal si yo, una mujer entrada en años, no logro dar cuenta de todo con la belleza y el orden que más conviene.

Mi nombre es Judith van Manders y nací en 1648, para la misma época en que los Países Bajos se hallaban sumidos en la mayor alegría, a causa de la paz general pactada y la libertad, que, finalmente, se había logrado con éxito.⁵ Mi padre era uno de los hombres más respetables y ricos de Middelburg, en Zelanda,⁶ y había prestado servicios realmente importantes a la República al igual que sus ancestros, por lo que había sido elegido como miembro del Alto Consejo. Yo fui criada –junto con una hermana mayor y dos hermanos– tal como lo exigía nuestra posición y el gran patrimonio de nuestros padres, cuya meta principal era únicamente la de hacer de sus hijos personas piadosas y virtuosas. Y ninguno se descarrió, con la excepción de nuestro hermano mayor, que, por cierto, siempre generaba una buena impresión externa, pero que, en secreto, se daba a todas las lujurias y libertinajes. Ni bien hubo mi hermana llegado a los dieciséis y yo a los catorce años, un número más o menos grande de jóvenes de buena posición empezó a presentarse en la casa, para conocernos. Mi hermana Philippine era tenida por una de las jóvenes más bellas de Middelburg; de mi aspecto, en cambio, se decía que, en cuanto a belleza, no solo superaba a mi hermana, sino a todas las mujeres del país... Lo digo sin vanagloriarme. No

5 Alusión a la Paz de Westfalia, firmada en 1648, con la que concluyeron, por un lado, la guerra de los Treinta Años, en Alemania, y, por el otro, la guerra de los Ochenta Años, entre los Países Bajos y España. La paz supuso, entre otras cosas, el reconocimiento de la independencia de los Países Bajos (entonces conocidos como Provincias Unidas). *Cfr.* nota 7.

6 Middelburg es la capital de la provincia de Zelanda, en los Países Bajos. Durante el siglo XVII, fue una base importante de la Compañía de las Indias Orientales, por lo que vivían en ella muchos comerciantes muy ricos.

obstante, se me achacaba como un error particularmente grande el tener un temperamento demasiado callado, ensimismado, melancólico y, por ello, fastidioso; mientras que, en cambio, mi hermana dejaba entrever un modo de vida alegre y jovial.

A mí no me importaban mucho los reproches. De todos modos, tenía la intención de ocultar, en la medida de lo posible, tales hábitos, sobre todo cuando mi hermano mayor, William, traía, de tanto en tanto, caballeros desconocidos a nuestra casa. Ello había sucedido pocas veces, y yo ya tenía un celoso pretendiente, uno que se llamaba Jan van Landre, cuyo amigo íntimo, Joseph van Zuthpen, procuraba a toda costa servir a mi hermana Philippina. Cierta tarde, nos hallábamos todos juntos en medio de una moderada diversión, extrayendo de una olla de la suerte que había traído Joseph van Zuthpen todo tipo de graciosas papeletas; fue así que yo recibí, entre otras, una en la que decía que debía dejarme besar diez veces por aquel que más me quisiera. Tuvo lugar, pues, una pelea entre los seis hombres presentes, en la cual se me ofreció que yo decidiera quién sería el ganador. Así que, a fin de evitar que la discusión se extendiera mucho, dije:

—¡Señores! Se me culpa de ser testaruda y harto rara, así que demos por zanjado el asunto: permitidme que arroje mi brazalete al suelo de esta habitación; quien lo agarre primero, no solo podrá besarme diez veces, sino que ha de conservar el brazalete como recuerdo.

Esta propuesta fue aceptada por todos con particular alegría; mas fue Joseph quien pescó más rápidamente el brazalete y Jan van Landre, que a último momento no logró sujetarlo, tuvo que dejárselo. Mas este se volvió hacia aquel y, con gran humildad, le dijo:

—Hermano mío, dejadme a mí, si os apetece, además de este brazalete, vuestro derecho a él ligado; sobre todo

porque ya tenéis vuestra parte y podéis estar seguro de que no es por nada que ansío recibir de vos talpreciado tesoro.

No obstante, Joseph tomó tan a mal esta pretensión que, muy irritado contra su amigo, afirmó:

—¿Quién os ha certificado tal cosa por escrito, Jan van Landre, como para afirmar que yo ya tengo mi parte? ¿Y qué deseáis obtener de mí con tales alevosas pretensiones? ¿Acaso opináis que mi alma es tan grosera como la vuestra, y que vendería un tesoro que ni vos en persona ni ninguna de vuestras amistades podría pagar en su justo valor? Así que libradme en lo futuro de tales necias expresiones, u os mostraré quién es Joseph van Zuthpen.

Como cada uno de los dos jóvenes elegantes poseía tanta bilis como fogosidad, se llegó en seguida a una fuerte discusión y faltó poco para que midieran el filo de sus espadas delante de nosotros. Pero, gracias a la intervención de otros, se selló una aparente paz entre ellos, la cual, con todo, no duró sino hasta la mañana siguiente, en la que ambos se batieron a duelo en las afueras de la ciudad, en compañía de sus respectivos padrinos; en esta acción, Joseph fue herido de muerte por su otrora amigo del alma, Jan. El asesino, por su parte, se fugó a Francia, desde donde pronto empezó a escribirme las cartas más apasionadas. En ellas me prometía, además, arreglar sus cosas de tal modo, en el curso de medio año, que podría volver a dejarse ver en Middelburg sin riesgo alguno, siempre y cuando pudiera contar con la seguridad de conquistar mi corazón.

En lo que a mí respectaba, empero, no se podía pensar en el más mínimo amor ni en perdonar a Jan van Landre y, si bien antes de todo eso había tenido en mí un mayor sentimiento por él que por Joseph u otros hombres, de cualquier modo, su propia mano manchada con sangre y el doloroso recuerdo de quien había muerto tan lamentablemente a causa mía, apagaron de un saque por completo la llamita del

amor en mi corazón, que apenas si se había llegado a encender. Así, se agrandó mi innata melancolía en tanta medida que mis padres no se hallaban muy bien a causa de esto, ya que temían que, con el tiempo, me volviera loca.

Philippina, mi hermana, en cambio, se olvidó en pocas semanas de su pretendiente estoqueado, o bien porque no lo quería demasiado, o bien porque tenía deseos de que su puesto lo ocupara pronto algún otro, ya que era muy fogosa, pero, en cuanto al amor, muy cuidadosa y petulante. Poco tiempo después, se le presentó un interesado que cumplía con todos los atributos de la fortuna; durante una comida, había tenido ocasión para conversar con mi hermana y se había enamorado de ella; había logrado que se lo admitiera en nuestra casa y había ganado casi por completo su corazón. Y el asunto había llegado tan lejos que los padres de ambos lados querían fijar el compromiso público entre estos enamorados. Fue por entonces cuando mi futuro cuñado –del que yo me había mantenido siempre oculta–, cierto día y de forma inesperada, me vio justo en la habitación de mi hermana. Yo quise escapar, pero él me cerró el paso, de forma tal que me vi obligada a oír sus cumplidos, y a responderlos. Pero... ¡qué desgracia no tuvo lugar a causa de esto! Pues el muy insensato, que no había tratado conmigo ni siquiera una hora, cambió en el acto todas sus intenciones y dirigió hacia mí todo el amor que hasta ahora había tenido única y solamente por mi hermana; y ya al día siguiente se sinceró ante mis padres y pidió mi mano. Esto provocó bastante confusión en nuestra casa. Nuestros padres no querían perder para nada este excelente partido; y les daba lo mismo con cuál de las dos hijas se hiciera el arreglo. Mi hermana se mostró furiosa contra su desleal pretendiente y, por más que yo le juré y perjuré que nunca le daría mi mano en matrimonio a un veleta como ese, ninguno de los interesados pudo quedar satisfecho por esto.

Mi hermana parecía querer matarme con los ojos; nuestros padres emplearon todos los medios para reconciliarnos, e intentaron ora hacer volver al oscilante pretendiente al camino anterior, ora convencerme a mí de que le diera mi corazón. No obstante, tanto una cosa como la otra fueron en vano, ya que resolví mantener firmemente mi juramento, por más que me costara la vida.

En la medida en que, tras esto, el veleta vio que no iba a conseguir nada de mi parte, volvió a tocar de nuevo cuerdas más suaves con mi hermana y ella hizo su papel muy pícaramente, hasta que, por propio impulso, él dio el brazo a torcer y le pidió de rodillas que lo perdonara por el error cometido y le habló de regresar al anterior amor. Pero mi hermana quería que se la compensara del todo por su honor mancillado, por lo que, tan pronto como lo hubo hecho levantarse del piso, le dijo:

—¡Señor mío! Creo que me habéis amado plenamente hace algún tiempo y habéis recibido muchas señales de mi parte de que yo también sentía afecto hacia vos... tantas como un hombre recto puede pedir de una mujer honesta. Sin embargo, no habéis podido ocultar vuestro ánimo cambiante. Mas ya pasó y, de mi parte, os lo perdonaré todo, de corazón. Juro por Dios que nunca mantendré a causa de esto la más mínima animadversión contra vuestra persona; pero, al mismo tiempo, también, que nunca seré vuestra esposa, pues el temor por vuestra futura inconstancia bastaría para el martirio y la tortura tanto vuestros como míos.

Los que, a la sazón, se hallaban presentes, se quedaron pasmados a causa de estas palabras y, al igual que el pretendiente vuelto a enamorar, emplearon todo su esmero y locuacidad para hacer entrar en mejores razones a mi hermana; pero no sirvió de nada, sino que el inconstante galante tuvo que aceptar el desaire y olvidarse —mercedamente— de las dos hermanas.

De este modo, Philippina y yo volvimos a ser ahora bastante unidas, si bien nuestros padres no estaban para nada contentos con nuestra testarudez, pues nosotras no mostrábamos el menor deseo de casarnos o, siquiera, de tratar con hombres.

Al fin, habiendo pasado casi un año y medio desde las mencionadas tratativas infelices de boda, un joven caballero de unos veintiocho años halló los medios como para congraciarse con mi hermana. Entabló una fuerte amistad con mi hermano; se hacía llamar Alexander de la Marck y, según él pretextaba, pertenecía al linaje del conde Lumay de la Marck, quien hacía casi cien años había alcanzado inmortal fama con la conquista de la ciudad de Briel al servicio del príncipe de Orange, fundando, por así decir, las bases de la República de Holanda.⁷ Nuestros padres estaban muy satisfechos con que hubiera solicitado a la hija, porque era él un hombre bien formado, humilde e inteligente, que dejaba entrever a las claras y en todo momento que poseía un gran patrimonio. Sin embargo, no querían darle el “sí” antes de que se hubiera puesto por completo de acuerdo con Philippina. Por más que esta siempre aplazaba un poco más su resolución, Alexander no se impacientó, ya que se imaginaba bien que no se trataba más que de una puesta a prueba de su constancia y, por su parte, Philippina sabía tratarlo siempre con la más graciosa, aunque honesta, simpatía, con lo cual su paciencia y larga espera parecían endulzarse en gran medida.

A fin de contentar a mi hermana, a mis hermanos y a él, yo me dejaba ver a menudo en las reuniones que ellos

7 Guillermo de Orange-Nassau, llamado el “Taciturno”, fue miembro de la Casa de Nassau y se convirtió en Príncipe de Orange en 1544. Descontento con la falta de poder político de la nobleza local y la persecución de los protestantes holandeses por las tropas españolas, se sumó a la rebelión contra la Corona Española. Pronto reveló ser el más influyente y políticamente capaz de los rebeldes, convirtiéndose en el principal caudillo de la rebelión que desembocó en la guerra de los Ochenta Años, en 1568.

armaban, pero había resuelto no dejarme atrapar para nada por las redes de pretendiente alguno, por más que muchos se esforzaban para lograrlo. Gallus van Witt, nuestro pretendiente de otrora, volvió poco a poco a reunirse con nosotras, pero no se mostró para nada disgustado a causa del rechazo sufrido, sino que se mostraba siempre alegre y decía, literalmente, que como le había ido doblemente mal en el amor, había resuelto firmemente no casarse nunca. Mi hermana le deseó, cierta vez, que cambiara esta opinión y que bien pronto pudiera invitarnos a todos a su boda con una mujer de perfecta hermosura. Pero como él sacudió a esto su cabeza, dije yo:

–¡Así me gusta, señor de Witt! Ahora estoy tanto mejor dispuesta para con vos, en lo personal, pues tengo igual de pocos deseos de casarme.

Él enrojeció y respondió:

–Señorita, sería más que feliz con tan solo poder volver a tener la menor parte del afecto de vosotras dos y con poder, al menos, quereros como un amigo o un hermano, más allá de que vosotras os habéis comprometido y habéis jurado no amarme y yo me he juramentado no casarme.

–Atendiendo a tales condiciones –dijo a esto Philippina–, tendréis permitido querernos y besarnos en cualquier ocasión.

Dicho esto, Van Witt quiso hacer la prueba recurriendo a sus besos, cosa que nosotras, en la medida en que se trataba de una broma, no pudimos rehusarle. Pero después se mostró tanto más modesto en toda ocasión.

Un día, de la Marck y mi hermano trajeron, no solo a Gallus van Witt, sino también a un noble navegante al que no conocíamos, que acababa de atracar en Middelburg, proveniente de Bantén y las islas Molucas,⁸ y que, como él de-

8 Bantén (o Bantam) es una localidad en el extremo occidental de la isla de Java. La Compañía Neer-

cía, quería partir dentro de poco de nuevo hacia allí. Tanto a mi padre como a todos los demás nos gustaba mucho oír acerca de los curiosos sucesos y de la dichosa condición de aquellas islas, que eran de tanto provecho para la República, y tampoco parecía aquel tener la intención de poner reparos en equipar, con el tiempo, a alguno de sus hijos para dirigirse hacia allí en un barco, para lo cual el menor mostraba más ganas que el mayor. A fin de que pudiera conocer mejor al experimentado hombre de mar, este fue atendido en nuestra casa de la mejor manera durante tres días seguidos. Luego, el navegante le pidió permiso a nuestro padre para que sus cuatro hijos, junto a Alexander de la Marck y a Gallus van Witt, pudieran ir con él a conocer su barco, donde, en agradecimiento por el trato y los honores recibidos, quería atenderlos lo mejor posible y regalarles algunas cosas foráneas de poco valor.

Nuestros padres se dejaron convencer con facilidad, así que ya al día siguiente, al mediodía, fuimos recogidos por nuestro súbito bienhechor y llevados a su barco, si bien mi hermano menor, que la noche anterior se había sentido algo mal, tuvo que quedarse en casa. En este barco hallamos tales aprestos como nunca hubiéramos creído, pues las velas estaban hechas de las más bellas sedas y las cuerdas estaban decoradas con cintas de colores de todo tipo; los remos y otras piezas de madera estaban pintadas y doradas, y, por dentro, el barco estaba provisto con los más bellos tapetes, y los marineros portaban libreas, tales como las que De la Marck y Witt solían darles a sus criados. Antes de que pudiéramos asombrarnos lo suficiente a causa de esto, la sociedad se vio ampliada con la llegada de dos damas más y de un elegante joven al que mi hermano William, tras habérselo

landesa de las Indias Orientales estableció aquí un puerto comercial en 1603. Las islas Molucas (también conocidas como islas de las Especies) constituyen un archipiélago en la actual Indonesia.

preguntado con discreción, dio a conocer como un joven noble francés de nombre Henry de Fontignan; una de las mujeres era su hermana, Margaritha, y la otra, su querida, Antonia de Beziers. Ni mi hermana ni yo teníamos motivo alguno para dudar del informe de nuestro hermano, así que en seguida nos pusimos a hablar con estas bellas damas y los hallamos a todos, a ellas y al supuesto noble francés, muy inteligentes y locuaces.

Se dispuso que comiéramos en la cubierta superior del barco al aire libre pero en cuanto, como suele ocurrir en Zelanda, se puso a llover, tuvimos que hacerlo bajo el puente. Con la excusa de que a todos nosotros nos haría un gran placer, mi hermano propuso que nuestro huésped, habiendo un viento tan bueno, nos llevara una milla o un poco más mar adentro; y que nos trajera de regreso por la tarde. Nadie del grupo se opuso, sino que nos sentimos tan bien con ello como con el magnífico trato y la bella música; y luego nos divertimos muy en particular con todo tipo de juegos honestos. Pero como nuestro huésped, a causa del clima y del viento, había cerrado todas las claraboyas y, siendo de día, había encendido las luces de cera, en medio de tales placenteros pasatiempos, no pudimos advertir si era de día o de noche hasta dos o tres horas después de que el sol se pusiera. Al fin, me pareció sospechoso que nuestros hombres tomaran tanto vino y que las dos damas francesas se emborracharan casi a la par de ellos. Es por esto que le hice una seña a mi hermana, que subió conmigo a la cubierta superior: pudimos ver, entonces, para nuestro mayor desasosiego, un cielo negro y encapotado, junto con una lluvia persistente y fuerte; a nuestro alrededor, ruidosas y horribles olas espumantes y, a lo lejos, en cambio, el brillo de una pequeña luz.

Nos pusimos de acuerdo en ocultar nuestro disgusto, de modo que, al volver con los otros, mi hermana dijo:

–¡Que el Cielo nos ayude, amigos! Ya es medianoche. ¿A qué hora hemos de volver a Middelburg? ¿Y qué dirán nuestros padres?

–Estad tranquilas, hermanas mías –respondió nuestro hermano William–; me haré responsable de todo ante nuestros padres. Tan solo seguid mi ejemplo y dejaos abrazar por vuestros amantes tanto como yo la abrazo a ella, que es el tesoro de mi corazón.

En ese instante, tomó a Margaritha de su silla y la sentó sobre su regazo; ella le consintió todo esto y dejó que la tratara como a la peor ramera. El supuesto noble, Henry, hizo lo propio con su aduladora; mas a Alexander y a Gallus, al parecer, aún les daba algo de vergüenza proceder con nosotras dos de ese mismo modo, por más que eran instados insistentemente a ello por nuestro propio hermano.

Philippina y yo nos espantamos ante tal visión, pero aún no entendíamos si se trataba de una broma o si de veras habíamos sido traicionadas o vendidas. No obstante, abandonamos este impúdico grupo y llamamos a mi actual cuñada, quien está aquí presente con nosotros –ellas es la esposa del noble Stephan y, en aquella época, era nuestra fiel criada– y nos sentamos, confundidas, junto a una lámpara que ardía en la cubierta superior del barco.

El maldito bienhechor, es decir, nuestro pretendido huésped, que se había emborrachado como una bestia, subió hasta donde nos hallábamos y, con lengua balbuceante, nos dijo:

–¡No os aflijáis, mis bellas niñas! ¡Antes de que sea de noche de nuevo, vais a yacer en el lecho nupcial!

De nuestra parte, hubiéramos querido responderle, pero la bebida –que había ingerido en exceso– buscó su salida de su cuerpo por todos lados y de un modo tan violento, que se precipitó de golpe al suelo como un buey; y, para evitar el

horrible olor, fuimos a buscar otro sitio donde estar.

Philippina y yo casi que perdimos nuestros sentidos ante este tan abyecto espectáculo, y nuestra desesperación fue aún mayor cuando nuestra leal Sabine nos tomó de pronto de las manos y, en medio de aterrados suspiros, gritó:

—¡Ay, mis queridas jóvenes! Todo parece indicar que hemos sido infamemente traicionadas y vendidas y que, si no media un milagro del Cielo, nunca más volveremos a ver a vuestros padres o a la ciudad de Middelburg. Así que tomemos la firme resolución de perder nuestras vidas antes que malograr la castidad y el honor.

Al inquirir más, dió a entender que un honrado viajero que se hallaba en el barco le había dicho, con pocas palabras, tanto como que no podía dudarse en lo más mínimo de nuestra desdicha futura.

Como he dicho, casi que caímos en la desesperación en este trance y, entre las tres, tuvimos que recurrir a todos los medios para no desmayar. En ese preciso momento aparecieron ante nosotras, para nuestro consuelo, un resolutito alemán, de nombre Simon Heinrich Schimmer, Jacob Larson —un sueco— y un inglés que está aquí presente y se llama David Rawkin (todos ellos se han convertido aquí, en la isla, luego, en mis queridos cuñados), junto con otras dos honradas personas. Schimmer habló, entonces, con todo sigilo, y nos dijo:

—Sabed, mis bellas niñas, que habéis sido engañadas por vuestro pariente y vuestros pretendientes. Por desgracia, estas personas honradas y yo lo hemos sabido recién hace una hora, por boca de un fiel criado, estando ya muy lejos de tierra firme; de lo contrario, os habríamos puesto en libertad de inmediato. Pero ahora eso es imposible, salvo que tuviéramos la suerte de hallar, en los próximos días, más gente para nuestro bando. No obstante: si, entretanto, alguien osa forzaros, llamad a por nuestra ayuda, y estad

seguras de que al menos nosotros cinco, que somos hombres aguerridos, daremos nuestra vida para que no seáis ultrajadas.

Apenas si tuvimos tiempo de pronunciar algunas palabras para mostrarles nuestro agradecimiento a estas cinco personas honradas que el Cielo nos había enviado; pues nuestro frívolo hermano, acompañado por De la Marck y Witt, fueron hasta allí a buscarnos. Witt tropezó con el anfitrión, que yacía tirado en su indecencia, y se estropeó tanto él mismo –al igual que su ropa– que tuvo que dejarse sacar de allí a la rastra como una bestia. William también cayó al suelo, no bien sintió el aire fresco; pero De la Marck se hallaba aún bastante sensato y, al fin, por medio de muchas palabras y caricias, en apariencia piadosas, logró que Philippina, yo y nuestra Sabine nos dejáramos convencer de volver abajo, al camarote.

¡Oh! Pero qué infame espectáculo hubimos de ver aquí. El buen noble francés se hallaba sentado entre las dos malvadas ramerías, totalmente desnudo delante de la chimenea y, por cierto, en una postura tan indecente, que hubimos de retroceder profiriendo fuertes gritos: nos cubrimos el rostro y nos guarecimos en un rincón.

De la Marck nos siguió de cerca y quiso hacer una broma en referencia al asunto; pero Philippina le dijo:

–Manteneos a distancia, traidores; el primero que se nos acerque será apuñalado en el acto con el cuchillo del pan.

De la Marck percibió que nada podía hacer, por lo que aguardó en otro rincón, al igual que nosotras, la llegada del día. Apenas hubo clareado, por nuestra parte, subimos y echamos un vistazo, buscando la tierra; mas nuestros anhelantes ojos no pudieron ver nada, más allá del barco, el agua y el cielo. El sol salió increíblemente radiante y claro, y halló a todos los demás sumidos en el más profundo sueño; a nosotras tres, miserables, en cambio, nos encontró en

un penoso lamento, y con cálidas lágrimas en los ojos, que teníamos motivos para derramar a causa de la maldad de los hombres.

Los empachados cerdos durmieron su embriaguez, y luego se apareció el honorable gremio en su conjunto: nos impelieron a tomar el café con ellos. En lugar de los buenos días, empero, le dijimos a nuestro infame hermano cosas tales que les hubieran puesto los pelos de punta a hombres un poco menos viles. Sin embargo, esta deshonra de la naturaleza se rio en un comienzo de nuestro celo, aunque luego se puso algo más serio, y dijo lo siguiente:

–Mis queridas hermanas, estad seguras de que, con excepción de mi amada Margaritha, no quiero a nadie en el mundo más que a vosotras y a mis tres mejores amigos: Gallus, Alexander y Henry. Al primero, que os ama a vos, Judith, con todo ardor, ya lo conocéis. Alexander, por más que hasta aquí se ha portado como un pobre diablo al igual que Henry, reúne todas las cualidades como para contentar a Philippina; y ya hemos de hallar pronto un valiente muchacho para la buena de Sabine. Así que, mis queridas, relajaos. Volver a Middelburg es algo imposible; no obstante, todo aquello que necesitáis lo hallaréis a disposición en este barco. En la isla Amboina⁹ podremos pasar nuestra vida futura juntos, en la mayor alegría, si tan solo, primero, ponéis en orden vuestras testarudas cabezas y os acomodáis a vivir a nuestra manera.

Ahora nos resultó ya imposible evitar un desmayo, de modo que mi hermana y yo caímos al suelo, y recién unas

9 También se la conoce como isla de Ambon. Se trata de una de las islas del archipiélago de las Molucas, en Indonesia. Los neerlandeses expulsaron de allí a los portugueses en 1605 y tomaron el control del comercio de especias. La isla se convirtió así en la primera base de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. En 1623, los neerlandeses aniquilaron a los colonos ingleses, en un hecho que se conoce como la masacre de Ambon.

horas después estuvimos de nuevo en condiciones de usar nuestra razón, al hallarnos a solas en uno de los camarotes del barco, al cuidado de nuestra leal Sabine. Esta había, entretanto, llegado a saber de boca de las dos malvadas rameas el entero secreto, que consistía en lo siguiente:

Después de que su fortuna amorosa se hubiera invertido con las dos hermanas, Gallus de Witt, el principal responsable de nuestra desdicha, había trabado la más estrecha amistad con nuestro hermano William y le había expuesto a este que le resultaba imposible vivir sin tener a una de sus hermanas como esposa, por más que para lograr tal cosa tuviera que poner todo su capital, que sumaba casi dos toneles de oro. William le había asegurado que él también lo quería así y le había prometido ponerse en todo a su servicio y que solo se había lamentado de no conocer medio alguno para satisfacer el deseo de su amigo del alma. Gallus, empero, que desde entonces había pensado constantemente en una treta violenta o astuta, había introducido a William al grupo de los comediantes libertinos, a saber: Alexander, Henry, Antonia y, al fin, Margaritha, de la que nuestro hermano se había enamorado de inmediato con ardor, entregándose por completo a ella y a los otros infames traidores. A Alexander se lo había equipado, a costa de Gallus, para que se hiciera pasar por uno de los más prominentes caballeros y tratase de ganarse a Philippina; entretanto, habían disfrazado a un viejo pirata caído en desgracia, haciéndolo pasar por un experimentado navegante, el cual ayudó a engañar a nuestros padres y a nosotras, atrayéndonos, como a niñas pobres e ingenuas, al maldito barco. Gallus y mi hermano habían equipado este navío falsamente, con grandes costos, a fin de raptarnos y hacer con él un viaje hasta las islas Molucas. El último, es decir, mi hermano, no solo les había sacado a los padres con astucia una sorprendente suma de dinero, sino que también había traído consigo al barco

mi patrimonio y el de Philippina. No obstante, a fin de que mis padres no se vieran privados de todos sus hijos de un golpe, este hombre endemoniado le había dado al hermano menor, la noche anterior, sin que nadie se diera cuenta, un fuerte polvo emético, a fin de que no apareciera al día siguiente para la francachela en el barco y, por lo tanto, no pudiera obstaculizar nuestro rapto.

Ante tales inauditos e infames hechos, vimos muy bien que no teníamos ya esperanza alguna de huir de este infortunio, razón por la cual nos entregamos casi por completo a la desesperación y, en el primer ataque de rabia, llegamos a la idea de matarnos con los cuchillos del pan; mas, gracias al Cielo, nuestra querida y fiel Sabine fue, entonces, más sensata que nosotras, a fin de salvar nuestras almas de las garras de Satán. Aún recordará muy bien cuánto trabajo y esfuerzo tuvo que hacer con nosotras, las dos infelices hermanas y cómo luego, al no lograr nada con ello, pronunció, al fin, estas heroicas palabras:

—¡Serenad los corazones, mis doncellas! Aguardemos hasta que osen forzarnos y demos muerte, en primer término, a esos malditos; luego nos confiaremos a la piedad del Cielo, que tal vez disponga las cosas mejor de lo que esperamos.

Apenas hubo pronunciado estas valientes palabras, se produjo un gran alboroto, y Sabine logró averiguar que un barco pirata nos estaba persiguiendo y que quizás pronto nos dispararía. Deseamos que se tratara de franceses o ingleses y que, al fin y al cabo, estos conquistaran nuestro barco y mataran a los traidores; así tendríamos, al menos, a cambio de un importante rescate, esperanza de obtener un trato honorable y la libertad. Mas, como el viento era favorable para los traidores y, por lo demás, nuestro barco estaba muy bien equipado y era liviano y rápido, volvió a caer la noche sin que pasara más nada.

No habíamos comido ni bebido en todo el día; así que, por

la noche, Sabine nos persuadió de que probáramos algún bocado; y, en la medida en que, al menos por el momento, ni William ni ningún otro se animaba a aparecer ante nuestros ojos, pertrechamos nuestro camarote de la mejor manera y les concedimos un descanso –es cierto que muy temeroso– a nuestro ojos, que estaban débiles por el llanto.

Al día siguiente, tanto Philippina como Sabine y yo nos despertamos en un muy mal estado, pues la usual enfermedad del mar nos atacó con tanta fuerza que nada nos pareció más certero que una pronta y muy deseada muerte. El Cielo, empero, no había decretado aún tal cosa para nosotras, pues, tras pasar más de dos semanas en medio de los más graves fantaseos y auténticos delirios, no solo empezamos a mejorar, sino que, en el curso de algunas semanas, y contra nuestra propia voluntad, nuestra salud se restableció del todo.

Durante nuestra enfermedad, no solo nuestras honorables damas sino también los otros traidores se esforzaron mucho por atendernos, pero en cada ocasión eran recibidos de mala manera: pues les escupíamos a menudo en la cara y les tirábamos a las cabezas todo lo que pudiéramos llegar a agarrar. Y hubiéramos puesto todo nuestro empeño en arrancarles sus ojos de rameras. Es por ello que, al fin, tuvieron por mejor opción mantenerse a distancia y dejarnos al cuidado de una criada ya bastante vieja, que habían traído consigo Antonia y Margaritha. Pero una vez que nuestra salud se hubo repuesto del todo y nos resultó ya casi imposible quedarnos todo el tiempo en el sombrío camarote, haciendo caso del pedido reiterado de nuestra querida Sabine, fuimos a la cubierta superior del barco a fin de respirar aire fresco, ya que en ese momento había buen tiempo. Ni bien nuestros captos lo hubieron advertido, toda la tropilla se presentó ante nosotras, felicitándonos por nuestra recuperada salud y jurando que nuestra belleza se había duplicado

tras nuestra enfermedad.

Nosotras, sin embargo, respondimos a todo esto con palabras y gestos muy peyorativos, y bajo ningún aspecto queríamos tener algo en común con ellos. Al fin, empero, como nos instaron a diario de manera humilde y respetuosa, aceptamos comer y beber junto con ellos; en cambio, nuestros ánimos constantes se mostraban tanto más enojados cuando Gallus o Alexander intentaban decir algo de índole amorosa.

Es por esto que William dio por sermonearnos y se animó a indicarnos que lo más sensato de nuestra parte sería que hiciéramos a un lado la terquedad y resistencia anteriores y, en lugar de ello, dejáramos de buen grado que nuestros pretendientes tuvieran lo que deseaban, antes de que hubieran de recurrir a medios más extremos y que, quizás, nos resultaran aún más indecentes y a los que no podríamos ofrecer resistencia alguna ni aún con todas nuestras fuerzas, ya que, además, era inútil tener alguna esperanza de huir o de salvarnos de alguna otra manera. Mas este infame proxeneta fue rechazado con pocas palabras y gestos, aunque tan decididos que dio marcha atrás como un perro mojado –si bien nos lanzó, al hacerlo, duras amenazas– y les llevó a quienes lo habían enviado una respuesta totalmente desagradable. A esto, ellos mismos se presentaron ante nosotras con buenas maneras, o sea, con palabras muy amorosas y haciéndonos promesas, pero también en esta ocasión su infame y maldito cometido fue rechazado y maldecido por nosotras. Les echamos en cara que nos hubieran raptado y les juramos que en toda la eternidad no recibirían nada de nosotras, por lo que, por esta vez, sellamos la paz por algunas semanas.

Al fin, sin embargo, la lúbrica excitación de estos deshonorosos bribones ya no pudo ser subyugada por nada, sino que ardió en llamas y, cierta vez, fuimos atacadas por la noche de improviso por tres de los pícaros: Alexander, Gallus y el

cabo de cubierta, que querían, sin más y recurriendo a la fuerza, sacrificarnos a sus lúbricos placeres malditos. Pero, como, por nuestra parte, ya hacía mucho que nos habíamos precavido ante tal maldad, tanto Philippina como Sabine y yo teníamos siempre una navaja lista bajo la almohada y ya las habíamos tomado, esta vez, para defendernos ni bien la puerta de nuestro camarote fue abierta de golpe. Alexander se arrojó sobre mi hermana, Gallus sobre mí y el cabo de cubierta encima de la honorable Sabine. Lo hicieron, por cierto, con tal furia, que pensamos que nos ahogaríamos en un instante. Mas esta comedia infame se convirtió pronto en una sangrienta tragedia pues, ni bien hubimos tomado algo de aire y logramos usar las armas ocultas en nuestras manos, las clavamos casi al mismo tiempo en los cuerpos de estos abyectos putañeros, de modo que nuestras ropas fueron salpicadas por su maliciosa y caliente sangre.

Luego de una sola ruidosa exhalación, el cabo de cubierta quedó muerto en el acto, pues la brava Sabine, según podía verse, había cortado totalmente el corazón con su navaja grande y afilada. Alexander, al que mi hermana le había herido peligrosamente el cuello, y Gallus, con el que yo había hecho lo propio en el lado izquierdo de la panza, se retiraron tambaleantes; nosotras tres, empero, temblando, gritamos a más no poder por socorro.

William y Henry llegaron corriendo, y ya, con la ayuda de unos palos, se disponían a tomar venganza por la sangre de sus maliciosos amigos; al mismo tiempo, empero, aparecieron el audaz Schimmer, Larson, Rawkin y otros cuatro o seis hombres honrados, que en seguida tranquilizaron los ánimos y nos tomaron bajo su cuidado, y juraron solemnemente, en la cara de los otros, proteger nuestro honor hasta el último minuto de sus vidas. William y Henry, por ello, no solo tuvieron que someterse, sino que, incluso, hubieron de dejarse echar, junto con sus rameras, del mejor

de los camarotes, que nos fue asignado a nosotras; y allí fuimos resguardadas día y noche por Schimmer y los suyos. La carroña inmoral del cabo de cubierta fue arrojada al mar como un mal bicho, y Alexander y Gallus quedaron al cuidado del barbero del barco. Schimmer y los suyos, empero, eran quienes mandaban ahora a bordo, e hicieron asustar bastante a los otros; incluso, como el anterior capitán, junto a William y Henry, volvía a causar problemas, faltó poco para que los dos partidos se fueran a las manos, si bien nadie podía estar del todo seguro respecto de cuál de los bandos era superior en fuerzas.

A pesar de esta confusión reinante, el viaje hacia las Indias Orientales siguió –con viento y clima favorables– presuroso adelante, cosa que, a decir verdad, nos fastidiaba mucho; mas como no podíamos sino atenernos a nuestro destino, nuestros sentidos, que se hallaban algo más calmos, procuraban al menos adivinar qué es lo que él quería de nosotras.

Los piratas que pululan por la zona de las islas de Cabo Verde provocaron que los partidos en disputa a bordo del barco se aliaran de nuevo en algunos puntos, a fin de ofrecer mejor resistencia a los enemigos en común; lo principal era, con todo, que no se nos estorbara en lo más mínimo, a ninguna de las tres mujeres: que se nos dejara en toda libertad y se nos tratara con el debido respeto. De manera que, en cierto modo, vivíamos bastante contentas, pero no bajábamos nunca a tierra, por más que ya habíamos parado tres veces en el camino, para recoger agua fresca y víveres de las islas de alrededor. Gallus y Alexander, que tras algunas semanas se repusieron totalmente de sus peligrosas heridas, se avergonzaban de aparecer ante nuestros ojos, y William y Henry, al igual que sus rameras, no hablaban con nosotras. Así, para decirlo en pocas palabras: reinaba un curioso orden en el barco. Hasta que una nave pirata etíope se nos acercó tanto que los nuestros se vieron urgidos a ir a su

encuentro con la mayor audacia que les fuera posible.

Tuvo lugar, pues, un fuerte combate, hasta que al fin, hacia la noche, el moro fue vencido y tuvo que entregarse a sí mismo como botín, junto con todo lo que llevaba consigo en su barco pirata. Con esto, fueron liberados trece esclavos cristianos y, en cambio, veintinueve moros fueron hechos prisioneros nuestros; además, distintas mercancías y joyas valiosas fueron distribuidas entre los vencedores, que no contaban con más que cinco muertos y unos doce o dieciséis heridos. Tras esto, surgió una fuerte pelea acerca de si el barco conquistado debía ser hundido o conservado. Gallus y los suyos pedían por su hundimiento; Schimmer y su partido, en cambio, se opusieron a esto y lograron que todo el mundo fuera repartido entre los dos barcos. Así que Schimmer y los suyos, entre los que nos hallábamos también Philippina, Sabine y yo, pasamos al barco de los moros, aunque no se pudo evitar que Gallus y Alexander tomaran el comando del mismo; por su parte, William y Henry, junto con sus rameras, se quedaron en el primer barco. Y, como particular demostración de bondad, les cedieron a Alexander y a Gallus, a modo de auxiliar, una ramera que habían obtenido como parte del botín y que parecía ser, por su rostro, una cristiana blanca, pero que, por su modo de comportarse, no era sino un bicho ennegrecido por todos los pecados. Esta infame chiquilla, cuya lascivia era inexpressable y que llevaba la vida más licenciosa ora con este, ora con aquel, llegó aquí, a esta isla, junto con nosotros, pero murió ese mismo día.

A fin de mantener el orden, empero, tengo que decir que nuestros dos barcos se dirigieron a toda prisa en la dirección del Cabo de Buena Esperanza, si bien a causa de una larga tormenta fueron apartados de allí. El barco de Middelburg se perdió de vista, pero al quinto día se llegó hasta nosotros de nuevo de forma inesperada y, por cierto, en un momento

en que parecía como si la tormenta hubiese quedado atrás y el buen tiempo quisiera salir a la luz. Fuimos a su encuentro remando a más no poder, ya que nuestros comandantes, que, junto con sus pocos partidarios, entendían poco y nada del arte de navegar, tenían mucho interés en su compañía. Mas, según lo veo yo, la única razón por la que la todopoderosa mano del Altísimo trajo a este barco tan cerca del nuestro fue la de que viéramos un signo de su severa justicia, pues, estando a no más de un disparo de fusil de distancia el uno del otro, aquel se quebró de golpe haciendo un horrendo estrépito y saltando en parte por los aires y en parte rompiéndose en trozos en el agua, de forma tal que, a causa de esto, también nuestro barco se sacudió brutalmente y, con la velocidad de un cañonazo, fue arrojado lejos de allí. Volvimos, pues, a dirigirnos hacia el sitio del accidente, a fin de salvar tal vez aún a algunos de los que pataleaban en el mar; no obstante, no había alma viviente alguna allí, ni tampoco otra cosa más que algunos trozos de vigas y maderas.

Es fácil aventurar cuántas sensaciones de lo más diversas provocó este inesperado golpe en nosotras y en las demás personas a bordo. Por nuestra parte, las dos hermanas no lloramos más que por el alma de nuestro hermano, que había sido presa de sus pecados, pero no osamos quejarnos del castigo que le había impuesto el Altísimo. El estado anímico de Alexander y Gallus podía deducirse fácilmente, ya que a partir de ese día no se mostraron más alegres y no podían ocuparse de más nada, sino que de buen grado le dejaron el mando del barco al señor Schimmer, quien, frente a la nueva tormenta que volvía a arreciar, tomó las mejores y más sensatas precauciones. La tempestad volvió a durar hasta el sexto día; llegó a agotar tanto a nuestra tripulación que las personas caían como moscas y, tras el descanso, buscaban recuperar las fuerzas perdidas mediante la comida y la bebida, más allá de que ninguno de nosotros sabía realmente

en qué región del mundo nos hallábamos.

Durante cinco semanas, así pues, anduvimos a tientas y, en ese lapso de tiempo, no solo sufrimos muchos daños en el barco, sino que, además, perdimos todo: el ancla, el mástil y las mejores velas y, para hacer más grande nuestra desgracia, en la sexta semana no solo se acabó el agua dulce, sino que también se extinguieron casi todas las provisiones. El honorable Schimmer, empero, había tomado la precaución de ir llevando a escondidas a nuestro camarote tantos víveres como nosotras y sus amigos necesitábamos para vivir bien unas semanas más que los demás. En cambio, Alexander, Gallus y otros ya habían tenido que empezar a buscar como comida el cuero y otras cosas aún más asquerosas.

Hasta que, al fin, un bribón infame vio a nuestra querida Sabine royendo un pedazo de bizcocho duro, por lo que en el acto hubo tal alboroto que se llegó a pensar que había aún suficientes provisiones para todas las personas a bordo. Así que se juntaron varios en cuadrilla, irrumpieron en nuestro camarote y, como allí hallaron comida en abundancia para que comieran diez personas durante tres semanas, fuimos golpeadas con gran dureza y casi que llegaron a matarnos.

El señor Schimmer, ni bien oyó este alboroto, llegó con sus amigos a fin de salvarnos de sus manos, pero como enseguida uno de los de su partido fue muerto de un estoque, tuvo lugar un tal horrendo derramamiento de sangre que, cuando pienso en ello, se me ponen los pelos de punta. Alexander y Gallus, que se presentaban ahora como cabe-cillas de la pandilla y enemigos declarados, y que habían herido fuertemente en la cabeza a Schimmer, hubieron de morir ambos a manos de este y, como los otros imitaron su bravura leonina, en el curso de una hora los enemigos fueron en su mayoría liquidados; los restantes, mostrando sus sangrantes heridas, pidieron que se les tuviera piedad y se

les perdonara la vida.

En total, quedaban ahora veinticinco almas en el barco, entre las que se contaban cinco moros y la infame mujer. A esta última, Schimmer quería arrojarla al mar a toda costa; pero, a pedido mío y de mi hermana, le perdonó la vida. Lo que quedaba de comida fue repartido entre los buenos y los malos en dos partes iguales, por más que los piadosos eran catorce y los malos, en cambio, solo once. Pero, una vez que se hubo consumido toda el agua dulce y tuvimos que recurrir al agua de mar tratada, de pronto irrumpió con fuerzas la nociva enfermedad, es decir, el escorbuto, de la que ya habían muerto, por lo demás, unos cuantos, de forma tal que en pocos días murieron diez personas de ambos lados. Finalmente, le tocó el turno a mi querida hermana, a la que, en medio de amargas lágrimas y con la leal ayuda de Sabine, até a una tabla y, a modo de sepulcro, entregué a las salvajes olas. A ella, le siguieron otros cinco, que fallecieron, en parte, por hambre y, en parte, por la enfermedad; y como los que quedábamos (a saber: Sabine, Schimmer, Larson, Rawkin, Schmerd, Hulst, Farding; la infame mujer, que se hacía llamar Clara, y yo) tampoco teníamos ya ni pan que morder ni que desmigajar y, además, habíamos sido atacados con fuerza por la mencionada enfermedad, aguardábamos casi a diario la última hora de nuestras vidas. La curiosa y benigna disposición del clemente Cielo, sin embargo, nos condujo al fin hacia esta isla, que desde fuera parece inhóspita, pero que, en los hechos, nos llevó a las manos de nuestros caros salvadores, que no perdieron ni un instante en poner a las personas más miserables del mundo entero, es decir, a nosotros, en un feliz... Sí, en el más feliz estado de toda la Tierra. Schmerd, Hulst y Farding, hombres honorables y piadosos los tres, al igual que la infame Clara, hubieron de expirar su espíritu aquí ese mismo primer día; pero los restantes cinco conservamos la vida gracias a

la misericordia de Dios y al buen cuidado de estas piadosas personas. Tal vez os cuente en alguna otra ocasión, con más tranquilidad –si bien no tengo dudas de que mi querido suegro os informará al respecto mejor que yo– de qué modo fui yo asignada a mi querido Albert, que me trajo a sus espaldas hasta este paraíso, y cómo esta querida Sabine ha sido dada a su esposo Stephan, que tuvo con ella el mismo gesto de bondad, así como qué otras cosas acontecieron por entonces con nosotros, los huéspedes recién llegados. De momento voy a pedir que os contentéis con mi buena voluntad.

*

De este modo, la agradable matrona dio fin, por esta vez, a su relato, pues ya era bastante tarde. Le dimos las gracias besándole cariñosamente la mano y, a continuación, nos fuimos todos a dormir. A la mañana siguiente nos hicimos alegremente en camino hacia la comarca de Christian. No había aquí más que diez hogares bien erigidos, junto a sus graneros, establos y huertos sumamente bellos; además, se hallaban ahí las esclusas centrales del Río del Norte y el canal, que había sido excavado por manos humanas y que servía para conducir –cuando así se lo quisiera– el agua hacia el Lago Chico; todo lo cual era muy digno de ser visto. Esta colonia se hallaba, así pues, entre dos ríos y resultaba singularmente placentera; y si bien no tenía en su distrito un monte de vid, sí tenía, al igual que las otras, un campo de cultivo muy bien labrado, un bosque maderero, animales silvestres y una óptima pesca. A raíz de la buena supervisión y cuidado de los puentes y esclusas, todos los otros habitantes de la isla se hallaban en deuda con ellos y debían entregarles, a cambio de este trabajo, un impuesto que pagaban en forma de vino, sal y otras cosas

que los de la comarca de Christoph no podían buscar en las cercanías.

No nos quedamos mucho tiempo allí, sino que, tras darles los regalos habituales y almorzar con los lugareños, regresamos al Castillo de Albert. Por la noche, a la hora usual, por pedido del patriarca, David Rawkin comenzó a contar su historia de la manera siguiente:

*

Procedo de una de las más prominentes estirpes de lores de Inglaterra y, no obstante, nací en 1640 en una cabaña rural de un pueblo, de padres muy pobres, pues los delitos de mis antepasados, tanto del lado paterno como del materno, no solo privaron a sus descendientes de toda riqueza, sino que, incluso, les costó a estos la pérdida del honorable apellido, ya que se vieron impelidos a ocultarlo, y hubieron de llamarse simplemente Rawkin, a fin de poder vivir en una provincia alejada, sin que se los difamara; tranquilos, aunque en la miseria. Mis padres, si bien no eran culpables de las fechorías cometidas por la familia, habían caído igualmente en desgracia, de modo que, a fin de evitar la horrible prisión y otras penurias, se dieron a la fuga con sus mejores cosas. No obstante, cuando el destino se ha propuesto, por una vez, perseguir con insistencia a hombres infortunados, han de hallar estos a sus enemigos aún en la calle más segura. Así les ocurrió a mis padres, pues, hallándose ya bastante lejos, es decir, creyendo estar ya a salvo de sus perseguidores, esta pobre gente fue atacada por la noche por una pandilla de salteadores de caminos que los dejaron en cueros y los echaron de allí; y recién al día siguiente dieron mis padres con un molino, donde fueron acogidos por la piadosa molinera, que los cubrió con ropas viejas.

Empero, como el insano del molinero, al llegar, puso

mala cara y no se dejó mover a la compasión ni por la desgracia que les había ocurrido a mis padres ni por su carácter bello y tierno, hubieron de proseguir su camino, después de que aquel, por una particular gracia, les diera medio pan y dos quesos. Pero una mujer pecuaria que envió tras ellos la piadosa molinera los condujo a una pequeña casa rural en el pueblo siguiente, en la que se les dio una media guinea,¹⁰ y se le encargó a la mujer del granjero que atendiera a estos huéspedes de la mejor manera, a expensas de la molinera.

Aquí tuvieron mis pobres padres tiempo suficiente para lamentarse por su infortunio; así como de valorar, con todo, además, la particular providencia de Dios y la bondad de la molinera. Esta piadosa mujer visitaba cada semana a mi madre aprovisionándola en secreto y contra la voluntad de su esposo, ya que, en tanto era una mujer entrada en años que no tenía hijos ni otro heredero más que su necio marido –que todo lo tenía de parte de ella–, gustaba de ayudar a los pobres con lo que a ella le sobraba.

A la tercera semana de su estadía allí, a mi madre le llegó el tiempo de dar a luz; la molinera misma, junto con otros campesinos, fue escogida como mi testigo bautismal y pagó todos los preparativos de su propio bolsillo. Además, le prohibió expresamente a mi madre dar a conocer su condición de pobreza extrema. En cambio, debía decirles a todos que su marido, es decir, mi padre, era un maestro de escuela que había sido echado por un bullicioso obispo.

A mi padre, esta ocurrencia le pareció muy oportuna para ocultar su posición, su persona y todo su ser, según lo exigían las circunstancias; razón por la cual comenzó a valerse de ella desde ese instante, y se mostró delante de todos

10 Moneda inglesa de oro de Guinea, que se pagaba a veintidós chelines, en lugar de los veinte de una libra normal. Se usaba como unidad monetaria para ciertos géneros.

como un maestro de escuela dimitido y, además, se hizo hacer un traje apropiado para ello. Tenía una mano muy fina para escribir, de modo que los párrocos y otros eruditos que vivían por la zona le daban tanto para copiar que pudo ganarse trabajosamente el pan de cada día para sí mismo, mi madre y para mí. Así pues, no tuvo ya que cargar demasiado a la filántropa molinera, que, no obstante, no dejó de surtir a mi madre de dinero y otros menesteres.

Alrededor de medio año después de mi nacimiento, empero, esta bienhechora cayó, inesperadamente, enferma y murió, si bien, antes de eso, la hizo traer a mi madre y le dio en la mano, para mi educación, una bolsa con monedas de oro de un valor superior a las cuarenta libras esterlinas y le dijo, expresamente, que nosotros éramos más dignos de este tesoro, reunido a escondidas, que su infiel marido, que había gastado más que eso con rameras y que, quizás, tras su muerte, gastaría pronto todo el dinero que había ganado al casarse con ella.

Este pequeño capital ayudó bastante a mis padres en su situación de entonces, y a mi padre se le metió en la cabeza la idea de empacar mujer e hijo, y, con este dinero, pasar a Holanda o a Francia, a fin de alistarse allí como soldado, o bien en tierra o bien en el mar. Sin embargo, a raíz de un insistente pedido de mi madre, hizo a un lado esta loable idea y se dejó convencer de tomar el cargo vacante de maestro de escuela en nuestro pueblo, el cual daba, anualmente, sumándolo todo, cerca de diez libras esterlinas.

Durante cuatro años ejerció mi padre este trabajo con callada alegría, pues tanto él como mi madre se habían templado ya totalmente a ese modo de vida. Todos se sentían por completo satisfechos con él y se esforzaban por recompensar su empeño con regalos adicionales, de modo que mis padres juntaron una pequeña suma inicial para comprar una finca, y querían invertir en tierras el dinero que

habían ahorrado; pero, como aún les faltaba algo de dinero para la transacción, mi madre se vio obligada a venderle a su vecina su última y mejor moneda de oro para colgar que había recibido de la molinera.

Esta falsa mujer le dio por esta a mi madre, por cierto, tantas pequeñas monedas como esta le pidió, pero como ella había visto a menudo la muy reconocible moneda de oro en casa de la difunta molinera y, además, tenía un amorío prohibido con el molinero, le mostró a él la moneda. Este se la cambió, a su vez, por otra prenda, se la llevó al juez superior y acusó a mi padre y a mi madre de ladrones, logrando que, de inmediato y sin que ellos supieran por qué, se los apresara y se les echara encima cadenas y grilletes.

En un comienzo, mi padre creyó que eran sus enemigos en la corte real que lo habían descubierto y atrapado aquí, pero se espantó tanto más cuando fue interrogado, al igual que mi madre, a causa del robo a la difunta molinera que se les imputaba. Empero, como ambos tenían buena conciencia a este respecto, y para que el asunto no se dilatara más, le contaron todo el asunto al juez superior y, tras nuevas pesquisas, fueron exculpados de la acusación del molinero; sin embargo, se los mantuvo presos hasta que se tuvieran mayores certezas acerca de su posición y de quiénes eran, pues el pretexto de que se trataba de un maestro de escuela dimitido fue hallado falso, y el juez superior buscaba a no sé qué sospechosos en sus personas.

Entretanto, yo, una pobre criatura de seis años, erraba por ahí y comía de los restos que caían de las mesas ajenas; por cierto, a menudo tenía permiso de visitar en la cárcel a mis padres, aunque ellos, no bien me veían, lloraban las más amargas lágrimas y querían morir a causa de sus penas. Como, a causa de esto, no me alegraba estar con ellos, empecé a ir cada vez menos a verlos y, en cambio, me juntaba casi a diario con un pastor de gansos con el que tenía el

placer de corretear por el campo y jugar con los seres más agradables: los gansos jóvenes y viejos. Ayudaba, además, a cuidarlos, para lo que el pastor me proveyó de todo lo imprescindible, de manera conveniente.

Un cierto día en que este bienhechor mío se había tirado a descansar en un sitio sombrío y me había dejado solo al mando de los gansos, llegó hacia mí al galope un caballero junto con dos criados, a los que seguía un gran perro inglés. Este se puso a retozar alegremente entre mis gansos y, en un instante, mató a mordiscos unos cinco o seis. Aunque yo era muy chico, tanto más me encolericé con este asesino, por lo que fui corriendo hacia él cual joven furia y lo pinché tan hondo con el puntiagudo bastón que llevaba conmigo, que murió en el acto. A raíz de esto, uno de los criados del caballero regresó al galope, terriblemente enojado, y me dio tal latigazo en la espalda que yo enfurecí aún más y le propiné a su caballo unos cuantos feroces pinchazos.

A esto, llegaron tanto mi amo como el caballero mismo, que se asombró mucho a causa de la fogosidad de un niño tan pequeño, más aún teniendo en cuenta que yo todavía miraba con ira al que me había pegado. El caballero, empero, conversó largamente con el general de los gansos y por boca suya supo acerca de mi situación y la de mis padres.

–Es una pena –dijo el caballero– que este niño, cuyos rasgos y cuya innata fogosidad delatan algo especial, tenga que echarse a perder a tan tierna edad. ¿Cómo te llamas, hijo mío? –me preguntó, mostrándose cariñoso conmigo–.

–David Rawkin –le respondí, muy tercamente–.

Él me preguntó, luego, si quería viajar y quedarme con él: me dijo que era un noble y que tenía su castillo no lejos de allí, y que tenía la intención de ponerme en una posición mucho mejor respecto de aquella en la que ahora me

hallaba.

No me lo pensé mucho, sino que le prometí que lo seguiría muy a gusto, con la sola condición de que me protegiera de aquel tipo malvado, y de que ayudara a sacar a mis padres de la prisión. Él se rió de lo primero, y me aseguró que nadie más me haría sufrir; y, en lo tocante a mis padres, me dijo que hablaría con el juez superior.

Entonces, aquel criado que fuera mi enemigo me subió ahora muy amistosamente a su caballo, sentándome detrás suyo, y juntos seguimos al caballero, que le había dado entretanto dos manojos de dinero al pastor de gansos, encargándole que les llevara la mitad a mis padres y que les dijera a estos dónde me hallaba.

No puedo describir con cuánto afecto fui recibido, no solo por la mujer del noble y sus dos hijos de ocho y diez años –un varón y una niña–, sino por toda la servidumbre, pues mi alegre carácter les resultaba a todos agradable. En seguida, me pusieron otra ropa y se hizo en todo el más magnífico comienzo para mi educación. A los pocos días, mi señor me llevó consigo al juez superior y consiguió que mis padres, de los que este parecía haberse olvidado casi por completo, fueran interrogados de nuevo. Y ocurrió que, ni bien hubo mi señor divisado a mi padre y mi madre, las lágrimas le corrieron por las mejillas y no pudo evitar ponerse de pie e ir a abrazarlos a ambos.

Mi padre se vio, así, descubierto, por lo que pensó que era peor si seguía fingiendo ante el juez superior y le confesó a este su condición y su carácter. Mi noble, que se llamaba Eduard Sadby, dijo abiertamente:

–Estoy del todo convencido, de corazón, de que estas pobres personas son inocentes de la ofensa contra la Majestad que han cometido sus padres y amigos. Es excesivo hacer extensivo a los inocentes hijos el castigo que se les ha

impuesto a los padres. Mi consciencia no me permite anatematizar a estas ilustres personas dignas de compasión, por más que sus antepasados hayan sido desde hace cien años enemigos mortales de mi linaje.

Con todo esto, sin embargo, el honorable Eduard no consiguió sino que les fueran devueltas a mis padres todas las cosas que les habían sido retenidas, y que fueran puestos en un sitio más tolerable, de acuerdo a su condición; pues el juez superior dio a entender que, según su obligación, no podía liberarlos antes de informar de todo el asunto a Londres y de recibir de allí órdenes de qué debía hacer con ellos. Así que tuvimos que conformarnos con esto, por esta vez; fui besado por mis padres miles de veces y hube de regresar al castillo con mi bondadoso padre de crianza, quien, de allí en más, lo dispuso todo para atenderme al igual que a sus propios hijos y, también, les regaló a mis progenitores cien libras esterlinas, así como todo tipo de ropas y otras cosas que se acordaban con su condición.

La desgracia, no obstante, aún no se había cansado de perseguir a mis pobres padres, pues, tras algunas semanas, llegó al juzgado superior una orden real que decía que si bien no había nada de peso que hiciera a mis padres cómplices del crimen perpetrado por sus parientes, debían, con todo, a causa de diversas conjeturas, ser despachados hacia la cárcel estatal, en Londres.

Así que, de un modo imprevisto, fueron enviados hacia allí y, si bien fueron hallados inocentes de todo, hubieron de sufrir en la Torre,¹¹ para provecho de sus enemigos, que se habían repartido sus bienes entre sí, hasta que, algunos

11 La Torre de Londres funcionó como la famosa prisión de la ciudad, sobre todo, durante los siglos XVI y XVII.

meses después de la decapitación del rey,¹² les devolvieron su libertad junto con la esperanza de recuperar su herencia. El pesar y la aflicción, empero, habían debilitado tanto a ambos desde hacía algunos años que cayeron enfermos en la flor de su edad, casi al mismo tiempo, y en el curso de tres días el uno siguió al otro en la muerte.

En la, para mí, muy dolorosa despedida, tuve aún la suerte de recibir la última bendición de mi padre y de mi madre: cerrarles los ojos; además, heredé toda su fortuna, que ascendía casi a ciento cincuenta libras esterlinas.

Eduard dio a mis progenitores una sepultura acorde a personas de su condición y se ocupó de mí como un leal padre. Solo que, no sé por qué, en el año 1653 se enemistó con el Protector, Cromwell, por lo que fue asesinado y su mujer e hijos pasaron a estar en una situación tan miserable como la mía. Con este pilar, se derrumbó todo el edificio de mi esperanza de alcanzar de nuevo la posición de mis antepasados, pues siendo un chico de trece años, no tenía un solo amigo al que recurrir que quisiera tomarme bajo su cuidado. Así que me dirigí a lo de un comerciante, al que Eduard le había prestado en favor mío, en usura, doscientas libras esterlinas y gasté en su casa los intereses. Este quiso convencerme de que me dedicara al mismo negocio que él, pero como yo no tenía ganas, sino que quería ser un hombre de letras o un soldado, hubo de mandarme con un buen maestro de idiomas, con quien me esforcé tanto que, en el lapso de un año, aprendí más que otros mucho mayores que yo.

He aquí que cierto día fui de paseo a una plaza en la que se debía pasar revista a un nuevo regimiento de soldados, cuando me llamó la atención un hombre que era

12 Alusión a Carlos I, decapitado el 30 de enero de 1649 tras el triunfo de Oliver Cromwell y los rebeldes. *Cfr.* nota 3.

particularmente respetado por los otros. Le pregunté a un viejo que había delante de mí quién era ese y recibí como respuesta que se trataba del hombre que había restablecido la libertad y la felicidad de la entera nación, y que le procuraba a todo oprimido su justa justicia.

—¿Cuál es su nombre? —fue mi próxima pregunta—.

A lo que el viejo me respondió:

—Su nombre es Oliver Cromwell y es, actualmente, el Protector de todo el país.

Me quedé pensativo unos instantes, y volví a preguntarle al viejo:

—¿Es este Oliver Cromwell de veras un hombre tan honrado?

En ese momento, el mismo Cromwell se volvió hacia mí y me miró fijo a los ojos. Yo lo miré no menos fijamente y, de pronto, prorrumpí con desenfado en las siguientes palabras:

—¡Señor, disculpadme! He oído que sois el hombre que procura la justa justicia a cada cual, se trate de quien se trate; así que tenéis la oportunidad de dar cuenta de ello conmigo, en tanto, difícilmente, un inglés de buena cuna haya sido tratado de forma más dura y despiadada que yo, precisamente.

Dio Cromwell sobradas muestras de su perplejidad a causa de mi actitud desenvuelta; con todo, me tomó de la mano y me llevó a un sitio apartado, en donde, sin vueltas y en pocas palabras, llegó a saber mi nombre, mi condición y necesidad. No agregó nada más que esto:

—¡Tened algo de paciencia, hijo mío! No descansaré hasta que os haya ayudado y, a fin de que creáis que hablo en serio, os daré ya mismo una prueba de ello.

A esto, me llevó al medio de una de las tropas de soldados, le sacó a un alférez la bandera de la mano y me la dio a mí, o sea, me nombró alférez en el acto, y al anterior lo hizo teniente.

Mi soldada mensual no era mayor a las ocho libras esterlinas, pero la liberalidad de Cromwell me aportaba tanto más, de modo que no solo no sufría por necesidad alguna, sino que podía ponerme en posición tan bien o mejor que otros oficiales superiores. Entretanto, la restitución de mis tierras se aplazó tanto que en el ínterin murió Cromwell, su extraño hijo, Richard, fue dimitido y el nuevo rey, Carlos II, fue llamado a regresar al país. En esta ocasión, mis enemigos volvieron a sublevarse contra mí y provocaron que tuviera que abandonar mi servicio como soldado y me fuera a Holanda con cuatrocientas libras esterlinas en efectivo y con la firme intención de no volver a pisar una patria tan adversa para mí y mis ancestros.

Acababa yo de cumplir veinte años cuando la suerte me condujo a Holanda, en donde, en el curso de medio año, admiré muchas bellas ciudades, pero sin hallar en ninguna de ellas otra salida que la de buscar mi dicha o desdicha futuras en el mar. Sin embargo, como mi corazón no sentía aún plenos deseos de ello, proseguí mi viaje hacia Alemania, a fin de examinarla bien, en tanto corazón de toda Europa.

Mi meta principal era, con todo, alistarme en el ejército imperial o del Elector de Brandenburgo; sin embargo, para mi mayor decepción, se selló justo entonces la paz y nadie me quería dar el gusto de reiniciar la guerra. Entretanto, en medio de mi camino por el difamado bosque de Turingia,¹³ sufrí una muy mala jugada, pues una tarde fui acosado por una horrible lluvia torrencial y, al caer la noche, me vi obligado a apearme del caballo y a guiarlo hasta que, al fin, habiéndome ya perdido bastante y al procurar, cerca de la medianoche, hacer un alto para

13 Ubicado en el centro geográfico de Alemania. La alusión a la mala fama del bosque se debe posiblemente a que era una zona muy frecuentada por ladrones y salteadores de caminos.

descansar con el mismo bajo un gran roble, percibí, a través de los arbustos, el resplandor de una luz que ardía a lo lejos. Esto me movió a incomodar de nuevo a mi rocín, con la intención de ir hacia allí. Luego de transcurrida media hora me hallé muy cerca, y vi que la luz provenía de una casa en la que la velada transcurría de forma excelente y alegre: desde fuera oí una música fantástica y zumbante y, a través de la ventana, vi a cinco o seis parejas bailando. Mi cuerpo, que se había enfriado bastante a causa de la copiosa lluvia, anhelaba una pieza cálida, razón por la cual llamé a la puerta, y les solicité un lugar donde pasar la noche a los que se asomaron, siendo recibido por ellos de la manera más amistosa. El que dijo ser el hospedero llevó mi caballo al establo, trajo mi portamantas azul a la sala y la hizo calentar a fin de que pudiera secar mis ropas mojadas y me dio una comida no poco apetitosa, que mi hambriento estómago ingirió con gran avidez. Tras esto, habría hablado de buen grado con tres hombres de aspecto respetable que había allí, pero como no entendían ni el inglés ni el holandés, ni mucho menos el poco de latín que yo sabía, y no se contentaban con mi alemán chapurreado, me recosté sobre una pila de heno y, por cierto, al lado de un hombre al que el hospedero presentó como un estudiante mendigante. Me quedé allí, más allá de que el bueno del hospedero me indicó luego otro sitio, bajo el pretexto de que en el sitio donde yo me había puesto me llenaría de bichos.

Yo había cometido la torpeza de mostrar distintas piezas de oro que llevaba en mi bolsa, aunque luego las había guardado bien contra mi cuerpo, junto con el resto de mi dinero, y había puesto mi portamantas bajo mi cabeza. Tenía, en cambio, las pistolas y la espada al lado mío. No obstante, esta previsión fue en vano, pues caí en un sueño tan profundo que si Dios no me hubiera cuidado especialmente, me

habría podido llevar a la muerte. Es que apenas dos horas después de que me tirara a dormir, los tres hombres de aspecto respetable, que en realidad eran unos malhechores, dieron por atacarme y me habrían asesinado fácilmente, si el honorable estudiante que yacía al lado mío, que no era sino el ahora difunto Simon Heinrich Schimmer, no me hubiera salvado, tras oírlo todo en su sueño fingido.

Los asesinos se habían reunido primero, brevemente, fuera de la sala, por lo cual Schimmer había puesto todo su empeño en despertarme, pero como esto le fuera imposible, había tomado las pistolas y la espada que yo había colocado al lado de mi cabeza y las había puesto bajo la chaqueta que le servía de manta. Poco después, había visto que los tres ya regresaban y que uno de ellos, que tenía un gran cuchillo en la mano, hacía el claro gesto de que iba a cortarme la garganta.

Ni bien dos de ellos se hubieron arrodillado, uno de ambos, por cierto, con la intención de hacerme el corte mortal, y el otro para vigilar a Schimmer, de súbito, este último se puso de pie de un salto y, casi al mismo tiempo, mató a los dos de un par de tiros –antes de que yo me recostara, había percibido que había sacado las pistolas y las había cargado con dos balas nuevas a cada una–. Al despertarme de golpe a causa este doble estrépito, vi cómo el tercero de los bribones era estocado con la espada por Schimmer.

Empero, tres hombres y cuatro mujeres más se habían levantado de sus lechos y tenían la intención de molernos con palos; mas yo hallé mi espada bajo la chaqueta de Schimmer y me puse en guardia y acabé en poco tiempo con ellos, de forma tal que estas siete personas, miserablemente maltrechas, hubieron de caer sobre sus lechos. Lo más gracioso en toda esta pelea fue que una mujer me tiró por la cabeza una bolsa bastante repleta de dinero, de forma tal que casi pierdo el oído y la vista, pero como esta amazona quedó

inconsciente cuando se le propinó un duro puñetazo, tuve tiempo suficiente como para apoderarme de su valiosa arma y guardarla contra mi pecho.

Entretanto, cuando Schimmer recargaba las pistolas con las municiones que me había pedido, llegó el posadero con otros dos tipos robustos y preguntó qué sucedía. Schimmer respondió:

–Había por aquí muchos canallas y bribones a los que tuvimos que matar; y aquel que haga el menor ademán de atacarnos habrá de hacerles compañía.

Acto seguido, el hospedero y sus ayudantes se mostraron como las personas más honradas del mundo; se llevaron las manos a la cabeza y gritaron:

–¡Oh, qué espectáculo! ¿Qué tipo de huéspedes nos ha traído hoy la mala suerte?

Entonces, Schimmer actuó aquí como un segundo Hércules y ordenó que el hospedero trajera de inmediato mi caballo ya ensillado y que, en el ínterin, sus dos ayudantes se apostaran delante de la sala como un par de perros. Nosotros dos, entretanto, nos vestimos completamente, dejamos que nos trajeran mi caballo, abrimos la puerta e hicimos que el hospedero sujetara a aquel el portamantas; de modo que partimos antes incluso de que se hiciera de día y recién más tarde nos dimos cuenta de que el hospedero, a causa del gran susto que se había dado, no nos había cobrado los gastos de consumición, en lugar de los que, según parecía, le habíamos dejado tres o cuatro muertos y seis personas muy malheridas.

Levábamos el caballo de la rienda detrás nuestro y seguíamos paso a paso, y sin decirnos ni una palabra, el camino demarcado, incluso sin saber a dónde nos conducía, hasta que, al fin, irrumpió la claridad del día, que, esta vez, me iluminó los ojos de forma mucho más apreciada que de costumbre. Solo que al mirar mi caballo me di cuenta de

que en lugar de mi portamantas azul, el posadero le había atado uno verde. A Schimmer, con quien, a causa de nuestra mutua confusión, aún no había cruzado una palabra en el camino, se lo di a entender tan bien como me lo permitía mi locuacidad en latín; y a él le dio tanta curiosidad como a mí por saber qué clase de rarezas habría dentro. Así que apartamos el caballo hacia unos arbustos, abrimos el portamantas y hallamos dentro cinco cálices de oro, dos hostiarios de plata, muchos herrajes que habían sido arrancados de sus respectivos libros, junto con otros valiosos ornatos de iglesia bordados con perlas. Al fondo de todo dimos, por su parte, metida en medio de un hato de ropa negra, con una bolsa de cuero, dentro de la cual había seiscientos ducados en efectivo. Tanto a Schimmer como a mí nos sobrecogió un horrible espanto ante este hallazgo, de forma tal que un sudor frío nos recorrió el rostro y ninguno de los dos sabía qué hacer con estos objetos. Tras mirarnos largo rato, mi compañero dijo:

–Estimado desconocido, me doy cuenta por todo lo acaecido que lleváis un corazón tan honesto como el mío en vuestro pecho; es por eso que buscaremos el modo de deshacernos de estas reliquias y otras cosas consagradas a la honra de Dios, y de remitirlas a un sitio desde el que puedan ser devueltas a sus propietarios, pues no me caben dudas de que las personas que anoche hemos matado y malherido eran ladrones de iglesias. En lo que respecta a estos seiscientos ducados en efectivo, empero, opino que hemos de conservarlos a modo de recompensa por el peligro que hemos pasado y por el trabajo que hemos tenido que hacer. Decidme –agregó–, ¿qué opináis vos al respecto?

Le di a entender que acordaba plenamente con su modo de pensar; así que volvimos a empacar y retomamos nuestro camino tan rápido como nos fue posible. En eso, Schimmer me dijo que no debería preocuparme ya por

nada, pues, como yo no conocía la lengua alemana, él trataría de disponerlo todo de forma tal que, sin más rodeos y sin correr riesgos, pudiéramos llegar tan lejos como quisiéramos.

Por cierto, nos resultó muy penoso atravesar todo el temible bosque sin comida ni bebida. No obstante, al fin, con la caída del sol llegamos a una aldea bastante grande, en la que Schimmer preguntó en seguida por la casa del pastor y ambos nos detuvimos en frente de la misma.

El respetable eclesiástico, de unos sesenta años, apareció muy pronto ante la puerta y Schimmer le habló más o menos así, en latín:

—¡Señor mío! Tal vez pueda ser tomado como una descortesía de nuestra parte que os solicitemos un alojamiento para pasar la noche, ya que, en tanto personas del todo extrañas, nos correspondería ir a la casa de huéspedes; solo que un suceso muy particular nos impele a buscar en vos, en vista de vuestro sagrado oficio, consejo y ayuda. Así que no nos rechazéis ninguna de las dos cosas y estad seguro de que ninguno de nosotros dos posee maldad en su interior, sino un corazón honesto. Mas si, más allá de esto, sentís desconfianza hacia nosotros, cosa que tomaríamos a bien a sabiendas de los muchos criminales, bribones y ladrones que andan dando vueltas, tomad todos los recaudos que necesitéis, pero tan solo dejad que os demos a conocer nuestro secreto.

El bueno y honrado del pastor no puso el más mínimo reparo, sino que hizo llevar nuestro caballo al establo y a nosotros nos obligó a pasar con gran sencillez a la sala de estar de la casa, en la que nos recibieron muy bien su esposa y sus hijos, que eran ya adultos. Tras que, a raíz del insistente pedido de todos, hubimos cenado con ellos, el venerable párroco nos condujo a su escritorio, y no solo oyó perplejo la historia de los crímenes de la noche anterior,

sino que aún más se horrorizó cuando le mostramos las reliquias y aparejos de iglesia que habíamos obtenido de forma tan asombrosa. A partir de ciertos grabados, reconoció que debían pertenecer sin dudas a una iglesia de la ciudad que quedaba a unas tres millas de su pueblo; y nos dijo que esperaba, a causa de ello, a recibir noticias más precisas de un destacado funcionario de la misma, que al día siguiente iría sin falta a visitarlo y que se iba a casar con una de sus hijas.

A esto, Schimmer le preguntó si, en tanto personas honestas, hacíamos bien en dejar todas estas cosas a su cuidado a fin de que las hiciera llegar de nuevo al lugar al que correspondían; nosotros, ya que no queríamos enredarnos con nuevas dilaciones, proseguiríamos nuestro camino. El pastor reflexionó un rato y, finalmente, dijo que de modo alguno quería él ser quien nos importunase o quien demorara nuestro viaje, sino que pretendía ayudarnos en todo y que restituiría los bienes de la iglesia tan pronto como ello le fuera posible.

—No obstante, mis señores —agregó—, vuestra honestidad salta a la vista y la historia que me habéis contado es muy importante, y gloriosa y notable la entrega de tales cosas de gran valor. De modo que os pregunto: ¿por qué no os animáis a quedaros un rato aquí, sin perder mucho tiempo, a fin de hacer pública vuestra historia, en honor a Dios y para alegría de las autoridades seculares?

Schimmer le respondió:

—¡Mi respetable señor! Os abriré mi corazón sin reparos. Sabed que soy oriundo del condado de Lippe¹⁴ y que hace algunos años he finalizado mis estudios en la famosa Universidad de Jena; en el año 1655, empero, en una corte

14 Antiguo condado alemán que en 1789 pasó a ser un principado y desapareció en 1918. Estaba ubicado en la zona de la actual Renania del Norte-Westfalia.

principesca no muy lejos de aquí, tuve la mala suerte de enemistarme con un joven caballero y de matarlo en un duelo regular, por lo que me convertí en fugitivo, y tuve que prestar servicios forzados en los ejércitos imperiales. Como me desempeñé bien en esa función y, además, tenía una buena suma de dinero conmigo para usar, mi superior me dio, al año siguiente, el mejor puesto de suboficial, junto a la esperanza de que, si seguía portándome bien, se me daría bien pronto la bandera para que la llevase en la mano. Solo que hace unos cuatro meses, en goce de nuestros cuarteles de invierno en un sitio de Austria, mi superior me hizo, contra toda previsión, teniente de su compañía. Esta súbita decisión me echó al cuello el más amargo odio de todos los demás, que veían cómo se me prefería a mí; esto, sumado a que yo soy luterano, llevó a que se me acusara a menudo a mis espaldas de ser un maldito hereje que había hechizado sin dudas el corazón del superior. De modo que varios de ellos se conjuraron para quitarme la vida a la primera oportunidad y quisieron ponerlo en obra una vez en que me hallé en compañía de ellos, pero todo se tornó a mi favor, pues tomé mi sable a tiempo, maté a dos y herí muy mal a tres y, tras esto, también muy maltrecho, fui arrestado.

Se habló mucho de que me fusilarían, razón por la que me mostraba aún muy enfermo, si bien mis heridas se hallaban casi totalmente curadas, hasta que una noche tuve ocasión de fugarme; cerca de Regensburg, cambié mis ropas con un estudiante pobre, y con el atuendo negro de este, pasé felizmente, con esa figura, por el bosque turingio y llegué hasta ese antro de muerte en el que he tenido la suerte de liberar a este joven inglés de las manos de sus verdugos. Así que entendéd, mi venerado amigo –continuó diciendo Schimmer–, que en circunstancias como estas no es aconsejable que me quede largo tiempo en esta zona, o que dé a conocer mi nombre, pues podría caer fácilmente en las

manos del príncipe al que tanto encolericé hace cinco años y que, tal vez, aún no se haya olvidado de su caballero estocado. Me asentaré en Detmold,¹⁵ empero, donde se hallan mis padres, e intentaré arreglar allí mis cosas en la referida corte principesca.

–Si nada más teméis –respondió a esto el pastor–, he de aseguraros por Dios que en esta región podéis estar tan a salvo de tales peligros como en vuestra patria.

En vista de que, además, prometió arreglarlo todo con su futuro yerno para nuestro mayor provecho y utilidad, decidimos confiar plenamente en este honesto hombre, pero, al mismo tiempo, convenimos en callar acerca de los seiscientos ducados en efectivo, hasta que tuviéramos mayores certezas; así que los oculté en mi mochila de viaje, junto con la bolsa de dinero que me había ganado en la pelea, y en la que había casi doscientos cincuenta táleros alemanes en monedas de plata; y le prometí a Schimmer que lo repartiéramos, junto con lo otro, de forma honesta.

Entretanto, el pastor le contó a su futuro yerno, por escrito, todo nuestro asunto, y esa misma noche envió la carta con un mensajero a caballo a la ciudad, desde donde el apurado y honesto funcionario llegó puntualmente al día siguiente por la mañana, y recibió con la mayor alegría los bienes religiosos, que habían sido robados hacía solo tres días de la iglesia de esa ciudad. Schimmer y yo nos dejamos persuadir en seguida por él para hacer una nueva visita, en compañía de unos veinte campesinos bien armados y a caballo, a aquel excelente hospedaje en el bosque que, tras mucho buscar, al fin hallamos, hacia la medianoche. Pero no solo el desesperado hospedero se había ido junto con toda

15 Importante ciudad en el actual estado de Renania del Norte-Westfalia; está ubicada a unos cien kilómetros al sudoeste de Hannover. Entre 1468 y 1918, fue la ciudad residencial de los señores, condes y príncipes del condado de Lippe.

su familia, sino también los otros rufianes, con excepción de dos mujeres y un hombre, que yacían en la sala gravemente heridos, y eran atendidos por una mujer muy anciana. En un comienzo, esta no quería saber de nada, e incluso se mostró como totalmente sorda y medio ciega, pero al fin, y tras duras amenazas, nos indicó un viejo y bien disimulado pozo del que sacamos no solo los cuatro cuerpos de los bribones a los que habíamos disparado y estocado, sino, además, cinco esqueletos humanos, a medias o del todo podridos. Por lo demás, tanto los heridos como la vieja señora nos confirmaron que el hospedero, junto con su familia y varios huéspedes, se habían hecho a la fuga con todas sus cosas ya al mediodía anterior y que no habían dejado nada más que algunos utensilios domésticos en mal estado y algo de víveres para los heridos, que no habían podido llevarse consigo. Al día siguiente, se hallaron aún, tras un examen más riguroso, trece cuerpos humanos enterrados en el sótano, de hombres que sin dudas habían sido asesinados por este diabólico hospedero y sus maléficos compinches, lo cual nos generó un doloroso lamento por la inhumana violencia que los hombres ejercían sobre el prójimo. Ínterin, llegaron dos coches contratados por el prudente funcionario y, como aquí ya no había nada más por hacer, se hizo subir en ellos a los tres heridos y a la vieja, y se los envió a la ciudad, escoltados por diez robustos campesinos a caballo.

El funcionario, que, junto con nosotros y los otros, volvió a revisar con empeño toda la casa, el patio y el jardín, sin hallar nada más que le llamara la atención, se hallaba ya dispuesto a emprender el regreso; pero Schimmer, que arrojó de golpe la azada que llevaba en las manos contra el brase-ro de la cocina y percibió, al hacerlo, un curioso estrépito, volvió a agarrarla, dio varios golpes en aquel, y descubrió, contra todo lo que pudiera esperarse, un cubo amurado, en

el que, al volcarlo, se hallaron dos mil táleros en efectivo, y casi la misma cantidad en piezas de oro y plata. Todos nos quedamos sorprendidos y no llegábamos a entender cómo era posible que el hospedero hubiera podido abandonar un tesoro tan valioso, pero conjeturamos que, tal vez, había decidido pasar a recogerlo en otra oportunidad. En ese momento, entró un viejo campesino y contó que hacía unos cuarenta años, en época de guerra, había habido en esta casa un hospedero que a causa del crimen y el robo había sido condenado al suplicio de la rueda,¹⁶ y que ya en el patíbulo, poco antes de morir impenitente, había prometido mostrar un tesoro de más de cuatro mil táleros a cambio de que se le perdonara la vida. Pero los jueces, que tenían pruebas más que suficientes de sus fechorías, no habían querido saber de nada, sino que hicieron que se cumpliera la sentencia. Es por ello que bien podía ser que sus descendientes no supieran nada al respecto, de modo que habían debido prescindir de este tesoro hallado de modo tan imprevisto.

El funcionario, que, al fin, se alegró mucho al conocer esto, lo repartió en unas bolsas de forraje lacradas, y así se emprendió el retorno a la ciudad, si bien Schimmer, otros cuatro campesinos y yo nos dirigimos hacia lo de nuestro benévolo pastor, que se mostró tanto más admirado y pasmado, luego de haber conocido más detalles de nuestra historia.

Le habíamos prometido al honrado funcionario que lo esperaríamos allí mismo y este se presentó al tercer día, trayendo consigo doscientos ducados en efectivo de regalo para Schimmer y para mí; asimismo, nos entregó una tela entera de escarlatina, junto a todos los accesorios, con los que, en el acto, allí, en la casa del pastor, dos sastres de

16 Método de suplicio y ejecución extremadamente doloroso y cruento que fue usual durante la Edad Media. Los últimos casos registrados son de las primeras décadas del siglo XIX.

la ciudad confeccionaron trajes a medida para nosotros. Entretanto, hizo constar en un acta nuestra nueva declaración acerca del acontecimiento; luego, celebró su compromiso con la hija del pastor, fiesta que tuvimos que aguardar los dos. Tras esto, como Schimmer se había comprado un buen caballo, y nuestro restante equipaje quedó bien organizado para que nos lo lleváramos, nos despedimos agradecidos del bondadoso pastor y de su familia y, en compañía de seis robustos campesinos, que iban bien armados y eran buenos jinetes, volvimos a atravesar el bosque turingio, y sin más dilación proseguimos nuestro viaje hasta Detmold, donde fuimos recibidos muy cariñosamente por la madre de Schimmer, que había perdido a su esposo tan solo seis u ocho semanas atrás.

Aquí nos repartimos honestamente el dinero que habíamos ganado de manera tan maravillosa en nuestro viaje, y vivimos juntos más de un año como leales hermanos, en cuyo lapso aprendí tan bien alemán que casi llegué a olvidarme de mi lengua materna; además, me convertí a la religión evangélico-luterana y renuncié por completo a las intrincadas sectas inglesas.

El hermano de Schimmer se había hecho cargo ya de las tierras del padre y le había entregado a este unos tres mil táleros alemanes, que Schimmer empleó para asentarse como burgués. Tuvo la intención de casarse con una doncella de medios equivalentes, queriéndome proveer de igual manera con su única y bella hermana. No obstante, para mi mayor desilusión, esta andaba atontada ya con otro joven rico, de modo que mi sincero amor por ella resultó inútil y, como la novia de mi querido Schimmer le fue arrebatada a este por la muerte unas tres semanas antes de la boda arreglada, llegamos ambos a una resolución por completo distinta: cada uno tomó mil táleros en efectivo de su patrimonio, pusimos el resto del dinero a buen resguardo y nos unimos

a la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales. En dos afortunados viajes, aumentamos mucho nuestro capital; es por esta razón que teníamos la intención de emprender el tercero, cuando aquellos extraviados traidores, Alexander y Gallus, nos tentaron con la esperanza de una gran ganancia y nos convencieron de embarcarnos con ellos hacia la isla Amboína.

Lo que sucedió en este viaje lo ha contado con lujo de detalles mi querida cuñada, la esposa de Albert II; es por ello que solo mencionaré lo siguiente: que Schimmer y yo nos habíamos enamorado en secreto de las dos virtuosas hermanas, Philippina y Judith, mientras que Jacob Larson, que era nuestro tercer hombre y amigo del alma, aspiraba a conquistar a Sabine. Pero ninguno de los tres tenía la valentía como para descubrirle a su objeto amado las llamas del amor, sobre todo porque ellas, a causa del miedo y la aflicción que por entonces sentían, eran presas una y otra vez de la más dolorosa congoja. Fue en ese miserable estado que la piadosa y casta Philippina perdió lastimosamente su joven vida, por la cual Schimmer lloró en secreto miles de lágrimas, en tanto honrado pretendiente suyo. (Pérdida esta que le dolió tanto más que la repentina partida de su primera novia). Larson y yo, por nuestra parte, nos aferramos a la firme idea de que, tan pronto como hubiéremos hallado un sitio seguro en tierra, les revelaríamos a nuestros dos luceros todo el amor que por ellas sentíamos, poniendo todo nuestro afán en ser partícipes de su libre y apreciable afecto.

Y así sucedió tan pronto como hubimos restablecido por completo nuestra salud en esta isla rocosa. Nuestra declaración no solo fue recibida de corazón, sino que ambos teníamos esperanzas de ser felices con nuestras dos bellas amadas. Con todo, Amias y Robert Hülter, tras hablarnos racionalmente, consiguieron que todos nosotros

calmáramos nuestros corazones en pos del buen orden y nos las repartiéramos de otro modo. Así que mi muy querida middelburguesa, Judith, le fue adjudicada como esposa a Albert II; Sabine, a Stephan; Jacob Larson, por su parte, a causa de que era el mayor, recibió, también como esposa, a la hija mayor de nuestro caro patriarca; Schimmer tomó de sus manos, con el mayor placer, a la otra hija; y a Christina, que igualaba a sus hermanas en belleza y virtud, yo la esperé, con el más íntimo regocijo, por casi seis años, pues su delicada y enfermiza condición postergó varios años nuestro casamiento, hasta 1674. No puedo expresar con cuánta alegría hemos pasado los dos todo este tiempo hasta el momento presente. Nunca he sentido el deseo de volver a ver mi patria o algún otro sitio de Europa, así que he renunciado de buen grado a mi patrimonio y se lo he regalado a otros, y he resuelto agradecerle sin cejar al Cielo hasta el fin de mis días el que me haya traído a un lugar como este, en el que las virtudes se hallan en su innata belleza, y en el que, en cambio, los pecados han sido casi del todo desterrados y expulsados.

*

David Rawkin dio fin así al relato de su vida y de la de su amigo Schimmer, que todos oímos, no menos que todos los relatos anteriores, con especial placer; por lo que le dimos las gracias de la manera más amable a este anciano de ochenta y cinco años, que, a pesar de su avanzada edad, era tan jovial y vivaz como un hombre de cuarenta. El patriarca, por su parte, le dijo:

—Mi querido hijo, habéis contado hasta aquí muy bien vuestra historia, aunque de forma harto breve; no obstante, aún les debéis a los queridos amigos que han llegado últimos, el informe de vuestros dos viajes a las Indias

Orientales; como estos incluyen muchas cosas curiosas, tal vez puedan ellos solicitar que se les cuente acerca de los mismos en otro momento. En lo que respecta a Jacob Larson, diré, en pocas palabras, lo siguiente:

Era un sueco de nacimiento y también luterano de religión; de oficio, era cerrajero; poseía muchísima experiencia y destreza en todo tipo de trabajos con hierro y acero. A sus veinticuatro años, el muy particular placer de viajar lo empujó a los barcos y, por medio de distintos azares, se convirtió en un acabado hombre de mar. Había recorrido las Indias Occidentales y Orientales recaudando, a menudo, en esos viajes grandes riquezas, que él, sin embargo, siempre volvía a perder muy pronto y, por cierto, de la manera más riesgosa y, no pocas veces, ridícula. Pero su gusto por conocer tierras extrañas permanecía firme una y otra vez, y yo creo que jamás se habría quedado en esta isla, si mi hija –que se convirtió en su esposa–, a la que él amó mucho y, en particular, empero, los sucesivos frutos de su vientre, no lo hubieran incitado a llevar un modo de vida más sosegado. No puedo dar cuenta de cuán útil ha sido tanto para mí como para todos mis hijos este excelente hombre, pues no solo ha hallado aquí, en la isla, hierro y metal, sino que, además, los ha fundido para fabricar instrumentos útiles para muchos años; el hecho de que hayamos podido hacer pólvora –si bien no tan fina como la europea– para casos de necesidad, también se lo debemos a su habilidad. E, incluso, hay muchas otras cosas más por las que mi familia ha de tener oportunidad de honrar el recuerdo de su nombre. Hace solo seis años ha seguido en la muerte a su difunta esposa, sobreviviendo a Schimmer en unos tres años, quien tal vez no habría muerto tan pronto, si la caída de una viga en la casa de sus hijos no lo hubiera dañado tanto. No obstante, sin dudas han alcanzado ambos la dicha eterna, cosa que no hemos de envidiarles en virtud de

la vida terrena.

¡Ea, mis queridos! –dijo aquí nuestro patriarca–, ya es tiempo de que todos nos vayamos a dormir, a fin de que, si Dios quiere, mañana echemos un vistazo a las casas de Schimmer y sus descendientes.

Así que seguimos su consejo de buen grado, pues ya era medianoche. Por la mañana, cuando, tras el descanso y el desayuno, el joven Albert, Stephan y David y sus esposas se despidieron por esta vez de nosotros y regresaron con los suyos, los restantes, junto con el patriarca, nos hicimos en camino hacia la comarca de Simon.

Una vez allí, fuimos a ver, en primer término, un delicado puente sobre el Río del Norte, y sus esclusas, que se habían hecho para un caso de emergencia, por si las esclusas principales ubicadas en la comarca de Christian no alcanzaban para oponer suficiente resistencia a la corriente del río, que en ciertas épocas corría muy fuerte y raudo. La colonia consistía en trece casas; tres de ellas, sin embargo, acababan de ser edificadas para jóvenes desposados y aún no se hallaban ocupadas. La economía doméstica era, en cuanto a sus valores nutritivos y el esmero, en todo igual a la de los restantes insulanos; no obstante, había además varios artesanos entre ellos, que fundían las más finas y útiles vajillas y otros objetos a partir de una mezcla de metales, e incluso sabían darle forma; arte que había que agradecer a la propia inteligencia del difunto Simon Heinrich Schimmer, y al apoyo de Larson, y que les había sido transmitido a sus hijos. Todos tenían, además, mucha experiencia en el arte de la construcción y otras necesarias manualidades, de acuerdo con las costumbres del lugar.

Luego de que hubimos hecho una corta visita a todos los jefes de familia, y tras que hubimos observado bien todas sus características, la mayoría de ellos nos acompañó al gran Jardín Zoológico que el patriarca había erigido hacia ya

largos años en el rincón noreste de la isla, poniendo dentro algunos animales silvestres, que luego habían adelantado tanto y se habían vuelto tan dóciles que se los podía agarrar y matar con las manos, tan pronto como se tuvieran ganas de ello. Este bello zoológico se hallaba atravesado por distintos arroyuelos que llegaban raudos desde el Lago Chico, y se perdían en las grietas de las rocas externas. Fuimos a echarle un buen vistazo a este pequeño lago, que tenía un perímetro de unos mil pasos; cruzamos el Río del Este¹⁷ por un puente vallado y vimos que este se precipitaba con horrendo estruendo hacia los huecos entre las rocas. A esto, se nos dijo que del lado de afuera no volvía a surgir como un río, sino que, repartido en innumerables remolinos, se iba a perder en el mar en forma de la más bella fuente surgente. El otro lado del lago, hacia el sudoeste, no era fácil de recorrer, a causa de los muchos arroyos caudalosos que nacían en el bosque de muchos sitios pantanosos y que formaban, al juntarse, el Lago Chico; es por eso que regresamos por el puente sobre el Río del Este y a través del jardín zoológico hasta la comarca de Simon, donde fuimos magníficamente agasajados con comida y bebida por sus habitantes. Les dimos a estos los consabidos regalos, y luego volvimos. El maese Schmeltzer se encaminó a la alameda de la comarca de David, a fin de continuar allí con sus lecciones de catecismo. Nosotros, en cambio, volvimos y ayudamos en la construcción de la iglesia hasta su regreso, y luego cenamos en el Castillo de Albert. Entonces, el patriarca echó a hablar de este modo, con la intención de contarnos el resto de su historia:

*

17 *Cfr.* nota 48, Tomo I.

Ahora ya sabéis, queridos míos, quiénes eran las personas principales que vi llegar y quedarse en mi isla, para mi alegría, en el año 1668. De forma que en conjunto pasamos a ser veinte sus habitantes: once varones, entre los que se hallaban mis dos mellizos menores, Christoph y Christian, de trece años; y nueve mujeres, entre las que contaba mi hija Christina, de once, y las dos pequeñas hijas de Robert, que aún eran unas tiernas niñas. Los recién llegados gustaron mucho, por cierto, de participar en los trabajos necesarios relativos al alimento, y también de erigir cómodas cabañas para ellos; sin embargo, ni mi familia ni yo ni, tampoco, Amias o Robert, podíamos llegar a saber si tenían la intención de quedarse con nosotros o si buscarían su suerte en otro lado. Es que no solo llevaron su barco, con nuestra ayuda, con enorme esfuerzo, hacia la bahía, sino que, en poco tiempo, lo dejaron listo para ser navegado. Al fin, cuando el honesto Schimmer lo hubo pensado todo con mayor precisión y se hubo informado por completo de nuestro modo de hacer las cosas, se enamoró de mi hija Elisabeth y, además, logró que sus dos compañeros, a saber, Jacob y David, se dejaran convencer –por él y por los demás– y aceptaran ceder sus dos amadas a mis dos mellizos más grandes, para, en cambio, recibir a mis dos hijas restantes. De modo que en 1669 fueron unidos en matrimonio por mí: Jacob Larson con Maria, Schimmer con Elisabeth, mi hijo mayor con Judith y Stephan con Sabine; el bueno de David, sin embargo, cuya mujer adjudicada, Christina, era aún muy chica, hubo de tener paciencia aún por algunos años, y vivió junto a nosotros como un hombre infatigable y honrado.

Amias y todos los demás habíamos perdido ahora el deseo de construir un nuevo barco, pues aquel en el que habían llegado los últimos extraños parecía tan bueno como para hacer con él un viaje alrededor del mundo; no

obstante, se lo descargó todo: el dinero y las otras cosas de valor, las mercaderías, la pólvora y las armas, y se lo trajo a la isla. Y el barco mismo fue puesto a resguardo en un sitio conveniente. Tras esto, todos nos entregamos en tanta medida a las más confortables tareas domésticas y a las faenas en el campo, y con tal sosiego, que se nos podía reconocer por cierto como buenos amos de casa, pero no como glotonnes vanos o siervos de Mammón.¹⁸ De forma que hicimos más y mejores casas, labramos más campos, hicimos jardines y viñedos, arreglamos distintos talleres para aprestar madera, piedra, metal y sal, pero sin impulsar con ello la más mínima usura; de este modo, no nos era necesaria ninguna forma de dinero, pues cada cual se hallaba dispuesto a servir al prójimo a cambio de nada: tan solo se lo hacía por placer.

Nuestro tiempo transcurría, por lo demás, de forma tan alegre, que ninguno se arrepentía de haber sido desterrado por el destino en esta isla. Pero mi querida Concordia y yo éramos los que más contentos estábamos, pues ahora ya no teníamos ninguna causa como para quejarnos de la soledad, sino que veíamos cómo las familias de nuestros hijos crecían de la mejor manera; y hacia fines de 1670 pudimos besar ya nueve nietos (seis niños y tres niñas), si bien por entonces apenas si habíamos vivido la mitad de lo que dura una vida humana según las Escrituras, es decir, fuimos

18 Mammón es representado en el Nuevo Testamento como símbolo de la riqueza y la mezquina avaricia. En Mateo 6, 19-24, se lee: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompe, y donde ladronas minan y hurtan; / Mas haceos tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompe, y donde ladronas no minan ni hurtan; / Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón. / La lámpara del cuerpo es el ojo: así que, si tu ojo fuere sincero, todo tu cuerpo será luminoso; / Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas? / Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se llegará al uno y menospreciará al otro: no podéis servir a Dios y a Mammón".

llamados “abuelos” a edad muy temprana.

Nuestro tercer hijo, Johann, cumplió por entonces veinte años y ya se percibía en todo su ser el instinto natural de desear tener el modo de vida de sus hermanos mayores, es decir, de tener una esposa. A su madre y a mí nos afectaron mucho sus ansias, pero no sabíamos cómo aconsejarlo o ayudarlo hasta que, al fin, el viejo Amias se apiadó del apesadumbrado joven y puso de nuevo sobre el tapete lo del viaje a la isla de Santa Helena, ya que había a disposición para ello un excelente barco, que solo requería ser equipado de manera adecuada. En un comienzo, Concordia no quiso aceptar tal cosa en absoluto, pero al fin se dejó vencer –tanto como yo– por las atinadas ideas de la mayoría y estuvo de acuerdo, si bien con ojos llorosos, en que Amias, Robert, Jacob, Simon y nuestros cinco hijos se embarcaran con la meta de buscar mujeres para los tres menores, allí donde las hubiere. David Rawkin no mostraba un deseo particular de viajar, por lo que los demás le pidieron que se quedara para cuidar de su joven novia; por el contrario, las esposas de Stephan, Jacob y Simon se ofrecieron por propia voluntad a viajar y vivir junto con sus esposos lo bueno y lo malo que hubiera que afrontar. A las esposas de Robert y Albert, empero, que también dieron cuenta de muchas ganas de viajar, se les requirió que se quedaran con nosotros, pues ambas estaban embarazadas de muchos meses.

A pesar de todo, en el curso de pocos días se hicieron todos los preparativos, casi más rápidamente de lo que nos había llevado tomar nuestra decisión anterior, y el 14 de enero de 1671 las mencionadas doce personas estuvieron del todo listas para hacerse a la mar, pues el barco se hallaba ya bien equipado en cuanto a alimentos, dinero, bienes necesarios, armas y cosas por el estilo, y no le faltaba nada más que, acaso, el doble de personas para tripularlo.

El resuelto Amias, que era el capitán de esta pequeña

tripulación, se hallaba, a pesar de todo, de tan buen ánimo, que todos los otros aguardaban con alegría el momento de la partida.

Así pues, un 16 de enero al mediodía, tras de que Amias, Robert, Jacob y Simon hubieron jurado que no buscarían más aventuras que aquellas acerca de las que nos habíamos puesto de acuerdo y que, por el contrario, tan pronto como se hubieran hallado tres mujeres decentes, mis hijos habrían de regresar sin mayor dilación, zarparon alegremente y se alejaron de esta isla bajo innumerables deseos de bienaventuranza, y fueron acompañados por nosotros, los que nos quedábamos, con ojos llorosos y gestos de aflicción, hasta que, junto con su barco, los perdimos totalmente de vista.

De este modo, David, las dos Concordias y yo volvimos a nuestra casa, en la que se habían quedado Judith y mi hija menor, Christina, para cuidar de los nueve niños. Lo primero que hicimos fue ponernos todos en el acto de rodillas e implorarle muy tristemente a Dios por la clemente conservación de los viajeros, cosa que repetimos tres veces por día a partir de allí y durante el tiempo que duró su ausencia. David y yo, entretanto, no nos esforzamos poco a fin de cosechar por completo nuestros frutos y la vid y, también, luego, de labrar de nuevo tantos campos como pudiéramos, tanto nosotros como los bien educados monos. Las tres mujeres, en cambio, no debían ocuparse de nada más que de la cocina y de cuidar bien de los niños, con la ayuda de Christina.

No obstante, como cada uno podrá imaginarse con facilidad que ninguno de nosotros se quedó ocioso y, por lo demás, me he referido ya mucho a nuestros trabajos cotidianos y al modo de llevar a cabo nuestras tareas domésticas, solo les contaré ahora cómo les fue a mis hijos en el mar. Tuvieron ellos hasta la octava semana un viento y un tiempo

excelentes, sin embargo, la mayoría tuvo que pagarle al mar el consabido derecho de aduana. Pero se repusieron pronto, con la única excepción de Elisabeth, cuya enfermedad llegó a agravarse tanto que todos dudaron de si podría sobrevivir. Simon Schimmer dio tal cuenta de su fiel amor conyugal en esta difícil situación, que todos podían dar testimonio de su sinceridad y honradez, pues no se movió de su lado, implorándole con constancia y con los ojos llorosos al Cielo para que este llevara el barco a tierra, ya que él era de la opinión de que su Elisabeth podría salvar su vida tanto mejor sobre tierra firme que en el mar. Al fin, Dios oyó este afanoso rezo, y los llevó en medio de la sexta semana a una pequeña isla plana, en la que atracaron, pero sin hallar en ella ni hombres ni animales, más allá de tortugas y algunos tipos de aves y peces. Amias llevó el barco de tanto mejor grado a un buen puerto que había allí, pues tanto él como Jacob, que eran duchos navegantes, habían conjeturado a partir de diferentes signos naturales la inminencia de una fuerte tormenta. Y no se engañaban en lo más mínimo respecto de esto, pues unas veinticuatro horas después de desembarcar, cuando ya se habían hecho unas lindas chozas, se originó tal tempestad en el mar que la misma habría sido capaz de provocar la ruina de estas pocas y en parte débiles personas. Desde este refugio, empero, observaron la horrible tormenta con calma y sosiego, y tan solo se empeñaron en protegerse bien de las frecuentes ráfagas de viento y de la lluvia, la cual, por otro lado, les sirvió para refrescarse un poco, pues el agua que así obtuvieron les supo mucho mejor que el agua dulce que tenían a bordo del barco. Amias, Robert y Jacob tomaron a este respecto una decisión aún mejor, pues hicieron pozos en muchos sitios y hallaron, al fin, la fuente de agua dulce más amena. En lo que hace a los otros víveres imprescindibles, en cambio, no les faltaba nada, ya que se hallaban provistos para más que dos años en cuanto a todo

lo que mi isla Felsenburg produce de alimenticio.

Luego de que la tormenta hubo pasado por esta vez, y cuando la enferma Elisabeth estuvo en una condición bastante mejor, Amias y los demás fueron de la opinión de que lo mejor era volver al barco y buscar un sitio en el que hubiera seres humanos; pero Schimmer, que se opuso firmemente ya que primero quería ver a su Elisabeth del todo sana, consiguió al fin, tras pedirlo mucho, que se decidiera permanecer aún al menos una semana en esta isla desierta, a pesar de que tenía una tierra mala que no les suponía a los hombres otra utilidad más que meros yuyos, si bien había en ella árboles en su mayor parte altos, y en parte anchos, que habrían podido resultar convenientes para construir un barco.

Mis buenos hijos no tuvieron razones para arrepentirse de esta dilación, pues antes de que hubiera transcurrido esta semana, volvió a desatarse una tormenta que superaba por mucho en ferocidad a la anterior; mas cuando también sus cuatro días de furia fueron sucedidos por un tiempo agradable y calmo, una mañana temprano oyeron, aún en la penumbra, el repentino estrépito de disparos de cañones gruesos y pequeños y, por cierto, según pudieron conjeturar, muy cerca de su isla desierta. Es fácil creer que debieron de asustarse mucho, sobre todo, cuando, con la plena irrupción de la luz del sol, se dieron cuenta de que un barco que portaba bandera holandesa era atacado y acometido por dos barcos bárbaros. El holandés se defendió de tal modo que, hacia el mediodía, hizo hundir a uno de los bárbaros, pero el otro lo agredió no menos brutalmente, de forma que poco después el holandés pareció hallarse en sus últimas.

Ante tal circunstancia de peligro, Amias, Robert, Jacob y Simon se dieron cuenta de que tanto ellos como los suyos también serían descubiertos y estarían perdidos, si el barco holandés sufría la desgracia de hundirse; es por ello que

tomaron una súbita y desesperada decisión, se encaminaron con todos sus fardos a su barco, que iba equipado con ocho cañones, partieron del pequeño puerto, se pusieron a espaldas del bárbaro, e hicieron fuego con fuerza dos veces, por lo que este entró en pánico. El holandés, en cambio, cobró nuevos bríos y fue a la carga contra su enemigo con furia renovada. Los míos dispararon sus cañones dos veces más contra el bárbaro, desde prudencial distancia, y ayudaron, al fin, a que este fuera del todo derrotado, tras una frenética batalla, por los holandeses, cuyo barco fue conducido, por su parte, con todos los prisioneros que había en él, hacia la isla desierta e innominada.

El capitán y los otros tripulantes del barco holandés no podían esperar a tener la oportunidad de mostrarles a mis hijos, en tanto sus bravos salvadores, su agradecido reconocimiento, tanto con palabras como en los hechos, y se sorprendieron en no poca medida al ver que estos eran tan pocos en número y que poseían fuerzas tan exiguas; mas, por lo tanto, se dieron cuenta en el acto de que la osada decisión, junto a una diestra y feliz astucia, era la que había hecho la mayor parte del trabajo.

Aún así, esta buena gente les ofreció a los míos la mitad de todos los bienes y dinero conquistados, pero como estos, más allá de algunas bagatelas, no quisieron aceptar recibir ninguna ofrenda por la pelea ni de la cortesía de los holandeses, estos se asombraron tanto más, ya que la parte del botín que les hubieran dado era de más de doce mil táleros.

Entretanto, como los holandeses se vieron en la necesidad de quedarse al menos dos semanas en esa isla, a fin de reparar completamente su barco, los míos decidieron permanecer allí también, en principio, hasta su partida. Sobre todo porque Amias percibió que había varias mujeres entre ellos, en parte, aún jóvenes y, en parte, ya algo mayores. Así

que procuró, junto con Robert, Jacob y Simon, trabar conversación con ellas; pero el último fue el más afortunado, pues ya al día siguiente halló a una de las mencionadas mujeres sola, detrás de una espesura, muy afligida y llorando. Schimmer se informó de manera particularmente cortés por la razón de su congoja, y supo en seguida que se trataba de una viuda, cuyo esposo había sido muerto hace tres meses en este barco, en otra pelea con piratas, y que, junto con su hijastra de catorce años, de buen grado iría al Cabo de Buena Esperanza a hacerse de los bienes y el dinero que allí había dejado su difunto esposo. Mas un comerciante que iba con ellos en el barco holandés la fastidiaba tanto con su amor que era razonable para ella temer que, a causa de su fuerte apoyo y sus regalos, la arrinconara con tanta astucia que, al fin, tuviera que rendirse a él a la fuerza. Schimmer le dijo que, siendo ella una mujer aún muy joven, le era factible iniciar un nuevo matrimonio, y que podría hacer dichoso a un hombre que la amara a ella de veras, por más que este no la igualara en cuanto a bienes y patrimonio. La mujer, por su parte, le dijo:

—¡Tenéis razón, señor! Aún no soy vieja: mi edad recién supera en unas pocas semanas los veinticuatro años y, desde que me casé, solo he traído al mundo a dos niños. Es por ello que no se me podría negar que contrajese un nuevo matrimonio; solo que mi impetuoso pretendiente es el hombre más pecaminoso del mundo, que no se avergonzaría de amar al mismo tiempo a madre, hija y criada, por lo que mi corazón siente un natural desprecio hacia su persona. Sí, de buen grado daría yo no solo la herencia de mi difunto esposo, que asciende a más de diez mil táleros, sino aún más, con tal de poder estar libre y sola en Holanda, o en algún otro sitio honrado.

Schimmer le hizo aún distintas preguntas y, al ver que esta mujer pensaba por completo como él quería, la exhortó

a tener paciencia, ya que su anhelo podía ser satisfecho con bastante facilidad, en caso de que confiara por completo en su virtud y buen consejo. Tan solo debía hablar primero con algunos de sus compañeros acerca de este asunto, para que, al día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar, pudieran ponerse en mayor medida de acuerdo con ella.

La virtuosa viuda comenzó de inmediato a tener a este hombre por un ángel humano enviado a ella por Dios y, confiando de corazón en él, secó las lágrimas de sus afligidos ojos. Schimmer la dejó allí y volvió con los otros, a los que les contó todo el suceso, pintando para ellos a esta viuda como la imagen acabada de la virtud. Amias irrumpió entonces de golpe con estas palabras:

–Daos cuenta, hijos míos, de la particular providencia del Cielo, pues no tengo dudas de que la bella viuda estará destinada a nuestro Johann; y su hijastra, a Christoph; así que si el Cielo nos ayuda a dar aquí con la tercera mujer para nuestro Christian, habremos alcanzado la meta de nuestro viaje y podremos pensar con regocijo en retornar a nuestra isla.

Por lo que, de ahí en más, todos concibieron la intención de darle a la joven viuda un buen concepto de su propio ser y, cuando fue llevada, esa misma noche, por Maria y Sabine a la cabaña, a fin de visitar a Elisabeth, que aún se hallaba algo enferma, no podía dejar de maravillarse al hallar allí un grupo de personas tal que yo mismo, en tanto padre fundador, no puedo llegar a alabar en toda su medida, a causa de su buena educación, su temor de Dios y su virtud.

–¡Oh, mis queridos! –dijo la piadosa viuda–, decidme dónde queda el país que permite que tantas personas virtuosas salgan al mismo tiempo en un viaje. ¿Acaso los impíos habitantes del mismo os han obligado a irlos? Pues se sabe que el malvado mundo ya casi no tolera a los piadosos, sean estos jóvenes o viejos.

–No, mi bella –la interrumpió aquí el viejo Amias–, os aseguro que quienes nos hallamos aquí sentados delante suyo, somos los que menos virtud tenemos, pues aquellos a quienes hemos dejado atrás en la isla lo son de un modo mucho más acabado, y nosotros vivimos esforzándonos por igualarnos a ellos.

Fue esta, por cierto –dijo aquí nuestro patriarca Albert–,¹⁹ una menuda lisonja, pero fue así como el honesto Amias quiso expresarse en aquel momento. La dama, en cambio, lo miró fijo diciendo:

–¡Señor! Vuestras nobles canas imponen mucho respeto, de lo contrario os diré que no sabría qué es lo que vos pensáis de mí, ni si acaso queréis bromear conmigo o, de lo contrario, suscitar que yo llegue a decir algo tonto.

Amias usó estas palabras en su provecho y respondió:

–¡Señora! Pensad de mí lo que queráis, pero no critiquéis mis palabras hasta que os haya contado una historia que, por cierto, no es fatigosa de oír y que, además, es la entera verdad.

A esto, comenzó a contar al pie de la letra, como alguien que había internalizado toda mi historia de vida y la de mi familia, todo lo que nos pasó. De forma tal que, al final, la dama no cabía en sí misma, a causa de su asombro. Esto no fue todo, sino que Amias le pidió que no contara nada de lo que recién había oído, pues, por ciertas razones, ellos solo le hacían conocer a ella, y a nadie más, tales secretos; en cambio, tenían la intención de convencer a todos que debían realizar un negocio particular en la isla de Santa Helena. Virgilia van Catmers, así se llamaba esta dama, no solo prometió que callaría acerca de todo, sino que también pidió por Dios que la llevaran consigo, junto con su hijastra, a tal reino de Dios en la Tierra (así llamó a mi isla de rocas), y

19 Acotación de Eberhard Julius.

que la ayudáramos a casar a la buena niña con un hombre virtuoso.

—Yo, por mi parte —agregó—, puedo decir a ciencia cierta que también pasaría de buen grado lo que me queda de la vida en una virtuosa soltería, antes que en el mejor vínculo conyugal, pues desde niña y hasta esta hora he soportado tristeza y miedo en suficiente medida, por lo que ahora ansío una vida más sosegada. A mi hijastra, empero, cuya madrastra soy hace tan solo cinco años y a la que, a causa de su carácter tan obediente, quiero como a una hija propia, quisiera verla bien provista, ya que, si no llegamos a alcanzar el Cabo de Buena Esperanza, no podrá ella esperar recibir nada de su herencia paterna, más allá del tesoro que traigo aquí conmigo y que llega a los dieciséis mil ducados, tan solo en oro, plata y joyas. Tesoro que, no obstante, podría sernos arrebatado fácilmente por una tempestad o por los piratas.

Amias le respondió a esto que nosotros teníamos tales bienes mundanos en grandes cantidades, pero que no les prestábamos atención, porque los mismos eran de poca o nula utilidad en la isla. Al final, le prometió que dentro de los próximos dos días llegaría a una plena resolución respecto de si podía o no llevarla consigo, junto con su hija, bajo ciertas condiciones, sin peligro y con buena consciencia. Así que, por esta vez, dejó que la honesta Virgilia se despidiera del grupo, entre el temor y la esperanza.

En los dos días siguientes, Amias obtuvo información precisa acerca de su entera vida pasada desde niña y pudo saber, con regocijo, que no les había mentado en nada. Acto seguido, le preguntó en primer término a Johann si le gustaría tener a Virgilia como esposa y, tan pronto como este dio un cándido “sí”, con un particular ademán de alegría, buscó otra oportunidad para atraer hasta la cabaña a Virgilia y a su hija, Getraud, la cual era una niña realmente

muy educada.

Luego, le abrió todo su corazón a la virtuosa viuda; le dijo que tenía la intención, con la mayor alegría, de llevarla consigo, junto con su hijastra, en su barco, pero con dos condiciones: que estuviera dispuesta a tomar como esposo a Johann, al que le puso delante de sus ojos, y que se esforzara por traer consigo a la tercera mujer casta, que sin dudas podrían hallar en su criada Blandina. Por lo demás, ninguna de ellas debía preocuparse por la dote, ya que todo lo que ansiara su corazón lo hallaría en abundancia entre los suyos.

—¡Señores míos! —respondió aquí Virgilia—, me doy cuenta y entiendo por todo esto que lo único que os falta son tres mujeres para casar a los sobrantes solteros; es por ello que os prometo a mi hijastra y a mi criada, que tiene diecisiete años, pues sé, ciertamente, que no os precipitaréis, ante todo con la primera, llevándola a un prematuro casamiento. En lo que a mí respecta —continuó—, no tengo lo más mínimo que replicar en lo tocante a este piadoso hombre que se halla aquí presente y que, como decís, se llama Johann Julius y es hijo de gente honesta. Es solo que no le daré ni mi palabra de casamiento ni mi mano a ningún hombre, se trate de quien se trate, hasta que haya pasado mi año de duelo por mi difunto esposo y mi hijo de dos años, que murió pocos días antes que su padre. Tras esto, aguardaré lo que el Cielo disponga para mi persona. Si os parece apropiado y nos sacáis, en secreto, de aquí a mí, a mi hijastra y a mi criada, de cuya honestidad soy yo garante, os serán dados en unas pocas horas unos dieciséis mil ducados, a modo de dote.

Amias —al igual que los otros— no quiso saber nada de ajuares, pero se alegró tanto más por obtener una firme respuesta afirmativa; y tanto ese día como el siguiente urdieron un plan en secreto, de forma tal que ni el comerciante enamorado de Virgilia ni ninguna otra persona pudieron

sospechar nada respecto de su intencionada fuga.

Algunos días después, los buenos holandeses pusieron su barco de lado, a fin de arreglarlo más cómodamente; habían llevado, además, los botes pequeños, junto con todas las otras cosas, a tierra y, a fin de secar su pólvora, la habían colocado al sol. Fue entonces que Amias se les acercó y les comentó cuán difícil le resultaba quedarse quieto allí con ese tiempo y ese viento tan buenos; y que, en consideración de que ellos, los holandeses, deberían permanecer allí al menos unas tres o cuatro semanas, tenía la intención de proseguir su viaje hacia la isla de Santa Helena y arreglar unos asuntos. Luego, volvería aquí y, junto con los suyos y en compañía de ellos, quería viajar hacia una linda isla de las Indias Orientales. Entretanto, les pidió, a cambio de dinero, algo de pólvora y plomo, de lo que dijo que le faltaba.

Los ingenuos holandeses no desconfiaron de nada de los que se les decía y prometieron que lo esperarían todo un mes, ya que la mencionada isla no podría quedar a más de cien millas de allí; le obsequiaron al buen hombre cuatro barriles de pólvora y varios quintales de plomo, así como todo tipo de excelentes víveres europeos, que él restituyó mediante otros que habían crecido en nuestra isla, tomando así la oportunidad de pedirles todo tipo de semillas, carozos, frutos y plantines de flores. De paso, dio a entender que se marcharía de allí sin dilación dentro de tres días. El muy astuto zorro, con todo, se embarcó más a prisa de lo que creían los holandeses y solo aguardó por las tres mujeres citadas para la ocasión. Cuando, la noche siguiente, estas se hubieron presentado con todas sus cosas, levó anclas y, con buen viento, se metió mar adentro, sin que ni uno solo de los holandeses lo advirtiera. Al despuntar el día ya solo vieron la isla desierta a lo lejos, por lo que Amias disparó dos cañonazos, a fin de despedirse de modo honorable de los holandeses, quienes le respondieron desde tierra

con cuatro disparos, de lo que dedujo que aún no se habían dado cuenta de su valiosa pérdida. De modo que desplegó las velas con tanta mayor alegría y se puso en camino hacia Felsenburg.

El viaje de regreso fue tan cómodo y calmo que no tuvieron que quejarse de nada más que de la falta de viento, del todo inusual en esa época del año, y que hizo que el viaje fuera muy lento, ya que no estaban en condiciones de mantener la dura remada de manera constante en el tiempo.

No se cruzaron con barco alguno, ni les sucedió nada fuera de lo común, y tampoco divisaron tierra ni aquí ni allí, mas como luego llovió y hubo una densa niebla durante varios días enteros, su preocupación fue en aumento e, incluso, la mayoría comenzó a dudar de si llegarían a ver de nuevo a los suyos en la isla de rocas. No obstante, ni Amias ni Jacob –a causa de sus conocimientos y experiencia con la brújula, las cartas de navegación y otros instrumentos que se usan en los viajes marinos– dejaron que el ánimo decajera, sino que dieron consuelo a los demás, hasta que el 9 de mayo, al mediodía, reconocieron desde lejos este querido país a partir de sus torres y muros naturales. Jacob, feliz de ser el primero en verlo, disparó en seguida, según lo convenido, un cañón, a lo cual las quince personas que iban a bordo del barco se reunieron en el acto y, primero que nada, por medio de una devota oración le ofrecieron al Altísimo su debida acción de gracias.

Les resultó imposible llegar a la isla rocosa ese mismo día; es por ello que, al caer la noche, echaron anclas, a fin de no encallar en la oscuridad en los arrecifes y bancos y de arena ocultos alrededor. En tanto que, al hacerlo, dispararon dos cañonazos y, luego, tres más, estos hubieron de resonar en nuestros oídos; y, justamente, cuando nosotros, los insulanos, nos disponíamos a dormir. Así que David vino corriendo hacia mí en su bata de dormir y dijo:

–¡Señor! Si no sueño, los nuestros se hallan frente a la isla, pues he sentido la señal de cañones que hemos convenido.

–¡Así es, hijo mío! –le respondí–, tanto yo como los demás también lo hemos oído.

Por lo cual me levanté, tomamos varios cohetes, pólvora y un mechero, subimos a toda prisa a la cima del Risco del Norte, tiramos primero dos cañonazos y, luego, prendimos dos cohetes, y entonces, no solo oímos cómo el barco descargaba ocho cañonazos, sino que, también, vimos sobre este todo tipo de lindos fuegos de artificio, lo cual nos dio la debida certeza de que no se trataba sino del barco de mis hijos. Tras esto, usamos toda la pólvora que teníamos, para mutuo regocijo, y hacia la medianoche volvimos a la casa; sin embargo, nos levantamos de nuevo antes de que se hiciera de día, cerramos la esclusa del Río del Norte, a fin de secar nuestro pasadizo de entrada a la isla, y bajamos a la orilla del mar, en la que al poco tiempo hicieron pie felizmente nuestros viajeros, recibiendo los primeros besos de bienvenida de parte mía y de David. Tan pronto como subimos junto con ellos por el pavoroso paso bajo las rocas y llegamos a nuestra isla, mi Concordia y toda la familia vinieron a nuestro encuentro: había ella colocado a los nueve nietos en un gran carro y había hecho que los monos lo tiraran hasta aquí. Entonces se les volvió a dar la bienvenida, solo que, a instancias mías, el asunto no se dilató mucho, hasta que hubimos llegado todos juntos a nuestra casa, encima de esta colina.

*

–Voy a pasar por alto, mis queridos –nos dijo nuestro patriarca–, las mutuas demostraciones de alegría, y todo lo que sucedió hasta que hubimos almorzado, y solo diré lo siguiente: que, tras esto, los míos me informaron al detalle acerca de su viaje, a lo que la joven viuda que había venido

con ellos comenzó a contar a grandes rasgos su asombrosa historia de vida. Mas como no me hallo en condiciones –se disculpó aquí el patriarca–, mis queridos, de narrarla con tanta claridad como lo ha hecho ella misma por escrito, le pasaré este relato a mi querido sobrino bisnieto, Eberhard, a fin de que él pueda leéroslo.

Así que yo, Eberhard Julius, recibí de manos del patriarca este informe escrito en holandés de puño y letra de una mujer, que les leí a todos los demás en seguida, traduciéndolo al alemán:

*

En el año 1647 después de Cristo, nació yo, Virgilia van Catmers, una mujer muy desdichada desde niña, pero que, como se verá por el hecho de que ahora escribo esto en la isla Felsenburg, he sido luego muy alegre e, incluso, sí, lo he llegado a ser del todo. Mi padre fue, en Rotterdam, un letrado y abogado que, a causa de su gran erudición, había conseguido tener como clientes a las personas más eminentes, a las que defendía en sus litigios, de modo que tenía esperanzas de pasar a prestar pronto sus servicios en esferas más altas. Empero, una noche fue atacado criminalmente de nueve puñaladas en plena calle y, por cierto, para la época en que mi madre había dado a luz a otra hija, hacía cinco días. Yo tenía, por entonces, cuatro años y seis meses, pero aun así puedo recordar bien cuán doloroso fue aquello: el cuerpo aún sangrante de mi padre fue examinado por personas contratadas para ello y estas comentaron abiertamente que este crimen había sido incitado por un cierto rico inescrupuloso al que hacía unos días un proceso judicial había dejado acabado, costándole más de cien mil táleros –y en el que mi padre había recibido, en el acto, por su trabajo, dos mil–.

Fue para mí, realmente, una desgracia perder a un fiel padre de tal modo; mas el inescrutable destino me tenía algo más deparado, pues doce días después murió también mi querida madre, llevándose a la tumba también a su hijita recién nacida, que había fallecido solo cuatro horas antes. Como ahora era yo la única heredera de mis padres, pronto apareció un rico comerciante –un pariente cercano por el lado de mi madre– que se hizo cargo de mi tutela, junto con mi herencia, que trocó por dinero. Mi patrimonio ascendía a unos dieciocho táleros, sin contar los adornos, los vestidos y el bello mobiliario y los enseres del hogar, que mi madre me había dejado en su bien cuidada administración. La mujer de mi tutor, sin embargo, se había dado a la indecente avaricia, además de a otros vicios, de modo que repartió mis más bellas cosas entre sus tres hijas, a las que, con el paso de los años, tuve que servir como criada; y debía darme por satisfecha si madre e hijas no me golpeaban a diario de la manera más miserable. ¿Con quién lloraría mis penas, yo, que no tenía otros parientes en toda la ciudad y que no podía abrirle mi corazón a extraños, ya que mi franqueza había caído mal en otras ocasiones y había sido pagada con tanta mayor maldad por aquellas cuatro furias?

De tal modo, soporté mi miseria con gran paciencia hasta los catorce años y, para asombro de todos, y a pesar de la mala alimentación, crecí fuerte y sana. El mayor fastidio de mi madre de crianza consistía, con todo, en que, para la mayoría, mi rostro, mi figura y toda mi persona eran más alabados que los de sus propias hijas, las cuales no solo eran naturalmente bastante feas, sino que, además, se habían habituado a un modo de vida lúbrico y frívolo. Por esta razón hube de soportar muchas humillaciones y disgustos. No obstante, como me había endurecido tanto en mi miseria, ya casi no me afligía por eso.

Entretanto, tuve un imprevisto pretendiente en uno de los

más importantes empleados de comercio de mi tutor. Este era un hombre de unos veinte años que podía ver a diario cuán injusta e infamemente era tratada yo, pobre huérfana, a causa de mi dinero, que mi tutor había empleado en su provecho. Mas, como no tenía ningún medio para entablar una conversación sincera conmigo, cierto día me puso una pequeña carta en la mano, en la que expresaba no solo su fuerte compasión por la situación en la que me hallaba, sino también los motivos de la misma, junto con la declaración de su fiel amor hacia mi persona, y la promesa de que si me decidía a casarme con él, me liberaría de inmediato de esta penosa situación y me ayudaría a obtener la herencia de mi padre y mi madre, que se hallaba ahora en gran peligro (ya que mi tutor, según todas las apariencias, caería pronto en bancarrota).

Yo, que era una pobre niña ingenua, me hice un muy mal concepto de todo lo que me advertía y tuve, además, tanta mala suerte que perdí esta sincera carta antes de poder contestarla por escrito o de forma oral. Mi madrastra la había encontrado, pero no me lo hizo notar en lo más mínimo, más allá del hecho de que no se me dejó salir de mi habitación, y hube de vivir, de ese modo, como una prisionera. A los pocos días, empero, supe que por la mañana este empleado de comercio había sido hallado muerto en su cama y que todo parecía indicar que había muerto tras un acceso de asma.

Dios es quien mejor sabrá si este hombre honesto no ha sido envenenado, a causa de su amor hacia mi persona, por mi malvada madre de crianza; pues, si bien era entonces muy joven, podía darme cuenta con facilidad del tipo de vida impía que tenía lugar en la casa, ante todo cuando no se hallaba presente mi tutor. Entretanto, ocurrió realmente lo que el difunto empleado de comercio había predicho, pues pocos meses después mi pariente o tutor puso pies en

polvorosa y dejó a sus acreedores el nido bastante vacío; su esposa, con todo, conservó su casa y otras cosas de su dote, de modo que aún podía arreglárselas bien junto con sus hijas. Yo, por mi parte, tuve que quedarme con ella, mas nunca osé preguntar por mi patrimonio, hasta que, al fin, su hijo mayor regresó de las Indias Occidentales y se asombró en no poca medida a causa de la confusa situación en la casa de sus padres. Al parecer, pronto se enteró, por medio de amigos de confianza, que esta desgracia no solo se debía a la negligencia de su padre, sino también a la mala administración de su madre y hermanas, por lo que, en tanto hombre sensato y razonable, comenzó a echarles en cara su mala vida. En un comienzo, bastante pacíficamente; pero luego, con tanta más firmeza. Las cuatro furias, sin embargo, lo pelearon mucho, mas al fin tuvieron que ceder en parte, porque pudieron conjeturar, no sin razón, que él podía restablecer su fortuna perdida, gracias al crédito que se había granjeado, así como a su gran riqueza. Tan pronto como hube advertido esto, no postergué más la resolución de hacerle notar a este hombre honesto mi lastimosa condición y como cierto día sucedió que, por orden de su madre, hube de alcanzarle una canastilla con ropa limpia a su cuarto, se me presentó, pues, la mejor oportunidad para abrirle mi corazón. Este día lo hallé más alegre y amistoso que de costumbre. Tras saludarlo y entregarle la ropa, me dijo:

—No habla bien de mí, mi linda Virgilia, que la primera vez que os presentéis en mi cuarto lo hagáis para traerme una canastilla... Me intimida, sí, por cierto, tener que confiarle en este sitio el amor sincero y decente que os tengo.

Después de que me hubo dicho estas palabras, yo bajé los ojos al suelo; pronto cayeron lágrimas de ellos y, con la voz quebrada y con temor, le respondí:

—¡Ay, señor mío! No deis en bromear con una persona infeliz como lo soy yo; mejor, apiadaos de esta huérfana,

que ha sido abandonada por todo el mundo, que ni siquiera puede inquirir por la parte de la herencia que le corresponde y que, a causa de esto, tiene que servir, para ganarse el pan, como la más miserable criada, debiendo soportar desde jovencita y hasta el día de hoy las más infames golpizas de parte de vuestra madre y de vuestras hermanas.

—¿Cómo?! ¿Qué es lo que oigo?! —replicó, a modo de respuesta—. Yo creía que vuestro dinero se hallaba en el banco y que mi familia os calculaba los intereses.

—¡Ay, señor —dije—, nada menos que esto! Vuestro padre se ha apropiado el capital y los intereses, y de todas mis otras cosas. ¿A dónde se ha ido? Eso, hasta el día de hoy, no he podido preguntarlo, si es que no quería ser martirizada penosamente por ello.

—¡Por todos los cielos! —gritó a esto Ambrosio van Keelen (tal era su nombre)—.

Luego, alzó las manos al cielo y se quedó sentado en su silla por largo tiempo, sumido en hondas reflexiones. De modo que no supe en qué situación me hallaba frente a él y continué llorando y, al fin, caí al suelo, me aferré a sus rodillas y le dije:

—Señor, os lo pido por el amor de Dios, no toméis a mal que me haya quejado por mi desgracia ante vos. Tan solo procurad que vuestra madre me pague unos doscientos o trescientos táleros de lo que me debe; en ese caso, me olvidaré de lo que me corresponde por justicia. Mas deseo irme cuanto antes de vuestra casa y buscar otro empleo. Quizá el Cielo sea clemente conmigo y, con el tiempo, me dé como esposo algún artesano honrado que me provea de por vida mi sustento. Es imposible para mí seguir soportando la tiranía de vuestra madre y de vuestras hermanas.

El buen hombre no pudo contener sus lágrimas y me levantó muy cariñosamente del suelo; imprimió luego un casto beso en mi frente y me dijo:

—Daos por satisfecha, amiga mía. Os juro por Dios que todo mi patrimonio, hasta las pocas ropas que llevo encima, está a vuestra disposición, para vuestra tranquilidad; pues, de lo contrario, habría de temer que Dios, en vista de cómo son las cosas, castigue en mí el maltrato de mis padres. Id y, por hoy, no dejéis que ni mi madre ni mis hermanas noten nada; yo, en cambio, hablaré por vos con ellas antes del anochecer y mañana mismo lo dispondré todo para que seáis vestida y tratada según vuestra condición.

Yo sequé, acto seguido, mis ojos y me alejé con el corazón consolado. Él, por su parte, visitó algunos buenos amigos y, esa misma tarde, halló la ocasión para hablar con su madre y sus hermanas por causa mía. Si bien las mismas, por pedido de Ambrosio, me habían hecho a un lado, para que no oyera su conservación, supe más tarde que él les ilustró la ley de forma muy contundente y que, en particular, les reprochó su responsabilidad en lo tocante a haber despilfarrado mi dinero, haberse repartido mis vestidos y alhajas y, además de todo esto, haberme maltratado tanto. Mas de tal modo ardió de golpe el infierno todo, pues luego de que Ambrosio hubo vuelto a su cuarto, no bien aparecí ante mis verdugos, la vieja me dirigió la palabra echando chispas por los ojos:

—¿Qué es eso de reuniros a escondidas con mi hijo, maldita expósita? ¿Y por qué quieres ponerlo en mi contra?

No había abierto aún mi boca para defenderme, cuando las cuatro furias cayeron sobre mí y me golpearon hasta casi matarme, ya que, además de arrancarme la mitad de la cabellera, arañarme el rostro y pegarme en la boca y en la nariz hasta hacerlas sangrar, la vieja me pateó varias veces de tal modo el bajo vientre y el estómago, que quedé tirada inconsciente y más que medio muerta bajo sus garras criminales. Una vieja criada que no pudo evitar este ataque ni llegó a presenciarlo en toda su extensión, salió corriendo en

el acto a pedirle ayuda a Ambrosio. Este llegó a toda prisa, junto con su criado, y me halló en el más miserable estado, de modo que dio rienda suelta a su justo enojo y zurró de forma tal a sus tres hermanas que estas no pudieron levantarse de sus camas por muchas semanas. A mí, que me hallaba medio muerta, me llevó en sus brazos a su propia cama e hizo buscar, además de a un versado médico, a dos enfermeras, y lo arregló todo del modo más excelente para mi mejor cuidado y curación. Me di cuenta de su honradez, pues nunca se acercaba a mi cama o se informaba de mi estado sin que le corrieran lágrimas por las mejillas. Al percibir, por otro lado, que me sería imposible disfrutar de algo de calma en esta para mí desdichada casa, y que mucho menos podía tenerse la esperanza de que fuera a sanar allí, me hizo llevar a otra casa, que quedaba al lado de la suya, y en cuyo solitario edificio de la parte trasera se lo arregló todo para mi mucho mejor cuidado.

Así que no dejó que nada me faltara para apresurar lo más posible mi sanación, y me hacía, además, frecuentes visitas diarias. Es solo que mi enfermedad parecía hacerse cada día más peligrosa, pues las patadas de mi otrora madre de crianza habían causado una fuerte tumefacción en mi bajo vientre, que había venido acompañada de una fiebre muy mala, de modo tal que el médico, tras hacerme curaciones por más de tres meses, dio a entender, al fin, que debía de haberse fijado, en algún sitio del cuerpo, un tumor, que, tras hincharse y reventar, o bien me mataría o bien me haría sanar de súbito.

Ambrosio se mostró muy afligido. A esto se sumó que su socio en Ámsterdam lo informó que los españoles habían detenido un barco holandés en el que había más de veinte mil táleros en mercancías que ambos poseían en común, razón por la que Ambrosio debía presentarse allí lo antes posible, a fin de liberar el barco, pues a él, es decir, al socio,

le era imposible emprender el viaje, ya que se había quebrado una pierna.

No bien me hubo comunicado esto, le pedí con insistencia que no dejara de hacer por mí esta importante diligencia, pues tenía yo la más firme fe en que Dios restablecería mi salud en el tiempo en que él estuviera ausente; y si moría, tan solo le pedía que lo arreglara todo como para que recibiera yo un entierro decente y que, en lo futuro, me honrara de cuando en cuando con su recuerdo.

–¡Ay! –dijo él, con ojos llorosos–, si morís, mi querida Virgilia, muere con vos todo goce futuro para mí, pues tened a bien saber que os he escogido a vos y a ninguna otra como esposa; y que, si os pierdo, mi intención es la de no casarme nunca. Así que decidme si, una vez que os halléis de nuevo sana, premiarais mi fiel amor con todo vuestro amor.

–Pongo en vuestras manos mi honor –dije, a modo de respuesta–, mi dicha terrena y todo lo que poseo; creedme, pues, que, en tanto pobre huérfana, os pertenezco por entero. Haced conmigo todo aquello por lo que podáis responder ante Dios, vuestra buena consciencia y el mundo decente.

Ambrosio se mostró tan complacido con esta declaración mía, que casi no pudo pronunciar palabra alguna; sin embargo, tuvo la osadía de imprimir un fogoso beso en mis labios, y como este era el primero que, que yo supiera, recibía en la boca por parte de un hombre, no pude evitar avergonzarme bastante; con todo, tras que me hubo jurado su fidelidad eterna de la manera más solemne, no pude impedir que volviera a besarme a menudo en mis pálidas mejillas, en mis labios y manos. De modo que pasamos casi medio día hablando muy cariñosamente. Al fin, conseguí convencerlo y ya, al día siguiente, emprendió su viaje a España, tras despedirse muy tiernamente de mí. Además, dejó mil ducados para que se me cuidara y previó todo lo demás con el mayor

cuidado.

Acaso un mes después de la partida de mi caro Ambrosio, se rompió dentro de mi cuerpo, de golpe, en la noche, el tumor que, según mi propia opinión y la del médico, se había instalado en el estómago y en el diafragma, razón por la que durante varios días seguidos largué una enorme cantidad de pus al defecar, a lo que mi gorda panza comenzó a deshincharse lentamente, la fiebre cedió y, con ello, creció más y más la esperanza en mi plena sanación. La desdicha, empero, que me seguía tan cruelmente desde mi infancia, se había vuelto a pertrechar para hacerme una terrible jugarreta, pues yaciendo cierta vez, hacia la medianoche, en mis dulces sueños, mi puerta fue abierta de repente por unos ujieres y, tanto yo como mi enfermera, fuimos llevadas a la cárcel común de la ciudad y, sin que importara el débil estado en que me hallaba, me echaron encima unas pesadas cadenas. No se me dijo en ningún momento por qué se me trataba de manera tan brutal. Mas ya al día siguiente, supe muy bien de qué maldad se me hacía sospechosa, a mí, pobre criatura, pues llegaron varios dignatarios a la prisión para verme y, tras informarse prolijamente acerca de mi vida y mis costumbres, hicieron traer, al fin, una caja pintada de rojo y me preguntaron si la misma me pertenecía, o si la había visto antes. Con buena conciencia y de buena voluntad pude decirles que no, pero tan pronto como la misma fue abierta y se me mostró un niño a medio pudrir, me espanté tanto ante esta repugnante visión que me desmayé en el acto. Empero, una vez que volví en mí y mi mente se hubo sosegado un poco, se me preguntó, nuevamente, si no había yo dado a luz a este niño y si luego no lo había matado y tirado. Llené todo el recinto con mis gritos y di cuenta de mi inocencia no solo con copiosas lágrimas, sino también con las palabras más enérgicas. No obstante, esto no sirvió de mucho, ya que se me expusieron, en

tanto testigos, dos servilletas en las que había sido envuelto el niño: tenían el nombre de mi difunta madre bordado en ellas. Testigos mudos pero, según la opinión del juez, irrefutables. No pude negar, por cierto, que precisamente esas servilletas se hallaban entre mis pocas pertenencias. Tras esto, se me impuso ser revisada por dos parteras. Yo pensé que este medio tan delicado revelaría plenamente mi inocencia, pero hube de oír cómo, para mi más grande dolor, aquellas confirmaban sin vergüenza alguna que todo indicaba que yo había dado a luz hacía poco. Yo me remití, a esto, tanto al médico que me había atendido como a mis dos enfermeras, pero el médico se encogió de hombros y reconoció que a decir verdad no podía decir cuál había sido mi estado, por más que me acababa de tratar por un tumor en la panza. Y una de las enfermeras salió del apuro diciendo que no podía decir mucho acerca de mi estado, pues había estado conmigo a menudo, por cierto, durante el día, pero solo rara vez por la noche, con lo que le pasó toda la carga a la otra enfermera, que yacía, al igual que yo, entre cadenas y grilletes.

–¡Ay! ¡Dios clemente! –grité–, ¿cómo puedes permitir que los hechos más angustiantes se unan a la maldad de los hombres para incitar la desdicha de una pobre huérfana tan inocente? ¡Oh, jueces –exclamé–, no os precipitéis en arruinar mi vida; oídme para que también Dios escuche!

Luego, les conté con claridad la historia de las penas que había pasado desde niña; al terminar, empero, me di cuenta de que había predicado a oídos sordos y solo recibí el elogio de que era yo una muchacha muy ingeniosa, además de buena oradora. Más allá de esto, con todo, no debía hacerme ninguna ilusión respecto de engañarlos, sino que debía confesar mi crimen por las buenas, antes de que fuera tarde, caso contrario, se lo dispondría todo lo antes posible para mi tortura. Tal fue el aviso con el que me dejaron mis

tan severos inquisidores. Yo, una muchacha pobre y abandonada, no sabía dónde buscar ayuda o consejo. Encima, me acometió de nuevo una fiebre tan intensa, que casi que me hizo enloquecer por todo un mes. No bien me hubo repuesto un poco con las medicinas que me dieron, los inquisidores volvieron a interrogarme, pero no recibieron de mi parte una respuesta distinta de la anterior, por lo que me dieron tres días para que lo pensara. Tras este lapso, reaparecieron en compañía del verdugo, quien apoyó su herramienta de tortura ante mis ojos y, haciendo un terrible ademán, dijo que, en poco tiempo, me haría confesar mejor por mis maldades. Ante tal estado de cosas, todo mi ser se transformó de modo tal que, de golpe, preferí mil veces morir a soportar tal sufrimiento, por lo que con gran vivacidad les dije lo siguiente a mis jueces:

–¡Ay! Bien puedo advertir que Dios y el mundo me han abandonado completamente en cuanto a mi fortuna mundana, el honor y la vida, y que no puedo librarme de la deshonrosa tortura de ningún otro modo que si acepto todo lo que queréis hallar en mí y confieso haberlo hecho. Así que dispensadme de este innecesario martirio y preguntadme lo que queráis y yo os responderé como gustéis, lo mismo da si esto es útil o dañino para mi dicha terrena y para mi vida.

A esto, me exhortaron miserablemente a dar un testimonio verdadero ante Dios y la autoridad y, luego, me hicieron más de treinta preguntas; solo que tan pronto como, con buena conciencia y según la verdad, hube negado una que otra cosa, queriendo aducir algo cierto en favor de mi inocencia, el verdugo fue requerido a acercarse con sus instrumentos de tortura, por lo que yo, a causa del miedo, recapacité en un instante y respondí tal como mis inquisidores deseaban oír de mí. En breve: dije que el niño a medio descomponer –que yo desconocía– era hijo mío y de

Ambrosio, que yo lo había matado y que lo había hecho tirar a un canal por mi enfermera –algo de lo que Ambrosio, la enfermera y yo éramos, en realidad, inocentes, ante Dios y todos los santos ángeles.

De este modo, mis inquisidores opinaron que habían cumplido sus obligaciones muy honradamente conmigo, por lo que hicieron resonar el rumor por toda la ciudad: que yo había reconocido por mí misma, por las buenas, sin tortura, ser la autora del infanticidio, junto con todas las otras circunstancias, de forma tal que nadie tenía ya razones para dudar de ello. Así que ya solo restaba definir de qué modo y qué día sería ejecutada la pobre Virgilia. Entretanto, hasta el momento no se me había mandado ningún pastor de almas, por más que yo lo había solicitado hacía ya varios días. Al fin, empero, luego de transcurridas dos semanas más, se presentó un piadoso predicador que yo conocía muy bien. Tras saludarme, su seria y primera pregunta fue si yo era acaso la difamada madre maldita e infanticida, así como también cómo me hallaba en cuanto a mi conciencia y físicamente.

–¡Señor! –le respondí yo con mucha franqueza–, de la conciencia me siento mucho mejor y sana que físicamente. Lo único que puedo hacer es, por lo demás, convocar a Dios como testigo de que jamás he sido madre, ni de un niño muerto ni de uno vivo, ni que, mucho menos, he matado a un hijo o dejado que otro lo mate por mí. Sí, lo llamo nuevamente a Dios como testigo: nunca he intimado con un hombre, por lo que soy aún una joven impoluta y casta. Es solo que el horrible trato de mis inquisidores y el gran miedo a la tortura me impelieron a reconocer tales cosas, que nunca osé siquiera imaginar en alguna medida; y aún ahora me hallo mejor dispuesta a afrontar la muerte con el corazón alegre que a aguantar la tortura.

El piadoso hombre me miró fijamente a los ojos, como si

quisiera encontrar en ellos la confirmación de mis palabras, e inquirió ampliamente en mi conciencia acerca de todos estos temas. Pero, como persistí en lo que había dicho, tras que le hube contado toda mi historia, me dijo:

–Hija mía, vuestra situación procesal ha de tomar en breve, si Dios lo quiere, otro rumbo; por cierto, no apruebo de modo alguno que, por miedo a la tortura, os hayáis convertido en asesina de un niño y de vos misma. Mas existen otros medios –que vos, en vuestra ingenuidad, no conocéis– para probar vuestra culpabilidad o inocencia.

A esto, agregó aún algunas advertencias a modo de consuelo y se despidió de mí con la promesa de que como mucho en dos días volvería a visitarme.

Pero ya al día siguiente vi, sin esperarlo, que Dios me daba dos medios para salir lo antes posible de mi miseria. En primer lugar, mi inocencia había salido ya en gran medida a la luz, ya que la vieja criada de mi madre de crianza, por propio impulso de su conciencia, le había indicado a la autoridad que no era yo quien había parido al niño, sino la segunda hija de aquella: lo había matado con un gran alfiler, lo había envuelto y había dado la orden de que lo tiraran; y, por cierto, no solo las otras dos hermanas la habían ayudado, sino también su madre misma, ya que no era la primera vez que perpetraban este tipo de hechos. La otra noticia confortante fue que mi mejor amigo, Ambrosio, había vuelto hacía pocas horas y se hallaba ya en trance de emplear todos los medios para que se me liberara.

Esa misma tarde, recibí el permiso para visitarme en mi celda y casi que se desmayó al verme con el grillete; no obstante, tras media hora tuvo él la alegría, igual que yo, de verme liberada del mismo, y de que se me pasara a una celda más digna. No quiero detenerme a describir cuán penoso y, con todo, tierno y consolador fue nuestro reencuentro; tan solo diré que en el lapso de dos días y gracias a su grave

esfuerzo, fui puesta en total libertad. Más allá de esto, él se empeñó mucho en obtener un adecuado resarcimiento por la deshonra sufrida de parte de mis muy efusivos inquisidores, siendo yo inocente. Y recibió de los tribunales tanto religiosos como terrenales las mejores demostraciones de honor hacia él y hacia mi persona. Lo que más lo alegró, empero, fue que, en pocas semanas, mi salud se restableciera del todo.

Ambrosio se esforzó por eximir a su pecaminosa madre y a sus malvadas hermanas, por medio de una enorme suma de dinero, de la continuidad del proceso inquisitorial, sobre todo, a raíz de que yo les había perdonado de corazón el trato injusto que habían tenido conmigo. Pero no pudo lograr nada, sino que tuvo que dejar que la justicia siguiera su curso, ya que esta se convenció, tras cierto tiempo, de que este era ya el tercer niño parido por sus dos hermanas mayores y liquidado con la anuencia de su madre, razón por la cual estas tuvieron su merecido: la madre y las dos hermanas mayores pagaron con sus vidas y la menor hubo de mudarse al presidio. Antes de que sucediera esto, con todo, Ambrosio y yo viajamos a Ámsterdam, ya que él no quería presenciar este triste espectáculo; ese mismo año, a pesar de todo, nos unimos en matrimonio y no puedo sino decir que durante medio año vivimos juntos una buena temporada de gran tranquilidad, ya que él instaló allí, con su socio, uno de los comercios más prósperos. Mas como el destino había resuelto ya que mis años de juventud debían transcurrir en medio de la total aflicción, mi fiel Ambrosio, de forma inesperada, tuvo un ataque de la peligrosa disentería, la cual lo debilitó tanto en el curso de diecisiete días que expiró, a causa de ello, a la edad de treinta y un años, e hizo de mí una viuda muy joven y tanto más triste. No deseo describir en detalle el pesar que sufrí a causa de esto; bastará con que diga que mi corazón ya no deseaba más que yacer

en una tumba a su lado. Antes de morir, el leal Ambrosio, con todo, se había ocupado de mi dicha terrena poniéndome, junto con toda su fortuna, como legado, en manos de su socio, con la salvedad de que si, en contra de lo esperable, yo no lo quería como esposo, debía él pagarme por todo doce mil táleros y dejarme, por lo demás, a mi libre arbitrio.

Wilhelm van Catmer –así se llamaba el socio de mi difunto esposo– era un hombre de treinta y tres años y había enviudado hacía solo dos. Su fallecida esposa le había dejado una única hija, Gertraud, que él llevaba consigo a su lado, pero que, a causa de que aún era una niña, no podía hacerse cargo de la administración del hogar. Es por ello que, una vez transcurrido el año de duelo, dio a entender muy vivamente tanto su recto amor como la última voluntad de mi difunto marido y, al fin, con su diaria solicitud por mi consentimiento llegó a penetrar tanto en mi corazón que me decidí a casarme con él, una vez que me hubo convencido suficientemente de que mi condición de viuda, así como algún otro casamiento que implicara la postergación de su persona, revestían gran riesgo para mí.

No tengo razones para quejarme de este segundo marido, pues, tras esto, en nuestro matrimonio, que duró cinco años, no me afligió con ningún gesto y mucho menos con palabras. Diez meses después de nuestra boda, di a luz a una niña, que, empero, murió de sarampión al cabo de un año y medio. Mas esta pérdida fue compensada muy pronto, ya que volví a dar a luz, esta vez a un niño, a lo cual mi marido dio muestras de una gran alegría, tornándose tanto más cariñoso conmigo. Casi dos años después, mi Wilhelm recibió la triste noticia de que su padre había muerto en el Cabo de Buena Esperanza; como este había edificado y poseído bienes allí por un valor de más de treinta mil táleros, William se puso de acuerdo con su único hermano y con una hermana y llegó, al fin, a la

resolución de tomar en posesión tales bienes, dándoles a sus hermanos dos tercios de su valor.

Antes, me preguntó, por cierto, si tenía yo también ganas de dejar atrás Europa y vivir en otro rincón del mundo, y me describió, además, como muy agradable la situación y el modo de vida en esas tierras lejanas. Yo me di cuenta de que para él se trataba de algo muy importante, por lo que le di en seguida mi aprobación y le juré que me resultaba tanto más deseable vivir con él en el fin del mundo que quedarme sin él en Ámsterdam. De modo que hicimos a toda prisa los preparativos para nuestro viaje. Una parte de nuestras mejores cosas las cambiamos por dinero y otra parte la dejamos al cuidado de mi cuñado, que era un acaudalado joyero. Y, en nombre de Dios, partimos de Ámsterdam hacia el Cabo de Buena Esperanza o, más bien, hacia nuestra desgracia, pues en el camino, tras atracar en las Islas Canarias a fin de reponernos un poco, murió nuestro pequeño hijo, que fue enterrado allí mismo. Unos pocos días después, reiniciamos el viaje y, para hacer completa mi aflicción, fuimos atacados por dos buques bandidos y nuestro barco hubo de entrar en combate con ellos, teniendo la fortuna de escapar. Yo, empero, fui la más desdichada de todos, pues mi querido marido fue herido en la cabeza por una pequeña bala, a causa de lo cual perdió su honrada vida.

El Cielo sabrá si mi difunto William no ha recibido el disparo mortal más bien de un asesino que de los piratas, pues todas las circunstancias me parecieron por entonces muy sospechosas; con todo, que Dios me perdone si dudo injustamente de Severin Water.

Este tal Severin Water era un joven comerciante holandés muy insolente y lujurioso, y ya en Ámsterdam había buscado a menudo la oportunidad de seducirme y llevarme a la deshonor de un adulterio. Muchas veces le advertí, por entonces, que respetara mi virtud y dejara de lado

tales execrables intenciones; y que, de lo contrario, me vería obligada a contarle todo esto a mi esposo. No obstante, cómo de ninguna manera quiso ceder, le pedí de veras con insistencia a mi marido que salvara su honor y el mío de este lúbrico cabrón. Mi William, empero, me dijo, en aquella oportunidad:

—Mi angelito, dejadlo pasar: no es más que un necio lujurioso. Y como estoy del todo seguro de vuestra virtud, sé también que nada obtendrá él de vos que vaya en detrimento mío. Por lo demás, no es aconsejable que nos enemistemos abiertamente con él por el momento, ya que su persona me puede servir para obtener un beneficio particularmente importante en el Cabo de Buena Esperanza.

Era justo por ello que mi William no veía con malos ojos que Severin viajara hacia allí como parte del grupo. Yo, en cambio, me sentía tanto más fastidiada por tener que ver y hablar todos los días con este lúbrico cabrón. Por cierto, estando mi esposo aún con vida, él se había conducido de forma bastante sensata; pero, unos pocos días después de su miserable muerte, me propuso muy pronto su infame persona en nuevo matrimonio. Me tomé muy mal esta frivolidad de su parte y le pedí que, al menos, me dispensara por un año de tales propuestas. Él, sin embargo, se rio de mi candidez y me dijo, haciendo unos gestos insolentes, que a él no le importaba si yo me hallaba embarazada o no; que reconocería como suyo al fruto de mi vientre; que, por lo demás, en los barcos no se hallaba uno tan supeditado a la censura eclesiástica como en nuestra patria; y añadió aún otras peroratas por el estilo, a fin de moverme a corresponder a su impía ligereza. No obstante, bien sabía yo que no presentaba aún los menores signos externos de preñez; por lo demás, sentía un desprecio natural por todo el ser de este disoluto, por lo que busqué sacármelo de encima recurriendo a

las palabras más amargas y ofensivas. Empero, el bribón insolente no se dejó mover por ello y juró que primero perdería toda su riqueza y su vida antes que permitir que viviera sola como viuda o a expensas de otro hombre; y me dijo, además, con toda la libertad, en la cara, que tendría paciencia hasta que llegáramos al Cabo de Buena Esperanza. Tras esto, ya se vería si debía llevarme por las buenas o a la fuerza al lecho nupcial.

Yo, miserable mujer, no sabía en quién buscar protección de este hombre porfiado, ya que había puesto de su lado, mediante regalos y favores, tanto a los comandantes del barco como a la mayor parte de la gente, de modo que casi todos se burlaban de mis lastimosas quejas; y yo misma era la comidilla de los incultos marineros, ya que todos me decían que mi castidad era solo una pose que, por más piadosa que me mostrara, ya vendería mi virtud a mejor precio, tan pronto como apareciera algún hombre joven...

Me da vergüenza seguir recordando tales pecaminosas palabras, que yo debía oír todos los días, para mi gran pesar, de boca de estos indecentes. Además de esto, mi criada, Blandina, se quejaba ante mí de que Severin le exigía que se prostituyera para él y le había prometido conservarla a su lado en el Cabo de Buena Esperanza, junto a mí, como concubina; sin embargo, ella le había escupido en el rostro y había recibido a cambio una trompada en la boca. Mi tierna hijastra, Gertraud, que era aún, prácticamente, una niña, también había sido abordada por la lascivia del infame cabrón, que cierta vez casi llegó a violar a esta piadosa. El Cielo, empero, me llevó a tiempo hacia ellos y pude salvar a esta inocente.

De tal modo, me hallaba en la cima de mi desdicha, aunque la ayuda del Altísimo estaba tanto más cerca. No quiero, empero, volver a describir de qué modo a mi hija, mi criada y a mí se nos liberó de estos temores, al ser salvadas por los hijos y amigos del caro patriarca Albert

Julius, pues sé con certeza que este os ha informado acerca de todo esto en su relato, así como acerca de mi ulterior destino, junto con otras cosas. De forma que concluiré aquí la historia de mi vida, dejando que otros saquen sus conclusiones de ella. Dios y mi conciencia me convencen de no haber cometido pecado grave alguno por propia voluntad. Y, si llegué a ser una mujer pecaminosa, habrá sido estúpido de mi parte contaros todo con tanto detalle, pues a lo mejor alguien podría suponer algo aún peor en mí a partir de mi relato.

*

Esto fue, pues, todo lo que yo, Eberhard Julius, les leí a mis oyentes, habiendo sido escrito de propio puño por Virgilia. Luego, el patriarca prosiguió su relato de esta manera:

*

Nuestra alegría por el deseado regreso de los nuestros fue inigualable; sobre todo cuando la joven viuda recién llegada, junto con su hija y una muchacha no menos agradable, dio cuenta de sentir un completo regocijo por nuestro modo de vida. De este modo, el invierno, así como, luego, el verano, transcurrieron muy gozosamente. El barco fue descargado por mis hijos. Lo dejaron en la bahía en tanto una cosa no demasiado necesaria, pues ya no deseábamos tener más trato con otras personas. En cambio, ampliamos nuestros viejos hogares, erigimos muchos nuevos, cerramos todas las entradas a nuestra isla y mejoramos aún más las economías domésticas. Amias había recibido un vaso lleno de linaza de manos de un holandés, de la que sembró un poco, a fin de hacer lino y que las mujeres tuvieran con qué hilar; además, su mayor alegría fue que, a su tiempo, se

mostrarán en su esplendor aquellas flores y otras plantas de las que había pedido semillas, bulbos y pepas a los holandeses, trayéndolas consigo. Es solo a su previsión, su buen control y particular prudencia que debo agradecer que se halle hoy en buen estado mi Gran Jardín, del que él sentó las bases en el año 1672.

Ese mismo año y, por cierto, el 8 de enero, es decir, el día de mi cumpleaños, la virtuosa Virgilia van Catmers fue casada por mí con mi hijo Johann; y como uno de los mellizos, Christian, le dejó Blandina, por propia voluntad, a su hermano mayor Christoph –a pesar de que le había sido adjudicada–, y quiso aguardar con serenidad por Getraud, lo mismo hice con Christoph y Blandina, quienes, según todas las apariencias, se querían realmente de corazón. De forma tal que hubimos de celebrar de nuevo dos bodas al mismo tiempo.

En el año 1674, al fin, fueron casados los últimos dos de mis hijos carnales: Christian con Gertraud y Christina con David Rawkin, ya que este último había mostrado con suficiencia su amor fiel y paciente. De este modo, todos mis hijos se hallaron tan bien casados y asesorados, como, según la sensata opinión de todos nosotros, no podíamos llegar a pensarlo y escogerlo mejor. Mi Concordia y yo éramos, empero, sin dudas, los más alegres, ya que todos los nuestros nos mostraban, por propia y libre voluntad de sus corazones, la más cumplida obediencia, que iba unida a un tierno respeto. Además, no dejaban por nada que ninguno de nosotros dos tuviera que hacer arduos trabajos, sino que buscaban, en toda oportunidad, dispensarnos de los mismos por propia voluntad, de forma tal que llegó a haber entre todos nosotros amor y concordia plenos. El Cielo también se mostró muy piadoso con todos nosotros, seres humanos aislados del resto del mundo, de forma que pudimos sentir su misericordiosa previsión en todos los detalles

y no tuvimos la menor razón para quejarnos por carencias u otras cosas tristes que, por lo general, acometen al género humano. En cambio, nuestras familias crecieron tanto con los años que se podía prever, con regocijo, que, con el tiempo, se llegaría a desarrollar, a partir de las mismas, un gran pueblo.

En el año 1683, sin embargo, tuvimos un primer accidente que lamentar. Fue así: hacía muchos años, en las horas de ocio, mediante duro trabajo manual y también recurriendo a voladuras con pólvora, fuimos arreglando, de tal modo, todos aquellos sitios de los peñascos exteriores en los que nos dábamos cuenta de que alguien podía llegar a trepar para atacarnos desde allí, que ni un gato podía ya llegar a subir o alcanzar sus cimas. En cambio, para mayor comodidad, hicimos cuatro pasos lo bastante ocultos y sinuosos que bajaban desde las cimas de los riscos, en cuatro lugares: hacia el norte, el este, el sur y el oeste. Nadie que no sepa de antemano de su existencia puede hallarlos con facilidad. La única razón para hacer esto era que no queríamos tener que hacer el esfuerzo, por cada pequeñez que acaso dos o tres personas tuvieran que realizar en el mar, de estar abriendo y cerrando a cada rato las esclusas hechas recientemente a nuevo. De todos modos, como habéis percibido, mis queridos, guarnecimos la salida y entrada por estos pasos tan cómodos con hondas hendiduras y otros obstáculos, de forma tal que nadie puede ir o venir sin tender los pequeños puentes levadizos, que, por lo demás, son fáciles de manipular por una única persona. En aquel entonces, ya se había llegado a buen término con todos los lados y rincones, en virtud de un esfuerzo incansable de años, y solo faltaba algún detalle en el lado occidental, en el que, según Amias, había que volar aún un gran pedazo de roca. Mas el honesto hombre cometió el error de no alejarse a tiempo lo suficiente, de forma que su pierna izquierda fue pillada y destrozada por una

gran esquila de piedra. Al cabo de pocos días, más allá de todas las fuertes medicinas que se emplearon –que en esta isla pueden hallarse en grandes cantidades y que habíamos llegado a conocer bastante bien a partir del informe de don Cirilo y por propia experiencia–, este daño acertó la noble vida de Amias, quien, si bien era ya grande, estaba sano y su corazón era alegre, de modo que a todos nos pareció que su muerte ocurría demasiado pronto.

No pudo hallarse ninguno entre los habitantes de esta isla –con la excepción de los más pequeños– que no lo acompañara con empeño a Robert, en tanto sobrino de aquel, en su doloroso pesar a causa de esta inesperada muerte y desgracia. Jacob, Simon y David, que eran los más diestros en la carpintería, confeccionaron para Amias un ataúd muy bello al estilo alemán; en él, colocamos el cuerpo, finamente vestido, y le dimos honorable sepultura en aquel sitio que yo había elegido hacía rato como el indicado para enterrar a los muertos.

Robert, que, en el entonces decimonoveno año de su matrimonio con la joven Concordia, había criado ya once niños –tres hijos y ocho hijas–, fue ahora el primero en separarse de nosotros, fundando una colonia para él y su estirpe del otro lado del canal, hacia el este, a causa de que el lugar y la zona alrededor de la colina comenzaba a resultar algo estrecho. Mi hijo mayor, Albert, siguió su ejemplo junto con su Judith, sus seis hijos y sus dos hijas, y estableció su colonia en el norte. Lo propio hizo Stephan con su Sabine, sus cuatro hijos y cinco hijas, en el año 1685, cuando montó su casa del otro lado del Río del Oeste. Al año siguiente siguieron Jacob, Maria, sus tres hijos y cuatro hijas; al igual que Simon, con tres hijos y dos hijas, y Johann, con su Virgilia, dos hijos y cinco hijas.

Me alegré mucho por todo esto, y como todos se ayudaron grandemente los unos a los otros, como hermanos, en

la construcción de las casas y otros menesteres, también me regocijé de poder darles una buena mano en ello. De forma que en la colina ya no vivían con nosotros más que David y Christina, con tres hijos y tres hijas; Christoph, con tres hijos y cuatro hijas, y, por último, Christian, con dos hijos y una hija. En total, incluyendo a mi Concordia y a mí, éramos veinticuatro almas allí. Fuera de la colina, en cambio, eran cincuenta y nueve. En suma, en el año 1688, cuando se completó la primera gran distribución, los que vivíamos en esta isla éramos ochenta y tres: treinta y nueve hombres y cuarenta y cuatro mujeres.

Este cálculo lo he hecho ante vosotros, mis queridos, solo a causa de que justamente en 1688 cumplí sesenta años, así como cuarenta de feliz matrimonio; pero asimismo porque, más allá de mí última hijita, hasta ese momento no había muerto ninguno de mis hijos o nietos, cosa que luego llegó a ocurrir de hecho entre nosotros, tal como es usual entre todos los mortales; y tal como lo atestigua mi obituario, que he llevado de manera precisa, y que, si lo queréis, os lo podré mostrar en otra ocasión.

Ahora debería informaros ordenadamente de los casamientos de mis nietos, sin embargo, de qué puede servir tal minuciosidad; además, cada cual se imaginará con facilidad que no se han podido casar con nadie más que con los hijos de tíos y tías, lo cual, hasta donde sé, no es del todo adverso al orden divino; mi primer nieto, Albert III, dio el primer paso al casarse en el año 1689 con la hija mayor de Robert. Lo siguieron, a su debido tiempo y hasta el día de hoy, todos los que fueron llegando a la edad de contraer matrimonio.

*

—Mas démonos por satisfechos por esta noche —dijo a esto el patriarca. Mañana, si Dios quiere, tras la oración

matutina y el desayuno, dado que, por lo demás, podemos tomarnos el día de descanso, os contaré el resto de los sucesos memorables que creo que vale la pena que aún conozcáis y de los que os podéis ya dar una idea aproximada, hasta la llegada del capitán Wolfgang, que tuvo lugar en el año 1721.

De modo que nos fuimos todos de nuevo a dormir; y al día siguiente, una vez transcurrido el tiempo ordenado por el patriarca, nos contó el final de su relato, que unió al último de los eslabones, todos los cuales hasta ahora se habían ido encadenando con corrección:

*

En el año 1692, al fin, las tres últimas familias dejaron también nuestra colina y erigieron, para ellos y sus descendientes, sus propias colonias en sitios que ellos mismos habían escogido. Mas, para que mi querida Concordia y yo no nos quedáramos solos, cada una de las nueve familias nos envió a uno de sus hijos a nuestro servicio y para hacernos compañía. De modo que teníamos ahora a cinco niños y cuatro niñas no solo para entretenernos, sino también para recibir ayuda en nuestros trabajos recreativos y en la cocina, ya que no se permitía que nos inquietáramos por el pan u otros buenos alimentos, pues los padres fundadores nos mandaban de todo en abundancia a la colina. Dadas estas nuevas disposiciones, los monos hicieron las más insolentes travesuras: si bien yo había dividido a los mismos como esclavos entre mis hijos, identificando a los de cada familia con un determinado collar, en un principio no se querían dejar separar, sino que a menudo se volvían a reunir todos en la colina, con los dos monos más viejos, que yo había conservado conmigo; hasta que, en parte con golpes y en parte con buenas palabras, fueron llevados a obedecer.

En el año 1694, todos mis hijos comenzaron a construir este bello edificio cuadrangular en esta colina, para mí, en tanto su padre y rey, para mi residencia; lo finalizaron tras tres años de trabajo, razón por la que dejé que demolieran y retiraran por completo mi vieja cabaña, y me mudé a la nueva casa, a la que llamé Castillo de Albert. Luego, esculpí dentro de este, a través de la colina, una cómoda escalera que desciende hasta la cueva subterránea de don Cirilo, cuya salida al exterior, con todo, hice amurar y llenar con tierra hasta solo dejar un orificio, de modo que la valiosa cueva me sirve ahora como un excelente sótano abovedado.

Ni bien el castillo estuvo listo, se colocaron los más bellos árboles todo alrededor de la colina, en una doble fila. Al mismo tiempo, yo mismo di el paso inicial para la construcción de las dos alamedas –entre medio de las cuales se halla la comarca de Albert–, que hace unos veinte años han llegado a adquirir la mayor belleza. En ellas he pasado muchas lindas horas de paseo, junto a mi Concordia.

En 1698, afrontamos uno de los sucesos más memorables. Pues, habiendo bajado cierto día los tres hijos mayores de David Rawkin por el sendero del norte hasta el mar, a fin de sacarle la grasa a un león marino al que habían matado, divisaron de pronto un barco encallado en el banco de arena delante de nuestros peñascos. A toda prisa, volvieron y se lo contaron a su padre, quien, en primer término, vino hacia mí para que yo lo aconsejara respecto de si debían ir en su ayuda, pues tal vez hubiera en el barco personas en apuros. Hice llamar a todos los insulanos capaces de usar armas, los insté a tomarlas y a ocupar todos los accesos, y junto con otros hombres, me dirigí en persona hacia lo alto. Desde allí pudimos ver con mucha precisión, por cierto, el barco encallado, pero no advertimos en él a persona alguna, por más que uno tras otro lo atisbamos aplicadamente con el catalejo que nos había dejado el difunto Amias. Hasta que

empezó a hacerse de noche y la mayoría hubimos de regresar a nuestras casas, pero mantuvimos las bien pertrechadas guardias durante la noche, ya que era de temer que las personas que venían en el barco divisado el día anterior por nuestros jóvenes fueran piratas u otra clase de enemigos; y que hubieran lanzado al agua un bote con hombres, a fin de explorar las rocas, quedándose los demás escondidos en el barco.

Pero ni al día siguiente, ni el tercero, ni el cuarto, quinto o sexto día advertimos nada más que el barco, fijo en el mismo sitio y en el que no había ni mástil ni velas. Es por ello que, el séptimo día, David y otros once hombres fuertes y bien armados tuvieron el arrojo de subirse a nuestro bote grande, que habíamos construido hacía pocos años para cuidar nuestras costas y se acercaron al barco.

Tras que lo hubieron alcanzado y abordado, David vio en el acto dos personas en un rincón. Las mismas estaban sentadas al lado de un cuerpo humano muerto y rebanaban con un gran cuchillo unos trozos del mismo, para devorarlos a toda prisa como verdaderos lobos hambrientos. Ante esta horrible visión, los míos quedaron no poco perplejos; mas su asombro fue tanto mayor cuando uno de estos caníbales dio, de pronto, un salto y trató de abatir a uno de los hijos de David con su gran cuchillo, pero como este joven, con su escopeta, tiró al suelo a su rival cual liviana bolsa de paja, ambos fueron, al fin, sometidos y amarrados con facilidad.

A esto, revisaron todas las recámaras y rincones del barco, pero no hallaron ni hombres, ni animales, ni ninguna otra cosa de la que hubiera razón para temer. En lugar de eso, dieron con una invaluable provisión de lienzos y especias, bellas pieles de animales, cueros curtidos y otras cosas excelentes. Además de todo esto, David halló cinco quintales y medio de oro no acuñado, catorce de plata, dos recipientes

llenos de perlas y tres cajas repletas de monedas de oro y plata, con cuyo brillo sus ojos se cegaron por completo, pues tal cosa le hizo recordar sus años juveniles.

No obstante, mis queridos hijos no se demoraron mucho, sino que lo primero que hicieron fue tomar los valiosos lienzos y especias, cargando en el bote tanto como les fue posible. Llevaron a los dos hombres atados consigo y, tras estar no más de cuatro horas afuera, regresaron, a través del pasaje fluvial, a la isla. En seguida, nos dimos cuenta de que los dos heridos deliraban, pues nos hacían los gestos más horribles y, tan pronto como alguien los miraba, rechinaban los dientes. No obstante, devoraron toda la comida que les dimos más deprisa que las grullas, razón por la cual cada uno fue encerrado en habitaciones separadas en la comarca de Albert, donde se los recostó en sus lechos con las manos y los pies atados. De a poco se los fue reanimando cada vez más con comida y bebida. El más bravo de los dos, empero, rompió en la noche siguiente sus ataduras de manos y pies, engulló primero todas las provisiones de alimento que había alrededor, se apiadó luego de un tonelito lleno de un tipo especial de tubérculos en salmuera y lo devoró también, mas hasta la mitad. Luego, partió la puerta y salió hacia el bosque del norte, en donde fue hallado al día siguiente, hacia la tarde, míseramente reventado. Fue enterrado en ese mismo sitio. El otro pobre hombre parecía ser algo más calmo, pero se podía percibir que no podía dominar su razón, por más que lo atendimos de la mejor manera durante tres días seguidos. Al fin, al cuarto día, yo me hallaba sentado al lado suyo en su cuarto, por la tarde, cuando de pronto le volvió el habla y, con una voz débil, dijo:

–¡Jesús, María y José!

Yo le pregunté cómo se sentía: primero en alemán, luego en holandés y, por último, en inglés y en latín. Pero él

profirió varias palabras en español, que yo no entendí, por lo que llamé a mi yerno Robert, que le tradujo mi pregunta al español, y recibió como respuesta que se hallaba muy mal. Robert le respondió que, dado que había pedido la ayuda de Jesús, todo iría bien, sea que muriera o viviera.

—Así lo espero, amigo mío —fue su respuesta—.

A esto, Robert lo consoló aún más y le pidió que, si sus fuerzas se lo permitían, nos dijera, en pocas palabras, qué les había ocurrido a él y a su barco. El pobre hombre dijo:

—¡Amigo! El barco, yo y todo lo que hay en él, le pertenece al rey de España. Una intensa tormenta nos ha separado de su Flota de Indias y nos condujo al encuentro de dos barcos pirata, de los que, con todo, pudimos escapar con osadía. Sin embargo, las continuas tempestades no nos dieron la chance de hallar un puerto seguro, ni mucho menos de reponer nuestros alimentos. Además, fuimos traicionados por nuestros propios camaradas, pues, al divisar tierra a lo lejos, y al darse cuenta de que les resultaría difícil alcanzarla con el maltrecho barco, ellos, los sanos, se subieron a un bote, abandonando a varios enfermos sin comida alguna. No deseábamos sino la muerte, pero como la misma no quería hacerse presente en todos al mismo tiempo, para poner fin a nuestro martirio, hubimos de servirnos, a causa del hambre, de los cuerpos de aquellos que murieron primero. A raíz de esto, nuestra enfermedad se agravó tanto que yo mismo no sabía si aún vivía o si ya me había muerto.

Robert procuró, por cierto, saber algo más de él, pero como la debilidad del miserable español era demasiado grande, tuvimos que conformarnos con que nos dijera que al día siguiente, si aún vivía, nos contaría más. Empero, tras dormir toda la noche en bastante calma, se nos murió entre las manos, muy dulcemente, al amanecer y, en vista

de su recogimiento cristiano, del que había dado cuenta con pocas palabras y ademanes, fue enterrado en nuestro camposanto. De modo que no había ya nadie más que yo y los míos que se pudiera quedar con las cosas del barco, y como no nos hallábamos ligados de modo alguno al rey de España, no consideré atinado negarles a mis hijos el derecho de naufragio,²⁰ así que en pocos días fueron trayendo a la isla, poco a poco, en trozos, el barco entero, además de todas las cosas que había en él. Repartí todas las mercaderías útiles entre ellos, en partes iguales. El oro, la plata, las perlas, las piedras preciosas y el dinero, en cambio, a fin de quitarles a mis hijos todo medio de caer en la vanidad, la avaricia, la usura y otros pecados derivados de estas, los guardé –sin que nadie me pusiera mala cara por ello– en mi sótano, al lado del tesoro de don Cirilo y otros botines previamente adquiridos.

El 1 de enero de 1700, no solo celebramos el Año Nuevo y la Circuncisión de Cristo,²¹ sino también el cambio de siglo: entramos al siglo XVIII después de Cristo y lo festejamos con especial alegría. No solo descargamos todos nuestros cañones, de los que habíamos sacado otros doce del mencionado barco español, junto con una abundante provisión de pólvora, sino que, además, tras haber realizado el segundo servicio religioso, adornamos a nuestros jóvenes con coronas de flores y los hicimos cantar y bailar en círculos. Al día siguiente hice erigir, para el equipo de varones de dieciséis años o más, un varal –que aún hoy existe–, e hice colgar en él un pájaro de madera, al que debían disparar. Los que tuvieron un buen desempeño recibieron, además

20 En la Edad Media, era común que los señores feudales se apropiaran legalmente de los despojos de los naufragios que ocurrían frente a las costas de sus territorios.

21 En el calendario litúrgico o santoral, el día 1 de enero se celebraba la festividad de la Circuncisión de Cristo. Ha sido así hasta la reforma del Calendario, en 1967. En la actualidad se celebra como Solemnidad de Santa María.

de una corona de flores, distintas prendas nuevas, hachas, serruchos y cosas por el estilo; el que derribó el último trozo, empero, recibió como recompensa un flamante traje, de parte de mi Concordia, y una valiosa escopeta, de mi parte. Esta diversión fue adaptada luego y repetida cada año, para esta época.

El 8 de enero, que era el día de mi cumpleaños y de mi casamiento, el honorable Simon Schimmer me regaló un bonito carro recién hecho, que era tirado por dos ciervos domesticados, y que resultaba, por lógica, muy cómodo, para llevarnos a mi Concordia y a mí de paseo, de un sitio a otro. Schimmer había tomado estos dos ciervos de muy jovencitos del Jardín Zoológico y, en virtud de un incansable esfuerzo diario, los había amansado tanto que estos se dejaban ahora regir a gusto. Muchos de mis hijos siguieron luego su ejemplo y, en pocos años, llegaron a domesticar a muchos de estos animales.

¡Ea! Me sería posible hablaros aún mucho más acerca de distintas cosas; como, por ejemplo: del descubrimiento de la Pequeña Isla Felsenburg. De la producción de lino y de cómo nuestras mujeres aprendieron a prepararlo, a hilar y tejer. De los otros oficios de toda índole que nos fuimos enseñando los unos a los otros (sin maestros, tan solo probando una y otra vez). De la cantidad de mercancías y aparejos que nos fueron traídos de cuando en cuando por el viento y las olas. Del crecimiento de mis nueve estirpes y de la cada vez mejor organización en los campos de labranza, las huertas y los viñedos. De mis cámaras de tesoros, armas y provisiones, y otras cosas. Mis queridos: en tanto hemos de pasar aún algún tiempo juntos, y Dios, así lo espero, ha de concederme aún un tiempillo más de vida, hemos de ahorrar tales cosas para otro momento, a fin de que, en los próximos días, tengamos razones para hablar, en tal o cual oportunidad, sobre ello. Mas, por ahora, concluiré dando

cuenta de la lista de las personas principales que han muerto durante este siglo XVIII, trocando nuestro paraíso terrenal por el celestial. A saber:

1. Johann, mi tercer hijo, murió en 1706, a la edad de cincuenta y cinco años.
2. Maria, mi hija mayor, murió en 1708, a sus cincuenta y ocho años.
3. Elisabeth, mi segunda hija, murió en 1711, a la edad de cincuenta y ocho años.
4. Virgilia van Catmers, la esposa de Johann, murió en 1713; su edad era de sesenta y seis años.
5. Mi esposa, Concordia, murió en 1715, a sus ochenta y nueve años.
6. Simon Heinrich Julius, o Schimmer, murió en 1716, a sus ochenta y cuatro años.
7. La joven Concordia y Robert Julius, o Hülter, murieron uno después del otro, en el lapso de seis días, en tanto fieles marido y mujer. Ella tenía setenta y dos y él, ochenta y cuatro.
8. Jacob Julius, o Larson, murió en 1719, a los ochenta y nueve años.
9. Blandina, la esposa de Christoph, murió en 1719, a sus sesenta y cinco años.
10. Gertraud, la esposa de Christian, murió en 1723, a sus sesenta y seis años.

*

–¡Ahora bien! ¡Mi señor Wolfgang! –dijo a esto el patriarca Albert, al tiempo que, con ojos llorosos a causa del recuerdo de su difunta amada, miraba al capitán Wolfgang–, ¿seréis tan amable de contar todo lo que habéis encontrado y mejorado en el tiempo que habéis pasado desde la época

de vuestra primera estadía en esta isla?

De modo que este honesto hombre continuó ahora con el relato de la historia del patriarca y de él mismo:

*

Mis queridos –nos dijo al maese Schmeltzer y a mí–, os he dado a conocer mi historia de vida durante nuestro viaje en barco, hasta el punto en que mis pícaros compañeros me habían abandonado en esta isla rocosa supuestamente desierta y, luego, empero, hube sido reanimado y recibido por sus piadosos habitantes. El modo tan llamativo en que salvé mi vida no puedo atribuirlo a la suerte, sino, tan solo, a la particular misericordiosa providencia de Dios, ya que los habitantes de esta isla no habían advertido ni el paso del barco ni mi llegada, por lo que no sabían que yo yacía muerto de sed frente a su puerta de agua. No obstante, precisamente el mismo día que yo, dadas las circunstancias, pensé que sería el último de mi vida, Dios les dio la orden a los corazones de seis honrados hombres de los linajes de Simon y Christian de ir con sus armas a buscar el bote en la bahía, a fin de hacer con el mismo un viaje al lado occidental y dar caza allí a unos leones de mar y focas.

En breve, ellos fueron las herramientas que Dios usó para salvarme, pues, en primer lugar, me llevaron consigo, a través del pasaje fluvial, a su casa y me repusieron completamente, dando luego noticia al patriarca de mi presencia. Ni bien este hombre incomparable –que Dios lo mantenga con vida aún muchos años, para mi consuelo y el de los suyos– hubo oído apenas la parte principal de mis dichas y desdichas, me abrazó con cariño y me prometió compensar triplemente mis daños sufridos, ya que él se hallaba en buenas condiciones para hacer tal cosa. Y que, como yo no tenía deseos de quedarme en esta isla, ya

se hallaría, con el tiempo, el modo de que yo regresase a mi patria. Entretanto, me llevó de inmediato consigo a su colina, me dio una habitación muy linda para mí solo, me invitó a su mesa, y me proveyó de las más exquisitas comidas y bebidas, y de ropa; sí, me dio todo lo que mi corazón pudiera requerir en abundancia. Toda mi vida he sido un enemigo de la ociosidad, por lo que me buscaba menudas cosas para hacer, ora aquí, ora allí; y, diariamente, no solo escogía a un grupo de niños de hasta dieciséis años y les impartía de un modo muy sencillo todo tipo de conocimientos útiles que, si bien no eran del todo ignorados por aquí, les resultaban, con todo, bastante opacos y difíciles de entender; también ayudaba con afán en los campos de cultivo, en los viñedos y huertas. A causa de esto, mi bienhechor me dio muestras de su pleitesía, pero, además, al ir conociendo cada vez más a los habitantes, todos, jóvenes o viejos, casi que me adoraban, por lo que surgió una disputa en mi corazón. ¿De tener la ocasión, debía irme de esta isla o era mejor pasar el resto de mi vida en ella, cosa que deseaban mucho todos sus habitantes? Mi fantasía vaga y errante no podía llegar a tomar una resolución firme, sino que, por dos largos años, oscilé de un lado al otro, hasta que en el tercer año, el siguiente suceso amoroso me llevó a la decisión de sacarme de la cabeza todos los bienes, la honra y los placeres que esperaba tener aún en Europa y a asentarme aquí de por vida. Todo sucedió de esta manera: el padre fundador Christian tenía una hija muy bella y virtuosa llamada Sofía, que era celosamente pretendida en matrimonio por un joven del linaje de Jacob. Esta joven, empero, había rechazado con cortesía tanto a este como a otros cuatro que ya antes la habían solicitado y no quería casarse con él bajo ningún concepto, por lo que, cierto día, el padre Christian me invitó a su casa e inquirió si yo, en tanto prudente extranjero, no podía y quería acaso

auscultar en su hija las razones de por qué no quería ella dar su mano en matrimonio a este joven que la quería con tanto afán. De buen grado acepté esta comisión y me dirigí con buenas maneras al encuentro de la bella Sofía, quien se hallaba en el jardín, bajo la verde sombra de un árbol, hilando de la manera más delicada el lino con su huso, por lo que hallé la ocasión para sentarme a su lado y observar su fino trabajo, que sus diestras y limpias manos llevaban a cabo de forma realmente encantadora. Tras algún que otro diálogo en broma, si bien virtuoso, llegué al fin a mi propósito y le pregunté con algo más de seriedad por qué era tan testaruda en el amor y no quería casarse con el joven que tanto la amaba. La delicada niña se sonrojó por la pregunta, pero no quiso responderme nada, cosa que yo atribuí más a su timidez que a falta de entendimiento, ya que, para mi regocijo, en seguida percibí que tenía una mente lúcida. Es por ello que insistí, hasta que, tras pedírselo mucho, me abrió del todo su corazón, y me dijo:

—¡Señor! No dudo en lo más mínimo que habéis sido enviado por mi familia a indagar mi corazón; mas como os tengo por uno de los hombres más honestos y virtuosos, no he de reservarme en confiaros lo que he sentido vergüenza de revelarles a mi padre y hermanos y, mucho más, a otros amigos. Así que sabed que me es imposible tener como esposo un hombre que es tantos años más joven que yo. Pensadlo: ya he cumplido mis treinta y dos años y se quiere que me case con un muchacho que aún no ha llegado a sus veinte. Pero por suerte no faltan mujeres en esta isla; por el contrario, tanto él como otros han de poder elegir entre muchas, de modo que no morirá soltero, aún si no me tiene como esposa. En cuanto a mí, si tuviera que morir soltera, no habría de sentir el menor disgusto, ni en la vida ni en la muerte.

Me asombré mucho por la resolución de esta fina mujer

de treinta y dos años a la que, si me basaba en su aspecto y carácter, apenas le hubiera calculado, con buena conciencia, unos veinte; pero como percibí una cándida seriedad en sus palabras, le di la razón y le pregunté por qué, entonces, había rechazado a cuatro candidatos antes que al último. A esto, ella respondió:

–Todos ellos eran al menos entre diez y doce años más jóvenes que yo, por lo que me resultaba imposible casarme con alguno de ellos y llegué a preferir la soltería.

Aquí, desvíe nuestra conversación hacia otras cosas, con la intención de seguir auscultando su noble inteligencia, y hallé que esta era tan aguda tanto en lo espiritual como en lo terrenal que, por así decir, casi que me sorprendí y me quedé sentado junto a ella con íntimo regocijo hasta que, sin que nos diéramos cuenta, el sol se perdió detrás de los altos picos de las rocas, razón por la cual ambos salimos del jardín; y como en la casa me di cuenta de que el padre Christian se hallaba en el puente de las esclusas, le deseé a la bella Sofía y a los demás unas buenas noches y me dirigí hacia allí. Él me acompañó hasta el Castillo de Albert y en el camino le conté cuán sensato era el modo de pensar de su virtuosa hija acerca tanto de la propuesta de matrimonio como de su seria resolución, a lo cual él se asombró en no menor medida y quiso pedirle consejo, en primer término, al patriarca. Luego de reflexionarlo un poco, este sentenció:

–No fuerces a tu hija, Christian, hijo mío, pues Sofía es una niña casta y devota y su terquedad a este respecto no puede ser castigada; desviaré la inclinación de su solicitante, Andrés, y trataré de casar a la piadosa Sofía con Nicolás, el tercer hijo de tu hermano Johann, que es, además, unos años mayor.

Luego, pasamos a hablar de otros temas; mas yo, sin darme cuenta, me puse caviloso. El querido patriarca lo percibió en seguida y se preocupó no poco por mi súbito

cambio, pero como yo no pude explicarlo más que por un pequeño dolor de cabeza, me dejó ir a la cama, deseándome una pronta recuperación. Empero, me quedé tirado en mi cama hasta pasada la medianoche, sin sentir el menor deseo de dormir y, para decirlo brevemente, no sentí nada más certero en mi corazón que el hecho de que me había enamorado completamente de la bella y virtuosa Sofía. En cambio, las palabras dichas por el querido patriarca: “trataré de casar a la piadosa Sofía con Nicolás”, me generaron la mayor aflicción, ya que, primero, en tanto era yo un mísero intruso, tenía serias razones para dudar de que la bella Sofía me correspondiera; y, segundo, era difícil que el patriarca me prefiriera por sobre su nieto Nicolás. Tras dar vueltas en mi lecho durante un largo tiempo a causa de esto y, una vez que hube pensado acerca de mi reciente amor, llegué a la firme resolución de no perder más el tiempo y, ya por la mañana, abrirle mi corazón a mi franco bienhechor para luego, en caso de que me diera su aprobación, ofrecérselo sin más dilación a la bella Sofía.

Mis temores y esperanzas fueron vencidos, finalmente, por la fatiga; sin embargo, las fuerzas de la imaginación les dieron el gusto de representar a la bella Sofía también en los sueños, de forma que mi espíritu conversó el resto de la noche con ella, gozando tanto de su bella figura como de la excelente índole de su alma. Me desperté al amanecer, mas volví a dormirme con el deseo de tener otro sueño así y, entonces, fue como si me hallara de nuevo en la isla Bonaire: mi difunta Salomé me traía a la virtuosa Sofía a mi cuarto, entregándole a ella, con ademanes alegres, su alianza, que yo había colocado en su ataúd; y luego se iba y dejaba a Sofía al lado mío. A esto, volví a despertar y, como la aurora ya brillaba a través de mi ventana transparente, hecha de pieles de pescado, me levanté, sin despertar al patriarca; salí con sigilo afuera, paseé por el Gran Jardín de recreo y me

senté en un banco hecho de césped, entre los árboles; recé mi oración matutina y canté varias canciones religiosas; saqué, tras esto, mi tabla de escribir –que, junto con otras pequeñeces había quedado entre la ropa, de modo que mis traidores no se la habían llevado– y compuse la canción que sigue:

1

Las inesperadas redes del amor
Han atrapado mi espíritu.
La que quiero
Apenas si me ha visto a los ojos,
Apenas; sí, apenas unas horas,
Pues la pompa de la dorada libertad
No ha hallado otro sitio.
Es por ello que ella se despide.

2

¡Dios clemente! Te pregunto:
¿Me contentarás de veras?
¿He de hallar aquí, tras tantos
Tormentos, mi calmo edén?
¡Ea, pues! ¡Que tu maravillosa obra
Y el dulce yugo
Me liberen de todo disgusto,
Inquietud, necesidad y preocupación!

3

Así que enciende pronto
En la que amo brasas y llamas.
Tráela, por medio de impulsos puros,

A la casta senda del amor,
Y restituye a mi corazón
Lo que ha perdido,
Ya que, con el renovado deseo,
Sus penas se han de endulzar.

Ni bien hube puesto por escrito, de este modo, mi ocurrencia poética, probé cantarla varias veces con una conocida melodía mundana; y no me di cuenta de que tenía en el querido patriarca a un atento oyente, hasta que este me tocó con suavidad el hombro y me preguntó si era posible que yo hubiera puesto en duda su sinceridad y le hubiera ocultado el secreto de mi amor, lo cual, con todo, de seguro obedecía a un motivo virtuoso. Así que me quedé no poco atónito, me disculpé, con palabras que no faltaban a la verdad, por haber callado, y le abrí, acto seguido, todo mi corazón.

—Está bien, mi amigo —replicó a esto el caro patriarca—; no habéis de ser privado de Sofía; mas no os precipitéis. Aprended a conocerla más, indagad más tanto en los gustos de ella como en los vuestros: si, tras esto, deseáis pasar juntos el resto de vuestras vidas en esta isla, os será permitido casarse con ella. Empero, os digo de antemano que —al igual que mis anteriores yernos— habéis de prestar juramento sobre vuestra persona: en tanto siga yo con vida, no podréis llevaros nada de esta isla —ni mucho menos a uno de mis niños— por cuenta propia o en secreto. Más allá de esto —continuó diciendo—, el espíritu divino me ha dado un particular cometido, para cuya realización no sé de una persona más apropiada en el mundo que vos.

No solo le agradecí al querido patriarca por su bondadoso ofrecimiento, sino que también le prometí cumplir —en la medida de mis fuerzas— en todo lo concerniente tanto al juramento como a cualquier otra cosa que llegara a pedir de

mí. Él, por su parte, me pidió que le volviera a hacer un relato detallado de mi historia de vida, cosa en que cumplí ese mismo día, mencionando al pasar, al hacerlo, que en una cierta ciudad comercial de importancia había conocido, entre otras personas, a un comerciante que también usaba el apellido Julius, pero que, como no sabía nada de su familia o procedencia, no podía darle más información al respecto. El querido patriarca suspiró a causa de esto y deseó que tal comerciante fuera de veras un pariente suyo o, incluso, un descendiente de su ya sin dudas difunto hermano. Solo que yo, como recién dije, no podía decir nada al respecto, como tampoco de la familia del comerciante ni de su condición. El caro patriarca rompió, pues, a hablar y me lanzó un largo discurso acerca de la feliz situación en la que él, junto con los suyos, se veía puesto en esta isla por Dios. Lo único que intranquilizaba su conciencia era que carecían de un pastor, por lo que debían vivir sin la sagrada Eucaristía y otros dones religiosos. En otro orden de cosas, me dijo que, como el número de mujeres en la isla era más grande que el de hombres, era deseable traer algunos hábiles artesanos y artistas en edad casadera, que serían de gran utilidad para la comunidad. (Y también para el callado regocijo de algunos europeos pobres que no podían ganarse el pan). Al fin, el querido patriarca deseaba ver, antes de morir, a uno de sus parientes europeos, para darle al mismo una parte de su casi incalculable tesoro.

–Es que –dijo–, ¿de qué nos sirve en esta isla esta fortuna, si no pretendemos tener relaciones comerciales ni intercambiar nada con nadie más en el mundo? Además, si esto llegara a suceder en el futuro, esta isla posee tantas riquezas y tesoros en su seno, que todo aquello de lo que pudiera tenerse necesidad podría ser obtenido de muy variadas formas. Por lo demás, bien podría ser que el linaje de mi hermano en Europa se halle en condiciones de emplear mejor

que nosotros tales tesoros. ¿Por qué no habría de darles a mis familiares lo que a nosotros nos sobra e, incluso, podría sernos dañino? ¿O debería ocultar maliciosamente y con avaricia bajo tierra tales cosas, que Dios ha creado para que los hombres hagan un loable uso de ellas?

Luego de hablar aún de muchas de estas cosas conmigo, concluyó, al fin, con estas palabras:

–Mi honesto amigo Wolfgang, ahora ya sabéis, pues, qué siento yo en mi corazón; y vuestra propia inteligencia notará por sí misma qué más nos hace falta para mejorar nuestra situación. Así que dadme, en el temor de Dios, vuestra sincera opinión: ¿Queréis hacer un viaje más a Europa, serenar así mi corazón y mi conciencia en lo que respecta a lo que os he dicho y, tras regresar felizmente, contraer matrimonio con Sofía? Os daré dinero, oro, plata y joyas por un valor de tres veces cien mil táleros para cubrir los gastos del viaje. Respecto de las otras cosas que se requieren para el viaje, tenemos todo lo necesario. Pero en lo que tocante a la tripulación y demás, hemos de ponernos primero de acuerdo con mayor precisión, ya que ninguno de mis hijos ha de pisar tierra europea.

No demoré en lo más mínimo en aceptar todo lo que me pedía el querido patriarca, asegurándolo de mi honradez y fidelidad. Lo hice así porque tenía la firme esperanza de que Dios no me dejara ser infeliz en este viaje, que yo iba a emprender, principalmente, en servicio suyo y en su honor. De modo que David y los otros padres fundadores fueron llamados a consejo y, al fin, se decidió de común acuerdo poner en condiciones nuestro barco ligero, en el que habríamos de ir David, yo y treinta hombres más hasta la isla de Santa Helena, sitio donde desembarcaríamos. Luego, él volvería con los suyos en seguida a Felsenburg.

Entretanto, como casi todos los hombres fuertes no ahorraron ni tiempo ni esfuerzos en reparar y poner a punto

el barco, de acuerdo con mis indicaciones, aprovechaba yo las tardes para regocijarme hablando con la bella Sofía. Al fin, tuve la osadía de ofrecerle mi corazón, ya que el querido patriarca me había abierto el camino para ello. Mis intenciones amorosas no podían ser menos infelices, sino que, por decirlo en pocas palabras, en un compromiso público, intercambiamos nuestros corazones de manera tan cariñosa que me es imposible ponerlo en palabras, y aplazamos la concreción de esta alianza matrimonial hasta mi –según lo esperábamos– feliz regreso.

El día de San Miguel²² del pasado año 1724, finalizamos el equipamiento de nuestro barco, que yo bauticé *La Paloma*, haciendo poner en el mismo la bandera holandesa. Se lo abasteció bien con víveres y todo lo demás. El bueno de David Julius, que, a pesar de su edad, superaba en fuerzas corporales y anímicas a varios de los jóvenes, se hallaba dispuesto a embarcar todos los días junto a su joven, selecta y bien pertrechada tripulación, haciéndolos ejercitar dentro de ese tiempo de una manera muy divertida y apropiada. Tan solo restaba mi decisión; así que, como el patriarca se hallaba por entonces dolorido de las rodillas y no podía caminar, me hizo ir a su cama, y me recordó con cariño todo lo que yo le había prometido cumplir, me exhortó a ser honesto y fiel con Dios, él y los suyos en este servicio importante y digno de una fama eterna, que Dios sin dudas habría de recompensar en esta vida y la del más allá. A esto, apoyé mi mano izquierda sobre su pecho y alcé la derecha hacia Dios, en lo alto, y juré con solemnidad, no solo cumplir lo mejor que pudiera con los tres puntos centrales que se me habían encargado, sino también tener en vista todo lo que pudiera servir

22 La fiesta de San Miguel se celebra el 29 de septiembre, al igual que la de los arcángeles Gabriel y Rafael.

para mejorar la comunidad. Luego, me entregó aquella carta sellada que os he dado en Ámsterdam, mi Eberhard Julius, y me indicó, al mismo tiempo, que fuera a una habitación, en la que pude sacar de un tonel tanto dinero, oro y piedras preciosas como quisiera. Había en el mismo un tesoro de más de cinco o seis toneladas, pero yo no saqué más que treinta piezas redondas de oro prensado, cada una de las cuales pesaba unas diez libras; también, cincuenta mil táleros en monedas españolas de oro y plata, y perlas y joyas por el valor de media tonelada de oro. Tomé la precaución de guardar las joyas más valiosas y las grandes monedas de oro tanto en un cómodo cinturón, que llevaba sobre la piel, como en mi ropa interior. Los grandes terrones de oro, empero, fueron trozados y repartidos y escondidos en canastas llenas de nuestras mejores pasas de uva. Hicimos lo mismo con las perlas; al haber monedado, por su parte, lo distribuí en distintas bolsas de cuero, previendo así que se hallara a mano en caso de necesidad. Al patriarca le gustaron, por cierto, mis preparativos, sin embargo, opinaba que no podría llevar a cabo todo con tan pocos medios. Empero, como le expuse que no sería factible regresar con más de un barco y que, además, el dinero y los bienes en exceso solo servirían para tener más peso y despertar sospechas, lo dejó todo a mi arbitrio. Y, así, tras despedirnos de corazón y entre miles de buenos deseos por parte de los insulanos que se quedaban en Felsenburg, el 2 de octubre de 1724 nos hicimos, alegremente, a la mar y, gracias a un viento favorable, marchamos con presteza, de modo que perdimos de vista la isla incluso antes de que se pusiera el sol.

Los que no estaban habituados a navegar pagaron el con-sabido y fastidioso tributo al mar; y, una vez repuestos, nuestro pasatiempo diario consistió en que yo instruía cada vez mejor a mi tripulación en el uso correcto de la brújula,

las cartas de navegación y otras habilidades del trabajo a bordo, a fin de que pudieran hallar con tanta mayor facilidad el camino de vuelta a Felsenburg, y para que, en caso de tormentas u otros sucesos, supieran mejor qué hacer, más allá de que había algunos entre ellos y, en especial, el bueno y viejo de David –que manejaba siempre el timón–, que sabían mucho del arte de la navegación.

De este modo, sin sufrir el menor peligro llegamos antes de lo previsto a la isla de Santa Helena, donde hallamos unos veinte barcos ingleses y holandeses que, en parte, se dirigían a las Indias Orientales y, en parte, regresaban de allí y estaban por emprender la ruta hacia su patria. Aquí, habríamos de tener la habilidad de hablar y responder y, con todo, ocultar el secreto que tan importante era para todos nosotros. Es por ello que estudié todo tipo de plausibles invenciones, en las que me puse de acuerdo con mis compañeros, siendo tan afortunado con ello que logré engañar a todos aquellos que inquirieron por mi persona. Entre los holandeses no di con ningún conocido; en cambio, vi de forma inesperada a un capitán inglés para el que, hace algunos años, en viaje a las Indias Occidentales, hice un pequeño servicio. Mi di a conocer ante él y fui recibido y tratado de la manera más amistosa. En un comienzo, juzgó por mi aspecto externo que, sin dudas, había caído en desgracia y me hallaba en situación de necesidad. A lo cual yo le concedí que, por cierto, me habían hecho perder mi barco pero no, de modo alguno, todo mi patrimonio, sino que había salvado tanto que me hallaba en condiciones de equiparme de nuevo, no bien llegara a Ámsterdam. Tras esto, se esforzó por convencerme de que viajara en su comitiva a Java, prometiéndome que sacaría un gran provecho y que pronto me pondría a mí mismo al mando de un barco. Yo, empero, se lo agradecí y, en cambio, le pedí que me recomendara con alguno de sus compatriotas que se hallara en

camino a su patria, a fin de que me llevara consigo, junto con mis cosas, a cambio de una buena paga. Es que la gente de mi país, es decir, los holandeses, no podían hacerme ese favor, pues tenían ellos mismos ya mucha sobrecarga. Este hombre honrado se halló en seguida dispuesto a ello y me llevó con un patrón no menos honesto, con el que pronto me puse de acuerdo. Así que cargué en su barco mis cosas, guardadas en balas, toneles y canastos; y envíe de regreso al padre David y los suyos, tras que hubieran tomado consigo nada más que agua fresca. Lo hice con la excusa de que ellos debían recoger mercaderías enterradas y emplazadas en las islas de Martín Vaz,²³ con las que irían hacia Holanda, donde se rencontrarían conmigo. Empero, sé que ellos dieron tan bien con el camino a Felsenburg como, en la ida, a Santa Helena y regresaron con tanta fortuna que no sufrieron en el camino el más mínimo percance. A mí, por mi parte, también me fue según lo deseaba, pues, tras pasar quieto en total once días en Santa Helena, el patrón levó anclas y tomó su ruta en compañía de trece barcos ingleses y holandeses. El Cielo parecía estar, realmente, muy a nuestro favor, pues no tuvimos el menor viento en contra y tampoco tuvimos que temer ataques hostiles, pues nuestro barco iba cubierto por los otros. En las Islas Canarias di con un holandés al que conocía y que estaba dispuesto a llevarme consigo a Ámsterdam a cambio de poco dinero. Por lo demás, como el inglés con el que yo iba se veía en la necesidad de demorarse un tiempo allí, a fin de reparar su barco, le pagué a este último más de lo que habíamos convenido por el viaje hasta Inglaterra, me embarqué muy contento, por causas diversas, con el holandés y llegué, felizmente, a

23 Las islas de Martín Vaz constituyen un grupo de islas independientes reclamadas por Brasil en las zonas cuasi-ecuatoriales del océano Atlántico. Están ubicadas a aproximadamente treinta kilómetros al este de la Isla de Trinidad.

Ámsterdam el 10 de febrero.

Fue algo de veras llamativo que en la primera hospedería en la que entré –y a la que quería hacer enviar todas mis cosas– hallara a unos de aquellos bribones criminales que, a pedido de Jean le Grand, me habían abandonado en la isla Felsenburg. El pícaro quiso hacerse a la fuga ni bien me reconoció, pues su conciencia lo había convencido de que se merecía morir ahorcado. De modo que me le interpuso, cerré la puerta y le dije:

–¡Alto, camarada! Nos hemos conocido hace más o menos tres años, así que hemos de hablar. ¿Cómo vas? ¿En qué anda Jean le Grand? ¿Ha ganado mucho con su barco robado?

–¡Ay, señor! –respondió este pícaro–, tanto el barco como todos los que iban en él han recibido el merecido castigo por su infidelidad, pues el primero ha reventado y se ha hundido no lejos de Madagascar. Jean le Grand, por su parte, ha debido ahogarse miserablemente junto con toda la tripulación. Sí, nadie se ha salvado, salvo yo y otros tres más que tuvimos buenas intenciones con vos.

–¿Así que tú has tenido buenas intenciones con mi persona? –le respondí–.

–¡Oh, señor mío! –gritó–, al tiempo que se arrojaba a mis pies; si es cierto que en parte he cometido una maldad con vos, no lo es menos que he ayudado de forma crucial a que no se os asesinara, cosa que, como habréis de creerme con facilidad, había sido decidida por todos los complotados.

Bien sabía yo que este tipo era un bribón, si bien no uno de los peores; es por ello que, en tanto recordé, al mismo tiempo, la historia de José y sus hermanos,²⁴ me apiadé de él, de forma tal que lo ayudé a incorporarse y le dije:

24 La historia de José y sus hermanos se refiere al acto de perdón y a la compasión del patriarca José, convertido con los años en gobernador de Egipto, hacia sus hermanos, que en el pasado habían querido matarlo por envidia –pues el padre, Israel, lo tenía como favorito– y, sin llegar a efectuar, con todo, el acto criminal, lo habían vendido como esclavo. *Cfr.* Génesis 37-50.

–Mira, tú sabes bien, sin dudas, cuál sería tu recompensa si yo decidiera declarar en el lugar indicado la maldad que me has hecho; pero te lo perdono todo, de palabra y de corazón, y deseo también que Dios te perdone por todos los pecados que hayas cometido. Ten en mente el ejemplo de cómo se ha vengado Dios en tus infelices compañeros, si es que no me has mentido, y mejórate. Todos vosotros habéis querido hacer el mal conmigo, pero Dios lo ha enmendado, pues poseo ahora más dinero y bienes de lo que jamás he tenido.

A esto, saqué de mi bolsa una moneda de oro de un valor de unos veinte táleros alemanes, se la obsequié y le prometí hacer aún más por él, si me traía a aquellos que se habían salvado con él del naufragio. El pobre pecador renacido tuvo conmigo los gestos más respetuosos y agradecidos y me prometió traerme antes de que se hiciera de noche a dos de las mencionadas personas: Philipp Wilhelm Hörn y Adam Gorques. En cuanto al tercero, que se llamaba Konrad Bellier, no sabía dónde hallarlo: creía que se había ido a Groenlandia a cazar ballenas.

No creí que el bellaco mantendría su palabra; no obstante, por la tarde trajo a los dos susodichos a mi cuarto, los que, tan pronto como me hubieron visto, me abrazaron llorando y no podían dar suficiente cuenta de su alegría a causa de que yo hubiera sobrevivido. No me sentía yo poco contento de volver ver a estas honradas personas, pues bien sabía que no habían afinado su voz en el consejo de los impíos. En particular, me causaba una gran alegría Hörn, cuya prudencia, experticia y valentía me eran muy conocidas desde hacía algunos años. Hacía no mucho tiempo se había vuelto a emplear como contraamaestre y se preparaba a hacer un nuevo viaje a Batavia. No obstante, ni bien supo que yo también me hallaba en trance de equipar un barco y tenía la intención de emprender un nuevo viaje, me prometió

que al día siguiente renunciaría y que se quedaría a mi lado. Tan pronto como el primer bellaco se hubo ido, les regalé veinte ducados a cada uno. Hörn, empero, que regresó dos días después y me informó que ahora se hallaba libre y totalmente a mi servicio, recibió de mis manos cincuenta ducados más a modo de anticipo, y se hizo cargo gustoso de todos los menesteres que le encargué.

Me busqué un alojamiento más cómodo y seguro; no retiré, por cierto, el dinero que hacía muchos años había depositado en el banco, pero lo transferí a mis hermanos y les hice saber a estos de mi presencia en Ámsterdam, si bien aclaré que no me quedaría mucho tiempo allí, sino que viajaría de regreso lo antes posible a las Indias Orientales, donde me quedaría de por vida, así que nadie debía molestarse por mí y, si llegaban a querer saber algo de mi familia, podrían escribirme o el uno o la otra. Hörn, por su parte, debía cambiarme las perlas y algunos terrones de oro por dinero en efectivo, acción por la que le dejé como regalo las excelentes pasas de uva de Felsenburg, con las que él se hizo una cuantiosa suma de dinero.

Luego, me dispuse a buscar un flamante barco y, una vez que lo hube hallado y pagado en efectivo, lo bauticé como *El Fiel Paris*. Hörn, por su parte, recibió de mi parte un punteo de cómo debía ser equipado y cómo debía componerse la tripulación. Si bien yo ya no sospechaba nada malo de este honesto hombre, de todos modos, el dinero necesario para llevar a cabo esta tarea debía solicitarlo él a un banquero que era íntimo amigo mío de los viejos tiempos, y al que ahora había encargado la supervisión de todo, antes de emprender el viaje hacia vuestra ciudad natal, mi amigo Eberhard. Llegué a esta el 6 de mayo. Mas... ¡Por todos los cielos! ¡Cómo no me espanté por completo cuando, a mi primera pregunta por el paradero del rico comerciante Julius, mi hospedero me dio la triste noticia de que había quebrado

pocas semanas antes, de forma totalmente inesperada, y que, lo más probable era que hubiera salido de viaje hacia las Indias Orientales u Occidentales! No puedo sino decir que cada persona a la que volvía a interrogar confirmaba la noticia del hospedero y se lamentaba por la desgracia de este honesto comerciante. Los más notables, incluso, afirmaban que había sido un gran error y una precipitación de su parte el haberse dado a la fuga, pues todos sus acreedores sabían que no había quebrado por licencioso o fraudulento: es por ello que cada uno de ellos habría entendido su situación e, incluso, le habrían ayudado a recomenzar. Pero ¿de qué me servían tales palabras tan bonitas? El comerciante Julius no estaba y no pude averiguar nada acerca de él en mi favor, más allá de que el mismo poseía un único hijo que estudiaba en la Universidad de Leipzig. De modo que tomé pluma y tinta y le escribí una carta a este estudiante, al que me habían descrito como alguien muy piadoso, para ver si podía evitar hacer yo el viaje a Leipzig y lograba atraeros a vos, mi amigo Eberhard, hacia mí. El Cielo intervino: es por ello que lo conseguí. Os puse un muy corto plazo tanto a vos como a todos aquellos a quienes quería llevarme conmigo en el barco; en efecto, tenía la intención de partir lo antes posible de Ámsterdam y, sin embargo, todo debía salir según mi deseo. Mas para no olvidarme de mi mayor inquietud, he de decir que cierto mediodía, después del almuerzo, me puse en camino para hacerle una visita al presidente del cuerpo eclesiástico y pedirle el contacto de un hombre delicado y ejemplar para hacer las veces de predicador de a bordo, pero como no lo encontré en su casa, y se me pidió que volviera recién por la mañana del día siguiente, di un paseo fuera de la ciudad por un lindo camino, en donde vi delante mío a un hombre que iba todo de negro y se hallaba sumido en hondas cavilaciones. Así que redoblé la marcha y pronto lo alcancé. Se trata del aquí presente maese Schmeltzer.

Nunca lo había visto en mi vida, pero mi corazón me dijo en el acto que debía tratarse de un pastor. Nos saludamos amistosamente y yo me tomé la libertad de preguntarle si se dedicaba a la teología. Él asintió y agregó que lo habían requerido en esta ciudad para un cargo, pero que, por un accidente, había llegado demasiado tarde. A esto, inquirí si no podía decirme de algún hombre bueno que tuviera ganas de sumarse a la tripulación de mi barco en calidad de predicador. Él se sonrojó mucho por esta causa y no pudo responderme en seguida, pero, finalmente, me dijo, con mucha emoción:

—¡Señor mío! Le puedo asegurar, por Dios, que no conozco a ningún candidato del cuerpo eclesiástico. Hace algunos años, por cierto, he trabajado aquí en lo de un comerciante, llamado Julius, donde tenía a mi cargo la educación de sus hijos, pero como tras un tiempo hube de mudarme a otro sitio y recién he regresado —aunque en vano— hace dos días, desconozco si realmente hay aquí una persona como la que usted busca.

En el curso de nuestra ulterior conversación, el caro maese Schmeltzer llegó a caerme tan bien que no pude contenerme y le pregunté si acaso no le interesaría ocupar el cargo de predicador de a bordo, más aún teniendo en cuenta que yo tenía la intención de pagarle el doble de lo que les daría a otros. A esto, me respondió:

—Dios, que conoce mi corazón, podrá atestiguar que no busco servirlo en su viña en pos de bienes mundanos; y como considero el oficio que usted me ofrece algo excepcional e incluso divino, no me negaré a seguirlo de forma obediente. No obstante, no lo haré antes de ser hallado capaz para ello por medio de un debido examen y de ser ordenado pastor según la usanza sagrada.

Ante tales palabras, se nos llenaron los ojos de lágrimas tanto a él como a mí; así que le di mi mano y no dije más

que esto:

–¡Sea, señor mío! Dios nos ha dado su consejo; así que tan solo le pido que me siga a mi alojamiento, donde podremos hablar más en detalle de este asunto.

Ni bien hubimos llegado al mismo, no tuve reparos en informarlo verídica y minuciosamente del estado de los habitantes de Felsenburg, lo cual él oyó con la mayor sorpresa; y aseveró que, dadas así las cosas, haría con tanto mayor regocijo el viaje hacia ese país y que no tomaría a mal quedarse de por vida en la isla, si tenía la suerte de promover la salvación de las almas del pueblo cristiano que había allí. A esto, tras hacerme un breve relato de su vida, aproveché para preguntarle alguna que otra cosa acerca del comerciante Franz Martin Julius y su familia y supe que el maese Schmeltzer había sido preceptor de su hijo Eberhard y de su hija Juliana Luisa, entre 1716 y 1720; incluso, supo contarme, para mi mayor regocijo, la entera historia de Stephan Julius, decapitado en la Guerra de los Treinta Años, tal como yo la había oído ya de boca del querido patriarca Albert en Felsenburg, lo cual me demostró que Franz Martin Julius era el auténtico bisnieto de Stephan. El maese Schmeltzer le había oído contar este relato a menudo a su patrón de entonces, Franz Martin Julius, y lo había recordado todo muy bien.

A esto, yo le revelé, con sinceridad, que hacía pocos días había citado en mi hospedaje en Ámsterdam, por carta, al joven Eberhard –que, según había sabido con certeza, ahora se hallaba en Leipzig–, mandándole dinero para el viático. Y no dudaba que se iba a hallar allí para el día de San Juan Bautista.²⁵ De lo contrario, me vería obligado a viajar en persona a Leipzig a buscarlo. Luego de discutir hasta tarde en la noche acerca de mis importantes asuntos con

25 El 24 de junio.

el maese Schmeltzer –teniendo este cada vez más razones para maravillarse por la particular providencia del Cielo–, y luego de que me jurara que no cambiaría su forma de pensar, sino que me seguiría de buena fe allí a donde yo lo llevara a fin de promover la honra de Dios y el bienaventurado provecho para tantas almas, nos echamos a dormir; y, al día siguiente, bien temprano, fuimos juntos a ver al presidente del cuerpo eclesiástico. Ni bien este hombre muy piadoso hubo oído nuestro cometido, hizo llamar a tres de sus colegas y, con estos y en mi presencia, examinaron de manera exhaustiva al maese Schmeltzer durante cuatro horas. Tras comprobar su excelente erudición, fue ordenado pastor dos días después, de forma pública, en la iglesia. Me sentí tan alegre y complacido en este acto sagrado con el valioso tesoro que me había conseguido, que las lágrimas no dejaron de caer de mis ojos durante todo el tiempo que duró. Luego de que hubo finalizado todo, le pagué al cuerpo eclesiástico doscientos ducados en efectivo y dejé una suma igual en la iglesia. Me despedí de corazón de los religiosos, que nos desearon miles de bendiciones en nuestro cometido. Habría llevado con gusto al maese Schmeltzer en seguida a Ámsterdam, pero como él me pidió con insistencia que le concediera antes ir, por última vez, a su tierra natal, a fin de despedirse de sus parientes y buenos amigos –y, también, para recoger su excelente biblioteca–, yo le pagué mil táleros en oro. Nos pusimos, además, de acuerdo respecto de cuándo y en qué lugar de Ámsterdam habríamos de encontrarnos, de forma tal que hasta el día de hoy tengo motivos para ser agradecido por su puntillosidad.

Yo, por mi parte, dispuse muy cómodamente mi regreso hacia Ámsterdam y, entre tanto, puse a mi servicio, en primer término, al enfermero Kramer; luego, a Litzberg, Plager y Hackert y al resto de los artesanos. Les di a cada

uno de ellos en la mano cinco luises de oro franceses y, sin vergüenza, les dije que quería llevarlos a una agradable y fértil isla, en la que podrían ganarse el pan honradamente con sus trabajos manuales; que, además, en caso de que así lo quisieran, podrían casarse con las bellas doncellas que allí había. Les hice jurar, con todo, que no hablarían del asunto ni en Ámsterdam ni con otra gente de mar, ya que mi propósito era llevar conmigo solo a ciertas personas escogidas. Tres de entre ellos, por cierto, resultaron ser unos pícaros: un modisto, un zapatero y un jabonero: hubieron de responder por su engaño ante Dios y su conciencia. Más tarde, empero, lo sopesé mejor y me di cuenta de que había perdido poco con tales tramposos, ya que nuestros insulanos podían realizar estas artes, si hacía falta, por sí mismos –si bien no tan finamente ni con tanta facilidad–.

El 11 de junio llegué, así pues, con las personas que llevaba conmigo, felizmente, a Ámsterdam y tuve una gran alegría, ya que mi querido y fiel Hörn, así como Adam Gorques, habían puesto, bajo la supervisión de mi caro amigo, el banquero G. v. B, totalmente a punto el barco y todo lo demás (incluso mejor de lo que yo esperaba). Además, compramos aún el ganado y otras cosas que me parecían muy necesarias para ser traídas. Cada uno de mis artistas y artesanos recientemente reclutados recibió tanto dinero como requiriera para comprar sus herramientas y otras cosas necesarias. Y como, para mi muy gran regocijo, el querido Eberhard Julius se presentó ante mí pocos días después de mi arribo, también él tuvo bastante que hacer durante varios días seguidos comprando libros y otras cosas necesarias. Al fin, el 24 de junio llegó la última persona, cuya ausencia ya empezaba a inquietarme: me refiero al maese Schmeltzer; y como Hörn, entretanto, había completado el número de marineros y voluntarios, hice, al día siguiente, una inspección general del barco y no hallé nada que mejorar, por lo que

todas las personas debían permanecer en el barco y aguardar por mí. Yo, por mi parte, puse en orden mis asuntos en la Compañía de las Indias Orientales, obtuve mis pases, mis cartas comerciales y cartas blancas y, de este modo, según lo esperado, pudimos partir de Ámsterdam para la misma época en que yo lo había deseado hacía algunos meses.

En la isla de Tenerife, en la que, tras haber soportado una fuerte tormenta, nos detuvimos unos días a fin de reparar nuestro barco y proveernos de agua y alimentos frescos, una tarde, me aparté con mi alférez, Hörn, y le dije:

–Oíd, mi buen amigo; ya es hora de que me sincere completamente ante vos y os convierta en un hombre rico. No obstante, antes os pido no solo que me juréis callar lo que sea preciso del secreto que he de confesaros únicamente a vos y al honesto Gorques, sino también que cumpláis con el razonable pedido que he de haceros a ambos.

Hörn se quedó bastante atónito ante esto, pero tras que le volví a mencionar que no les pediría nada inmoral, insensato o imposible, me hizo un juramento, a lo que yo continué hablando:

–Tenéis que saber, mi amigo, que yo no tengo intención de ir a las Indias Orientales, sino que en breve he de ser recogido en un sitio muy caro para mí, junto con las personas y mercaderías que han sido seleccionadas para ello. A vosotros, empero, no solo deseo donaros en forma legal el barco, sino también todo lo que hay en él. Además, os presentaré a vos como capitán y comandante frente a los otros, ya que tengo la debida potestad de hacerlo, según consta en mis pases y cartas blancas, que me han sido otorgados por los directores de la Compañía de las Indias Orientales. A cambio, no solo os pido que le paguéis su merecida soldada a Adam Gorques, que será vuestro alférez, sino también un tercio de lo que ganéis en este viaje. Cuando regreséis, cosa que haréis, sin duda, dentro de dos o tres años y medio, me

anunciaré de nuevo mediante varios cañonazos en el mismo sitio en el que seré recogido. Eso sí: no debéis hablar de mi locación ni en Europa ni en ningún otro lado.

En un comienzo, el bueno de Hörn no supo responderme nada, sin dudas, a causa de los distintos estados de ánimo por los que pasó a raíz de lo que le dije. Sin embargo, tras que me hube explicado con mayor claridad y le hube dado una especificación de aquellas cosas que debía traerme a su regreso de las Indias Orientales, me juró, nuevamente, no solo cumplir honradamente con todo lo que le pedía, sino que, además, me agradeció muy cariñosa y amablemente que no tuviera razones para dudar de su fidelidad y gratitud. Tengo la esperanza de que Dios lo deje ser más dichoso que al malvado de Jean le Grand, pues de tal modo, con su ayuda, podremos conseguir todo lo que lleguemos a necesitar de Europa en el futuro, de forma muy cómoda, y no tendremos que temer por ello insidia o maldad algunas.

*

—El modo en que se dio el resto de nuestro viaje, así como nuestro feliz arribo a esta amena isla, ya lo sabéis. Es por ello que tan solo agregaré que espero haber llegado al puerto de mi descanso y felicidad terrenal, ya que he hallado al querido patriarca sano; a todos los habitantes, prósperos como siempre, y a mi querida Sofía, fiel y constante en su amor. Ahora, con todo, como el querido patriarca, mi buena conciencia y todas las diligencias felizmente realizadas dan testimonio de que he obrado honrada y rectamente, he de hacer un voto: salvo en caso de extrema necesidad o de circunstancias de suma importancia, no dejaré este lugar para buscar otras tierras, sino que pasaré el resto de mi vida junto a mi querida Sofía, de acuerdo con la voluntad de Dios

y en alegre sosiego. Espero que el querido patriarca tenga a bien, entretanto, permitir que el próximo domingo, tras el culto religioso, el maese Schmeltzer me case con mi amada y que tenga así, además, la dicha de ser el primero en esta isla en recibir a su mujer, según el uso cristiano, de manos de un pastor ordenado.

–Haced aquello que queráis, mi querido amigo del alma e hijo –respondió a esto el patriarca Albert–, pues vuestra honradez amerita que no debáis pedir permiso u órdenes de nadie, ya que todos estamos por completo seguros de que teméis a Dios y nos queréis de corazón.

El patriarca agregó aún a esto su reconfortante bendición y su deseo de que el futuro matrimonio fuera muy feliz. Tras esto, el maese Schmeltzer y yo les dimos también nuestros más francos buenos deseos al señor Wolfgang; luego le hicimos, en broma, un reproche: que ni en el camino ni desde nuestra llegada a la isla nos había contado lo más mínimo de su situación amorosa y que tampoco nos había presentado a su amada personalmente. Esto no dejaba de llamar la atención, ya que el pasado miércoles habíamos visitado la comarca de Christian, y habíamos pasado también por la casa de su futuro suegro.

El señor Wolfgang sonrió a causa de esto y dijo:

–Tal cosa, mis caros amigos, no se ha debido a nada más que al deseo de que nuestra alegría fuera luego tanto mayor. Mi amada se mantuvo oculta el pasado miércoles: es por ello que ni siquiera os hemos revelado que la casa recién construida, y que hemos visitado, ha sido hecha para mí durante mi ausencia. No obstante, este mediodía, en tanto ya ha sido arreglado, hemos de tener la alegría de compartir la comida con mi suegro, Christian Julius, y mi muy querida Sofía.

Era ya mediodía cuando el otrora capitán Leonhard Wolfgang concluyó su relato; y entonces llegaron, pues, para el almuerzo, Christian Julius y su hija Sofía, de modo

que tanto el maese Schmeltzer como yo tuvimos causas sobradas para admirar la excepcional belleza y excelente inteligencia de esta última –y de aprobar ampliamente, por ende, la elección de Wolfgang–.

En seguida después del almuerzo, todos hubimos de acompañar al maese Schmeltzer a la alameda de la comarca de David a fin de, según lo convenido, oír públicamente la confesión de fe de todos aquellos que al día siguiente se confesarían para recibir la sagrada Eucaristía; y percibimos con gran alegría que tanto viejos como jóvenes estaban excelentemente instruidos en todos los artículos principales –y otros– de la doctrina cristiana. Más tarde, todos fueron probados y examinados en detalle por el maese Schmeltzer, cosa que duró hasta la caída del sol; entonces, este confirmó a sus primeros feligreses mediante una devota oración y apoyando la mano en la cabeza de cada uno. Luego, regresamos con él al Castillo de Albert.

Al mediodía del día siguiente, en tanto era el sábado anterior al primer Domingo de Adviento, el maese Schmeltzer se dirigió a la bella glorieta de la alameda de la comarca de David, la cual había sido construida debajo de la colina de Albert mediante el trasplante de varios árboles, y en dicho sitio aguardó a sus feligreses. El patriarca Albert fue el primero que, con piadoso temor y con cálidas lágrimas en los ojos, se acercó a él y se confesó; a él lo siguió su hijo Albert II y, luego, David Julius, el señor Wolfgang con su amada Sofía, yo –Eberhard Julius– y los que habían venido con nosotros desde Europa; y, al final, todos los habitantes de las comunas de Albert y David que tuvieran catorce años o más.

Este acto sagrado duró hasta la noche, ya que el maese Schmeltzer se demoró mucho con la absolución de cada uno, y se agotó tanto que casi que dudamos de si se hallaría en condiciones de mantener su prédica del día siguiente.

El Cielo, empero, lo fortaleció en gran medida, tal como deseábamos, pues cuando llegó el primer Domingo de Adviento y se anunció a todos los insulanos el nuevo año eclesiástico con seis disparos de cañón, y todos se hubieron reunido en el sitio habitual, apareció en escena el maese Schmeltzer y mantuvo una prédica muy edificante sobre el Evangelio dominical ordinario, que trata del ingreso del Redentor en la ciudad de Jerusalén. El exordio general fue tomado del Salmo 118: 24 (“Este es el día que el Señor ha hecho; regocijémonos y alegrémonos en él”, etcétera). En su aplicación, habló tanto de las razones por las que debían alegrarse los insulanos como de la alegría espiritual que habían de sentir a causa de la pura prédica de la palabra de Dios y otros medios de salvación que, en el futuro, se les haría conocer y compartir. En el exordio especial explicó las palabras de Isaías 62: 11 (“Decid a la hija de Sion”, etcétera). En su aplicación, indicó que los insulanos eran también una hija espiritual de Sion y que ahora Cristo venía a ellos con su Palabra y sus Sagrados Sacramentos. Tras esto, presentó, a partir del Evangelio, a la alegre hija de Sion y se preguntó:

–¿Por qué se alegraba ella?

A lo que respondió:

–A causa de la llegada de Jesucristo Rey; y por el bien del que gozaría gracias a Él, a partir de las palabras: “Mira, tu Rey viene a ti”,²⁶ etcétera.

Luego:

–¿Cómo se alegraba?

A esto respondió:

–De veras y de corazón.

Tras que hubo expuesto todo esto de forma excelente y traído a colación algunas reflexiones y exhortaciones edificantes, dando fin, así, a su prédica, se cantó la canción:

26 Mateo 21: 5. El pasaje aparece también en Zacarías 9: 9.

“¡Qué Dios sea alabado por toda la Tierra!”.²⁷ Luego, el maese Schmeltzer pasó a consagrar las hostias que se hallaban en una fuente dorada, así como el vino contenido en un gran recipiente, también dorado. Luego, tomó una hostia en su mano, y dijo:

–Mi Redentor crucificado, recibo ahora de tus manos, aunque invisibles, tu verdadero cuerpo y estoy seguro de que, en las actuales circunstancias, has de eximirme de las usuales ceremonias de tu pura Iglesia Evangélica Luterana, y que, también, has de observar mi corazón y mis sentidos consagrados a Ti. Que tu sagrado cuerpo, pues, no provoque en mí –ni en nadie– escrúpulos de conciencia: que me refuerce y conserve en la verdadera y pura fe para la vida eterna. ¡Amén!

A esto, comió la hostia consagrada y, al rato, dijo:

–A partir de esta creencia y de esta fe, Jesús, recibo de tus manos invisibles tu verdadera sangre, que has derramado para mí en la cruz, para que me refuerce y me conserve en la verdadera fe, para la vida eterna. ¡Amén!

Tomó, entonces, el vino consagrado, se arrodilló y rezó. Repartió luego la sagrada Eucaristía entre todos aquellos que el día anterior se habían confesado, y concluyó de este modo el servicio divino previo al mediodía, a la manera del usual estilo evangélico-luterano.

Luego de almorzar todos juntos, por la tarde, a la manera oriental, sentándonos en el césped sobre mantas extendidas y tras hacer, después, un pequeño ejercicio físico, volvió a celebrarse el servicio religioso, tras cuyo término el señor Wolfgang y Sofía contrajeron matrimonio; además, se bautizó a un par de mellizos de la estirpe de Jacob, lo cual aparece descrito en la Tabla VII.

De este modo, todo concluyó con el canto de alabanza “Te

27 Canción de Adviento compuesta por Heinrich Held (1620-1659). Primera impresión: 1659.

alabamos, Señor”.²⁸ El señor Litzberg y yo, con el permiso del patriarca, disparamos aún doce veces los cañones instalados en la colina de Albert. Luego, tras que se le hubo anunciado al señor Wolfgang que, *deo volente*, el 2 de enero del próximo año 1726, se iba a ofrecer una gran fiesta para todos los insulanos, cada cual regresó espiritual y físicamente regocijado a su hogar.

El maese Schmeltzer ya se había puesto de acuerdo en que las comunas de Stephan, Jacob y Johann recibirían la sagrada Eucaristía en el segundo Domingo de Adviento; las de Christoph y Robert, el tercero, y, al fin, las comarcas de Christian y Simon, el cuarto Domingo de Adviento. Es por ello que cada comuna debía reunirse la semana indicada anterior para tomar sus lecciones de catecismo, como sus predecesores, los habitantes de las comarcas de Albert y David.

Todos dieron muestras de unas grandes ansias de ser partícipes de esto, por lo que el incansable religioso cumplió a diario su función. Los demás, empero, nos entregamos a nuestra tarea más amena: ayudar con el mayor empeño en la construcción de la iglesia, en la que el patriarca Albert se hallaba siempre presente, ayudando a traer los materiales según podía, sin dejarse apartar de ello, por más que se lo pedíamos con fundamento a causa de su avanzada edad.

Una mañana en que el maese Schmeltzer observó nuestro trabajo, se dio cuenta de que habíamos olvidado colocar algunas noticias escritas, para regocijo de las generaciones futuras y según la costumbre, en la piedra fundamental. Mas como el patriarca explicó que aún nos hallábamos a tiempo de hacerlo, ya que aún se podía colocar otra piedra ahuecada en lugar de la que ya se había colocado. De modo que en seguida impartió las órdenes pertinentes entre los

28 Comienzo de la traducción que hizo Lutero del *Te Deum Laudamus*.

suyos. Entretanto, el maese Schmeltzer redactó un escrito que copió en latín, alemán e inglés, y que, luego, fue impreso con cera en la piedra fundamental ahuecada. Espero que al benévolo lector no le moleste si añado aquí la misma en latín y alemán:

Hic lapis
ab
ALBERT JULIUS,
Vero veri Dei cultore,
Anno MDCCXXV,
d. XVIII. Novembr.
fundamenti loco positus,
aedem Deo trinuno consecratam,
sanctum coelestium ovium ovile,
inviolabile Sacramentorum, baptismi & sacrae
coenae domicilium,
immotamque verbi divini sedem,
suffulcit ac suffulciet:
Machina quot mundi posthac durabit in annos,
Tot domus haec duret, stet vigeatque Dei!
Semper sana sonent hic dulcis dogmata Christi,
Per quem credenti vita salusque datur!

En alemán:

Esta piedra
colocada
por
ALBERT JULIUS
el 18 de noviembre de 1725
sostiene y sostendrá

una iglesia consagrada al DIOS Trino,²⁹
un sagrado corral para las ovejas
cristianas,
una invulnerable morada de los Sacramentos,
del Bautismo y de la sagrada Eucaristía,
y una sede inamovible de la Palabra
de DIOS.
¡En tanto este mundo permanezca inmóvil,
esta casa no ha de caer!
¡La que aquí se predique será la pura Palabra de
Cristo,
a través de la cual el creyente accede al Cielo!

* *
*

El señor Wolfgang se mudó con su esposa a la nueva casa que les habían construido en la comarca de Christian, pero solo hizo llevar lo más indispensable entre los bienes muebles que había traído, y el resto lo dejó al cuidado del patriarca, en el espacioso Castillo de Albert. En tal oportunidad, los artistas y artesanos que habíamos traído dieron cuenta también de su deseo de saber dónde instalaría cada uno su taller; es por eso que se discutió si sería mejor fundar para ellos una nueva colonia o repartirlos entre las colonias existentes. Finalmente, se llegó a la decisión de que, como, a causa de que la iglesia se hallaba en construcción, por el momento no era aconsejable emprender una nueva obra, lo mejor era que los recién llegados fueran distribuidos en los sitios que fueran adecuados según las circunstancias de las distintas profesiones.

29 La Trinidad es la doctrina según la cual Dios, al mismo tiempo que es uno, existe eternamente en tres "personas", que por lo general reciben los nombres de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Esta resolución les pareció a todos ellos la mejor, y como el señor Wolfgang había recibido de parte del patriarca la potestad de obrar a este respecto según su buen parecer, los europeos recién llegados fueron repartidos del siguiente modo: el señor Litzberg –el matemático– ocupó un cuarto en la comarca de Christian, en la casa de Wolfgang. El muy experimentado enfermero, el señor Kramer, uno en la comarca de Albert. El señor Plager y Peter Morgenthal, el herrero, fueron ubicados en la comarca de Jacob. Harckert, el bordador, en la comarca de Robert. Schreiner, en calidad de alfarero, ya se había instalado en la comarca de David, donde se hallaba la arcilla. Wetterling, el pañero, fue instalado en la comarca de Christoph. Kleemann, el papeler, en la comarca de Johann. Herrlich, el tornero, y Johann Melchior Garbe, el tonelero, por su parte, en la comarca de Simon. Lademann, el carpintero, y Philipp Krätzer, el molinero, al fin, en la comarca de Stephan.

De este modo, el maese Schmeltzer y yo, Eberhard Julius, fuimos los únicos que quedamos junto al patriarca Albert en su –así llamado– Castillo de Albert, el cual tenía siempre consigo cinco nietos y cuatro nietas que lo servían. El maese Schmeltzer y el señor Wolfgang exhortaron a los europeos repartidos a llevar un tipo de vida piadosa y virtuosa entre sus bien educados vecinos. Además, les dijeron que, si querían quedarse en esta isla, cada cual podría escoger libremente una esposa. No obstante, quien no se sintiera a gusto con este modo de vida debía tan solo contener totalmente sus inclinaciones lúbricas y malvadas, y tener por seguro que, de hacerlo, en dos o tres años sería regresado a Ámsterdam, con un regalo de dos mil táleros.

Todos se mostraron lealmente agradecidos con el patriarca Albert, con el maese Schmeltzer –en tanto cuidador de sus almas–, y con el señor Wolfgang –quien se había hecho

cargo de su condición material–, y prometieron conducirse decente y honestamente con Dios y con los prójimos, llevar adelante sus oficios sin disgusto, por la honra de Dios y por el bien común; al fin, juraron también reconocer al patriarca Albert, el señor Wolfgang y el maese Schmeltzer como la autoridad ordinaria, tanto en asuntos espirituales como mundanos, y someterse a sus advertencias y castigos en caso de cometer algún delito.

La curiosidad del benévolo lector en torno al ulterior desempeño de todos ellos, sus casamientos, etc. recibirá su posible satisfacción en la segunda parte de esta historia felsenburguesa. Por ahora, solo he de agregar que el 11 de diciembre del corriente año de 1725, el conjunto de los habitantes de esta isla celebraron hasta la puesta del sol los tres días festivos, de oración, y ayuno que el patriarca ha instaurado hace ya setenta y ocho años, y en el que el maese Schmeltzer expuso el Salmo 116 en dos prédicas muy consolatorias y vivaces.³⁰ Las restantes estirpes se dirigieron piadosamente a recibir la sagrada Eucaristía los respectivos domingos sucesivos, según se lo había ordenado. Luego, se celebró alegremente la sagrada Navidad. De este modo llegó a su fin, para gran alegría de todos los habitantes, el año 1725, así como para nosotros, por ahora, la redacción de la primera parte de la historia felsenburguesa.

FIN

30 Se trata de un Salmo de acción de gracias a Dios.

Advertencia

En un comienzo, benévolo lector, se quería editar esta historia felsenburguesa –o aquello que se ha prometido en el título– de un tirón, entera. Pero, tras pensarlo con más tino, por razón de alguna que otra circunstancia, se ha decidido hacerlo en partes. Al editor, por cierto, le hubiera resultado mucho más propicio tenerlo todo publicado de una sola vez. No obstante, basta con mencionar lo siguiente: el manuscrito del señor Eberhard Julius es muy confuso, ya que está escrito en algunas partes en folio, en otras, en cuarto y, luego, en octavo;¹ además, ha agregado muchas marcas que remiten a pequeños papelitos adjuntos que han de insertarse en uno que otro lugar... Es por todo esto que me fue imposible mantener el estilo tan conciso como había esperado desde un comienzo. En cambio, la obra ha ido creciendo entre mis manos de forma inadvertida, e incluso casi a diario. Es por esto que lo más útil me pareció hacer un pequeño intervalo. Callaré de momento otras ventaj

1 Las denominaciones “en folio”, “en cuarto” y “en octavo” refieren a la cantidad de hojas de papel de tina incluidas por pliego. En este caso, respectivamente: 2, 4 y 8.

de las que pueden gozar así tanto el benévolo lector como el señor editor y mi pluma, que, por lo demás, nunca está ociosa. ¡Si esta primera parte es tan dichosa que alegra en cierta medida a sus lectores y obtiene su aprobación, puedo asegurar que la segunda parte, de no superar en curiosidades a la primera, al menos no quedará por detrás! Es que en ella se presentarán en detalle los destinos, en parte, maravillosos, en parte, graciosos y, en parte, también, memorables a los que se han visto supeditados en sus vidas, desde niños, los últimos en llegar a Felsenburg.

Más allá de esto, tampoco ahorraré esfuerzos en reunir de forma ordenada los manuscritos del señor Eberhard Julius y, a partir de ellos, informar en detalle lo siguiente: en qué floreciente estado llegó a quedar la isla Felsenburg al cabo de los tres años siguientes, gracias al empeño de los artistas y artesanos europeos recién llegados; cómo Eberhard Julius preparó su viaje de regreso a Europa, reencontró a su padre y, por medio de su cuantioso tesoro, le devolvió a este su anterior renombre; y, al fin, cómo, en compañía de su padre y de la hermana regresada de Suecia, hizo un nuevo viaje hacia Felsenburg.

Si el tan nombrado Eberhard Julius mantiene su palabra como lo ha prometido y me envía por escrito, poco a poco, los ulteriores sucesos de los felsenburgueses –a mí, al señor banquero G. v. B. en Ámsterdam o al señor W. en Hamburgo–, entonces es posible que aparezca también la tercera parte de esta obra proyectada.

Finalmente, le pido al benévolo lector que, por el esfuerzo que he hecho en esta ocasión, así como en vista de mi tan imperfecto estilo, tenga, una vez más, una opinión favorable o, al menos, libre de prejuicios, y que persista en la misma.

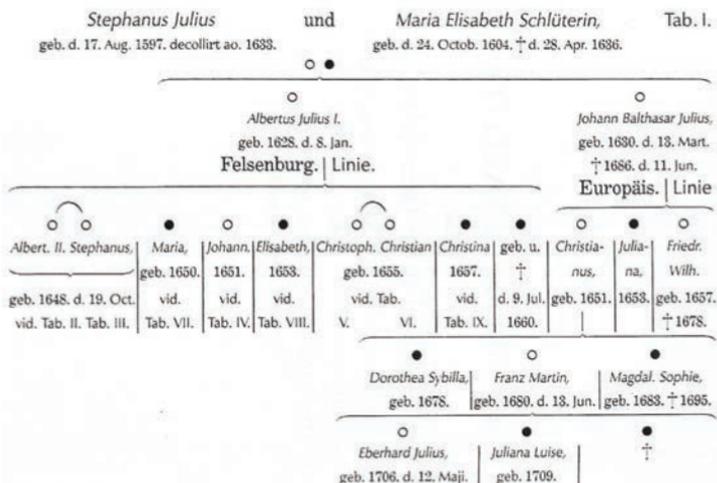
Al servicio del mismo,
Gisander

Genealogische TABELLEN
über das
ALBERT - JULISCHE Geschlechte,
Wie solches aus Europa herstammet, und bis
zu Ende des 1725^{ten} Jahres auf der Insel
Felsenburg fortgeführt, und forn p. 106.
versprochen worden.

TABLAS genealógicas
del
linaje de Albert Julius
De cómo este procede de Europa
y de cómo ha continuado hasta
finales del año 1725
en la Isla Felsenburg, tal como se prometió mostrar
en la página 140 del Tomo I.¹

1 A continuación, se reproducen las diez tablas cronológicas que, en el mundo ficcional, adjunta Eberhard Julius. Aclaremos algunos de los símbolos y abreviaturas: se lee "geb." por "geboren", es decir, "nacido/a". Los círculos vacíos y los llenos representan respectivamente, sexo masculino y femenino. Los hermanos mellizos están unidos por un semicírculo. El símbolo † indica fallecimiento. En la Tabla I se puede ver que Albert Julius –quien inaugura la rama felsenburguesa de la familia– es uno de los dos hijos del matrimonio entre Stephan Julius y Maria Elisabeth Schlüterin; y que el hermano de Albert es Johann Balthasar Julius, el cual encabeza la rama europea. Aparecen

Tabla I



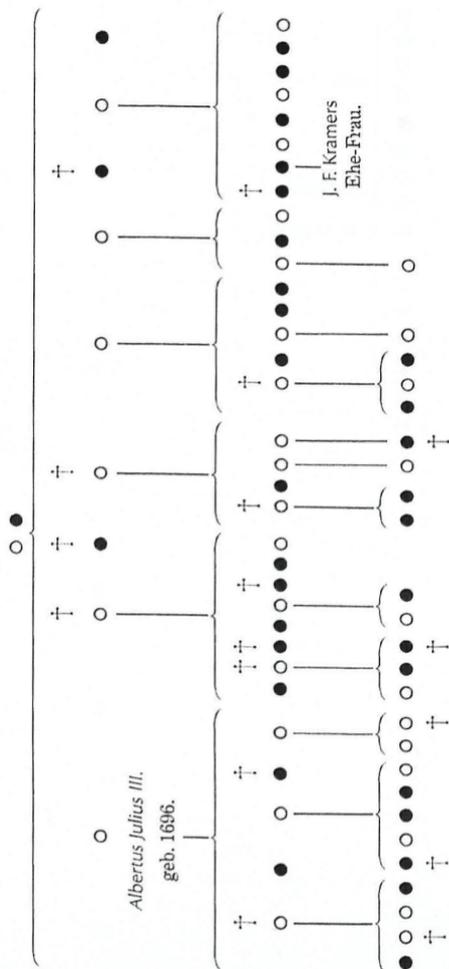
también los ocho hijos vivos del patriarca (Albert II y Stephan, María, Johann, Elisabeth, Christoph y Christian, y Christina), así como el noveno, muerto al nacer. Se aprecia, al fin, que Eberhard Julius es hijo de Martin Julius y bisnieto de Johann Balthasar—y, por lo tanto, sobrino bisnieto de Albert Julius—. Las tablas II a X corresponden a las nueve familias o tribus, distribuidas en otras tantas comarcas; cada estirpe cuenta con cuatro generaciones al momento de confección de las tablas (1725). La Tabla II representa a la familia del padre fundador Albert Julius II, nacido en 1648 y casado con Judith van Manders en 1669; la estirpe tiene cincuenta y dos miembros: veintisiete hombres y veinticinco mujeres. La familia del padre fundador Stephan Julius, casado con Sabine Floeters en 1669, aparece en la Tabla III; se dice que hay cuarenta y tres personas con vida: veintidós hombres y veintiuna mujeres. La Tabla IV es la de la familia del padre fundador Johann, casado con Virgilia van Cattmers en 1672; hay treinta y un miembros con vida: quince hombres y dieciséis mujeres. La tabla V corresponde a la familia del padre fundador Christoph, casado con Blandina en 1672; la estirpe tiene cuarenta y cinco miembros: veintinueve hombres y veinte mujeres. La tabla VI es la del padre fundador Christian, casado con Gertraud van Cattmers en 1674; la familia tiene veintinueve miembros con vida: catorce hombres y quince mujeres.

Tabla II

Albertus Julius II. u. Judith van Manders, Tab. II.

geb. 1648. geb. 1648.

verheyrathet ao. 1669.

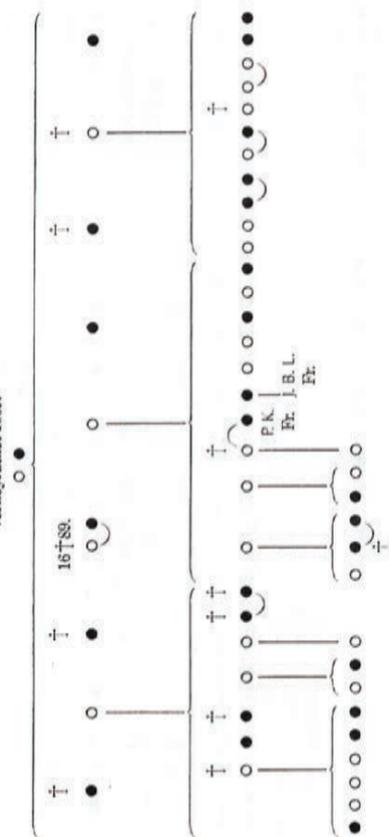


Dieser Stamm bestehet demnach aus 69, nemlich 35. Manns- und 34. Weibs-Personen.
 Hiervon sind seit ao. 1668, gestorben 17. - - 8. - - 9. - - -
 Sind also ao. 1725. noch am Leben 52. - - 27. - - 25.

Tabla III

Stephanus Julius, u. Sabina Floeters,
geb. 1648. geb. 1650.
verheiratet 1669.

Tab. III.

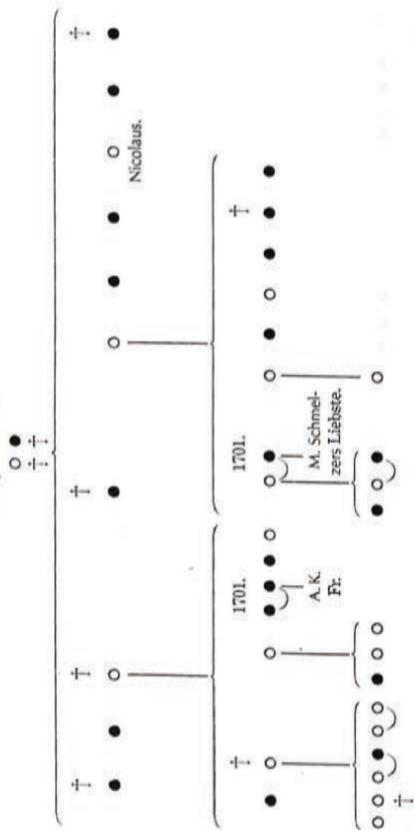


Dieser Stamm bestehet aus 55. nemlich 27. Manns- und 28. Weibs-Personen.
Hiervon sind seit ao. 1668. † 12. - - 5. - - - †. - - -
Also noch am Leben 43. - - 22. - - - 21.

Tabla IV

Johannes Julius, und Virgilia van Cattmers,
 geb. 1651. † 1706. geb. 1647. † 1713.
 verheythet 1672.

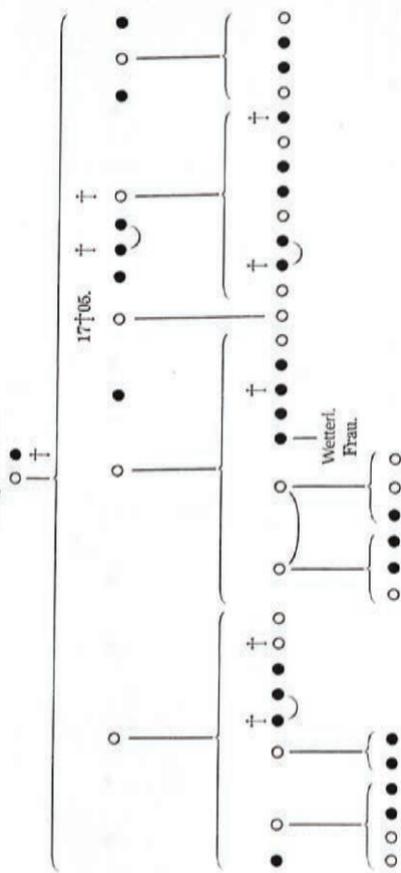
Tab. IV.



Dieser Stamm - - - 40. nemlich 19. Manns- und 21. Weibhs-Personen.
 Hiervon seit ao. 1672. † - 9. - - - 4. - - - 5.
 Also noch am Leben - 31. - - 15. - - - 16.

Tabla V

Christoph Julius u. **Blandina N.** Tab. V.
 geb. 1655. geb. 1654. † 1719.
 verheyrathet 1672. †



Dieser Stamm - - - 58. nemlich 24. Manns- und 29. Weibs-Personen.
 † seit ao. 1674. - - 8. - - 3. - - 5.
 Bis Ende ao. 1725. am Leben 45. - - 21. - - 24.

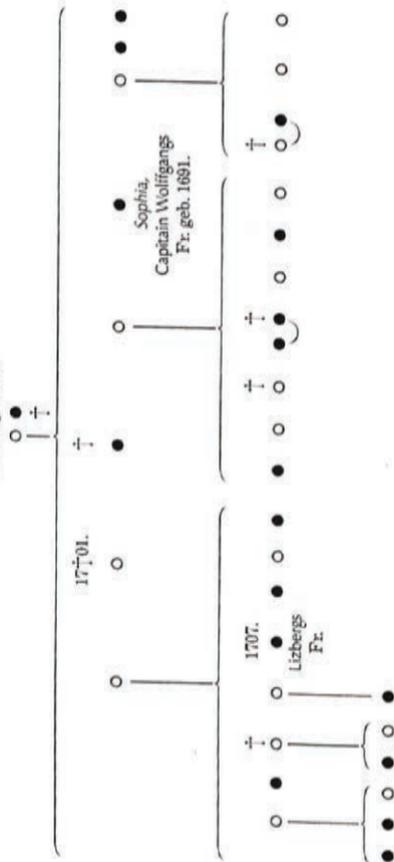
Tabla VI

Christian Julius u. Gertraud van Cattmers, Tab. VI.

geb. 1655.

geb. 1657. † 1723.

vereheligt 1674.



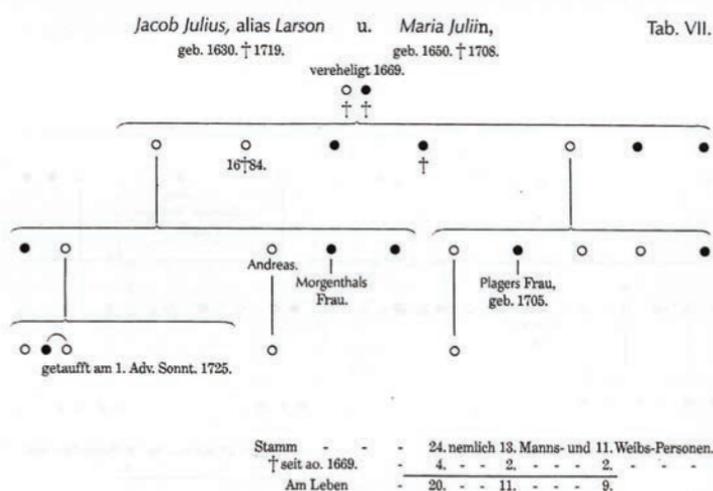
Stamm - - - 36. nemlich 18. Manns- und 18. Weib-Personen.

† seit ao. 1674.

- 7. - - 4. - - - 3.

Noch am Leben - 29. - - 14. - - - 15.

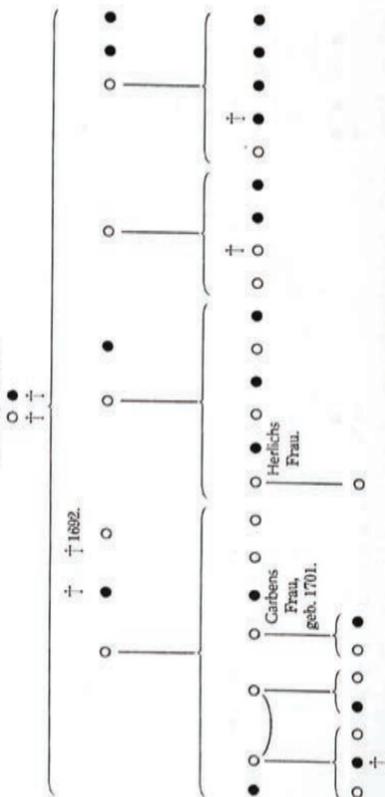
Tabla VII²



- 2 Las tablas VII a IX dan cuenta de los casamientos de las hijas de Albert Julius y Concordia con hombres venidos de fuera. La Tabla VII es la del padre fundador Jacob o Larson, casado en 1669 con María Julius. La estirpe tiene veinte miembros, con nueve mujeres y once hombres. La Tabla VIII es la del padre fundador Schimmer, casado en 1669 con Elisabeth. La familia tiene treinta y tres miembros, de los cuales diecinueve son hombres. La Tabla IX indica que la familia del padre fundador David (o Rawkin), casado en 1674 con Christina, tiene veintinueve miembros (dieciséis son hombres). En la Tabla X, al fin, se grafica la unión entre Robert o Hilter y Concordia (casados en 1664), la primera hija de la esposa del patriarca, que esta tuvo con Van Leuven. Esta familia cuenta con cuarenta y nueve miembros: diecisiete hombres y treinta y dos mujeres. En el original, a continuación de las diez tablas se indica que en 1725 la población total de la isla es de trescientas cuarenta y seis personas, de las que ciento setenta y siete son hombres y ciento sesenta y nueve son mujeres.

Tabla VIII

Simon Heinrich Julius, alias Schimmer, u. Elisabeth Julin, Tab. VIII.
 geb. 1682. † 1716. geb. 1689. † 1711.
 verehelicht ao. 1689.

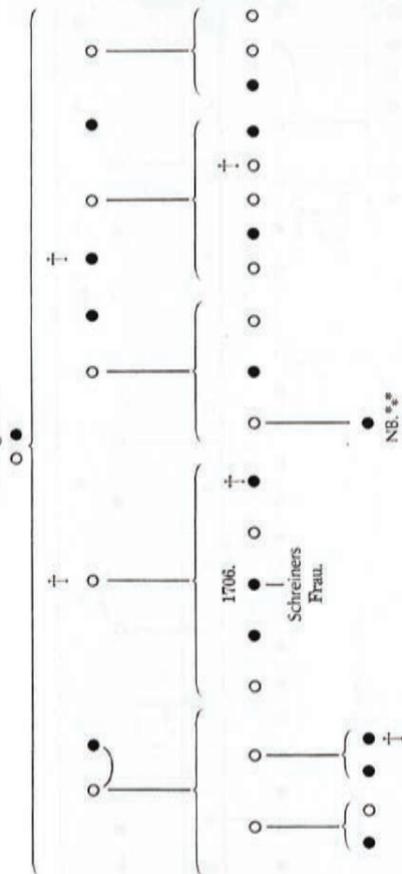


Stamm - - - 40, nemlich 22 Manns- und 18. Weibspersonen.
 † seit ao. 1689. - 7. - - 3. - - - 4. - - -
 Am Leben - 33. - - 19. - - - 14.

Tabla IX

David Julius, alias Rawking. u. Christina Julim, Tab. IX.
 geb. 1640. geb. 1657.

vereheligt 1674.



Stamm - - - 34, nemlich 18. Manns- und 16. Weibspersonen.
 † seit ao. 1676. - 5. - - 2. - - - 3.
 Noch am Leben - 29. - - 16. - - - 13.

Tabla X

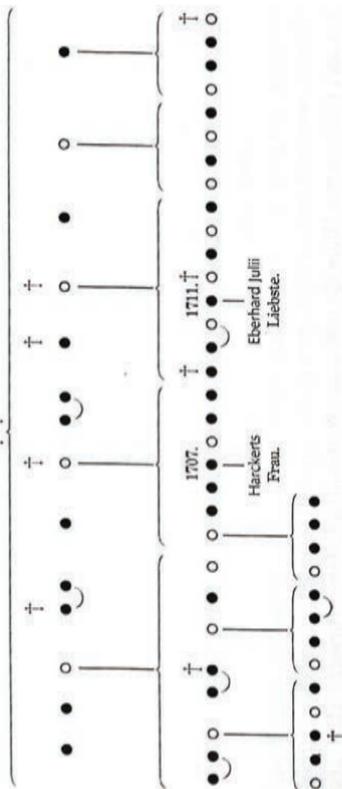
Tab. X.

Robert Julius, alias Hilter, u. Concordia van Leuvens,

geb. 1684. † 1718.

geb. 1646. † 1718.

vereheligt 1684.



Stamm - - - 60, nemlich 22. Manns- und 38. Weibs-Personen.
 † seit. ao. 1665. - 11. - - 5. - - 6. - - -
 Also bliß 1725. noch am Leben 49. - - 17. - - - 32.

Apéndice

Anhang
Der Pag. 182.
versprochenen
Lebens-Beschreibung
Des
DON CYRILLO
DE
VALARO,
aus seinem Lateinischen Ma-
nuscript ins deutsche übersetzt.

La historia de vida de
D o n C i r i l o
de
Valaro,

prometida en la página 199 del Tomo I, y
traducida
de su manuscrito latino
al alemán

La historia de vida de don Cirilo de Valaro

Yo, don Cirilo de Valaro, nací el 9 de agosto del año 1475 después de Cristo, en el campamento, bajo un toldo, siendo mi madre Blanca de Córdoba. Fue así porque mi padre, don Dionisio de Valaro, que se había enrolado al servicio del nuevo rey de Castilla, don Fernando, como coronel de un regimiento de soldados de a pie, había llevado consigo a mi madre al participar de la campaña contra el rey de Portugal, don Alfonso. Este Alfonso se había comprometido con Juana, la hija de Enrique IV de Castilla, a la que todo el mundo consideraba una bastarda y, por esta causa, no solo había adoptado el título y escudo de Castilla, con lo que disputaba a nuestro Fernando la corona, sino que ya se había apoderado de muchas ciudades, dado que le habían prometido su apoyo tanto el rey Luis XI de Francia como así también muchos grandes de Castilla. Mas, después de que, al año siguiente, en 1476, los portugueses resultaran bastante maltrechos cerca de Toro, mi padre advirtió que el mucho marchar de un lado a otro hacía que no fuera conveniente mantenernos cerca de sí a mi madre y a mí, por lo que nos llevó a Madrid, si bien él mismo no volvió con nosotros

hasta que los portugueses fueron batidos definitivamente en 1479, en Albufera, y se los forzó a firmar la paz. Alfonso no solamente renunció entonces a Castilla, sino también a su novia; pero Juana, a la que se le había prometido nuestro príncipe castellano Juan como esposo –si bien este era todavía un niño pequeño–, entró, por despecho, en un monasterio, probablemente porque sospechaba que la irían a maltratar.¹

Lo aseguro: me acuerdo aún, aunque como de un sueño, de la alegría y el contento que sentí como niño de cuatro años ante el retorno feliz de mi querido padre. No obstante, solo pudimos disfrutar de su grata presencia durante muy poco tiempo, porque unas semanas más tarde tuvo que seguir al rey hacia Aragón, quien no solo lo había promovido a general del ejército, sino también a ministro privado de Estado, dado que el rey, a causa de la muerte de su bienaventurado señor padre, se encargó del gobierno también en este reino, que había pasado a ser suyo por herencia. El año siguiente, empero, mi padre regresó, felizmente, junto con el rey y volvió a alegrarnos con su presencia a mí y mi madre, que en el ínterin le había parido otro hijito.

Dio entonces por instalar su economía doméstica según la mayor comodidad, y como no tanto la guerra sino la gracia del rey le había ayudado a tener buen dinero, había comprado varias fincas en el campo, esperando vivir con el mayor contento en ellas. Mas cuando mi padre esperaba poder asentarse con la mayor calma, el rey inició en el año 1481 una campaña contra los moros de Granada; y al

1 El trasfondo histórico de esta primera parte de la historia de don Cirilo es la España de finales del siglo XV. Luego del casamiento entre Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, ocurrido en 1469, tuvo lugar un periodo de guerra civil en la que se inmiscuyó el rey de Portugal. La batalla de Toro (1476) fue decisiva para el triunfo del bando de Fernando. Valaro describe también, un poco más adelante, con precisión histórica, la campaña que llevaría a la expulsión de los moros de la península.

año siguiente, 1482, mi padre tuvo que seguirle junto con otros diez mil hombres, nuevamente reclutados. De modo que, una vez más, nos abandonó, para nuestro gran fastidio. Antes, empero, tuvo tiempo de procurar de la mejor manera ingresos para mi madre y todo lo que hacía falta para la educación decorosa de sus hijos. En el año 1483 hubo un fuerte combate entre castellanos y moros cerca de Málaga, en el que los primeros se vieron en apremios y mi padre recibió una herida que por poco no lo mató; no obstante, se repuso bastante y, poco después, volvió a casa para hacerse curar del todo.

El rey y la reina lo honraron con su noble visita; también le regalaron una enorme suma de dinero y una excelente finca en el campo; a mí, en cambio, el rey me tomó como paje y compañero de juegos para su joven hijo, el príncipe Juan (tres años menor que yo), y prometió que me tendría bajo su amparo durante toda la vida. Si bien recién estaba entrando en mi décimo año, mi madre me había educado con tanto esmero y con gente tan hábil que desde la primera hora, no solo me hice querer por los hijos del rey, sino también por el rey mismo y la reina. Y como se vio una habilidad natural especial en mí, el rey ordenó, estrictamente, a todos los maestros de lengua y ejercicios a aplicarse en mi persona en igual medida que en su propio hijo, lo cual tuvo el efecto (más allá de la alegría y el agrado que sentí) de que, entre todos los de mi edad, fuera yo visto como el más hábil.

Entretanto, mi padre había vuelto a salir al campo de batalla, y no solo se vengó de los moros, en algunas escaramuzas, por su herida, sino que ayudó al rey a conquistar muchas ciudades y sitios, haciéndose en esta ocasión, también, de muchos tesoros, que envió a casa. No obstante, en el año 1491, cuando fue atacada la ciudad de Granada con cincuenta mil soldados de a pie y doce mil a caballo y se forzó al rey Boabdil a rendirse, mi fiel y heroico padre perdió su noble

vida en ocasión de la última embestida contra los muros, que ya se habían logrado escalar.

El rey recibió la noticia de esta feliz conquista por escrito, mientras se hallaba sentado a la mesa y, muy alegre, exclamó:

—¡Gracias a Dios y a todos los santos! ¡El dominio de los moros en España, que ha durado más de setecientos años, se ha acabado, felizmente!

Es por ello que se originó entre todos los vasallos, tanto los nobles como los de estamento bajo, una algarabía general. Pero cuando llegó a manos del rey la lista de los guerreros nobles que habían sido matados y heridos y este leyó, entre otras noticias, que don Dionisio de Valaro había muerto heroicamente, sobre el muro, con la espada empuñada, mis cinco sentidos me abandonaron al instante, de tal modo que caí al piso desmayado detrás del príncipe heredero.

El misericordioso rey se arrepintió por no haber reparado en mí antes de leer en voz alta esta triste noticia, que a él mismo lo había conmovido mucho. Los otros vasallos me sacaron de allí y me recostaron en mi cama; y ni bien me hube restituido en alguna medida, me vinieron a ver, no solamente el príncipe heredero en compañía de su hermana Juana, de trece años, sino, incluso, la misma reina, escoltada por sus más nobles damas. No pude, empero, calmar mi alma en vista de la tristísima pérdida de mi padre, tan querido y tan fiel, sino que durante varios días seguidos lloré muy amargas lágrimas, hasta que, finalmente, el rey me llamó ante sí y me dijo lo siguiente:

—Cirilo de Valaro, hijo mío, si deseas seguir gozando aún de mi gracia, debes refrenar tu tristeza, aunque más no sea en lo que hace al aspecto exterior; y ten en cuenta que en la persona de don Dionisio de Valaro he perdido quizás no más, pero sí lo mismo que tú, porque ha sido él mi fiel servidor y nadie ha podido aventajarlo. Mas en lo que a ti

se refiere, me pongo ahora en su lugar; quiero velar por tu bienestar. Te entrego aquí como obsequio su regimiento, que ha quedado vacante; te nombraré ya mismo coronel y te haré caballero. No obstante, no has de salir en seguida en campaña, sino que te quedarás con mi príncipe heredero hasta que te lleve yo mismo en persona.

Lleno de gratitud, hincé las rodillas ante el rey y me encomendé a su perpetua gracia. Él me dio la mano, que besé sumisamente, y en el acto fui armado caballero y se me concedió la especial merced de que la princesa Juana me calzara la espada y el príncipe heredero, la espuela derecha.

De esta forma, por la gracia especial del rey y con la ayuda de razones prudentes, mis dolores se fueron aplacando poco a poco, con el tiempo. Mi madre, empero, al igual que mi único hermano y mis dos hermanas, no pudieron superarlo tan pronto. Y como ella, de ninguna manera, quiso volver a casarse, dejó junto con mis hermanos la ciudad residencial y se fue a vivir a la mejor de nuestras fincas campestres, para pasar sus días allí en paz y educar a sus hijos con esmero.

Por mi parte, me esforcé tanto en el ejercicio de las armas, así como en el arte de la guerra y otras de provecho, que al llegar a los dieciocho años no había en la corte española caballero alguno que se avergonzara del trato conmigo. Y como en aquellos tiempos bastante tranquilos el rey organizó muchas justas y torneos, me apliqué con mucha voluntad a ello y casi nunca me faltó alguna ganancia de prestancia.

El día del cumpleaños de la princesa Juana, se realizó en la corte un magnífico festín y se ocupó la mitad de la noche con bailes. Después de haberse marchado todos, también yo quise llegarme a mi cuarto; entonces, hallé en la escalera un pequeño paquetito, envuelto en un pañuelo de seda y atado con un hilo de oro. No tuve reparos en abrir este

paquete tan mal guardado, y hallé en él varios codos de cinta verde tejida con dorado, junto con el retrato de una bella pastora, cuya cara se hallaba oculta por uno de sus lados con un velo verde, quizás porque no quería ser reconocida por cualquiera. Además, había en el paquete una esquila en la que se decía lo siguiente:

¡Caballero amado!

Me pedís mi retrato y mis colores... y por estar inclinado mi corazón hacia vos, os envío aquí las dos cosas. Espero que en el torneo de mañana tengáis más fortuna que la vez anterior, a fin de que no os veáis obligado a escuchar bromas de las otras señoras en cuanto a vuestra persona, y que tengáis el placer de ver vuestra característica habilidad recompensada con el mejor premio. ¡Que estéis bien! Y recordad a vuestra

Amiga

El carácter bromista que poseía yo por aquellos años me desaconsejó investigar a quién estaba destinado este paquete. En cambio, resolví utilizar en mí mismo, al día siguiente, en el torneo, estos colores, junto con el bello retrato de la pastora, que colocaría en mi yelmo. Y tal como fue pensado, se hizo, puesto que a la mañana siguiente sujeté la cinta verde junto al retrato en mi yelmo, me puse un arnés nuevo, de color azul cielo y con estrellitas doradas, y así, de incógnito, aparecí en el campo con mi escudo, en el que se hallaba dibujado, como divisa, una águila joven que, sentada con las alas abiertas sobre otra águila vieja muerta, miraba hacia el sol. El mote, tomado de Horacio, era el siguiente:

Non possunt aquilae generare columbam.

En alemán:

Las águilas no engendran palomas.

Apenas si había tenido tiempo y ocasión de probar mis fuerzas en cuatro caballeros, de los que tres habían flaqueado, y el cuarto, por su parte, había sido derribado de su silla y tirado a la arena, cuando un joven escudero desconocido me alcanzó las líneas siguientes:

¡Temerario caballero!

Tenéis dos alternativas: o bien os sacáis de inmediato aquel retrato y color –que, sin autorización alguna, lleváis puestos en vuestro yelmo– y se lo entregáis, por medio de quien os dio este mensaje, al dueño de estos objetos; o bien habéis de prepararos a perder la fama que ya os habéis granjeado en este torneo y, además, se os retará a muerte para mañana a primera hora.

El siervo de la bella pastora

A este desafiante escrito lo respondí en forma oral, diciéndole al escudero:

–Dile a quien te haya enviado que si hubiera hecho su pedido en forma más cortés, le habría hecho caso con gusto; pero que, en vista de sus insensatas amenazas, he de perseverar, por hoy, en mi voluntad.

El escudero, pues, se fue y tuve el gusto de observar al caballero a quien aquel le comunicó la respuesta. No bien me vio este un poco ocioso, se acercó al trote, de forma muy altanera, y me dio a entender mediante gestos despectivos que tenía la intención de quebrar una lanza o varias conmigo. Llevaba un arnés color fuego, con rayas plateadas, y,

en su yelmo, que tenía puesta una cinta negra y amarilla, llevaba unas plumas celestes. En su escudo se hallaba pintado Apolo, quien, para gustar a una ninfa llamada Isse, se hacía pasar por un pastor y agregaba las palabras: *Similis simili gaudet*,² como queriendo dar a entender con claridad lo siguiente:

Isse, mi pastora,
Hace que yo sea un pastor.

Al ver esta divisa, noté de inmediato que el pobre caballero no podía estar muy a resguardo debajo del yelmo. Pues icuán mal combinaban con la ocurrencia amorosa de la vida pastoril el arnés color fuego, las plumas celestes y la cinta negra y amarilla! Mas como no pude seguir reflexionado debido a que mi adversario se me vino encima, lo recibí con mi lanza, que enderecé con presteza, y lo hice de tal forma en la primera arremetida que perdió los dos estribos y apenas si pudo mantenerse en la silla aferrándose a la crin del caballo. Lo intentó, con todo, de vuelta, pero mi fuerte lanzazo lo derribó con tanta violencia de su silla que hubo que sacarlo del campo medio inconsciente.

De este modo, el enamorado pastor color fuego quedó fuera de combate por esta vez, y como fui aún bastante ágil el resto del tiempo también contra otros, al concluir el torneo los jueces me concedieron el segundo premio, que consistía en un excelente sable morisco, cuyo mango dorado relucía con las más valiosas piedras preciosas. La princesa Juana misma me lo extendió en persona, haciendo un gesto risueño, cuando aún debía hacer unos veinte pasos para llegar hasta el trono que le habían erigido; mas

2 "Lo similar atrae lo similar".

al hincarme de rodillas en la última grada del mismo y sacarme el yelmo, dejando ver así mi rostro, no solo quedaron perplejas la princesa y sus doncellas, sino que, además, su doncella preferida, doña Eleonora de Silva, se desmayó. Muy pocos habrán llegado a adivinar a qué se debía esta súbita coincidencia, y yo mismo no supe qué significaba aquello en realidad; y, sin embargo, tras recibir mi premio, me fui a toda prisa del lugar, sin ser reconocido por los otros caballeros.

Dos días después, el mismo escudero de la vez anterior me entregó un cartel con el siguiente contenido:

Desleal caballero,

Así se os puede llamar con el mayor derecho, ya que no solo le habéis robado arteramente a otro que es mejor que vos aquella prenda que él tenía por su máspreciado tesoro, sino que, más aún, habéis decidido, de manera temeraria, llevarlo a la vista de todos en vuestro yelmo, para su fastidio y burla. No obstante, conviene moderar la maldad y la imbecilidad de tales pavotes y enseñaros a vos a tratar con personas dignas. Debéis imaginar –es fácil estimar tal cosa– que, a causa de vuestro último premio recibido en el juego de lanzas, habéis conquistado la fortuna. Mas si poseéis el valor de aparecer, junto con un único padrino, mañana, a la salida del sol, en la gran pradera entre Madrid y Aranjuez, aquel se empeñará en instruiros acerca de la diferencia que existe entre una divertida justa y un duelo de espadas en serio y, además, os castigará por vuestra pueril injuria.

Vuestro enemigo declarado

El mensajero no quiso dar a conocer bajo ningún concepto cuál era el nombre de su señor; es por ello que lo hice volver con esta respuesta de pocas líneas:

¡Insolente caballero!

Si fuerais tan solo la mitad de razonable e inteligente de lo fanfarrón y altanero que sois, sabríais, al menos, tratar un poco mejor a las personas de bien. Pero como tengo más ganas de responderos con la espada que con la pluma y, de este modo, no deseo poner excusa alguna ni dar razón alguna para que se piense que soy un medroso cortesano y pastor, os prometo cumplir mañana en lo que respecta al tiempo y el lugar, donde se verá que mi enemigo declarado es un mentiroso, mientras que yo soy

Don Cirilo de Valaro

De modo que esa misma noche, con don Alfonso de Cordua, mi primo materno, a quien había escogido de padrino, salimos de Madrid y nos encaminamos al pueblo que queda al lado de la gran pradera, donde pernoctamos; y, antes incluso de la salida del sol, nos hallamos sobre la misma. Mi contrincante, a quien reconocí por su arnés color fuego, hizo su aparición a la hora señalada y me pudo reconocer tanto más pronto, pues yo había vuelto a atar a mi yelmo, para ofenderlo, la cinta verde, al lado del retrato de su pastora. Él me dio a conocer su fastidio y su desprecio hacia mi persona mediante poses de lo más altaneras, mas yo no me dejé alterar, sino que di inicio al más exasperante duelo de espadas con mi enemigo, a quien aún no conocía; y en el curso de media hora, mediante diversas heridas de gravedad, lo hice caer medio muerto y totalmente inerte

al suelo. Y al ir hacia él y abrir su yelmo, vi que se trataba del hijo de un noble funcionario real, llamado don Sebastián de Urrez, quien, a causa de la gracia que el rey le dispensaba a su padre, se creía la gran cosa, y que, por lo demás, sabía lucirse más bien con dinero y bienes que con virtudes nobles, valentía y habilidad. Yo sabía que, más allá de algunos que requerían la ayuda de su padre, ningún caballero honrado solía tratar con él con facilidad; es por ello que con un gesto de rechazo me alejé de él y le dije al caído que me daba pena haber tenido mi primer combate en serio con un tonto, por lo que deseaba que nadie se enterara del asunto. Monté acto seguido mi caballo con mi padrino, don Alfonso, que también había despachado de modo muy sangriento a su rival, y cabalgamos de regreso a Madrid.

El viejo Urrez empleó todos los medios para enemistarme con el rey, no solo a causa de este combate, sino también en vista de las graves heridas sufridas por su hijo; no obstante, no logró su cometido, ya que pocos días después, hallándome yo a la espera en la antecámara del rey, este me llamó a su cuarto y, con pocas palabras, me dio a entender que, por cierto, mi osadía no le desagradaba en absoluto; que, sin embargo, le gustaría más que me cuidara de llevar a cabo trifulcas innecesarias y que, quizá, dentro de poco podría dar cuenta de tanta mayor valentía contra los enemigos del rey. Le prometí obrar en todo según la digna orden de Su Majestad; no pude, empero, dejar de cometer, poco después, al igual que otros caballeros, un acto de temeridad en una corrida de toros, en la que alcancé una fama no menor, ya que tres toros desenfrenados fueron muertos por mi puño. No obstante, dado que recibí, de parte del último de ellos, un fuerte golpe en la cadera derecha, la hinchazón, junto con la sangre coagulada, me impelieron a guardar reposo durante varios días. En este lapso de tiempo me llegó una nota, en la que se leía el siguiente mensaje:

Don Cirilo de Valaro,

¿Por qué no os esforzáis más en volver a mostraros vivos y saludable públicamente? Pues creedme que hay dos razones distintas para pedir os cuentas por vuestra conducta: por un lado, a causa de que en el último torneo habéis tenido el descaro de usar unos colores ajenos; y, por el otro, debido a que no habéis tenido reparos en omitir su uso en la última corrida de toros. Tened a bien reflexionar de qué honorable modo queréis haceros cargo de esto y sabed que, sin embargo, os tengo compasión por vuestro estado de dolor actual.

Doña Eleonora de Silva

En un comienzo, no pude entender qué motivación tenía esta señorita para hablarme de mi conducta, hasta que, al fin, mi criado me ayudó a develar la incógnita, ya que este había oído de boca de la doncella de confianza de doña Eleonora que don Sebastián de Urrez había gozado hasta ahora de bastante buen crédito de parte de esta señorita, pero que ahora lo había perdido todo de golpe, ya que él la había acusado irracionalmente de una burda infidelidad y de falsedad. De modo que podía sacar, fácilmente, en limpio que Eleonora, a fin de vengarse honradamente de él, intentaba enredarme, ora en broma, ora en serio, en una intriga amorosa.

Estas conjeturas no eran erradas, como comprobé cierta vez en que, tras mi completa recuperación, tuve la oportunidad de hablar con Eleonora a solas en el jardín de recreo real “Del buen retiro”. Si bien en un comienzo me mostró ella su frialdad y fastidio por el hecho de que yo, sin su permiso, me hubiera tomado la libertad de portar sus colores y su retrato, tan pronto como me hube disculpado de modo

convinciente y la hube lisonjeado diciéndole que estaba resuelto a honrar tales cosas como una reliquia especial y a no devolvérselas a caballero alguno como no fuera perdiendo mi propia vida, ella me preguntó, algo más tranquila:

–¿Y qué ocurriría si yo misma os pidiera que me devolváis aquello que don Sebastián ha perdido de modo tan negligente y que vos, por vuestra parte, habéis hallado de pura casualidad, para apropiároslo sin que yo os diera mi autorización?

–En ese caso –le respondí–, debería yo, por el respeto que os debo, hacer caso de vuestro mandato y anhelo, si bien habría de reconocer, al mismo tiempo, que vos sois aún más cruel que la fortuna misma, de cuya persecución tan solo los desafortunados suelen quejarse.

–No es de esperar –replicó a esto– que halléis una especial felicidad quedándoos con estas bagatelas.

–¿Acaso –respondí yo– porque don Sebastián es el único que ha de ser y seguir siendo feliz al lado de vuestra bella persona?

Al oír estas palabras, a doña Eleonora se le subió la sangre a las mejillas, de modo que se quedó un rato callada; al fin, empero, dijo:

–Estad seguro, don Valaro, de que Urrez ha de esperar de por vida, de mi parte, menos favores que el más insignificante de los nobles; pues, si bien es cierto que hace un tiempo ciertas personas, que no quiero nombrar, me convencieron de que le prestara cierta atención, o incluso de que le tuviera algo de amor, no obstante, ahora conozco mejor su conducta impropia y grosera, por lo que mi sentimiento hacia él se ha convertido en asco y desprecio.

–No podría decir nada malo ni bueno de él –dije yo–, salvo que son pocos los caballeros honestos que lo honran con su trato. No se le puede tomar a mal, empero, que no le dé gran importancia a tal afrenta, ya que el placer de verse

querido por la más bella señorita de toda la corte puede servirle de sobrado consuelo.

Es posible que se diera cuenta doña Eleonora de que, a la larga, no podría dominar sus afectos, que se hallaban en lucha entre sí, pues seguro debía avergonzarse hasta lo más profundo de su corazón de haberle sido accesible a un caballero de tan mal renombre, que solo a través de su gesto femenino o acaso mediante regalos y servilismo esclavo se había insinuado con ella. Es por ello que, con una voz algo más molesta, dijo:

–Don Cirilo, dejemos esta conversación; pues no quiero oír nombrar de nuevo al indigno de Sebastián de Urrez. A vos, empero, os pido que me remitáis estas cosas abyectas, a fin de que pueda incinerarlas, del mismo modo que el recuerdo de quien fuera, hasta hace poco, mi vulgar amante.

–¿Por qué han de pagar la inocente cinta y el diestro retrato por la alevosía de un hombre indigno? –respondí–. Tened por seguro que estas cosas, aun siendo cenizas, mantendrán su alto valor, ya que provienen de tan bellas manos. Si queréis, empero, extirpar el fastidioso recuerdo, mostradme vuestra merced y conceded a mi corazón el lugar vacío en el vuestro; creedme, por cierto, que todo mi ser se ha de esforzar a toda hora por ser más digno de vuestro invaluable favor que el disoluto de Urrez.

No pudo dejar de asombrarse doña Eleonora de que yo, un joven caballero de dieciocho años, pudiera hablar ya tan audaz y petulantemente como el más experimentado de los amantes; respondió, sin embargo, de este modo:

–Don Cirilo, vuestra particular valentía y habilidad se ha evidenciado ya lo suficiente, para asombro de casi todos, ya que habéis vencido, tanto en combates en fiestas como de veras, a hombres y animales, pese a lo que mi corazón no se dejará arrollar con tanta facilidad, sino que, más bien, ha de renunciar al amor para siempre, en tanto ha elegido de

manera infeliz en la primera oportunidad. De modo que libradme en el futuro de tales ataques amorosos y satisfaced más bien mi deseo mandándome pronto las cosas que os pido.

De buen grado habría yo hecho una que otra objeción contra esta sentencia, solo que la llegada de algunos caballeros y damas me lo impidió por esta vez. Luego de esto, ni bien me hallé solo en mi habitación, mi razón se dio cuenta más que claramente de que todo mi ser estaba hechizado con los encantos de doña Eleonora y de que, por su parte, mi corazón sentía un amor tan intenso por ella que las horas que debía pasar sin verla me parecían de lo más tristes y molestas. De modo que recurrí a la pluma y le escribí a mi norte una de las cartas más cariñosas: en esta pedía, básicamente, no solo que me admitiera y recibiera como a su amante, sino también que dejara en mis manos, en tanto primer signo de su favor, los colores y su retrato.

Dos días enteros me hizo patalear entre el miedo y la esperanza, hasta que, al fin, recibí la respuesta, que me era a medias grata y a medias triste: podía, por cierto, quedarme aquello de lo que me había apropiado a través de la suerte y la valentía; solo que con la condición de que nunca más lo mostrara en público de nuevo –debía mantenerlo oculto de todo el mundo–. Más allá de esto, se me permitía hablar con ella al día siguiente, al mediodía, en su aposento, si bien, nuevamente, con la difícil condición de que no dijera una palabra acerca de asuntos amorosos.

Esto último me alborotó tanto la cabeza, que no sabía qué pensar o hacer al respecto, y ya comenzaba a dudar acerca de la posibilidad de conquistar este corazón de piedra antes de haber intentado de veras un ataque. No obstante, mi amor tuvo mucha más suerte de la que creí, ya que tras la primera visita, en la que mi ánimo se comportó tal como lo exigía Eleonora, me dio el permiso de presentarme a diario,

después del almuerzo, y pasar el tiempo con ella con juegos de mesa; y, luego de haber reprimido mi inusual timidez y su repetido mandato durante suficiente tiempo la manifestación del amor, finalmente, la fogosa Eleonora misma me dio la ocasión de expresar de rodillas mis fuertes lamentos y quejas, y yo amenacé con matarme a cuchilladas si ella no beatificaba mi amor extremo con su ansiado favor.

Entonces, pareció como si de pronto cambiara totalmente de opinión y... para decirlo brevemente: desde esa hora fuimos amigos tan íntimos que solo nos faltaba la bendición de un sacerdote para hacernos a ambos la más dichosa de las parejas unidas en matrimonio. Entretanto, con todo, mantuvimos nuestro amor tan en secreto que si bien, por cierto, toda la corte sabía de nuestra especial amistad, tan solo la minoría creía que entre los dos, que éramos aún muy jóvenes, existía ya una verdadera alianza amorosa.

No hubo nadie que tratara de obstaculizar ni lo uno ni lo otro, ya que tan pronto como mi único enemigo, don Sebastián de Urrez, se hubo restablecido, se fue de viaje al extranjero. De modo que mi Eleonora y yo vivimos más de un año en el más dulce regocijo; y, además, me hice querer tanto por el rey y su familia que parecía de veras como si me hubiera recostado sobre el regazo de la fortuna.

Entretanto, como en el año 1494 el rey Carlos VIII de Francia había vuelto a iniciar la campaña contra Nápoles, llegó a haber distintos notables y jóvenes señores napolitanos en la corte castellana.³ Uno de ellos, ni bien vio a doña Eleonora de Silva por primera vez, se convirtió, ante su belleza, en un loco enamorado aún más raudamente que yo. Me di cuenta muy tempranamente de que se esforzaba con

3 Carlos VIII de Francia entró en Italia en agosto de 1494, con la intención de tener un control estratégico del Mediterráneo; su campaña militar en la península itálica finalizó con la conquista de Nápoles, en febrero de 1495.

mucho afán por desplazarme en su favor y ocupar mi lugar. No obstante, como me creía muy seguro de la fidelidad de mi amada y, además, debía hacer un poco la vista gorda con un extranjero, en virtud de las normas de la cortesía, mi alegre corazón no se dejó importunar por ninguna preocupación en especial a causa de esto. Pero, con el tiempo, el soberbio napolitano dio en considerar mi cortesía como una infame cobardía, por lo que se volvió cada vez más audaz y, cierto día, le arrancó a Eleonora un ramo de flores de las manos, que ella me quería entregar al pasar y velozmente por allí. En ese momento, no pude sino hacerle notar con los ojos el disgusto que me había causado, ya que hube de seguir al rey a toda prisa. Esa misma noche, con todo, tuvimos entre ambos un intercambio de palabras que, en un comienzo, fueron burlonas, pero que en seguida se tornaron insultos, de forma que me vi urgido a retar a mi rival a un duelo de puntiagudas lanzas y afiladas espadas para la próxima mañana. Él se mostró regocijado a causa de esto y dijo que acabaría bien pronto con un caballero tan tierno como yo parecía serlo, más allá de que el fanfarrón tampoco había dejado del todo atrás sus años juveniles. Antes de la medianoche, empero, el rey me ordenó, por intermedio de un oficial de su guardia personal, que no me batiera en absoluto con el napolitano –que era un notable príncipe con nombre falso–, ya que de lo contrario perdería toda la gracia real y mi felicidad terrena. El oficial me dijo, además, que el rey en persona arreglaría nuestro insignificante asunto ni bien tuviera la ocasión. Yo hubiera querido enfurecer a causa de esto, pero hube de obedecer, pues el oficial tenía la orden de apresarme en el acto ante la menor resistencia. Tan pronto como me quejé de mis penas ante Eleonora, ella se aplicó a acabar con estas mediante todo tipo de lisonjas; me aseguró, además, de su completa fidelidad y me pidió de corazón que no le tomara a mal que, por

orden de la reina, a causa de ciertas razones de Estado, debiera ella, de cuando en cuando, darle cabida al napolitano y concederle algunas libertades amorosas de poca monta. Entretanto, con el tiempo ya se hallaría la ocasión de que yo me vengara a causa de esto de mi rival. Ella no dudaba, por lo demás, ni de que él me temía ni de que, a causa de esto, había promovido la prohibición real.

Al fin, me apacigué un poco, si bien con gran esfuerzo de mi parte. Mas esto no duró mucho, pues el rey aplazó la investigación de nuestra disputa, y yo limité en la medida de lo posible todo contacto del napolitano con Eleonora; de un modo del todo inesperado, empero, volvimos a tener un encontronazo: cierto día, el napolitano llevó a pasear a Eleonora de la mano por el jardín de recreo del rey, y yo le enrostré que supiera llevar tanto mejor a una mujer de la mano que una lanza o una espada desenvainada. Él proclamó a viva voz que castigaría en el acto mis temerarias palabras con su bayoneta, si no temiera romper así la tregua en el jardín real. No obstante, yo le di a entender, mediante una risa socarrona, que solo dependía de él seguirme, a través de una pequeña puerta, a un sitio muy cómodo que solo quedaba a unos cien pasos: allí podríamos batirnos, ya que el lugar no pertenecía en absoluto al castillo.

El napolitano le hizo en el acto una reverencia a Eleonora –cuyos miembros temblaban a causa del miedo– y me siguió a tal sitio por fuera del jardín, en donde, en seguida, desenvainamos, a fin de hacernos mutuamente algunas sangrientas marcas en el cuerpo. El primer golpe que le di a mi enemigo fue tan certero que le abrí de inmediato una fluente vena de la frente, y como, de ese modo, a causa de la sangre que manaba a borbotones, se le opacó la vista, me lanzó tales golpes a ciegas que también yo recibí una leve herida el brazo derecho; no obstante, cuando recibí dos nuevas recias y rápidas estocadas, una de las cuales se

le metió en el hombro y la otra en el cuello, mi hostil napolitano cayó inconsciente al suelo. Giré en torno en busca de ayuda para que lo vendaran y se lo llevaran de allí, pero en el acto me hallé rodeado por la guardia real, que, sin más preámbulos, me asignó una habitación en la torre en la que se alojaban también otros infractores de los mandatos del rey. No se me permitió escribirle a nadie, ni mucho menos hablarle a algún buen amigo, sin embargo, se me proveyó en abundancia de exquisitas comidas y bebidas, y mi herida superficial fue vendada dos veces por día por un enfermero, llegando a cicatrizar del todo en el curso de doce días.

Una noche, el enfermero, sin estar escoltado por guardia alguna, tras vendarme e irse, regresó de pronto, a toda prisa, y me dijo:

—¡Señor! Este es el momento para liberaros mediante una rápida fuga, ya que no hay ningún guardia y todas las puertas de vuestra prisión están abiertas. ¡Así que daos prisa y seguidme!

No me detuve a pensar largamente si esta acción se había arreglado adrede, sino que de inmediato me eché encima mi traje completo y, junto con el enfermero, me fui de allí a toda velocidad; le obsequié, luego, a este un puñado de coronas de oro y, sin ningún tipo de inconveniente, llegué a la casa de don Gonzalo Fernando de Cordua, el hermano de mi madre, cuyo hijo, don Alfonso, no solo me prometió un escondrijo seguro, sino que, también, se ofreció a indagar en todo lo posible qué se decía de mi fuga en la corte.

Al parecer, el rey se había enfurecido más todavía conmigo a raíz de mi escape, ya que había metido prisioneros a mis guardias y había dado la orden de que se me buscara en cada calle y por todo el país. De modo que me di muy bien cuenta de que no podía quedarme en Castilla. Me hice mandar, pues, por medio de mi madre, una suma suficiente de dinero para viajar y, tras algunos días, me

dirigí fugitivamente a Portugal, en donde me embarqué en el puerto más próximo, y zarpé hacia Inglaterra. Aquí, bajo Enrique VII,⁴ que, según la costumbre, quería iniciar una guerra contra los escoceses y algunos rebeldes, tenía la intención de probarme en las armas. Mi esperanza, empero, se vio bastante frustrada, ya que este foco guerrero se ahogó tempranamente en sus propias cenizas. Tuve yo, por cierto, la suerte de poder presentarme ante el rey, de quien recibí el consuelo de su robusta protección y, también, la promesa de una futura promoción; no obstante, con facilidad pude adivinar que no eran más que palabras huevas. La corte inglesa me pareció, por lo demás, poco vivaz, así que me quedé allí tan solo algunos meses, visité las ciudades más notables del reino y, tras esto, me embarqué de nuevo, pasando por los Países Bajos, hasta la corte del emperador Maximiliano, en donde florecían, en aquel momento, en abundancia, todos los placeres que un joven caballero puede desear. En particular, quedé perplejo ante la extraña hermosura del príncipe imperial Felipe, y como en seguida supe que se iba a casar en breve con la princesa Juana, de Castilla, tuve a esta, en mi mente, como a la más feliz de las princesas, si bien los tiempos y sucesos que vinieron después me instruyeron en un sentido muy distinto.⁵

Entretanto, di todo de mí para obtener el favor y la gracia de este príncipe, pues yo hacía el seguro cálculo de que mi rey se congraciaria nuevamente conmigo si él intercedía por mí. La fortuna me fue en esto extraordinariamente favorable, ya que en distintos torneos caballerescos obtuve valiosos premios y, en vista de mi juventud, mucha más fama que otros. Ante tal estado de los hechos, empero, en

4 Fue rey de Inglaterra entre 1485 y 1509.

5 Maximiliano I de Habsburgo fue emperador electo del Sacro Imperio Romano Germánico desde 1493 hasta su muerte, en 1519. Su hijo, Felipe el Hermoso, se casó en 1496 con la heredera al trono de España, Juana (la Loca) de Castilla y Aragón.

seguida aparecieron algunos que veían esto con malos ojos; entre estos, en particular, había un caballero saboyano que se daba aires de ser muy bravo, y que una y otra vez buscaba la ocasión para lidiar en serio conmigo. La halló, al fin, antes de lo que él creía: hubo de ser sacado de la plaza casi herido de muerte, ante la mirada de más de mil personas, mientras que yo ni siquiera tuve que guardar reposo a causa de mis tres heridas leves, sino que me dejé ver a diario públicamente en la corte. Unas pocas semanas después, un gallo fue pagado por mí casi con la misma moneda, ya que había atacado –en mi presencia, por cierto– con deshonrosas palabras a las naciones españolas. Empero, justamente estos dos camaradas desdichados incitaron al tercer enemigo, el cual también era un napolitano, que no solo quería vengarse del saboyano y del gallo, sino, más bien, de su coteráneo, maltrecho en Madrid.

Este hombre, que se daba muchas ínfulas, solicitó al emperador, en vista de nuestro próximo combate singular, no solo su favor sino también una escolta segura en caso de que me matara, cosa que el emperador, en primer término, le negó, pero que, finalmente, le concedió, a causa de mi muy sumisa petición.

De modo que se hicieron todos los preparativos para nuestro juego mortal, que tanto el emperador como toda su corte quisieron presenciar. Ambos hicimos nuestra aparición a la hora señalada y en el sitio indicado, muy bien pertrechados con armas defensivas y ofensivas, y con caballos. En primer lugar, quebramos nuestras lanzas sin que ninguno sacara gran ventaja; luego, empuñamos nuestras espadas, y yo percibí en seguida que mi rival no era un caballero inexperto, ya que me apremió con tal vehemencia que durante un buen tiempo no pude sino esquivar sus rápidos golpes. No obstante, era muy fuerte y torpe, por lo que tras un cuarto de hora quedó tan extenuado que habría

visto con buenos ojos descansar un poco, si yo se lo hubiera permitido. Mas yo debía usar esto en mi provecho, más aún debido a que en mi cadera derecha se veía ya la primera herida; de modo que comencé a emplear mis mejores fuerzas y le propiné unos duros golpes en la celada. Uno de estos lo erré de forma tal que le partí la cabeza a su caballo, y él se vio forzado a caer al suelo. Así que yo también me apeé, le permití que se parara y reiniciamos la lucha de a pie. Dimos tantas vueltas y de un modo tan curioso, que parecía como si, a la vez, hubiéramos de bailar y luchar; ínterin, con todo, la sangre bullía hacia fuera de nuestros arneses tajados, si bien mi rival fue quien más se debilitó, por lo que peticiónó unos minutos de pausa, que yo le concedí, reuniendo también nuevas fuerzas (más aún, cuando percibí que el príncipe imperial me daba una señal particular de su gracia). Al rato, no bien mi enemigo volvió a alzar la espada, no me anduve lento, sino que le propiné un golpe tan violento en la cabeza que comenzó a tambalear; y, cuando lo repetí, cayó, al fin, muerto al suelo. Yo arrojé mi espada a un lado y me acerqué, a fin de darle algo de aire quitándole el yelmo; pero como la cabeza estaba partida casi hasta la altura de los ojos, pude darme muy bien cuenta de por dónde había salido de viaje su alma. De modo que lo dejé al cuidado de sus criados, me monté a mi caballo y fui hacia mi alojamiento, en donde me hice vendar adecuadamente las heridas recibidas, dos de las cuales eran bastante profundas (las otras seis eran más leves).

Este golpe de suerte no solo me hizo muy respetable en toda la corte imperial sino que, también, me trajo el completo favor del príncipe, de forma tal que me tomó entre su guardia personal y me proveyó de una cuantiosa pensión anual. Además, obtuve el permiso de visitar, no solo las cortes principescas alemanas más notables, sino también los reinos de Bohemia, Hungría y Polonia; en

este viaje, el tiempo me pasó más rápido de lo que creí, ya que recién volví a la corte imperial cuando la princesa Margarita iba a ser casada con Juan, nuestro príncipe heredero de Castilla.⁶ El príncipe imperial, Felipe, escoltó a su hermana hasta Castilla, por lo que tuve yo la ocasión de volver a ver mi querida patria, además de a mi adorada Eleonora, mientras que el rey Fernando, por pedido especial del emperador y de los propios hijos de aquel, me recibió en su gracia, prometiendo olvidar por completo la falta de otrora.

No puedo describir la extraordinaria alegría de la que dio cuenta doña Eleonora cuando la visité la primera vez desde mi regreso; tras esto, supo hechizarme de tal modo con nuevas y muy singulares caricias que mi amor hacia ella, que se había enfriado un poco, se tornó mucho más fogoso que antes. Mis mejores amigos me hablaron de su dudosa conducta y trataron de alejarme de ella, ya que, según decían, no solo habría entablado una relación de demasiada confianza con el napolitano –el cual, una vez curadas las heridas causadas por mí, se había quedado más de un año en Madrid–, sino que, tras esto, a muchos otros forasteros se les había permitido un sospechoso trato cercano. Pero nada pudo arrancarme de sus lazos, ya que tan pronto como le mencionaba a Eleonora alguna de esas cosas molestas, sabía ella hacer tal gala de su inocencia y defender de tal modo su castidad –tanto con grandes proclamas como con cálidas lágrimas– que yo le creía todo lo que me decía, y me tenía por dichoso de que su ánimo endurecido se hubiera vuelto a suavizar con mis ruegos de rodillas y mis grandes muestras de cariño.

6 Margarita de Austria (1480-1530), hija de Maximiliano I y de la duquesa María de Borgoña, se casó en 1496 con Juan de Castilla y Aragón –el hijo de los Reyes Católicos–, heredero al trono de Castilla y Aragón con el título de Príncipe de Asturias. Juan murió, sin embargo, en 1497.

En la medida en que, de este modo, todo germen de celos fue quitado a tiempo de mi ser y nuestros corazones se hubieron unido por completo de nuevo –siendo, por lo demás, mi persona cada vez más respetada en toda la corte–, me pareció como si los disgustos se hubieran alejado de mí más que el cielo de la tierra. Una vez que acabaron los juegos caballerescos y otras muy variadas diversiones organizadas en ocasión del casamiento del príncipe heredero, el rey me entregó un nuevo regimiento de a pie y, para que mis armas no se oxidaran, me envió, junto con muchos otros, a la guerra contra los moros de las sierras de alrededor de Granada, quienes por aquel entonces hacían todo tipo de golpes aislados y tenían la intención de sublevarse en forma. Fue este para mí un gran placer, ya que tenía así ocasión de vengar en esta infame nación la temprana muerte de mi querido padre; y, por cierto, los moros sintieron de tal modo mi encono, en particular en 1500 y al año siguiente, cuando su levantamiento fue más enérgico, que el rey no pudo arrepentirse de haberme enviado allí.

Entretanto, Fernando y Luis XII, rey de Francia, se habían enemistado a causa del reino de Nápoles, que hacía poco se habían repartido, expulsando a Federico de él;⁷ y en 1502 mi primo, Gonzalo Fernando de Cordua, que comandaba las tropas españolas en Nápoles, tuvo tal mala suerte que lo perdió todo, incluso la ciudad de Barletta. Es por esto que escribió por un pronto socorro y le pidió al rey que, entre otros, me enviara a mí, en tanto era el hijo de su hermana. El rey nos lo concedió, de modo que hacia el final del año me fui donde él. Mi primo, al que no veía desde hacía muchos años, me recibió con un gran cariño, y como yo le llevé la feliz noticia de que las nuevas tropas se hallaban en camino, se alegró tanto más y no dudó en lo más mínimo que

7 Luis XII (1462-1515), o Luis de Orleans.

podríamos recuperar lo perdido a manos de los franceses; y no se equivocó en su esperanzada intención, pues al siguiente año, 1503, batimos a los franceses, en primer término, en Cereniola, y, tras esto, nos movimos hasta la capital, Nápoles, que fue conquistada, felizmente. Tuvimos otra batalla más, favorable a nosotros, en el río Garigliano, y, tras tomar también el fuerte Cajeta, pusimos el entero reino de Nápoles bajo el imperio de Fernando, de modo que todos los franceses fueron expulsados de allí para su gran deshonra. Al año siguiente, por cierto, el rey Luis quiso atacarnos con fuerzas mucho más numerosas, mas mi primo, en vista de su particular astucia, se había pertrechado de tal modo que no fue posible sacarle nada. Así que los franceses firmaron la paz y se aliaron con nuestro rey; y como la esposa de Fernando, Isabel, había muerto ese mismo año, tomo él, poco después, como nueva esposa a una dama francesa y trató de impedir que su yerno, Felipe, tomara posesión de Castilla que, a causa de la muerte del príncipe heredero,⁸ había quedado en manos de la princesa Juana. No obstante, Felipe logró imponerse y Fernando hubo de retirarse a Aragón.⁹

Mi primo Gonzalo había adquirido gran respeto en Nápoles, donde gobernaba, para gran utilidad de Fernando, como auténtico rey, ya que todos los súbditos sentían miedo y cariño por él. No obstante, tan pronto como Fernando reflexionó mejor acerca del asunto, dio por sospechar que tal vez mi primo tratara de facilitarle este reino a Felipe, o, incluso, calzarse él mismo la corona sobre su cabeza. Es por ello que, de forma inesperada, fue él en persona a Nápoles, donde se mostró, por cierto, muy clemente con Gonzalo,

8 Es decir, Juan.

9 En el I Tratado de Blois, de 1504, Luis XII de Francia reconoció el dominio español sobre Nápoles. Ese mismo año murió Isabel de Castilla. En 1506, Fernando II se casó con Germaine de Foix, una sobrina de Luis XII. Juan, a quien aquí se alude como "el príncipe heredero", había muerto en 1497. En 1496, Felipe el Hermoso había desposado a Juana de Castilla y Aragón.

y también aprobó sus medidas de gobierno; este hombre astuto se dio cuenta, sin embargo, de que la amabilidad del rey no era sincera, pese a lo que se fío de su conciencia limpia y, sin oponer nada a ello, viajó con el rey hasta Aragón, en donde, a cambio de sus leales servicios, recibió más escarnio y burlas que gratitud y fama. Fernando también desconfiaba de mi persona, por lo que hube de compartir el destino adverso de mi primo. No obstante, como en Aragón no buscaba yo nada salvo el favor del rey y, en cambio, podía reclamar mi parte de la herencia paterna y materna, me despedí y viaje hacia lo de Felipe, al servicio de cuya esposa había entrado, hacía poco, doña Eleonora de Silva, llegando a ser una de sus más nobles doncellas de corte.

En seguida, Felipe me dio un cargo como gentilhombre de cámara, además de un importante sueldo anual; así que pocos meses después me casé con doña Eleonora y, si bien me uní de este modo a un cuerpo femenino muy bello, no obstante, no hallé en ella, ni por mucho, aquel placer por el que hacen tanto alboroto los expertos, y me reproché en secreto el haber esperado tantos años un goce tan incierto como este, así como el no haberle dado más crédito a los consejos de mis amigos de confianza.

De inmediato me propuse, empero, hacer frente a este infeliz destino con la mayor calma posible y, asimismo, ocultarle también a mi esposa, por todos los medios, el asco tan intempestivo que sentí hacia ella; entretanto, me dispuse a complacer mi ánimo, además de sirviendo con celo a la casa real, mediante otros placeres accesibles.

La suerte, con todo, que hasta mi trigésimo año me había sido tan favorable, había resuelto, de pronto, darme la espalda. Pues mi rey y poderoso protector murió al año siguiente, en 1506;¹⁰ la reina Juana, que hacía ya algunos años

10 Se refiere a Felipe I de Castilla.

padecía la misma enfermedad matrimonial que yo sentía en mis venas, pero que no quería o podía usar la misma medicina, fue inhabilitada para gobernar, ya que se creyó que había perdido la razón. A raíz de esto, surgió una enorme confusión entre los grandes del reino, hasta que, al fin, vino Fernando desde Aragón y, postergando al príncipe heredero Carlos, de seis años, volvió a apropiarse de por vida del gobierno del reino de Castilla.

No sé si fue mi tozudez o una muy fuerte desconfianza lo que me llevó a abstenerme de corroborar junto con mi viejo señor, en su versión actual, de veras remozada, mi posición honorífica y el sueldo a ella ligado –tal como hicieron muchos de mi rango–; más aún teniendo en cuenta que este se mostró muy clemente conmigo y, por cierto, de un modo muy ostensible. No obstante, yo me hice pasar –en esos, mis mejores años– por más débil y enfermo de lo que realmente estaba y solo pedí que se me concediera la gracia de pasar el resto de mi vida, en paz, en las fincas de mi padre, cosa que me fue otorgada sin mayores dilaciones.

Mi esposa pareció muy insatisfecha a causa de esto, ya que, por ciertas razones, hubiera preferido quedarse en la corte; pero se vio a medias obligada a seguir mi voluntad, por lo que cedió pacientemente. Encontré a mi madre y a mi hermana menor en mi mejor finca, en donde llevaban la administración de forma muy ordenada. Tanto mi hermano menor como mi hermana mayor habían tenido casamientos ventajosos y dichosos, y vivían a dos millas el primero, y a tres la segunda. De modo que, ya en mis primeros días allí, casé a mi hermana menor con un rico y calificado noble, que había sido capitán en mi regimiento hacía algunos años y que era nuestro vecino lindero. A mi madre, empero, la mantuve, para mi gran alegría, conmigo; no obstante, para mi aún mayor pesar, murió medio año después, de forma repentina, tras que yo le diera la alegría de pagarle

a mis hermanas una mayor parte de la herencia de lo que estas podían reclamar legítimamente, así como de cederle a mi hermano la mitad de todos mis señoríos hereditarios, a raíz de lo cual mis hermanos se volvieron propensos a honrarme y quererme, no solo como a un hermano, sino también como a un padre.

Mi más alegre pasatiempo fue, a partir de allí, la administración de las tierras en tres señoríos cercanos; más allá de esto, me regocijaba con la lectura de la historia de nuestros países y de otros. Además, para que nadie pudiera tildarme de tacaño o de extravagante, hacía asiduas visitas a mis vecinos y no dejaba de invitarlos yo mismo a menudo, de modo que, al menos una vez al mes, tenía lugar una gran reunión de muchas personas notables de ambos sexos en mi casa.

Con mi esposa vivíamos muy tranquila y pacíficamente, y si bien ambos nos dábamos muy bien cuenta de que cada uno guardaba un recelo en el corazón, se hacía todo lo posible por evitar lastimar al otro. Lo que más me asombraba, empero, era que doña Eleonora, otrora tan divertida, tenía ahora su pasatiempo preferido en la lectura de libros religiosos y en el trato con gente santa de ambos sexos. Es por ello que yo temía que llegara a concebir la idea de separarse de mí y se metiera en un convento; además, se había habituado, por propia voluntad, a dormir tan solo dos veces por semana conmigo, si bien yo me daba cuenta de que, al mismo tiempo, era insaciable en el acto amoroso. Más allá de esto, no se veían los frutos de nuestra cohabitación, los cuales habría yo querido soportar sin disgusto alguno.

Luego, llegó cierto día en que fuimos de paseo en carro con mi esposa al campo, donde nos topamos con una mujer que, junto con un niño de entre doce y trece años, iba a vender uvas a la ciudad vecina. Mi esposa tuvo ganas de probar estas frutas, así que hice detenerse a la señora, a fin

de comprarle algunas. Entretanto, mi esposa me dijo, en voz baja:

–Mirad a este hermoso niño, tesoro: tal vez tenga él padres muy pobres y, sin embargo, de seguro tendrá mejores aptitudes para ser criado nuestro que algunos que no se merecen su pan.

–Lo tomaré ya mismo como paje vuestro, si es que su madre y él mismo están de acuerdo.

A esto, mi esposa enrojeció de alegría y le ofreció ella misma el trabajo, no solo a la madre sino también al niño; y cerró todo el asunto con pocas palabras, de modo que el chico hubo de seguirnos de inmediato con su canasta de frutas hasta nuestro castillo.

Yo en persona hube de conceder que mi esposa no había hecho una mala elección con este niño, que se llamaba Cáspar Palino; pues, tan pronto como se hubo puesto su traje rojo adornado de plata, supo conducirse tan apropiada y cortésmente, que yo mismo gustaba de tenerlo a mi lado y les ordené a todos mis demás criados que no le causaran ningún fastidio a este niño, so pena de perder mi favor, razón por la cual mi esposa se mostró muy agradecida conmigo.

A las pocas semanas, en un almuerzo con distintos invitados y amigos, se oyó un horrible ruido en mi patio: cuando, a causa de esto, todos corrimos hacia la ventana, vimos que el perro de caza había derribado a una mendiga y a una niña de unos nueve años, si bien las había lastimado tan solo levemente. En un impulso de compasión, mi esposa bajó corriendo en el acto, e hizo entrar y atender a las pobres, que habían quedado desmayadas más por el miedo que por el dolor. Tras esto, regresó y dijo:

–¡Ay, tesoro! ¡Qué bella niña es esta pequeña mendiga! Hacedme el favor, si es que aún me tenéis algo de amor, de permitirme criarla junto al bello Cáspar.

No tuve reparos en concederle esto, por lo que en poco tiempo la niña mendiga quedó tan limpia y supo moverse en sus atavíos como si hubiera nacido y crecido usándolos. Así que doña Eleonora tenía tantas alegrías diarias con ella, como si esta niñita fuera su hija carnal; por lo demás, se preocupaba poco o nada por sus asuntos domésticos, sino que empleaba la mayor parte del tiempo en su estricto culto religioso, que realizaba las más de las veces en compañía de una mujer santa –de las que se dicen “beatas”– en un cuarto cerrado.

Esta beata, que vivía habitualmente en el hospicio de la Santa Madre de Dios, en Madrid, era, según pretextaba mi esposa, una profetiza que había hecho muchos milagros –y podía hacerlos aún–; además, casi a diario era honrada con apariciones de la Virgen, los ángeles y otros santos. En general, llegaba al atardecer, con el rostro cubierto, y muy a menudo traía consigo a una joven también de incógnito a la que hacía pasar por su hija. Tan solo una vez pude ver sus rostros: el de la vieja era singularmente feo, mientras que el de la joven era bastante hermoso; con todo, después de esto casi que no me preocupé por sus salidas y entradas, sino que dejé que estas mujeres –a las que yo tenía, al igual que a mi esposa, por necias fariseas– se pasaran a menudo varios días y semanas en una habitación cerrada, donde eran atendidas con las más exquisitas comidas y bebidas. Hube yo, además, de hacer la vista gorda, y no sin razón, porque temía que, si llegaba a morir, mi esposa me privaría de sus grandes bienes, a fin de dejárselos a sus propias amistades.

De este modo viví cuatro años con doña Eleonora: si bien no particularmente contento, tampoco del todo descontento; hasta que, finalmente, los siguientes sucesos alteraron por completo mi sosiego y llenaron mi corazón de fuertes deseos de venganza y de furioso celo: la ayuda de cámara de confianza de mi esposa, Apolonia, fue acusada por los

demás criados de estar embarazada y si bien su hinchada panza le daba fuerte respaldo a la cosa misma, no dejó ella de mentir. Al fin, hube de disponer su encierro –de una manera tolerable– a fin de averiguar la verdad, al mismo tiempo que obtener su confesión de quién era el padre de su hijo bastardo. No obstante, ella se negó a hablar una y otra vez, hasta que al cuarto día de encierro el carcelero me informó a primera hora que Apolonia había muerto repentinamente durante la noche, si bien antes había pedido tinta, una pluma y papel, había escrito una carta y le había pedido por todos los santos que me la entregara con todo sigilo, a fin de que mi esposa no se enterara. Yo recibí la carta con manos temblorosas, puesto que mi corazón ya me profetizaba una noticia horrible y hallé en ella más o menos las siguientes palabras:

¡Mi señor!

Enteraos, por boca de una moribunda, de un secreto que esta no quiere llevarse a la tumba, para no perder la bendición de Dios. Vuestra esposa, doña Eleonora, es una de las mujeres más pecaminosas del mundo: antes de que llegarais a amarla, le había entregado ya su castidad a don Sebastián de Urrez, vendiéndola, por así decir, como una valiosa joya. A raíz de su vínculo con el napolitano que bien conocéis ha engendrado durante vuestra ausencia a Cáspar Palino, que ahora la sirve como paje; y la supuesta mendiga, Efrosina, también es su hija carnal, que ella ha recibido de manos de su confesor, pariéndola en secreto, mientras vos combatíais contra los moros. Haced torturar a la mujer de Menellez, vuestro administrador: tal vez confiese la verdad acerca del nacimiento y crianza de estos niños bastardos. A vuestra madre, que se le opu-

so desde un comienzo, hube de despacharla por orden suya del mundo de los vivos, con un sutil veneno. El mismo fin se os depara a vos: tan solo aguarda a que troquéis vuestra moderación habitual por un mando más severo. No obstante, como su lubricidad ha sido insaciable desde su juventud, no es posible decir cuántos hombres de todos los estamentos –entre los que a menudo se contaron incluso los más bajos criados– que hubieron de satisfacer su excitación tanto de día como de noche, ya que en esto la alternancia siempre le ha agradado. No vayáis a creer, señor mío, que la así llamada “beata” es una mujer devota, ya que, en realidad, se trata de una de las más libertinas alcahuetas de todo Madrid; y bajo las ropas de esa persona que se hace pasar por su hija, empero, hay siempre o bien algún monje encubierto, o bien otro hombre joven, los cuales, durante el día, alegran a su esposa tan pronto como a esta se le antoja, para, por la noche, yacer a su lado. Estos son los singulares actos de devoción que tienen lugar en la habitación cerrada. Siento que se acerca mi fin, es por ello que no podré mencionar sus otros actos infames, que, con todo, la esposa de Menellez podrá confesar; yo he de emplear estos pocos instantes, que quizás sean los últimos de mi vida, en mi penitencia y rezo, a fin de conseguir que Dios me permita gozar –a mí, que soy una gran pecadora– de su clemencia. Todo lo que aquí he escrito acerca de vuestra esposa lo atestiguaré en la otra vida, donde le perdonaré de todo corazón el que me haya enviado anoche a Cornelia para sacarme de este mundo –junto al fruto de mi vientre–, sin que nadie se dé cuenta, por medio de una manzana envenenada –de lo cual me di cuenta no antes que una hora después de haberla comido–. La beata le ha traído a doña Eleonora –hace

cuatro meses—, como amante, a don Vicencio de Garziano: contra mi voluntad, este hombre también ha practicado su malicia conmigo, y me ha importunado con una infeliz preñez. Disculpadme, clemente señor, por mis maldades y errores. Espero que Dios me perdone: no permitáis que mi miserable cuerpo quede insepulto en tierra no bendecida, y haced leer algunas misas de difunto para mí y el fruto de mi vientre, a fin de que no seáis importunado en el futuro por nuestros espíritus. Dios, que ya empieza a consolar mi alma, sabrá, después de estos momentos de tristeza y congoja, daros de nuevo dicha temporal y eterna. Muero con gran dolor, como una cristiana arrepentida.

Vuestra
indigna criada,
Apolonia

¡Tú, que esto lees: pondera por ti mismo qué puedo haber sentido en mi ánimo tras leer esta carta! Lo único que yo puedo decir es que por dos buenas horas no supe si seguía en la Tierra o me hallaba en el Infierno, pues mi ánimo se vio tan inusualmente agitado por tormentos y devaneos que no pude estarme quieto a causa del miedo y la angustia; no obstante, como a partir del constante ir y venir de los criados conjeturé que Eleonora ya debía haberse levantado, serené mi ánimo debidamente, adopté una actitud de fingida tranquilidad y la visité en su habitación. Era yo de veras el primero en llevarle la noticia de la muerte de Apolonia, cosa que ella oyó con mesurado asombro, a la vez que dijo:

—No hay dudas de que la infame se ha de haber suministrado ella misma veneno, a fin de escapar a la injuria y el castigo; hay que investigarlo y hacer sepultar la carroña en el desolladero.

–Haríamos mejor –respondí yo– si tapáramos todo el asunto y diéramos a entender que ha muerto de forma natural, para no darle ocasión a la gente y, en especial, a la Santa Inquisición, de concederle demasiada importancia. Mandaré llamar al padre Laurencio y le daré una suma de dinero para que, según su particular astucia, lo disimule todo, haga enterrar el desdichado cuerpo en el cementerio de la iglesia y lea algunas misas de difunto frente a su sepulcro. En cuanto a vos, mi tesoro –agregué–, si os parece bien, hacedme el favor de viajar conmigo entretanto a la casa de alguno de nuestros vecinos... ¡A la del que vos queráis!... A fin de que nuestros ánimos no se aflijan a causa de este suceso horrendo y de que podamos, en cambio, serenarlos en compañía de gente alegre.

Según pareció, mis palabras le resultaron muy especialmente agradables; cuando le pregunté aún, empero, hacia dónde quería que viajáramos en esta ocasión, ella propuso en seguida el nombre de don Fabio de Canaria. Este vivía a tres millas de distancia de nosotros y no tenía esposa, sino que se ayudaba de algunas ramerías; era, empero, más allá de esto, un noble de buena presencia, hábil e inteligente. Yo me sorprendí un poco ante esta propuesta; Eleonora, no obstante, que se dio cuenta en seguida de esto, dijo:

–Tesoro mío, no es en vano que os pido que visitemos por una vez a este noble de mala reputación y en el que resulta una lástima hallar sin disimulo tantos infames pecados; tal vez, empero, podamos, mediante sinceras palabras, conducirlo por otra senda y convencerlo de que se busque una esposa, con ayuda de la cual pueda renunciar a sus vicios.

–Tenéis razón –le respondí–; sí, creo que nadie en el mundo sería más apropiado que vos para convertir a este caballero, cuyo modo de vida, dejando de lado su vergonzosa lubricidad, tengo en alta estima. De modo que pensad en

algunas buenas exhortaciones; yo, entretanto, despacharé mis asuntos más urgentes. Luego, de inmediato, haremos los preparativos para nuestro viaje.

A esto, mandé llamar al carcelero y, mediante doscientas coronas, compré su silencio –que él me juró mantener– en lo relativo a la carta y los demás relatos de Apolonia. El padre Laurencio, que era mi confesor y párroco, a cambio de dinero, allanó todo lo que había que resolver con respecto al cuerpo muerto. Le ordené, tras esto, a mi ayuda de cámara más leal que, en el tiempo de nuestra ausencia, hiciera una estrecha puerta entre un cuarto contiguo y aquella recámara en la que la beata y su hija solían encerrarse junto a mi esposa; y que la tapiara bien con listones de maderas de forma tal que ningún otro criado llegara a saber algo del asunto y que dentro mismo de la habitación no se advirtiera nada. Más tarde, vi a través de mi ventana que la beata y su hija fingida eran despachadas por la puerta de servicio de mi jardín, por lo que volví a indicarle todo a mi ayuda de cámara y le di a entender todo a la perfección. Luego de almorzar, viajé junto con Eleonora hacia lo de don Fabio de Canaria.

Mis ojos estaban ahora mucho más abiertos que antes, pues vi más que claramente qué fogosas miradas y lúbricos gestos se hacían Eleonora y Fabio, de forma que con facilidad pude deducir que se conocían bien de antes; no obstante, supe conducirme con tanto cuidado que los dos enamorados no pudieron adivinar o notar en lo más mínimo qué es lo que yo pensaba. En cambio, les di la mejor ocasión para quedarse los dos solos y complacer así su maldita lubricidad, con lo que quedó Eleonora en extremo confiada, mientras que Fabio agregó aún la opinión de que no debía o podía yo ponerme celoso. Esta no era, con todo, la única ave que me había propuesto cazar. Fabio había invitado a muchos otros nobles a su casa, entre los cuales

se hallaban también mi hermano y su esposa; le confié a este, en un paseo que dimos los dos solos por el jardín, el enorme peso con el que cargaba en mi alma, lo cual lo atribuló tanto como a mí. No obstante, tras ponernos de acuerdo, fingimos todo lo mejor que pudimos y durante tres días parecimos tan alegres como todos los demás. Al cuarto día, empero, nos volvimos a separar, y mi hermano me prometió ir a verme tan pronto como yo se lo pidiera por medio de un mensajero. Dos días después de nuestro regreso, la falsa beata llegó muy temprano, junto con su supuesta hija, y fue recibida con gran placer por Eleonora. Mi corazón ardía en mi cuerpo de celos y deseos de venganza. Después de observar con detenimiento el trabajo hecho por mi ayuda de cámara y de hallar que la puerta secreta, según mi parecer, había quedado muy bien, mandé llamar a mi hermano, quien se presentó en mi casa antes del anochecer. Mi esposa estuvo durante la cena de extraordinario buen humor y, contra su costumbre, se entretuvo muy largamente con nosotros. Luego de la comida, sin embargo, como nosotros nos disponíamos a repasar algunas cuentas, dijo ella:

—Mis señores, sé que mi presencia os es molesta ante tal serio pasatiempo, de modo que, si me dais autorización, me despediré de vosotros, me iré a hacer mis oraciones y luego me recostaré a dormir, ya que, por lo demás, hoy estoy muy cansada.

Le dimos las “buenas noches” con una nada sospechosa amabilidad; nos quedamos aún un breve tiempo juntos, y luego, provistos de dos linternas sordas y unas bayonetas, nos dirigimos a hurtadillas hacia aquel cuarto provisto con la nueva puerta y a través de unos pequeños orificios cortados y punzados tanto en la madera como en el tapiz pudimos ver muy nítidamente todo lo que ocurría en la pieza que se tenía por sagrada.

¡Dios me ayude! ¡Qué vergüenza! ¡Qué horrenda visión! Mi esposa bella, piadosa, casta, virtuosa, y ya incluso casi que medio canonizada, doña Eleonora de Silva, iba y venía por el cuarto toda desnuda con un joven varón y no de otra manera que como si se vieran ambos impelidos a representar el estado de inocencia de nuestros primeros padres, para riesgo de su vida. Pero ¿cómo llegué a pensar en el estado de inocencia? ¿Y por qué he de mencionar las infames acciones sodomitas que hubimos de ver realizadas por parte de esta curiosa pareja; acciones tales que ningún amante de la virtud adivinaría con facilidad y que yo mismo nunca antes habría creído llegar a presenciar ni siquiera en sueños?

Estos infames y viciosos juegos hubimos de contemplarlos mi hermano y yo, pues, durante más de media hora, en el curso de la cual estuve varias veces a punto de tirar abajo la puerta y asesinar a estas bestiales personas; mas mi hermano, que se hallaba ahora un poco menos furioso que yo, me contuvo, dándome a entender que tal castigo sería demasiado poco severo y que, además, debíamos esperar a ver qué hacían después del bonito paseo. Si bien tal cosa era fácil de adivinar, ambos aguardamos el momento correcto y, por cierto, lo hicimos con sorprendente paciencia. Más tarde, tan pronto como cada uno de los infames pellejos hubo vaciado una gran copa que contenía una bebida particularmente agradable, y que debía estimular aún más la maldita lubricidad, se tiraron como furias totalmente extasiadas en el lecho de fornicación e hicieron allí tales indecencias que quisiera poder sacar su recuerdo para siempre de mi mente.

—Es ahora —dijo mi hermano— que estos pecadores han llegado la cima más alta de su infame lujuria... ¡Ea, hermano! ¡Tirémoslos al más hondo abismo de todas las miserias! Tan solo tengamos cuidado de que ninguno de ellos dos reciba una herida mortal.

Dicho esto, abrimos con todo sigilo la pequeña puerta e ingresamos a través del tapiz sin que ellos lo advirtieran, hasta que agarré de los pelos al maldito y lascivo cabrón y lo tiré de la cama al suelo. Eleonora lanzó un único y fuerte grito, y luego se desmayó. La endemoniada beata saltó –vestida solo con una camisa– hacia mí con un puñal y, sin lugar a dudas, me habría dado si mi hermano no le hubiera propinado un golpe fortísimo por encima del brazo –a raíz del cual se le cortó entero, salvo un tendón–. Le hice, pues, una señal convenida a mi ayuda de cámara, el cual apareció en el acto en el cuarto contiguo en compañía de dos criados, que ataron con sogas a los dos abyectos desconocidos que habíamos empujado allí, y los metieron presos en un muy profundo sótano.

Eleonora permaneció aún inconsciente hasta que la leal Cornelia le hubo dado casi trescientos golpes con un áspero látigo en el voluptuoso cuerpo desnudo, pues esta criada se vio obligada por mí a darle a su señora tal fuerte medicina, la cual tuvo el efecto deseado de que Eleonora volvió finalmente en sí, cayó a mis pies y, entre lágrimas, me imploró que le tuviera piedad. Mi paciencia, empero, se había agotado por completo: es por ello que, con un pie, arrojé hacia atrás a la lúbrica perra. Le ordené a Cornelia que le pusiera una camisa y luego las encerré a ambas en una habitación vacía y bien custodiada, haciendo sacar de ella todo aquello con lo que se podrían haber infligido daños. Al mismo tiempo, la esposa de Menellez también fue traída en calidad de prisionera. El resto de la noche lo pasamos mi hermano y yo cavilando acerca de qué hacer con este asunto bien comenzado. Antes de que se hiciera de día, bajé a la celda de la esposa de Menellez, quien, sin que hubiera que recurrir a ningún tipo de tortura o martirio, confesó en seguida todo lo que requerí saber. A esto, visité, junto con mi hermano, a Eleonora y le di a leer una copia de la carta de Apolonia. Ella

dio grandes suspiros al leerla; no obstante, sin hacer caso de lo que le decíamos, se mantuvo callada y no quiso responder ni una única palabra. De modo que hice traer, desnudo, a su maldito amante, así como a la infame beata. El primero respondió correctamente a todas nuestras preguntas: confesó que se llamaba don Vicencio de Garziano y que hace cuatro o cinco meses que mantenía su vergonzosa relación con Eleonora; además, me rogó que tuviera en consideración su juventud y prominente linaje y que le perdonara la vida.

–De poco o nada me sirve la muerte de un hombre tan miserable como tú –le respondí yo–, es por ello que, por cierto, no has de ser ejecutado, pero sí se te ha de mostrar que el deseo por las mujeres de otros ha de erradicarse y tu vida ha de ser un martirio diario.

Le hice, pues, un guiño a mi ayuda de cámara, el cual trajo consigo en el acto cuatro robustos criados que aferraron a Vicencio y lo ataron a una tabla. Este se dio cuenta en seguida de lo que iba a ocurrirle, por lo que dio por empezar a implorar de nuevo y, al fin, irrumpió en amenazas: dijo que su padre era un eminente lacayo real y miembro de la Santa Inquisición y que podría vengarle. Esto no sirvió de nada, sino que mis criados cumplieron con su cometido de modo tal que Vicencio fue privado de su hombría entre lastimeros gritos y, tras esto, fue encadenado de nuevo. Vi, para mi mayor fastidio, que Eleonora derramó las más amargas lágrimas a causa de esto, razón por la que la pateé de costado de tal modo que volvió a caer inconsciente al suelo. No sentí la menor piedad por esto, sino que la dejé en manos de Cornelia; el castrado, empero, hubo de regresar a la prisión junto con la maldita alcahueta. Luego, también fue indagada Cornelia, que lo negó todo y quería ser vista como la más inocente; sin embargo, tan pronto como se la hubo sentado en la silla de la tortura y se le hubieron mostrado las

herramientas que la complementaban, la licenciosa ramera no solo confesó que, por orden de Eleonora, había preparado la manzana ponzoñosa y se la había dado a comer a Apolonia, sino que también dio a conocer algún que otro secreto de su compañera muerta (lo cual tan solo lo decía para que se la disculpara a Eleonora y yo me apiadara). Mas fue en vano, pues mi ánimo se hallaba tan lleno de saña y deseos de venganza que tan solo buscaba la posibilidad de realizarla de manera legal. Entretanto, dado que no me quería apresurar demasiado, empleé el resto del día y la noche que lo siguió, en parte, para pensar seriamente en mi desdichado destino y, en parte, también, para descansar.

No obstante, unas dos horas antes de la llegada del día, dormía yo a medias y se produjo un fuerte tumulto en mi patio, por lo que salté de la cama y vi a través de la ventana cómo mi gente luchaba encarnizadamente con unos desconocidos a caballo. Mi hermano y yo nos pusimos en el acto nuestros arneses y fuimos en apoyo de los nuestros, de los cuales dos yacían ya seriamente heridos en el lugar; sin embargo, tan pronto como empleamos vivazmente nuestras espadas, los míos cobraron nuevos ánimos, de forma que dimos muerte a cinco enemigos. Los otros siete fueron expulsados. En el ínterin, alguien gritó que del otro lado del castillo había un coche con algunos hombres a caballo que querían llevarse de allí a Eleonora y Cornelia, las cuales bajaban en este momento por la ventana. De modo que salimos a los saltos hacia allí y nos topamos con las dos pulcras mujeres, que ya habían bajado, junto al coche; así que volvió a tener lugar un intenso combate, en el cual tres de los míos y ocho enemigos hubieron de morder el polvo. Al fin, el coche y los hombres a caballo se dieron a la fuga, pero Eleonora y Cornelia quedaron en mi poder y, para mayor seguridad, hubieron de ser encerradas en una lóbrega bóveda.

Este ataque nocturno había sido urdido, sin dudas, por Cornelia, en tanto había hallado esta la ocasión de llamar, tal vez, a un fiel conocido desde la ventana y lo había enviado con una carta a los primos o galanes tanto de ella misma como de Eleonora, los cuales habían luego reunido varios hombres audaces, iniciando esta guerra conmigo y los míos, a fin de liberarlas. Lo cierto es que no habían salido con mucha ventaja, ya que habían tenido que dejar atrás trece muertos –si bien yo también había perdido a cuatro, entre criados y súbditos–. Lo que me parecía más curioso de todo era que aquel sótano en el que yacían la beata y el castrado había sido forzado, pero los dos prisioneros no aparecían por ningún lado, y nunca volví a saber algo más de estas infames personas.

Les hice saber a todos mis vecinos que la noche anterior había sido asaltado por una banda de ladrones, y como mis criados y lacayos se mantuvieron callados a la sazón, nadie llegó a saber realmente qué historia más terrible había tenido lugar en mi casa. Hacia el mediodía, empero, me llegó la cruel noticia de que tanto Eleonora como Cornelia, por medio de unos listones de tela que sacaron de sus camisas, presas de la desesperación, se habían colgado de dos ganchos que había en la bóveda: sus cuerpos ya estaban rígidos y fríos. No puedo negar que mi ánimo quedó muy perplejo a causa de esto, pues me imaginaba que ambas se habían ido al mismo tiempo, de cuerpo y alma, donde el Diabolo. Me hallaba, pues, con mi hermano, a los suspiros a causa de este horrendo suceso, y tomando consejo acerca de qué hacer ahora, cuando se anunció un mensajero de Madrid, que había cabalgado hasta reventar su caballo y me traía esta carta:

¡Primo mío!

Un amigo de confianza de la corte me ha contado en secreto que han ocurrido sucesos tan atroces en vuestra casa que cualquiera que los oyera quedaría consternado. Tenéis enemigos poderosos que le harán saber estas cosas al rey –que, más allá de esto, ya es poco benévolo con vos– esta misma noche y harán que este emita la orden de que el juez en lo criminal, junto a sus funcionarios y los del Santo Oficio, se presenten ante vos, tal vez ya mañana antes del mediodía. Así que pensad lo que sea mejor, y poned pies en polvorosa a tiempo. Tened a bien creer con certeza que, llevéis vos razón o no, os chuparán vuestros bienes y sangre. Viajad felizmente y conducíos con mayor seguridad. Os aseguro que seré siempre

vuestro fiel amigo,
don Alfonso de Cordua

En medio de este enredado asunto, era ya, pues, todo un arte llegar a una decisión ventajosa; pero como cada instante se hacía cada vez más apremiante, finalmente, el consejo de mi fiel primo me pareció el más sensato, más aún porque mi hermano opinaba lo mismo. De modo que tomé un único criado fiel de acompañante, hice ensillar a dos de mis mejores caballos –empacando en ellos tanto dinero y joyas como estos pudieran cargar–, y salí a todo galope hacia Portugal, tras de haberle confiado a mi hermano el traslado del resto de mi dinero y cosas de valor a su finca, y tras de darles a él, a mi ayuda de cámara y a otras personas de mi confianza las instrucciones acerca de cómo comportarse en tal o cual caso. En particular, empero, mi hermano debía llevar en secreto a su castillo a la esposa de Menellez,

a Cáspar Palino y a Efrosina, donde debían quedar estrictamente confinados a fin de que pudieran ser usados en cualquier momento como testigos vivos.

Llegué a los territorios portugueses a los pocos días y, por cierto, a lo de un noble que conocía, y que me había ofrecido quedarme en su muy bien fortificada casa de campo. Desde allí, le mandé por escrito al rey Fernando una carta contándole, con todo detalle, los infortunios que había sufrido, y tan solo pedía para mí un salvoconducto y una garantía, ya que, sin más dilación, quería presentarme ante el Supremo Tribunal, y hacer investigar y juzgar las cosas según la ley del país. Si bien, en un comienzo, el rey no se mostró desfavorable a la idea de enviarme lo que le solicitaba, los amigos de Eleonora y de Vicencio, así como mis otros enemigos lo obstruyeron todo y convencieron al rey de que en tanto no me había presentado en la prisión del Santo Oficio –habiendo sido citado tres veces–, la única solución para mi caso era que se me declarara culpable y se me hiciera castigar.

En vista de esto, todas las tentativas que realicé tanto por escrito como por intermedio de algunos buenos amigos fueron totalmente en vano, pues mis tierras fueron tomadas en posesión por el rey y una parte de la renta de la misma fue concedida al Santo Oficio. Tengo por cierto que la codicia del rey, tras que hubo evaluado bien esta bella ocasión que se le presentó, tuvo más peso en mi completa ruina que la persecución de mis enemigos y, en suma, que todo el asunto mismo. Mi hermano tampoco fue sobreseído, sino que fue condenado a pagar una fuerte suma de dinero; no obstante, no llegó a sufrir daño alguno por mi causa, ya que, haciendo caso de mi pedido de que se lo llevara consigo, le dejé a él todo lo que tenía en cuanto a dinero y tierras y nunca le he exigido que me devuelva nada. De modo que el rey, que en la juventud se había ofrecido a ser mi proveedor, se

convirtió más tarde en quien me arruinó, lo cual, con todo, me asombró poco, ya que llegué a observar que su insaciable egoísmo no solo había sometido a los más notables, sino que incluso se había hecho transferir los mejores ingresos de las órdenes de caballería.

Pese a todo, parecía como si aún no fuera lo suficientemente desventurado: todo indicaba que me tocaría sopor-tar un destino aún más duro en mi cuerpo y en mi ánimo, en tanto un amigo me escribió que Fernando había llega-do a saber de mi estadia en Portugal, por lo que tenía la intención de pedir mi extradición lo antes posible al rey Emanuel.¹¹ En caso de que esto último ocurriera, no cabían dudas de que o bien perdería yo mi cabeza, o bien, al me-nos, habría de tener que pasar el resto de mi vida en la torre de Segovia, como perpetuo prisionero. En la medida en que no tenía ganas de probar ni lo uno ni lo otro y, por lo demás, tenía las mayores razones para temer ambas cosas, tomé la rápida resolución de volver a buscar mi felicidad perdida en el mar y como, justamente, por aquel entonces, hacía ocho o nueve años, los portugueses habían descubierto un país grande y excelso en el Nuevo Mundo, y lo habían nombra-do Brasil,¹² me embarqué en Oporto, a fin de verlo por mí mismo y, si llegara a encontrarlo más o menos agradable, pasar el resto de mi vida allí. Mas la desgracia me persiguió también en el mar, ya que en la zona de las así llamadas Islas de la Fortuna¹³ los barcos portugueses, que viajaban en nú-mero de ocho, fueron dispersados por una intensa tempes-tad, y aquel en el que yo me hallaba se hizo astillas contra una roca, de forma tal que, para conservar mi vida, hube de aferrarme a una viga, con la cual hube de dejarme empujar

11 Emanuel I, rey de Portugal entre 1495 y 1521.

12 Pedro Álvarez Cabral llegó en 1500 a las costas brasileñas.

13 Las Islas Canarias eran llamadas *Fortunatae Insulae* por los escritores romanos.

durante cuatro días por el viento y las olas. Mi muerte estuvo muy cerca, pero el Cielo condujo en el momento indicado varios barcos españoles hacia esa zona, los cuales me rescataron y reanimaron, junto con otros.

Eran estos los barcos de don Alonso de Ojeda y de don Diego Nicuesa,¹⁴ quienes habían sido enviados por el rey español como gobernadores al mundo recién descubierto. Entre todos los hombres que allí venían había uno solo que me conocía y al que yo conocía muy bien en persona: don Vasco Núñez de Balboa,¹⁵ que era capitán del barco al mando de Ojeda, y que fue muy correcto conmigo, se apiadó mucho de mi infeliz estado y juró que no le diría a nadie quién era yo, contra mi voluntad. De modo que me quedé junto con él en su barco, en el cual, con el consentimiento previo de Ojeda, me hizo su teniente de a bordo.

Llegamos a la isla La Española sin mayores sobresaltos; allí, Ojeda hizo aprestar cuatro grandes barcos, junto con varios pequeños de auxilio, y luego navegamos en línea recta hasta la ciudad de Nueva Cartago.¹⁶ Aquí, Ojeda difundió entre los habitantes del país el edicto real según el cual estos debían abandonar sus creencias paganas y adoptar el cristianismo y los buenos usos y costumbres españolas, y

14 El trasfondo de la historia de Valero pasa a ser, de aquí en adelante, en de la conquista española de América. La fuente en la que se habría basado Schnabel es la *Historia general y natural de las Indias* (1535), de Gonzalo Fernández de Oviedo. El autor de *La isla Felsenburg*, con todo, leyó la traducción alemana de la versión italiana de Hieronymus Benzoni, intitulada *Novae novi orbis historiae* (1581). *Cfr.*, para esto, Becker, 1911. En 1508, Alonso de Ojeda (1468-1515) –el famoso navegante y conquistador español que descubrió el lago de Maracaibo y le puso el nombre de “Venezuela” a los territorios del noreste americano que exploró– y Diego Nicuesa († 1511) fueron enviados como gobernadores al Nuevo Mundo por el rey Fernando. Ojeda recibió Nueva Andalucía (parte de la actual Colombia) y Nicuesa, Castilla del Oro (un territorio que abarcaba las actuales Nicaragua, Costa Rica y Panamá).

15 Vasco Núñez de Balboa (1475-1517) fue un adelantado, explorador y conquistador español. Fue el primer europeo en divisar el Océano Pacífico, tal como el propio Schnabel lo narra más adelante.

16 Más tarde se fundaría por esa zona Cartagena de Indias (en 1533).

reconocer al rey de Castilla como a su señor. De lo contrario, serían perseguidos a fuego y espada y se los sacaría de allí en las más duras condiciones de esclavitud.

La gente del lugar respondió, empero, con mucha franqueza, que no les preocupaba el favor o desfavor del rey de Castilla; además, dijeron que gustaban de tener la ocasión de tratar en su país con pueblos foráneos y entregarles las riquezas que a ellos les sobraban, con tal de que estos se mostraran amigables, piadosos y virtuosos. Mas como los españoles, desde que habían llegado hacía algunos años, tan solo se habían dejado sentir mediante la tiranía, la codicia, el crimen, derramando sangre, secuestrando, robando, abrasando y quemando, sin contar otros infames vicios, los nativos tenían justos reparos en adoptar tan poco afamados cristianismo, usos y costumbres. De modo que se nos exigía que nos volviéramos y abandonáramos sus fronteras, ya que de lo contrario se verían obligados a tomar las armas y echarnos con violencia de allí.

En cuanto a mi persona, no podía censurar en lo más mínimo esta muy sensata decisión, más aún por el hecho de que el comportamiento impío y poco cristiano de mis coterreños me era más que conocido. Más allá de esto, empero, el gobernador hizo desembarcar en el acto a su ejército y comenzó a incendiar y quemar por todos lados; a matar y perseguir, sin reparar en si eran chicos o grandes, ricos o pobres, hombres o mujeres: todos, sin distinción, debían someterse a su tiranía.

Yo traté de evitar en todo lo posible contribuir a derramar esta sangre inocente; sí, desde lo más hondo de mi alma lamentaba que un destino funesto me hubiera llevado a ese lastimoso país, pues me parecía injusto y cruel, e incluso que iba en contra del mandato cristiano, predicarles de este modo el evangelio a los paganos. Además, me fastidiaba en secreto el hecho de que el gobernador, por pura maldad,

abusara de modo tan infame y arbitrario del edicto real – que, en verdad, tan solo se refería a los caribes o caníbales—¹⁷ y que nunca hiciera distinciones, pues sin faltar a la verdad puedo decir que los indígenas del continente y algunos de las islas vivían tan ordenada y virtuosamente a la luz de la naturaleza que algunos cristianos de la boca para afuera se avergonzarían en no poca medida.

Después de que el gobernador Ojeda hubo limpiado toda la zona de Cartago, al no hallar allí más objetos donde ejercer su crueldad, se adentró más de doce millas en el interior del país, rastrilló todos los caminos, combatió a varios reyes indígenas y abrigó así la esperanza de hacerse de un gran botín de oro y joyas, ya que varios indígenas hechos prisioneros lo habían incitado en gran medida a ello. Sin embargo, se vio muy engañado a este respecto, pues mientras que nosotros creíamos hallarnos de lo más seguros, el rey calamarí¹⁸ y sus guerreros más notables se habían escondido en unos sitios convenientes y secretos, por lo que nos maltrataron tanto que nos vimos forzados a emprender la fuga y volver al mar raudamente, luego de que perdiéramos a Juan de la Cosa,¹⁹ junto con setenta y cuatro de los más valientes hombres, que fueron cortados míseramente en pedazos y devorados por los indígenas. De esto se dedujo que los calamarí descendían de los caribes o caníbales, de los que habían imitado la costumbre de comer hombres; no obstante, yo sostengo que esta gente es, por lo general,

17 En el momento del contacto colombino, los caribes estaban esparcidos por las Antillas menores, el norte de Colombia y el noreste de Venezuela. Eran considerados caníbales, como puede verse, por poner un ejemplo literario cercano a *La isla Felsenburg*, en el famoso *Robinson Crusoe*, de Defoe.

18 Antiguamente, se denominaba “de Calamar” a la bahía que se forma en la zona de la actual Cartagena de Indias.

19 El explorador y cartógrafo Juan de la Cosa murió, efectivamente, en un combate contra los indígenas, en el poblado de Turbaco (en 1510): fue herido con una flecha envenenada.

bastante razonable, por lo que hicieron tal cosa más por furia contra sus enemigos a muerte que por el buen sabor.

Este particular infortunio provocó que, en el puerto frente a Cartago, el gobernador Ojeda hubiera de hacer frente a grandes necesidades y aflicciones, más aún debido a que empezaban a faltar los víveres y otras cosas muy imperiosas. Empero, por fortuna, don Diego de Nicuesa llegó hasta donde estábamos con una flota de varios barcos cargados de ochocientos soldados y suficientes vituallas. Tan pronto como hubo este ayudado a Ojeda y los suyos a recuperar fuerzas, se decidió vengar con las dos fuerzas reunidas el infeliz golpe recibido por parte de los calamaríes, lo cual se llevó a cabo de un modo muy cruel. Pues, en medio de la noche, caímos sobre aquel poblado en el que De la Cosa y sus compañeros habían sido asesinados, lo prendimos fuego todo alrededor y dejamos que ahí dentro se extinguiera todo lo que exhalara vida, de modo que del gran montón de indígenas que se habían reunido allí tan solo quedaron seis jóvenes, que fueron hechos prisioneros.

Eran todos de la opinión, por cierto, de que en las cenizas de este pueblo incinerado, que había estado conformado por más de cien casas, se hallaría un gran tesoro en oro y piedras preciosas; sin embargo, la búsqueda fue en vano, ya que casi que no llegamos a ver más que despojos de cuerpos quemados y cadáveres; y, en cambio, solo dimos con muy poco oro. Es por esto que Ojeda retornó muy molesto y ya no tuvo otra alegría más que el hecho de haberse vengado por la muerte de De la Cosa y sus compañeros.

Los dos gobernadores, es decir, Ojeda y Nicuesa, se pusieron de acuerdo –poco tiempo después– en que cada uno de ellos debía explorar y ocupar con suficiencia la región que le había sido adjudicada. Ojeda se puso en marcha primero, con el fin de explorar la región de Urabá, que se hallaba bajo su jurisdicción, al igual que el puerto cartaginés. En

primera instancia, desembarcamos en una isla, a la que más tarde llamamos Isla Fuerte, si bien en seguida hubimos de advertir que la misma se hallaba habitada por los más salvajes canibales, por lo que no había esperanza alguna de que hubiera mucho oro en ella. No obstante, contra lo esperado, aún hallamos algo de este valioso metal, que nos llevamos de allí, al igual que a dos hombres y siete mujeres que tomamos prisioneros. Desde allí, zarpamos en línea recta hacia Urabá, donde hicimos un feliz rastrillaje, y en la parte occidental, en la región de Caribana, edificamos una villa y un fuerte bien guarnecido, hacia donde, en caso de una rebelión hostil o de un ataque sorpresa, se podría emprender la retirada y resistir. Más allá de esto, el ya tantas veces engañado Ojeda se dejó embaucar una vez más, ya que los indígenas capturados le hablaron mucho de una cuantiosa fosa de oro, que, según decían, se hallaba a unos doce mil pasos de nuestro castillo, en el pueblo de Tirafi. De modo que fuimos hacia allí, con la intención de atacar por sorpresa a sus habitantes y matarlos a todos; solo que estos nos recibieron tan intrépidamente con sus flechas envenenadas que, para nuestra deshonra, hubimos de regresar a toda prisa, dejando atrás varios muertos y muchos heridos.

Nos fue igual de mal, e incluso peor, al día siguiente, en otro pueblo; y en el regreso hubo de recibir el gobernador Ojeda el más peligroso golpe, pues salió a nuestro encuentro un pequeño rey, cuya esposa había sido capturada por nosotros, y que aquel decía querer liberar a cambio de veinte libras de oro. Iba con otros ocho indígenas, los cuales, según creíamos, llevaban el oro consigo; empero, contra lo esperado, el rey disparó una flecha con veneno fresco a la cadera del gobernador y quiso luego hacerse a la fuga junto con los suyos, pero la guardia personal los interceptó y todos fueron despedazados. Pero esto no le sirvió gran cosa al gobernador, ya que, a falta de medicinas potentes

que pudieran oponer resistencia al veneno, hubo de padecer atroces achaques y dolores cuando, para conservarle la vida, le colocaron sobre la herida, en varias ocasiones, un palastro ardiente, con la intención de cauterizar el veneno. Esa era, al parecer, la cura más certera y segura en tales casos, si bien no pudo ayudar a que Ojeda se recuperara del todo.

Entretanto, se reunió con nosotros Bernardino de Calavera, llegado en un robusto barco con sesenta soldados corajudos y gran cantidad de vituallas; ambas cosas mejoraron en no poca medida nuestra situación, que por entonces era de peligro y necesidad. Mas cuando también estos víveres fueron consumidos casi por completo y los soldados no veían resultado positivo alguno de las expediciones de Ojeda, dieron por fomentar una verdadera sublevación, que, por cierto, Ojeda creía poder controlar con la próxima llegada de don Martín de Enciso,²⁰ al que le había ordenado seguirnos hasta allí con un buque carguero lleno de provisiones. No obstante, los soldados dudaron de este consuelo –que era cierto– y lo tomaron como si se tratara de palabras huera: así que se pusieron de acuerdo en secreto para llevarse dos de nuestros barcos e ir con ellos hasta La Española.

Ni bien Ojeda descubrió esta conjura, intentó prevenir el desastre y propuso hacer un viaje a La Española, nombrando a Francisco Pizarro vicegobernador durante su ausencia e indicando que si en el curso de cincuenta días no regresaba, cada cual tendría la libertad de irse donde quisiera.

Entre sus principales intenciones estaban el hacerse curar del todo de su herida en La Española, con médicos entendidos, y, luego, averiguar qué es lo que había impedido que don Enciso nos siguiera con las provisiones que se le habían encargado. De modo que abordó el barco que Bernardo de

20 Martín Fernández de Enciso (1478-1528), navegador y geógrafo sevillano.

Calavera se había llevado de La Española a hurtadillas, y, sin el permiso del almirante general u otros regentes, zarpó con él hacia la susodicha isla.

Los que nos quedamos aguardamos con angustia por su regreso, pero cuando hubieron pasado no solo los cincuenta días, sino más del doble que eso, y habiendo sufrido en ese ínterin muchos males, debidos tanto a ataques hostiles como a grandes hambrunas, el grupo se repartió entre los dos barcos que había dejado Ojeda, con la decisión de buscar por nosotros mismos al gobernador en La Española.

Ni bien estuvimos en altamar, nos cayó encima una atroz tormenta, que hizo naufragar el barco en el que iban nuestros amigos, el cual se hundió en el acto en el abismo, de modo que nadie se salvó. Los restantes tratamos de evitar tal desgracia, por lo que atracamos en la Isla Fuerte, pero fuimos recibidos de forma tan hostil por las flechas de sus salvajes habitantes que nos tuvimos por muy dichosos de poder alcanzar a tiempo el barco y salir de allí.

Después de reemprender, pues, el viaje hacia La Española en tales penosas circunstancias, nos topamos, contra todo lo que podíamos esperar, con don Martín de Enciso, el presidente superior del Tribunal, que no solo traía, en un buque de carga, todo tipo de vituallas y ropa, sino además, diestros soldados en un barco auxiliar. La llegada de Enciso fue un enorme consuelo para nosotros; sin embargo, como no quería creer que habíamos sido dejados por nuestro gobernador Ojeda, sino que, en cambio, nos veía como insurrectos o desertores, hubimos de pasar un buen tiempo quietos junto a él, en primer término, en la desembocadura del río Bayano, entre el puerto cartaginés y la región del Cochibocoa; luego, empero, hubimos de regresar con Urubá, pues no nos quiso llevar ni con Nicuesa ni a La Española, sino que pretextó que debía, en virtud de su cargo y sus obligaciones, devolvernos a todos a la provincia del

gobernador Ojeda, a fin de que esta no quedara sin tropas de ocupación.

Nos pusimos en marcha, pues, hacia allí; sin embargo, parecía como si la fortuna fuera adversa a todos nuestros intentos, ya que, cuando el mejor barco de Enciso quiso entrar al puerto, que era algo estrecho, zozobró por una maniobra imprudente del timonel, de forma que todas las provisiones, los aparejos militares, el oro, las joyas, los caballos y otros animales se hundieron en las profundidades, mientras que los hombres, en cambio, salvaron por muy poco sus vidas, si bien a causa de la falta de los medios más necesarios, todos podíamos tener por seguro que iríamos a perderlas dentro de poco.

Finalmente, tras librarnos del hambre durante varios días mediante raíces, hierbas y, también, unos frutos ácidos, se decidió que nos mudáramos algo más adentro del país, para morir mejor como héroes que vivir así, de un modo tan infame y deshonroso; empero, sin haber hecho más de cuatro millas, salió a nuestro encuentro una sorprendente cantidad de indígenas bien armados que acabaron en seguida con nuestra intrépida intención y, con ayuda de sus flechas envenenadas, nos hicieron retroceder otra vez hasta la costa del mar, en donde se hallaban nuestros barcos.

La aflicción por este nuevo infortunio no fue, no obstante, tan grande como la alegría que nos causaron algunos indígenas capturados, los cuales nos informaron que del otro lado de la bahía había una región en la que hallaríamos frutos y todas las vituallas que necesitáramos en la mayor abundancia. De modo que don Enciso se vio obligado a llevarnos allí. Los lugareños se mantuvieron muy calmos en un comienzo, pero tan pronto como empezamos a construir casas y a organizar prolijamente nuestra economía en esta tierra bendecida, el cacique Cémaco y sus súbditos se alzaron e intentaron expulsar a los desconocidos huéspedes

de su país. Se llegó así a un cruel combate, que duró todo un día y hasta tarde en la noche; no obstante, nosotros logramos la victoria, dimos caza a nuestros enemigos, que se habían dispersado por todos lados, y todo lo que se hallaba con vida fue cruelmente aniquilado.

No solo teníamos ahora una gran abundancia de pan, frutas, tubérculos y otras cosas necesarias, sino que, además, descubrimos en los matorrales y sitios pantanosos de los ríos más de tres mil quinientas libras de oro macizo, además de lienzos, mantas, todo tipo de vajilla y recipientes de metal, y también de barro y madera, que el cacique Cémaco había hecho ocultar y enterrar a causa de nosotros. Don Enciso hizo erigir aquí, luego, una ciudad y una iglesia, a la que llamó Antigua del Darién, a causa de un voto que había hecho a Santa María la Antigua –muy venerada en Sevilla–, antes de la batalla.²¹ Entretanto, don Enciso mandó buscar en dos barcos a los que se habían quedado, entre los que se hallaba mi especial amigo, el capitán don Vasco Núñez de Balboa, que ya se había repuesto del todo de una herida que le habían hecho con una flecha envenenada. En el momento de repartir de manera adecuada los bienes ganados a los indígenas, todos se dieron cuenta de que don Enciso, que era un codicioso egocéntrico, hacía trampa, ya que se adjudicaba para sí mismo mucho más de lo que le correspondía por derecho, por lo que se produjo entre los soldados, en primer lugar un secreto murmullo, que luego derivó en un abierto tumulto en el que los mejores hombres se declararon partidarios de don Balboa, y lo erigieron en líder y protector. Los del bando de don Enciso inculpaban a Balboa: decían que era, por naturaleza, un hombre rebelde

21 También llamada Cumaná, Santa María la Antigua del Darién fue una ciudad antigua, fundada en 1510 por Martín Fernández de Enciso y Vasco Núñez de Balboa. Los restos de esta ciudad se hallan en el actual departamento del Chocó, en Colombia.

e inútil, cuyo afán de mando provocaba desgracias por doquier. En lo que a mí respecta, en el tiempo que traté con él advertí, en cambio, que se trataba de un hombre de un particular valor, que no le temía a nadie y que, por ello, no podía tolerar la injusticia, ni contra él ni contra su gente, sino que, por el contrario, procuraba vengarla por todos los medios permitidos, sin perder jamás de vista, con todo, el respeto y el provecho del rey de Castilla.

En medio de este barullo llegó, desde La Española, don Rodrigo Colmenares,²² con dos barcos cargados no solo con tropas frescas sino también de muchas vituallas. Creía aquel que iría a encontrar aquí a Ojeda, del que había sabido que se hallaba junto con los suyos en una situación de extrema necesidad; pero, en cambio, lo encontró todo revuelto, pues Enciso y Balboa se disputaban el mando y cada uno tenía a sus partidarios. A fin de evitar que la lucha continuara y se llegara al derramamiento de sangre, Colmenares se embarcó de regreso, para traer a su primo, don Diego de Nicuesa, quien debía separar a las partes en pugna y hacerlas aceptar el mando superior.

La suerte quiso que Colmenares diera justo a tiempo con Nicuesa y, por cierto, en la región que este mismo había llamado *Nomen Dei*,²³ en donde el pobre de Nicuesa erraba en cueros junto a su gente, hallándose todos medios muertos de hambre. De modo que, tras que Colmenares lo subió a bordo junto con setenta y cinco castellanos, llegó de forma inesperada a donde nosotros estábamos, en *Antiqua Darienis*.²⁴ Una vez aquí, no bien hubo pisado tierra, fue ostensible el modo insolente e injurioso en que Nicuesa se dirigió tanto a Enciso como a Balboa, amenazándolos, a ellos

22 Rodrigo Enrique de Colmenares.

23 Nombre de Dios, fundada, en efecto, por Diego de Nicuesa (en 1510), fue uno de los primeros asentamientos europeos en el istmo de Panamá.

24 Antigua del Darién.

y a otros oficiales, en parte, con quitarles sus cargos y distinciones y, en parte, con multarlos con grandes sumas de oro y dinero. Estas amenazas, empero, fueron justamente las que redundaron en su mayor desgracia, pues de esa forma ambas partes se encolerizaron contra él: hicieron subir a Nicuesa de nuevo a bordo de su barco junto con su gente y, de un modo impiadoso, sin vituallas, lo echaron de la región como a un perro.

Luego de algunos meses, me encontré en la región zoro-barú²⁵ a varios de sus compañeros, quienes me informaron que Nicuesa y muchos otros habían sido asesinados y devorados por los indígenas cerca del río, razón por la que llamaron a este “Río de los Perdidos”,²⁶ y me indicaron un árbol, en cuya lisa corteza se hallaban grabadas estas palabras en latín: *Hic misero errore fessus, Didacus Niquesa infelix periit*. En alemán: “Aquí ha muerto el infortunado Diego de Nicuesa, extenuado de deambular miserablemente”.

No obstante, para mantener un orden en mi relato, he de decir que tras la expulsión de Nicuesa hubimos de soportar las mayores aflicciones, necesidades y hambruna, en tanto las provisiones traídas por Colmenares fueron consumidas muy pronto, de forma tal que errábamos por ahí como salvajes –sí, incluso he de decir: como lobos hambrientos– y robábamos todo lo que pudiéramos hallar en las regiones aledañas.

Finalmente, tras que Balboa hubo reunido un séquito de más de ciento y cincuenta de los más selectos soldados, hizo público que, dado que, según todo parecía indicarlo, el gobernador Ojeda había muerto, no quería él ahora estar bajo el mando de ningún otro hombre que no pudiera exhibir un diploma a su nombre expedido por el rey. Enciso, por el

25 En la actual Costa Rica.

26 En el original, se lo traduce al alemán como Río de la Perdición (*Fluß des Verderbens*).

contrario, lo desafiaba, remitiendo a su cargo de presidente superior del Tribunal, pero como, tal vez, sus credenciales se habían hundido en el último naufragio o, según muchos otros opinaban, nunca las había tenido, Balboa halló tanta mayor causa para no someterse a él. Y tan pronto como Enciso hizo ademán de querer imponerse por la fuerza, Balboa le cayó encima de repente, hizo encadenar y atar al fanfarrón codicioso, y destinó su oro y bienes a la cámara real. Luego de que tanto yo como otros buenos amigos le dimos a entender, sutilmente, a Balboa que su accionar había sido en exceso impetuoso, empero, cambió de parecer, se arrepintió de su iracunda dureza, liberó a Enciso y le devolvió sin demora su oro y sus bienes. No caben dudas de que se habría reconciliado del todo con él, si este no hubiera sido tan vengativo. En fin: pocos días después, Enciso –junto con sus partidarios– izó velas y nos dejó allí, a la vez que amenazó con quejarse de Balboa ante el rey mismo, en Castilla; sin embargo, este no se preocupó por nada, sino que puso en el conveniente orden el conjunto de sus tropas, escogió a ciertos mandatarios en cuya lealtad podía confiar –y entre los cuales estábamos don Rodrigo Colmenares y yo–, y comenzó a buscar con gran seriedad la felicidad de todos nosotros en el acto.²⁷

La primera región atacada por nuestra parte fue Coiba, cuyo rey, Careta, que pretextó que, dada su escasez, no podía darnos víveres ni otras cosas necesarias, hubo de dejarse llevar, junto con su esposa e hijos y toda su corte, hacia Darién.

Entretanto, Balboa y todos los demás vieron necesario enviar a Valdivia y Zamudio a La Española, en donde el primero debía interceder a favor de Balboa ante el almirante

27 De aquí en adelante, Valaro hace una relación de la campaña de Balboa en Centroamérica, que llevaría al descubrimiento del Océano Pacífico (entonces denominado Mar del Sur), en 1513.

de la isla, don Diego Colón, así como ante otros regentes, y pedirle un rápido apoyo en cuanto a provisiones y otras cosas de primera necesidad. A Zamudio, empero, se le ordenó zarpar lo antes posible hacia Castilla, a fin de justificar ante el rey el pleito que Balboa había tenido con Enciso. Ínterin, el rey coibán, Careta, fue liberado de nuevo, si bien bajo la condición no solo de proveer, en la medida de lo posible, a nuestras tropas con comida y bebida, sino también de prestar apoyo a Balboa en la campaña contra el rey vecino, Ponca, indicándonos, además, los caminos correctos.

En tanto Careta había estado constantemente en guerra con Ponca, que era su peor enemigo, y había sido muy maltratado por él, tomó con gran alegría esta oportunidad de vengarse. De modo que se adelantó con sus súbditos, que iban armados de largas espadas de madera y muy filosos dardos, a fin de atacar por sorpresa a Ponca. Este, empero, se había informado a tiempo de nuestra intención, por lo que se había dado a la fuga; más allá de esto, sin embargo, hallamos allí una fuerte provisión de víveres y otras cosas excelentes, así como no menos de treinta libras de oro fino.

Luego de este feliz golpe, fue atacado el rey Comogro, con quien, con todo, gracias a la mediación del rey Careta, nos aliamos e hicimos las paces. Este Comogro tenía siete apuestos hijos, de los cuales el mayor era un hombre de muy especial entendimiento. No solo repartió entre nosotros mucho oro y joyas sino que, también, nos dio indicaciones acerca de dónde podíamos dar con tal valiosa mercancía en grandes cantidades.

El rey Comogro se dejó convencer de la fe cristiana junto con toda su familia, por lo que, en el bautismo, recibió el nombre de Carlos; tras sellar, de este modo, la alianza y la amistad con él tanto más firmemente, emprendimos nuestro regreso hacia Antigua del Darién. Se hallaba aquí Valdivia, quien ya había vuelto de La Española, aunque con

pocas provisiones; sí, en cambio, traía muchas promesas relativas a que, en breve, habríamos de recibir todo lo necesario y en tanta mayor cantidad.

De modo que la miseria volvió a ser muy grande; a esto se sumó que nuestra cosecha se arruinó a causa de unas inusuales inundaciones, y como todas las tierras a nuestro alrededor se hallaban empobrecidas, la necesidad nos empujó con gran peligro tierra adentro, luego de que el 9 de diciembre del año 1511 hubimos despachado a Valdivia – con una carga de gran cantidad de oro y tesoros que habíamos reunido para el rey Fernando–, vía La Española, hacia España.

En esta tierra austral dimos, pues, con muchas casas, de las que había huido un pequeño rey, llamado Dabaiba, junto con su corte y sus súbditos, dejando atrás pocos víveres, aunque sí muchos utensilios domésticos, armas y varias libras de oro labrado. Más adelante, al proseguir el viaje, una violenta tempestad nos hizo perder tres barcos, que se hundieron con toda su tripulación y aparejos.

Ni bien pusimos –afligidos y urgidos– nuestros pies en tierra, atacamos al rey Abenamaqueo, cuya corte consistía de más de quinientas sólidas chozas. Este quiso hacerse a la fuga con los suyos pero, finalmente, tuvo que resistir y, al fin, se entregó, junto con sus mejores hombres, en calidad de prisionero, tras una sangrienta batalla. Este rey le había hecho una leve herida a uno de nuestros hombres durante el combate; lo que fastidió tanto al granuja que, siendo el rey ya nuestro prisionero, aquel le cortó a este, tan infame como raudamente, un brazo. Este hecho disgustó mucho a Balboa, por lo que el mozo fue molido a palos casi hasta morir.

Luego de conseguir esta victoria –y el soberbio botín–, un indígena desnudo nos condujo a la gran región del rey Abibeiba, que había erigido su residencia en un árbol muy

alto y ancho, ya que, a causa de los usuales aguaceros, no podía vivir bien sobre el suelo. Este rey no quiso bajar de su elevada casa ni cuando se lo pedimos ni cuando se lo exigimos con amenazas; pero tan pronto como nuestra gente hizo ademanes de empezar a talar el árbol, bajó junto con dos de sus hijos, e hizo quedarse en lo alto a sus restantes súbditos. Hicimos las paces y sellamos una alianza con él y le expresamos nuestro deseo de que nos diera una buena provisión de víveres y oro. Él se dispensó de esto último poniendo como pretexto su gran pobreza, pero, de cualquier modo, se le exigió con aún mayor vehemencia que nos diera algunas libras de oro, a lo cual él prometió que partiría de allí con varios de los suyos y que, en el curso de seis días, nos traería más de lo que le habíamos pedido. No obstante, se fue y nunca más volvimos a verlo. Tras vernos así, engañados por él, nos robamos todas las provisiones de comida, vino y otras buenas cosas que allí había, con las cuales nuestros exhaustos cuerpos se reanimaron y repusieron para iniciar un nuevo y arduo viaje.

En el ínterin, cinco reyes –a saber: el recién mencionado Abibeiba, Camacho, Abraibe, su cuñado Abenamaqueo y Dabaiba– se conjuraron para atacarnos de súbito con todas sus fuerzas juntas y exterminarnos por completo. Sin embargo, por fortuna, Balboa poseía una joven de extraordinaria belleza entre sus mujeres cautivas a la que amaba de corazón por sobre todas las demás: ni bien hubo esta indagado tal cruento consejo de parte de sus hermanos de sangre, su fiel amor por Balboa la impelió a revelarle a este todos los planes urdidos contra él. De modo que este hizo dividir sus tropas en el acto en dos grupos; él en persona – junto conmigo y unos setenta hombres– fue al encuentro de los diversos grupos de indígenas, los dispersó, e hizo prisioneros a muchos de los criados de los reyes, que nos trajimos con nosotros a nuestro campamento. Don Colmenares, en

cambio, hubo de ir en cuatro barcos a la aldea de Tirichi, en donde tuvo la suerte de caerles encima de modo inesperado y destruir todo el armamento que los indígenas habían reunido allí; además, se hizo de un gran botín en cuanto a provisiones, oro, vino y otros útiles aparejos. Más allá de esto, causó gran terror entre todos los agitadores y enemigos, ya que hizo colgar de un árbol al jefe supremo y lo hizo perforar con flechas. Además, hizo ejecutar del modo más cruel, a manera de ejemplo, a otros tantos mandatarios indígenas.

De esta forma, los peligros, la intranquilidad y la vida mezquina pasados hasta ahora se convirtieron, de pronto, en paz, tranquilidad, placer y alegría, pues como más tarde los agitadores más notables se sometieron de buen grado al mando de Balboa, hizo este un llamado a la paz general y al perdón por todos los actos de rebeldía anteriores; y a su gente, por su parte, le hizo disfrutar de un tiempo de calma, después de tantas calamidades sufridas.

Luego, iniciamos nuestro camino de regreso a la región de Urabá, en donde, tras muchas deliberaciones, al fin, se decidió que don Rodrigo Colmenares y don Juan de Quicedo fueran enviados a La Española y, de allí, hacia el rey de Castilla, a fin de reportar prolijamente nuestras victorias en ambos sitios y de alistarlos todo de tal modo que pudiéramos vernos reforzados con unos mil hombres más, junto con todo lo necesario. La intención era, así, poder emprender con seguridad la campaña hacia las regiones australes, ricas en oro, y ponerlas al servicio del rey de Castilla, pues Valdivia y Zamudio no se dejaban ver por ningún lado, de lo que había que deducir que se habían accidentado en el mar. De modo que en octubre de 1512, Colmenares y Quicedo se hicieron a la mar, tras prometer que no perderían el tiempo y que se volverían a presentar lo antes posible en las costas urabaenses. Balboa aguardó, empero, en vano durante casi once meses por el regreso de estos dos

hombres y, luego, se enteró de que don Pedro de Arias llegaría dentro de poco en calidad de Gobernador Real de Urabá y las regiones limítrofes. Los honores que ya se había conseguido, así como el deseo de descubrir las tierras del sur ricas en oro, lo empujaron, así pues, a aconsejarse con los líderes de las distintas regiones y a emprender la peligrosa campaña con unos doscientos hombres, por más que no solo el hijo de Comogro, sino también otros reyes indígenas le sugirieron no intentarlo con menos de mil, ya que iba a toparse en el camino con pueblos muy belicosos.

Fue un 4 de septiembre de 1513 que zarpamos con tres grandes barcos y otros diez muy pequeños, para llegar de nuevo a la región del rey coibán, Careta. Aquí, Balboa dejó los barcos y una tropa de ocupación; nosotros, empero, en número de ciento setenta hombres, seguimos viaje y fuimos conducidos por los guías que nos dio Careta al reino de Ponca, el que, tras tomar en consideración nuestro consejo de otrora, se volvió, al fin, con gran esfuerzo, nuestro amigo y compatriota. Tras esto, logramos, en parte con bondad y amor, pero en parte también con violencia, que muchos otros reyes –como el cuareca, el chiape y el coquera, entre otros– se sometieran a nuestro mando. Entretanto, empero, el 18 de octubre de ese mismo año, descubrimos el Mar del Sur y, en esa región, reunimos un asombroso tesoro en cuanto a oro y piedras preciosas.

Dadas tales felices realizaciones de nuestros propósitos, Balboa se mostró tan agradecido hacia Dios y a sus compañeros que nadie tuvo ya razones para quejarse. Algunos días más tarde, Balboa se topó conmigo en un sitio solitario y, al verme afligido y caviloso, me abrazó con un especial cariño y me dijo:

–Amigo del alma, ¿cómo es que estáis tan triste? Si acaso os faltara la salud, tendría yo razones para lamentarme de vos. Mas si el oro, las perlas y las piedras preciosas son

capaces de calmar vuestro pesar, está a vuestro servicio de mi parte todo lo que pidáis.

A esto, yo le di a entender que ya había reunido más de tales tesoros de lo que necesitaba y que me tenía, ahora, al menos por cinco veces más rico de lo que había sido en Castilla. Le dije que mi actual descontento no se debía a otra cosa más que a que temía por la llegada de mi enemigo declarado, don Pedro de Arias: en vista de que aún no tenía en mi poder carta de perdón alguna del rey Fernando, aquel me tendría a mal traer e intentaría evitar que pudiera yo alcanzar la honra y la paz, al menos, en este nuevo mundo. En este punto, Balboa empezó a reír y dijo:

–Si ninguna otra cosa os aflige, mi caro amigo, perded cuidado y creed con certeza que ninguno de nosotros dos tendrá ahora que sufrir apremio alguno, pues los servicios que le hemos hecho al rey al descubrir el Mar del Sur y estos países ricos en oro bastarán de por sí para que nos dé a cada uno de nosotros dos una vistosa gobernación en estas regiones. En el lapso de pocos años, estas serán organizadas de tal modo que podremos pasar el resto de nuestras vidas en ellas más placenteramente que en la mismísima Castilla. Os diré en confianza –continuó–, que tengo la intención de emprender en breve un viaje a España: allí, he de atender vuestros asuntos mejor aún que los míos, de modo que no dudo en lo más mínimo que he de afirmar tanto vuestra felicidad como la mía.

Estas palabras biensonantes alegraron de pronto mi ánimo, de modo que abracé a Balboa, le agradecí de corazón, por adelantado, por su bondadosa previsión, y le juré que de por vida sería su leal amigo y servidor. Acto seguido, me reveló que tan solo quería antes explorar el golfo del Mar del Sur, al que él había llamado de San Miguel,²⁸ junto con las

28 En Panamá, sobre la costa del Pacífico.

islas de las que se decía que eran muy ricas en perlas;²⁹ tras esto, empero, haría el viaje de regreso a Urabá. Por mi parte, no solo juzgué adecuado este propósito, sino que, además, le prometí secundarlo en todo esto.

Este golfo se extendía, según había dicho el rey chiape, ciento sesenta millas mar adentro. De modo que en seguida se hicieron los aprestos para hacer este viaje; y si bien el rey chiape lo desaconsejó enérgicamente, pues había notado que en esta época el océano solía estar horriblemente agitado y furioso durante dos o tres meses, Balboa no quiso dar marcha atrás en absoluto, sino que hizo alistar varios pequeños barcos indígenas, en los que hubimos de subir nosotros junto con unos ochenta de los hombres más corajudos y nos hicimos a la mar.

No obstante, el insondable destino había decidido, por esta vez, no solo apartarme de Balboa, sino también, luego de varios años, de toda otra sociedad humana; pues pocos días después de nuestra partida se levantó una atroz tormenta, que dispersó los pequeños barcos y amenazó con hundir en los abismos del mar, entre otros, también a aquel en el que iba yo junto con otros nueve hombres. En tanto no hallábamos medio alguno para escapar de la penosa perdición, nos abandonamos por completo a las impudosas corrientes y ya solo buscamos alcanzar la gracia de Dios en la otra vida, ya que este parecía negárnosla en la terrenal. Después de ser llevados y arrastrados durante dos días y una noche de un modo realmente asombroso por la corriente y las olas, ora hacia pasmosas alturas, ora hacia los más terribles abismos, empero, las enfurecidas olas nos empujaron, finalmente, contra una isla a medias inundada. Esta prometía bastante seguridad contra la miserable posibilidad de morir ahogados, aunque se veían en ella pocos

29 Alusión al Archipiélago de las Perlas, en Panamá.

árboles frutales u otros víveres con los que pudiéramos, en una estadía de mayor extensión, saciar nuestra hambre.

La fortuna le fue igual de favorable a otra de nuestras naves –en la que iban ocho de nuestros hombres y dos indígenas–, ya que la condujo también a esta isla, por lo que nos alegramos sobremanera cuando, dos días después, llegaron hasta donde estábamos nosotros y nos contaron la feliz manera en que se habían salvado.

De modo que nos quedamos allí todos juntos, secamos nuestra pólvora, echamos un vistazo a las pocas provisiones de comida, pusimos las restantes cosas en orden y dimos por rastrillar la entera isla, en la que no hallamos ni hombres ni ganado, pero sí algunos árboles y arbustos con frutos muy poco nutritivos. Así que teníamos que arreglarnos casi totalmente con peces, que los dos indígenas que formaban parte de nuestro grupo sabían pescar de un modo mucho más sencillo y rápido que nosotros. Luego de varios días, comenzó a escasear el agua, por lo que juntamos una gran cantidad de las mejores conchas de perlas que las entrañas revueltas del abismo habían sido forzadas a escupir a esta isla. De este sitio he sacado yo mismo treinta y cuatro perlas –que luego me he traído aquí– tan grandes como nunca antes he visto u oído describir; no obstante, con el tiempo he juntado en otras islas algunas iguales o incluso más grandes, que aquel que sea el primero en leer esto sin dudas va a hallar junto a mí.

¡Ea! A fin de seguir con el relato de mi alternancia de entonces entre la fortuna y el infortunio, he de decir que uno de nuestros indígenas, que tenía un vista excepcionalmente aguda, divisó, hacia el suroeste, otra isla, y como concebimos la esperanza de hallar allí una mejor provisión de comida, hubimos de equipar, ante el tiempo calmo que había, nuestros pequeños barcos tan bien como nos fue posible, de forma que subimos a bordo, y luego de tres días, de nuevo

poniendo nuestra vida bajo gran peligro, llegamos a dicha isla. Contra todo lo que podíamos prever, hallamos otro barco pequeño: el rabioso mar lo había arrojado allí con once de nuestros compañeros. Lágrimas de alegría y pesar corrieron a raudales por nuestras mejillas: las primeras, a causa del feliz reencuentro; las segundas, porque nos informaron que era imposible que Balboa y los otros siguieran con vida, ya que todos ellos habían sido empujados por la tempestad a la más peligrosa y temible altamar, en donde no había isla alguna por ningún lado, pero sí podían verse, cuando el día estaba claro, horrendas rocas y peñascos surgiendo sobre la superficie del mar. Por lo demás, al igual que la anterior, esta isla estaba deshabitada, pero se podían ver muchos animales cuadrúpedos, que se parecían, en parte, a los zorros europeos y, en parte, a los gatos salvajes. No tuvimos reparo alguno en dispararles y comerlos como exquisitos bocados, que acompañamos, en lugar de con pan, con una cierta raíz que nuestros indígenas encontraron en bastante cantidad. También podían verse muchas aves, que también cazamos y comimos con el mayor apetito. La carne de los animales cuadrúpedos, incluso, la secamos, guardándola para caso de necesidad.

No pude convencer en absoluto a mis compañeros –por más que me habían elegido unánimemente como a su cabecilla– de regresar a San Miguel, ya que sentían horror cada vez que pensaban en los peligrosos peñascos y el tempestuoso mar. Es por ello que, siguiendo siempre una línea recta, íbamos de una pequeña isla a otra, hasta que la suerte nos condujo a una que era bastante grande y que estaba habitada por seres humanos. Estos se llegaron en gran cantidad y, con gran asombro, nos vieron desembarcar en nuestro miserable estado, totalmente exánimes y bastante muertos de hambre después de diecinueve días de viaje. No obstante, no hicieron por ello el menor gesto de enojo, sino que tal

vez nos habrían adorado como a dioses, si nuestros indígenas no les hubieran dado a entender que éramos hombres pobres y perdidos que los trataríamos con cariño y amistad, y que solo pedíamos que se nos permitiera descansar allí y calmar nuestros hambrientos estómagos con algunas frutas. Si bien los habitantes del lugar no comprendían del todo nuestra lengua española, sino que debían adivinar la mayor parte mediante señas, se mostraron tan amables que no hallamos nada que criticar en su carácter natural. Nos trajeron, luego, carne seca y pescado, además de varios panes hechos con harina de raíz, a cambio de lo que repartimos entre los locales los botones brillantes y de latón que teníamos en nuestras ropas –ya que tales cosas ínfimas eran muy valoradas–, que ellos recibieron con sorprendente alegría. Hacia la noche vino hacia nosotros su rey, al que llamaban Madán. Este traía puesto un mandil de coloridas plumas ceñido al cuerpo, así como una corona del mismo tipo; llevaba un robusto arco en la mano derecha y en la izquierda un dardo de madera, así como una aljaba con flechas en su espalda. Tuve yo la suerte de entregarle un regalo muy agradable, que consistió en un cuchillo de bolsillo bastante grande, un eslabón y dos pedernales.³⁰ nunca he visto mayor asombro en una criatura humana como aquel del que dio cuenta este hombre tan pronto como supo de la utilidad y el poder de esta herramienta. Recibió de mi parte, además, una hachuela, cuyas excelentes virtudes lo movieron a que todo aquello que nosotros pudiéramos señalar nos fuera dado y concedido. Acto seguido, mis compañeros erigieron varias chozas no lejos de la costa del mar, en las que podíamos dormir con comodidad de a cinco o seis, así como consumir las raciones de comida que a menudo nos

30 El eslabón es un tipo de hierro acerado que desprende chispas cuando se lo hace chocar con un pedernal.

traían. Esta gente no podía hacerse idea alguna de nuestras armas de fuego, por más que nuestros indígenas les dieron a entender que estas herramientas producían el trueno, el rayo y el fuego, y que, además, podían causar heridas mortales; cuando, empero, algunos días después, cierta vez en que se juntó una gran cantidad de aves de mediano tamaño en un árbol y el rey Madán hubo dado muerte a dos, muy velozmente, con sus flechas, yo lo tomé de la mano, agarré mi escopeta, lo llevé a unos treinta pasos de allí, hacia otro árbol en el que las aves se habían vuelto a posar, disparé, y di muerte de una vez a seis de estas aves, por medio de una carga de perdigones. Ni bien hube disparado, el rey y todos los súbditos que había allí presentes cayeron, de repente, al suelo y no pudieron reponerse sino después de media hora, a causa del miedo. Luego de hablarles amistosa y cariñosamente, finalmente, volvieron en sí, si bien mostraron por nosotros, a partir de allí, un respeto mezclado con algo de temor; más aún debido a que, al conocernos más, les mostramos cómo solíamos desenvainar y usar nuestras espadas contra hombres malvados y enemigos.

Entretanto, tuvimos la ocasión de intercambiar varias libras de oro, que los locales trabajaban de un modo extraño para hacer collares y pulseras, anillos y aros, por todo tipo de cosas ruines e inservibles; así como, también, de juntar una gran provisión de carne seca, pescados, tubérculos y otros frutos nutritivos. Después de que hubimos talado tres de los más gruesos árboles, empero, hicimos, a partir de ellos, en pocas semanas, igual cantidad de barcos, los cuales eran mucho más sólidos que los anteriores, e incluso estaban provistos de velas hechas con esterillas entretejidas y cuerdas de rafia entrelazadas. Luego, escogimos la mejor ocasión para despedirnos de nuestros bienhechores y regresar al fuerte de San Miguel. No obstante, como mis compañeros llegaron a saber por boca de los habitantes

de esta isla que más adentro del mar había islas habitadas mucho más grandes en las que podríamos hallar grandes cantidades de oro, piedras preciosas y, en particular, perlas, concibieron aquellos la osadía de ir en su búsqueda. Yo me opuse, por cierto, tanto como me fue posible, en tanto les di a entender el mayor peligro al que nos expondríamos, pero fue en vano: uno del grupo se adelantó en seguida y, con gran desenfado, dijo:

—Don Valaro, recordad que Balboa y nuestros otros compañeros fueron sepultados por el mar, por lo que no deberíamos confiarnos ni de nuestras escasas fuerzas ni de las alianzas y la amistad que trabamos otrora con los reyes indígenas, los cuales, sin dudas, se han enterado a tiempo del infortunio sufrido por Balboa, por lo que en poco tiempo nos habrán de degollar como extranjeros. De forma que mejor busquemos nuevas islas y hombres que no sepan nada aún de la crueldad y codicia de nuestros compatriotas; y os aseguro que, en tanto los tratemos de una manera cristiana, o tan solo humana, hemos de recoger felicidad y riquezas mucho mayores de las que hemos visto en las tierras conocidas hasta ahora. Y si morimos a causa de una tempestad o nos inmolan, ¿qué más da? Nos veríamos expuestos a los mismos infortunios en nuestro viaje de regreso a San Miguel y en los países de los malintencionados reyes.

No supe cómo replicar en lo más mínimo este discurso bastante sensato y muy corajudo, razón por la que, por esta vez, cedí a lo que pedían mis compañeros e hice disponerlo todo para la pronta partida.

La despedida del rey Madán y sus súbditos, que eran honrados por naturaleza, me tocó de cerca, realmente, más aún debido a que los últimos nos trajeron casi más comida de la que podíamos cargar en nuestros pequeños barcos; uno de ellos, incluso, que desde el primer día había

estado siempre cerca mío, comenzó a llorar amargamente; y cuando se enteró de que yo tenía la intención de volver a pasar por allí en el viaje de regreso, pidió que le concediera venir con nosotros, cosa que le permití con el mayor placer. Era un hombre de unos veinticuatro años, bien formado y de aspecto agradable, más aún a causa de que por primera vez en su vida se puso ropa sobre el cuerpo. El nombre de este indígena era Chascal, pero yo se lo cambié más tarde, cuando adoptó la fe cristiana y recibió el sacramento bautismo de mi parte.

De este modo, nos hicimos a la mar con este nuevo guía, que, empero, sabía poco y nada acerca del arte de la navegación y, por ello, durante varias semanas no vimos más que el cielo y el agua, si bien tuvimos, con todo, un viaje realmente tranquilo, a causa del clima tan apacible. Al fin, llegamos a unas pequeñas islas que se hallaban muy poco pobladas y que tampoco eran demasiado fértiles; no obstante, tuvimos la alegría de poder reparar allí nuestros pequeños barcos y llenarlos con alimentos frescos. Luego, llegamos a otras islas cercanas de gran tamaño y resolvimos atracar en una de las más grandes.

Los habitantes del lugar no parecían ser tan bondadosos como los anteriores; con todo, nuestros tres compañeros indígenas les hicieron excelentes favores a costa nuestra, de modo que, en pocos días, todos pudimos tener un trato bastante bueno con ellos. Esta gente nos hizo saber que, hacía algunos años, habían hecho grandes esfuerzos por librarse de un tipo de hombres que también –como nosotros– usaban ropa y que habían querido quitarles y llevarse consigo, de un modo violento, víveres, oro, perlas y piedras preciosas. Sin embargo, tras que hubieron percibido suficientemente nuestra amabilidad y cortesía invariables, no solo recibimos de ellos un trato igual de amable, sino que tuvimos la ocasión de juntar admirables tesoros

en esta isla. Y como también visitamos las otras que se hallaban cerca, llegamos a juntar tanto como nuestros botes eran capaces de cargar.

Mis hombres se propusieron, por lo tanto, construir un barco grande, en el que pudiéramos viajar todos juntos y llevar nuestros bienes con tanta mayor comodidad. Yo mismo vi esto con buenos ojos, más aún porque no solo teníamos todo lo que se requería para ello sino que, también, podíamos contar con la honesta ayuda de los lugareños. De modo que todos nos pusimos manos a la obra y el barco quedó listo antes de lo que yo mismo me esperaba. Los habitantes de esta isla usaban también, por cierto, una suerte de barcos provistos de velas y remos, pero, aún así, se asombraron sobremanera cuando les mostramos el nuestro, que habíamos construido de un modo tan peculiar. Les obsequiamos dos de los barcos con los que habíamos llegado hasta allí, y el tercero lo llevamos con nosotros a modo de chalupa, y también hicimos dos pequeños botes a fin de usarlos en nuestro viaje, para nuestro provecho.

Así pues, una vez que tuvimos todo lo necesario, finalmente, izamos velas y nos marchamos de allí. Tras un viaje largo y difícil, llegamos al continente, en donde atracamos con la intención de volver a proveernos de agua fresca y otras cosas necesarias, pero fuimos muy mal recibidos, pues ya al día siguiente nos atacaron por sorpresa más de trescientos salvajes y, sin más, mataron con sus flechas a tres de los nuestros e hirieron de gravedad a otros cinco. Unos veinte de nuestros enemigos hubieron de morir, por su parte, en el lugar; de todos modos, nos vimos obligados a regresar a toda prisa a nuestro barco, con el cual bajamos varias millas a lo largo de la costa. Finalmente, llegamos a otra pequeña isla, que no se hallaba habitada por seres humanos, pero que sí tenía muchos tipos de animales y mostraba una gran provisión de útiles frutos, tubérculos y hierbas.

Tuvimos aquí una buena ocasión para descansar hasta que nuestros compañeros heridos hubieron sanado bastante y, luego, continuamos el viaje hacia el sur, de una isla en otra, mirando siempre con anhelo, a nuestra izquierda, el continente; empero, no queríamos arriesgarnos a atracar allí, ya que la vida de uno solo de nuestros hombres era demasiado importante. Al fin, tras navegar muchas cientos de millas hacia abajo, siguiendo la línea de la costa continental, llegamos a ver la punta extrema, que bordeamos, y hubimos de soportar, además de un viento frío y fastidioso, muchos contratiempos. Era fácil de suponer que habíamos descubierto así el verdadero punto final del Nuevo Mundo, por lo que calculamos que, si la fortuna no nos era más desfavorable que hasta ahora, en el viaje hacia arriba por el otro lado daríamos con el camino indicado o bien para ir hacia Darién, o bien para volver a Europa; o, al menos, que nos cruzaríamos en el camino con portugueses a los que podríamos asociarnos para ser partícipes de su suerte, pues la razón nos decía que los territorios descubiertos por los portugueses debían quedar sin dudas de ese lado.

Nos hallábamos, entretanto, muy urgidos de reparar nuestro barco de nuevo y conseguir provisiones frescas, por lo que intentamos un desembarco, el cual, luego del gran peligro que habíamos pasado, prometía traernos buena suerte, si no teníamos motivo para temer cruzarnos con hombres hostiles o animales salvajes. El poder omnipresente del Altísimo, que puede regir a voluntad sobre todos los corazones de los hombres, nos fue en esa ocasión tan favorable que nos condujo hacia hombres que, más allá de su innata condición salvaje, mostraron tal veneración hacia nosotros y nos recibieron tan amistosamente que no podíamos dejar de maravillarnos y, en pocos días, perdimos toda desconfianza hacia ellos. Ninguno de nosotros se interesaba ya por la riqueza, pues poseíamos un tesoro de casi

incalculable valor en cuanto a oro, perlas y piedras preciosas, por lo que solo queríamos aquellas cosas que pudieran sernos útiles en el largo viaje que teníamos por delante –y que conseguimos en poco tiempo, según lo deseado–.

Los tres indígenas amigos que venían con nosotros se regocijaron mucho de poder cazar con gran astucia algunos asombrosos animales marinos, cuyas carne, grasa y –en especial– piel nos fueron de extraordinaria utilidad, ya que a partir de esta última pudimos confeccionar bellas correas, así como carnesús, zapatos, gorras y muchas otras cosas de cuero por el estilo.

De modo que, tan pronto como hubimos terminado con la reparación y el aprovisionamiento del barco, y tras que lo hubimos llenado también de otras cosas útiles que pusimos allí donde había algo de lugar, emprendimos el viaje por el otro lado del continente, si bien en seguida nos dimos cuenta de que el viento y el mar no eran aquí tan benignos como en el lado por el que habíamos venido. Durante dos semanas fue todo aún bastante tolerable, pero luego de esto se levantó una fuerte tempestad que duró más de nueve días y todos quedamos muy asombrados cuando, al fin, salimos felizmente de ella, más allá de que nuestro barco fue empujado con muchas averías contra una costa muy miserable, en la que en muchas millas a la redonda no había cosa útil alguna, más allá de varios árboles que no daban frutos.

Varios de mis compañeros, no obstante, hicieron expediciones por toda la zona y una noche regresaron muy contentos, ya que, según fabulaban, habían hallado un estupendo barco europeo, con todo su equipamiento, en una pequeña bahía. No había en él, sin embargo, ningún hombre. Me dejé convencer de llevar nuestro muy dañado barco hacia allí y, para mi gran asombro, comprobé que tal era la pura verdad. Lo abordamos y dimos en él con una cantidad

bastante grande de vino, bizcocho, carne seca y otros víveres, sin contar lo que había almacenado en los otros fardos y barriles, que por ahora a nadie le estaba permitido abrir. Nadie quería aventurarse tierra adentro, en tanto desde los picos altísimos de las rocas no se veía más que un desierto, tanto a lo ancho como a lo largo. Es por ello que se decidió reparar nuestro barco tanto como fuera posible, a fin de que, cuando volvieran los europeos, si no querían o no nos podían acoger en el suyo, pudiéramos, con todo, continuar el viaje junto con ellos.

Luego de haber terminado todo lo que había que hacer, empero, y tras haber esperado en vano durante un mes completo por el regreso de los europeos, mis compañeros interpretaron que los mismos se habrían aventurado sin dudas muy al interior del continente y habían ido muriendo uno detrás del otro, por lo que consideraban que lo más sensato era que nos apropiáramos del valioso barco y de toda su carga, y que partiéramos de allí haciendo uso del mismo. Yo me opuse firmemente a tal jugada propia de piratas, pero no logré nada, ya que todos eran de la misma opinión –contraria a la mía–, y hubieron de trasladar todas nuestras cosas, lo más a prisa que les fue posible, al barco grande. No quería yo quedarme solo en ese lugar desértico, por lo que tuve que dejar hacer, abordé el barco robado y zarpé junto con los demás. Lo único que pude lograr es que no hundieran nuestro anterior vehículo y que lo dejaran a cambio del que nos llevábamos.

Ni bien hubimos llegado a altamar, mis hombres creyeron estar ya fuera de todo peligro en lo que respecta al robo cometido, por lo que fue abierto y revisado todo lo que había en el barco, hallándose un gran tesoro en oro y otras cosas excelentes de gran valor. Solo que... ¡Ay! Hubimos de saber, por lástima, muy pronto, que el Cielo no había gustado de tal fechoría, sino que se había propuesto castigarla

duramente. Pues poco después se levantó una nueva tempestad tan horrible como ningún otro navegante habrá debido soportar jamás en tal intensidad. Fuimos corridos de nuestra ruta elegida y empujados de costado siempre hacia el sur, cosa que pudo notarse con claridad con una brújula ganada junto con el barco, tan pronto como la tormenta se hubo calmado un poco. De nada sirvieron en este punto el trabajo o el empeño: debimos aceptarlo, e ir derecho a las fauces abiertas de las terribles y mortales aguas. Muchos deseaban verse libres de su tormento mediante una repentina muerte, ya que no podían descansar ni de día ni de noche y debían aguardar la última penosa hora de la vida en constante intranquilidad y en medio de un delirante vaivén. Esta primera fase de la tempestad duró dieciséis días y noches seguidas, hasta que tuvimos la ocasión de tomar un poco de aliento por tan solo dos o tres horas, así como de ver la luz del sol por unos pocos minutos. En seguida, empero, se levantó una nueva tormenta, no menos rigurosa, y casi más fuerte que la anterior. El mástil y las velas hubieron de ser sacrificadas a las irritadas olas, junto con lo cual dos de mis compañeros cayeron por la borda, sin poder ser rescatados; asimismo, tres heridos y otros dos enfermos expiraron en los días que siguieron. El mar volvió a estar, al fin, plenamente calmo y sereno de nuevo, pero durante varias semanas no vimos ni tierra ni arena, de forma tal que nuestra agua dulce y las provisiones se acabaron por completo –más de la mitad de las mismas, por lo demás, habían sido arruinadas por el agua de mar que se había metido en el barco–, y, a causa del hambre, nos vimos obligados a buscar alimentos realmente contranaturales y a beber la salada agua de mar. El hambre y una dolorosa peste, así dadas las cosas, fueron cobrándose vidas en el lapso de pocos días, hasta que solo quedamos sanos los tres indígenas, cinco soldados españoles y yo.

Entretanto, la tercera tempestad se desató y los nueve sobrevivientes hubimos de oírla con verdadera alegría, en tanto punto final de nuestro suplicio. No puedo decir si esta tormenta fue tan fuerte como las dos anteriores, pues no pensaba yo en más nada que en prepararme, junto con mis compañeros, para la dichosa muerte; solo que, justamente, esta tormenta debía servir de medio, tanto de nuestra salvación, en aquel momento, como de nuestra sincera penitencia posterior. Es que antes de que pudiésemos advertirlo, nuestro barco, lastimosamente maltratado, fue arrojado hacia uno de esos bancos de arena que pueden verse no lejos de esta isla rodeada por rocas. Al amainar poco después el viento, pusimos nuestros botes sobre el agua –dejando el barco, en cambio, sobre el banco de arena– y, con gran riesgo de vida, navegamos por la desembocadura del Río del Oeste –que en aquel tiempo aún no se hallaba obstruido por las rocas caídas desde lo alto– e ingresamos a esta bella isla, que todo hombre sensato, tan pronto como viva aquí en compañía de otros seres humanos y no posea otros prejuicios, habrá de reconocer sin dudas como un paraíso terrenal.

Ninguno de nosotros se puso a pensar en si había aquí caníbales, animales salvajes u otras cosas hostiles, sino que, tan pronto como hubimos pisado el suelo, probado el agua dulce y divisado algunos árboles frutales, tanto los tres indígenas como los seis cristianos nos hincamos de rodillas y le agradecimos al Altísimo el que, por gracia suya, hubiéramos conservado nuestras vidas de un modo tan asombroso e, incluso, casi sobrenatural. Eran alrededor de las dos de la tarde cuando entramos como hombres otrora sin esperanzas a la isla, por lo que aún tuvimos tiempo de sobra para llenar nuestros hambrientos estómagos con sabrosas frutas y beber de los límpidos arroyos. Tras esto, todas nuestras otras inquietudes fueron dejadas

de lado por esta vez y cada cual se recostó con su escopeta a la orilla del río, con excepción de mi leal Chascal, quien montó guardia por propia voluntad, a fin de advertirnos ante cualquier suceso del que hubiera que precaverse. Luego de haber dormido yo, empero, varias horas, hasta tarde en la noche, por cierto, el honrado Chascal fue sustituido y hube de montar guardia hasta la salida del sol. A esto, junto con cuatro de los hombres más fuertes, di por comenzar a explorar una parte la isla, pero sin que halláramos la más mínima huella de seres humanos vivos o de animales carnívoros; en su lugar, no obstante, vimos grandes cantidades de presas de caza, cabras y también monos de distintos colores. Toda esta riqueza en carnes, así como las magníficas hierbas y raíces de sobra, podían dejarnos del todo seguros de que, al menos, no íbamos a morir de hambre aquí; de modo que volvimos a llevarles esta alegre noticia a nuestros compañeros, a los que, con todo, recién pudimos encontrar hacia el anochecer, ya que habían ido a recorrer la zona norte de la isla, confirmando ellos mismos todo lo que les decíamos. Así que esa misma noche dimos caza a un animal silvestre y a una cabra, hicimos fuego y cocinamos esta tan sabrosa carne. Entretanto, los tres indígenas cortaron los mejores tubérculos, que ellos sabían tostar y preparar en lugar del pan; de modo que luego comimos ambas cosas con el mayor placer. En los días siguientes, nos esforzamos al máximo por sacar las cosas del barco encallado y llevarlas hasta la isla, cosa que hicimos poco a poco, con grandes dificultades, uniendo al barco, todo a lo largo, varias maderas de balsa, que se juntaban en la parte anterior en forma de punta y que, empero, por detrás y por delante, hubimos de afirmar con varios travesaños, de forma tal que no solo no debíamos preocuparnos ya por que se diera vuelta, sino que, además, podíamos transportar allí, sin peligro, una carga más que cuatro veces mayor.

Hacia finales del primer mes, así pues, habíamos traído todos nuestros bienes a la isla, así como el inservible barco desmembrado; de forma que empezamos ahora a construir cabañas y a organizar debidamente nuestra economía doméstica, en lo que la falta de verdadero pan era lo único que nos fastidiaba. No obstante, la providencia del Cielo también nos ayudó a este respecto, pues hallamos en una caja varias botellas de piedra bien conservadas llenas de trigo, cebada, arroz y arvejas de Europa, junto con otras útiles semillas. Una parte de todo esto la sembramos y, de año en año, fui propagando tales nobles frutos con tal cuidado que, si Dios así lo quiere, no solo se multiplicarán durante el tiempo que yo viva, sino que nunca han de desaparecer de esta isla. Lo único que es de temer es que los animales silvestres, que proliferan tanto, se coman estas espigas antes de que hayan madurado del todo y que, de este modo, interfieran en su reproducción espontánea, la cual tiene lugar de un modo particularmente admirable en este sitio.³¹

Entretanto, hicimos uso de los bienes que, traídos en el barco robado, no se habían arruinado; yo mismo recibí mi buena parte en cuanto a ropa, libros, papel y otros aparejos,

31 De seguro, lector, te has de hacer una curiosa idea de mi fe, ya que en este párrafo me admiro de la *providencia del Cielo*, y más arriba he descrito cómo mis compañeros se apropiaron indecentemente del barco o, para hablar con más propiedad, se lo robaron, junto con todas las cosas que había en él, entre las que se hallaban las botellas rellenas de granos. ¿Cómo puede conjugarse esto, te preguntarás, con el reconocimiento de la providencia de Dios? Mas conténtate si te juro, por mi bienaventuranza, que ni yo ni mi leal Chascal vimos con buenos ojos este acto delictivo; por el contrario, me opuse a él con todas mis fuerzas, pero sin poder conseguir nada. Si acaso ha sido un pecado el que me haya ido de allí en este barco, junto con los ladrones, salvándome así de la segura perdición, sé con certeza que Dios me lo ha perdonado con indulgencia debido a mi asidua penitencia y devoción. Mientras tanto, a causa de muchas circunstancias diversas, he de reconocer aquí la Providencia divina, que no solo me ha salvado del mar tempestuoso, sino también del hambre atroz y de la dañina peste, y me ha colmado de muchos bienes en la isla. Mis compañeros han muerto todos en la mitad de sus vidas, con la única excepción de Chascal, quien ha muerto, aproximadamente, a los setenta años; yo, empero, soy quien más ha sobrevivido, para dar constancia de esto. (Nota original de don Cirilo de Valaro)

si bien juré, al mismo tiempo, que tan pronto como Dios me llevara de nuevo entre cristianos, donaría tales cosas de gran valor a alguna institución religiosa.

Se hallaron cepas de vid en su estado natural, que nosotros llevamos a un mejor estado recurriendo al arte, y obtuvimos un gran deleite de ello; también gracias al provecho artificial pudimos hacer un exquisito refresco a partir de ciertos árboles, todo lo cual he descrito con mayor claridad en mis otros manuscritos. Luego de un tolerable invierno y una agradable primavera, nuestros cereales maduraron en verano, pero únicamente los cosechamos en pequeña cantidad; y tan solo pudimos hacer las pruebas para el futuro sabroso pan, ya que la mayor parte hubo de ser usada para hacer una nueva siembra para nueve personas. No obstante, ya al año siguiente, se juntó tanto que tuvimos total suficiencia para sembrar y para nuestra manutención.

Entretanto, mi Chascal había adelantado tanto que no solo sabía hablar muy bien el castellano, sino que, además, podía hablar y responder de manera adecuada sobre todos los artículos de fe cristianos. De modo que no tuve reparos en hacer las veces de apóstol en este sitio apartado, bautizándolo a la manera cristiana, en lo cual mis cinco compañeros cristianos hicieron de padrinos; recibió aquel, a causa de su especial sinceridad, el nombre de Christian Treuherz.³² Sus dos amigos se sintieron tan conmovidos a causa de esto, que ambos me pidieron, del mismo modo, que los instruyera en el cristianismo, cosa que hice con el mayor placer y, tras medio año, también los bauticé a ellos dos: al primero lo llamé Pedro Gutmann y, al otro, Pablo Himmelsfreund.³³

En los siguientes tres o cuatro años, todo llegó a estar tan ordenado y en tan buen estado que no tuvimos ya la

32 "Treuherz" se traduce como "cándido".

33 "Gutmann" es "bonachón" y "Himmelsfreund", "amigo del Cielo".

más mínima razón para quejarnos por falta de apetitosos víveres u otras necesidades imprescindibles; y creo que mis compañeros tampoco habrían deseado salir nunca más de esta placentera tierra, si hubieran tenido tan solo la esperanza de tratar con otras personas y, por sobre todas las cosas, con mujeres con las que propagar su linaje. Mas como carecíamos de esto último; y como no parecía haber ocasión alguna para lo primero, en tanto ya habían esperado durante varios años que pasara por allí algún barco, mis cinco coterráneos me dieron a entender, de un modo bastante porfiado, que había que construir un nuevo barco con el que intentar hacer un viaje para dar con cristianos. No era posible –argüían– que a Dios le gustara que unos tesoros tan valiosos como los que poseíamos fueran ocultados de manera tan indolente, ni que ellos, sin tener una vocación o impulso religioso, hubieran de proscribirse por sí mismos a un estado de soltería, estando privados de todos los Sacramentos y demás usos eclesiásticos.

Me di muy bien cuenta de que no se trataba aquí de la religión sino del amor por las mujeres; de todos modos, hice un esfuerzo para oponerme a su plan, más aún porque no querían oír en absoluto mis razonables ideas. Las preguntas que les hice, empero, tuvieron, más o menos el siguiente contenido:

–Amigos míos –dije–, pensadlo bien:

1. ¿Cómo hemos de construir en este sitio un barco resistente que pueda llevarnos a varios cientos de millas de aquí e, incluso quizás, a más de mil, y que pueda soportar todas las inclemencias del océano? ¿Dónde hallaremos suficiente hierro para los clavos, las grampas y otras cosas por el estilo? ¿Dónde están el betún, la estopa, los paños, las sogas y las demás cosas que hemos de necesitar?

2. ¿No estaremos poniendo a prueba a Dios al osar emprender un viaje tan largo en un barco tan mal

acondicionado? ¿Y no hemos de ser tenidos por suicidas si el peligro, al que nos entregamos por propia voluntad, termina por matarnos?

3. ¿Quién de nosotros conoce la ruta? ¿Hacia dónde hemos de ir? ¿Y quién puede decir cuanto menos en qué parte del mundo nos hallamos ahora, o cuán lejos debemos ir para llegar a Europa?

Tales preguntas, y muchas otras aún, que no pudieron ser respondidas por nadie de un modo suficientemente sensato, tan solo sirvieron para despertar su malestar y para afirmar la resolución que ya habían tomado. Es por ello que cedí en todo lo que pedían, y ayudé en la construcción del nuevo barco, que empezó muy lenta e infelizmente, ya que el indígena Pablo murió al caérsele encima un árbol talado. Fue él, por lo tanto, el primero en ser enterrado aquí por mí.

El tercer verano tras iniciado el trabajo, el barco estuvo al fin listo, al punto que pudimos botarlo al río, entre los peñascos, en donde había suficiente calado. Pero como dos de mis compatriotas se hallaban enfermos de gravedad, se hubo de postergar el trabajo restante, así como la carga de los bienes, hasta su completa sanación.

Todos mis compañeros dieron muestras de enorme alegría a causa del –en su opinión– bien realizado trabajo; yo, sin embargo, tenía mucho para criticar de la pobre obra y, al igual que mi leal Christian, tenía fuertes reparos en arriesgarme a subir en él, ya que hacía cálculos seguros de que en un viaje tan largo iríamos todos al encuentro de la muerte.

En tanto no solo había que temer grandes disgustos, sino, tal vez, incluso, la pérdida de la vida, y a fin que mis compañeros advirtieran tales pensamientos, me quedé callado y me propuse pensar otros medios por los cuales este insensato viaje podía evitarse. El inescrutable destino, empero, me dispensó de este esfuerzo, ya que pocos días después se levantó una cruel tormenta en el mar, que hubimos

de ver perplejos desde las altas cimas de los riscos; sin embargo, en seguida fuimos empujados hacia nuestras cabañas por la inusual intensidad de la lluvia. Cuando, empero, al caer la noche, cada cual se disponía a ir a dormir, toda la isla se vio sacudida violentamente por un fuerte terremoto, al que siguió un crujido bochornoso que se volvió a oír cinco o seis veces más en el lapso de una o dos horas. Mis compañeros, incluso los dos enfermos, vinieron a toda prisa a mi cabaña de inmediato tras que se hubo percibido el primero de los mismos, como si buscaran protección de mi parte y no creyeran sino que había llegado el fin del mundo. No obstante, como por la mañana todo se halló de nuevo en calma y se pudo ver el delicioso resplandor del sol, se esfumó, por cierto, el miedo por esa vez, pero el horror de todos fue tanto mayor cuando vimos que la única entrada a nuestra isla, es decir, la boca del Río del Oeste, había quedado por completo tapada a causa de unas rocas que se habían desmoronado por ambos lados, de forma que todo el valle occidental había quedado bajo el agua de la corriente obturada.

Este terremoto tuvo lugar el 18 de enero del año 1523 después de Cristo, al comienzo de la noche; y espero no estar equivocado al llamarlo un verdadero terremoto o sacudimiento de esta isla entera, pues yo mismo lo sentí, y luego también pude ver muchas rocas partidas y montones de tierra allí donde antes no había habido nada. El Río del Oeste encontró, por cierto, en pocas semanas, una espaciosa salida por entre las rocas, tras haber tal vez socavado la tierra y la arena sueltas y arrastrarla con su corriente; de este modo, asimismo, el valle occidental se vio nuevamente libre de la inundación. No obstante, nuestra esperanza en una pronta partida se vio de súbito del todo hecha añicos, ya que el barco construido a nuevo quedó sepultado debajo de los gigantes trozos de piedras.

Dios acostumbra mostrar, muy rara vez en vano, tales maravillas y horrores en la naturaleza. Me di muy bien cuenta de esto y quise compartirlo con mis compañeros en las charlas cotidianas, a fin de convencerlos de que debíamos vivir en esta amena y fructífera tierra todos juntos, en calidad de eremitas, hasta que Dios nos enviara desde algún lado barcos y cristianos que nos sacaran de aquí. Mas predicaba a oídos sordos, pues, poco tiempo después, al concebir ellos de nuevo el deseo de construir otro barco –lo cual era, por cierto, dada la falta de tantos materiales, una empresa ridícula–, hicieron, en primer término, un intento de cortar el cauce del Río del Norte en medio de la isla y, mediante un canal, desviarlo hacia el Lago Chico, cuyas aguas van a parar al mar, hacia el oeste.

Este último propósito no me disgustaba, ya que, según todo parecía indicarlo, podía creer con facilidad que, si se quitaba la corriente de agua, por la bóveda natural que formaban las rocas al norte podría hallarse sin dudas una salida cómoda hacia el océano. Es por ello que también yo puse manos a la obra, la cual, finalmente, tras mucho amargo sudor, fue concluida en el verano del año 1525. Nos encontramos, pues, con un pasaje alto y amplio, según lo requeríamos, si bien hubimos de rellenar y arreglar con arena y piedras, mediante gran esfuerzo, el piso, debido a que había muchas hendiduras profundas y abruptos declives; hasta que, al fin, muy contentos, pudimos ver la luz del día y el mar abierto del lado de afuera de la isla.

Una vez que esta empresa hubo concluido, felizmente, debían hacerse a toda prisa los preparativos para la nueva construcción del barco y los árboles dispuestos para ello debían ser bajados por el camino recién descubierto hacia el pie externo de los peñascos. No obstante, ¡ay!, antes de que se hubiera limpiado un solo árbol, mis dos compatriotas más débiles cayeron enfermos y murieron, ya que, de

cualquier modo, eran de contextura poco saludable y, además, se habían esforzado mucho trabajando, por propia voluntad. De este modo, el proyecto de la nueva construcción del barco fue dejado de lado, más aún a causa de que ni yo ni mis leales indígenas queríamos poner manos en el asunto.

Logré evitar, así pues, totalmente esta temeraria obra mediante razones muy sensatas, sabiéndome remitir a mi buena conciencia de que hacía así por nada más que por no intentar poner a prueba al Altísimo ni abusar de su favor, pues no quería salir de esta serena y bendita tierra para precipitarme al muy seguro peligro. En cambio, no pude prevenir un terrible mal totalmente distinto que me dejó en extremo perplejo y que a cualquier cristiano lo hará estremecer mucho.

A saber: mi leal Christian me informó que los tres compatriotas que me quedaban habían trabado relación, hacía algunos meses, con tres monas con las que muy a menudo, tanto de día como de noche, solían practicar tal infame lujuria que, incluso a los otrora paganos, le resultaba asqueroso y antinatural. No ahorré esfuerzos por confirmar por completo este importante asunto, en virtud del cual el Altísimo podría arruinar toda la isla; y, al fin, fui tan dichoso o, mejor dicho, desdichado, que pude verlo todo con mis propios ojos y ser un testigo vivo de aquello, quedando atónito por la maldita lujuria de estos hombres bestiales, así como por la inusual propensión de estos animales de cuatro pies y, por sobre todas las cosas, no obstante, a causa de la particular paciencia de Dios. Al día siguiente, les hablé a los tres sodomitas con severidad y les eché un fuerte sermón a causa de sus abominables pecados cometidos. Además, les recordé la sentencia divina: “A cualquiera que se eche con un animal, ciertamente se le dará muerte”, etcétera.³⁴ Dos de ellos se

34 Éxodo 22, 19.

mostraron bastante conmovidos, pero como el tercero, que era un joven frívolo, los animó y dio a entender que, dadas las actuales circunstancias, yo no debía meterme ni en sus vidas ni en sus costumbres, y mucho menos podía mandarles hacer nada, los tres se apartaron de mí muy fastidiados.

Entretanto, empero, al tiempo que yo profería este sermón, los dos piadosos indígenas, Christian y Pedro, habían ahogado felizmente a las tres malditas monas rameras. Al ver los bestiales amantes este espectáculo, se pusieron totalmente furiosos, y sin dudas les hubieran tirado a matar a mis indígenas; mas, por suerte, si bien tenían sus escopetas consigo, carecían tanto de pólvora como de plomo, ya que lo poco que quedaba estaba bajo mi custodia en mi cabaña. Al comienzo, en su ardor, por cierto, hicieron ademanes de querer empezar una guerra contra mí y mi gente, pero como yo les di a los míos armas cargadas y espadas, los infames bribones se retiraron, por lo que les grité que volvieran confiados y recogieran los aparejos que yo, por piedad, les regalaba, pero que, tras esto, no se antojaran cruzar el Río del Norte y entrar en nuestro territorio, ya que, caso contrario, los mataríamos como a perros, porque estaba escrito: “Quitarás el mal de en medio de ti”.³⁵

A esto, vinieron los tres, y sin decir ni una palabra, tomaron aquellas vajillas y otras cosas muy necesarias que les extendí por intermedio de los indígenas y, con ellas, se perdieron en la parte oriental de la isla, de forma tal que por varias semanas no los vimos en absoluto; sin embargo, tanto yo como mi gente nos mantuvimos muy alertas, a fin de que no nos atacaran tal vez de noche y nos mataran.

No había, empero, razón alguna que temer, ya que su mala conciencia y su pusilánime temor los mantuvo a raya; pero la venganza los seguía de cerca, ya que, poco después,

35 Deuteronomio 17, 12; también 22, 21 y 22.

los bribones hubieron de exterminarse entre sí y pagar así por sus maldades, ya que nadie quiso erigirse en juez terrenal por ellos.

Fue así: un día, muy temprano, mientras hacía yo mi tercio de la guardia nocturna, oí que alguien gritaba “don Valaro” varias veces a lo lejos a viva voz, por lo que tomé mi escopeta, salí de la cabaña, y vi, en el dique que habíamos hecho en el Río del Norte, parado, a uno de los tres bribones que alzaba en lo alto, con su mano derecha, un gran cuchillo. Ni bien me vio, vino corriendo hacia mí a toda prisa, pero como yo le apunté con mi escopeta, se quedó parado a unos veinte pasos y gritó:

—¡Señor! Con este cuchillo he asesinado anoche a mis camaradas, pues se empezaron a pelear conmigo a causa de una joven mona. Las uvas y el jugo de palma nos habían puesto rabiosos. Ambos están muertos. Yo, sin embargo, aún estoy rabioso. Ellos han sido castigados por sus horrendos pecados; yo, en cambio, que he pecado aún más que ellos, aguardo que vos me deis un tiro de gracia, a fin de verme librado de una buena vez de mis remordimientos de conciencia.

El horrendo relato me dejó atónito; le ordené que arrojará a un lado el cuchillo y se me acercara; pero cuando me preguntó si le iba a disparar y yo le hube respondido que no quería manchar mis manos con su sangre, sino que quería dejarlo librado al juicio temporal y eterno de Dios, tomé con ambas manos el cuchillo y se lo clavó con tanta violencia en su pecho que el miserable cuerpo hubo de caer al suelo en el acto, expirando su infame alma.

Las distintas sensaciones que tuve me sacaron muchas lágrimas de los ojos, por más que yo bien sabía que tales personas pecaminosas no las valían; no obstante, con ayuda de mis dos leales, hicimos en seguida un agujero en la tierra y soterramos allí la carroña. Tras esto, fuimos a rastrillar

la zona oriental y, al fin, tras larga búsqueda, dimos con la cabaña en la que yacían juntos los dos muertos. La diabólica mona estaba sentada entre ambos y por nada quiso salir de allí, por lo que hice fuego en el acto contra el infame animal y lo hice arrojar a un abismo pedregoso. A los dos bestiales cuerpos humanos, empero, los enterré delante de la cabaña, que destruí; por lo demás, tomé las cosas más útiles de allí y las traje de nuevo a nuestro hogar. Esto ocurrió en la época de vendimia del año 1527.

De allí en más, junto con mis dos leales indígenas cristianos llevamos adelante el más ordenado modo de vida, pues rezábamos juntos varias horas por día y, el resto del día, lo pasábamos, en parte, haciendo los arreglos necesarios y, en parte, en alegre descanso. En ninguno de los dos percibía yo que tuvieran un anhelo particular de volver a ver otros seres humanos, y mucho menos se sentía en ellos el deseo de tener mujeres, sino que vivían, sin más, en su cándida bondad. En cuanto a mí, sentía en mi corazón el mayor asco ante la idea de inmiscuirme con el género femenino, y como, además, había perdido el apetito por los honores y dignidades mundanos y los placeres a ellos ligados, tomé la firme resolución de que, si el Altísimo me sacaba alguna vez de esta isla y me llevaba quizás a otros sitios cristianos, erigiría allí, en su honor, por medio de mis valiosos tesoros, un monasterio, dentro del que pasaría el resto de mi vida en temor de Dios.

En el año 1538 después de Cristo murió el cristiano, honradamente bautizado, Pedro Gutmann, al que lloramos de corazón junto con Christian, dándole sepultura como corresponde. Había llegado a los sesenta años, más o menos, y hasta ese momento había sido muy saludable. Yo creo, empero, que una ingesta excesiva de bebida tras un acaloramiento le costó la vida; sin embargo, bien puede ser que hubiera llegado a la meta que Dios había fijado para su vida.

Tras esta muerte, cambiamos de hogar y nos mudamos a la gran colina situada casi en medio de la isla, entre los dos ríos. Allí, erigimos una espaciosa cabaña, que revestimos con tan abundante follaje que ni el viento ni la lluvia pudieran causarnos molestias, y llevamos allí dentro una vida tan tranquila como la que han de desear tener, quizás, todos los hombres de la tierra.

Con el tiempo, vimos muchos restos de barcos malogrados, grandes barriles y paquetes encallar en los bancos de arena delante de nuestra isla, todo lo cual Christian y yo, con la ayuda de una balsa, recogíamos y llevábamos al interior; no solo hallamos así muchos tesoros en oro, plata, perlas, piedras preciosas y todo tipo de utensilios domésticos, sino también ropa, frazadas y otras cosas excelentes. Esto último le quitó toda severidad a nuestra ordenación como eremitas, ya que pudimos organizar así nuestra vida de la manera más cómoda.

Después de la muerte de Pedro, llegamos a vivir en la más serena alegría junto con mi Christian diecinueve años enteros, hasta que, al fin, el Cielo decidió arrancar a este, mi único y fiel amigo, de mi lado, más no de mi corazón. En la primavera de 1577 empezó a sentir, poco a poco, una inusual debilidad en todos sus miembros, a la que se agregó un fuerte mareo y una sensación de asco al comer y beber, por lo que, en pocas semanas, perdió todas sus fuerzas hasta que, al fin, el día de Todos los Santos, es decir, el 1 de noviembre de ese año, temprano, con la salida del sol, se despidió cristianamente, con dulzura y en paz, tras encomendar su alma a las manos de Dios.

Las lágrimas caen de mis ojos al escribir esto, ya que esta pérdida de mi querido y fiel amigo fue lo que más me dolió en toda mi vida. Ahora que vuelvo a escribir mi historia de vida, tengo ciento cinco años, y ya tan solo deseo lo siguiente:

Que mi alma muera en paz,
y que mi final sea como el de mi leal Christian.

He enterrado el querido cuerpo de mi mejor amigo al pie de esta colina, hacia el oriente, y he señalado su tumba con una gran piedra, en la que he labrado una cruz y el año de su fallecimiento. Tras esto, por varias semanas mis ojos no estuvieron nunca libres de lágrimas. Sin embargo, cuando, luego, escogí al Altísimo como a mi único amigo, me vi consolado de un modo muy especial y me vi puesto en una situación en la que puedo afrontar mi destino con gran paciencia.

Tres años después de la muerte de mi querido Christian, es decir, en el año 1560, comencé a excavar la colina y a prepararme un cómodo hogar para la época invernal. ¡Tú, que esto lees: al ver mi obra, tendrás sobradas razones para asombrarte de la perseverancia de un único hombre! Pero piensa en la gran cantidad de tiempo que he tenido. ¿Qué otra cosa útil habría podido hacer? En lo concerniente a mis tareas agrícolas, precisaba pocos días de esfuerzo para sembrar los granos, recibiendo cada vez, multiplicado, lo que sembraba. He deseado a veces, por cierto, ser sacado de este sitio, y aún lo espero; sin embargo, no me importa gran cosa si mi esperanza continúa siendo –como lo ha sido hasta ahora– en vano.

La mayor broma en esta isla me la han hecho los monos, ya que me han quitado vilmente –para luego romperlo en pedazos– mi diario, en el que había registrado, pormenorizadamente, todo lo que de memorable me ocurrió entre 1509 y 1580. De modo que no he podido realizar esta copia de mi historia de vida tan ordenada y correctamente como hubiera querido. En cambio, tuve que confiarme tan solo de mi memoria, que ha sido siempre buena, pero que ahora, a causa de la edad, se me ha comenzado a embotar un poco.

En lo demás, empero, aún puedo ver bien y tengo la impresión de que en cuanto a mis energías y a mis capacidades físicas aún soy tan fuerte, despabilado y vistoso como un hombre de unos cuarenta o cincuenta años.

Durante los cálidos veranos he habitado, por lo general, en la verde glorieta sobre la colina; en la época de lluvias y en el invierno, en cambio, el hogar excavado por debajo de la colina me ha venido de maravillas. Aquí mismo, aquellos que tal vez lleguen a este sitio mucho tiempo después de mi muerte hallarán sin esfuerzo mis tesoros prolijamente resguardados y otras cosas útiles; a ellos les revelo también que en la recámara más pequeña, hacia el este, y, una vez allí dentro, debajo de mi asiento de piedra, han de dar con lo más valioso.

Lamento, de nuevo, que los osados monos me hayan roto mi bello diario, pues de haberlo tenido, te hubiera contado sin dudas, mi querido lector futuro, algún que otro suceso o noticia no poco agradable. No obstante, por ahora contentate con esto, y has de saber que mientras pueda ver y escribir, no me estaré ocioso, sino que te informaré en otro pequeño librito de todo lo que de especial y memorable me ocurra de aquí en más. Ahora, empero, he de terminar esta relación, que no sin razón he traducido también al español; en su debido momento, la dejaré en su lugar correspondiente, en el que podrá quedar por largo tiempo a resguardo de la putrefacción. Es que no sé cuán pronto me llegará la muerte, echando por tierra, así, mi esfuerzo, así como mi buena intención de hacerles un favor a quienes vengan después de mí. Le pido Dios, a quien me juramento servir por el resto de mi vida con todo mi afán, que oiga también este ruego, si tal es su clemente voluntad y el mismo no es perjudicial para la bienaventuranza de mi alma: que no me mate de repente, sino que me deje morir en paz en esta, mi cueva de piedras, o bien sobre el lecho o bien en mi sillón, a fin de

que mi cuerpo no sirva de juguete y espantajo a los frívolos monos u otros animales; y si no le es dado a este el descanso futuro en la tierra, ique esta cueva sea mi sepulcro hasta la feliz resurrección de todos los muertos!

* *
 *
 *

Esto es todo lo que yo, Eberhard Julius, he hallado de la historia de vida del difunto don Cirilo de Valaro para traducir del ejemplar en latín. Y si no quedó demasiado bien, al menos, no se ha quitado o agregado nada a la obra. Hay aún, además de este, varios otros manuscritos, de los que, por cierto, la mayor parte está en español. Pero, por ahora, dejo de lado su traducción al alemán, así como la de los pocos que están en latín, cosa que, con todo, puede llegar a ocurrir con el tiempo. Es que su libro medicinal, en el que describe la utilidad y uso de las hierbas, raíces y frutos que crecen en esta isla, así como las enfermedades y accidentes de todo tipo que sufrieron él y sus compañeros, vale la pena de ser leído, al igual que su librito sobre agricultura y jardinería, cuyos útiles consejos de todo tipo en relación con el clima no son para despreciar.

FIN

El traductor

Martín Koval

Doctor en Letras por Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ex becario de la UBA y del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD, por sus siglas en alemán). Actual becario postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), en cuyo marco realiza una investigación sobre las robinsoniadas alemanas del siglo XVIII. Es docente de la Cátedra de Literatura Alemana de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y del Taller de Lectura y Escritura de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Entre las obras que ha traducido figuran: *La misión teatral de Wilhelm Meister*, de Goethe (Gorla, 2013), e *Introducción a la narratología*, de Martínez y Scheffel (Las Cuarenta, 2010).

